

# LA FLOTA PERDIDA VICTORIOSO

33536, 33536

«Una *space opera* en estado puro. Directa y brillante, es una historia [...] que te transporta a la época de una ciencia ficción más pura. Ligeramente militarista y con toques de crítica social. En resumen, esta saga promete ser un clásico.»

—Entrelectores.com

## JACK CAMPBELL

Lectulandia

LA FLOTA PERDIDA - 6

Tras su regreso al espacio de la Alianza, el capitán Black Jack Geary es ascendido a almirante de la flota, a pesar de que al consejo rector le aterra la posibilidad de que lleve a cabo un golpe de Estado.

El nuevo rango de Geary le otorga la autoridad necesaria para negociar con los síndicos, que han sufrido una cantidad crítica de bajas y podrían, por fin, mostrarse dispuestos a no prolongar la guerra. Con determinación, Geary encabeza el retorno de la flota al espacio síndico. Sabe que la capitulación del enemigo será una empresa ardua. Así, se lanza a la batalla, sin olvidar que los alienígenas, aún más poderosos, acechan en el otro extremo del espacio ocupado por los síndicos.

Victorioso es el sexto volumen de La flota perdida, la serie de ciencia ficción militar que poco a poco se está convirtiendo en la más importante de la década. Esta saga de Jack Campbell es original, oscura y perturbadoramente adictiva.

**Lectulandia**

Jack Campbell

# **Victorioso**

**La flota perdida 6**

ePub r1.0

capitancebolleta 06.07.13

Título original: *Victorious*  
Jack Campbell, 2010  
Traducción: Raúl García Campos  
Fecha Traducción: 07/2012

Editor digital: capitancebolleta  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Paul Parsons, por su entusiasmo sin límites, su genialidad y su inmenso corazón, que nunca se cansó de compartir con los muchos que lo echaremos de menos.

Para S., como siempre

SIGO estando en deuda con mi agente, Joshua Bilmes, por sus siempre acertadas sugerencias y su ayuda; y con mi editora, Anna Sowards, por su apoyo y su trabajo de revisión. Me gustaría también darles las gracias a Catherine Asaro, Robert Chase, Chuck Gannon, J. G. (Huck) Huckenpohler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk, y Constance A. Warner, por sus sugerencias, comentarios y recomendaciones. Gracias también a Charles Petit por su asesoramiento sobre combates espaciales.

# Flota de la Alianza

## CAPITÁN JOHN GEARY AL MANDO

Según la reorganización llevada a cabo en el sistema estelar Varandal antes de iniciar la ofensiva contra el sistema estelar síndico.

### SEGUNDA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Gallarda

Indomable

Gloriosa

Magnífica

### TERCERA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

**Paladín** (capitana Midea) (perdida en Lakota)

Orión (capitán Numos)

**Majestuosa** (capitana Faresa) (perdida en Lakota II)

Conquistadora (capitán Casia)

Impertérrita (capitana Geary)

Cumplidora

### CUARTA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

**Guerrera** (capitán Kerestes) (perdida en Lakota II)

**Triunfante** (perdida en Vidha)

Vindicta

Venganza

### QUINTA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Impávido

Resuelto

Temible

Vengativo

### SÉPTIMA DIVISIÓN DE ACORAZADOS (RECONSTITUIDA)

**Infatigable** (perdida en Lakota)

**Audaz** (perdida en Lakota)

**Atrevida** (capitán Mosko) (perdida en Lakota)

Mortificada

Invasora

Resonante

### OCTAVA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Incansable

Represalia (capitán Hiyen)

Soberbia

Espléndida

### DÉCIMA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Coloso (capitán Armus)

### PRIMERA DIVISIÓN DE ACORAZADOS DE RECONOCIMIENTO (SEPARADA)

**Arrogante** (perdida en Kaliban)

Amazona

Espartana

Custodia

PRIMERA DIVISIÓN DE  
CRUCEROS DE BATALLA  
(RECONSTITUIDA)

**Osada** (capitán Duellos) (perdida en Heradao)

**Atrevida** (perdida en Heradao)

**Afamada** (perdida en Lakota)

Formidable

Radiante (capitán Cáligo)

Inspiradora (capitana Kila)

Implacable (comandante Neeson)

CUARTA DIVISIÓN DE CRUCEROS  
DE BATALLA

Intrépido (buque insignia) (capitana Desjani)

Arrojado (capitán Vitali)

**Terrible** (perdida en Ilión)

Victorioso

Desmesurada

SEXTA DIVISIÓN DE CRUCEROS  
DE BATALLA

**Polaris** (perdida en Vidha)

**Vanguardia** (perdida en Vidha)

Ilustre (capitán Badaya)

Increíble (capitán Parr)

Invencible (nueva construcción)

**Ejemplar** (comandante Vendig) (perdida en Heradao)

**Aguerrida** (perdida en Cavalos)

SEGUNDA DIVISIÓN DE CRUCEROS  
DE BATALLA

Leviatán (capitán Tulev)

Dragón

Decidida

Valiente

QUINTA DIVISIÓN DE CRUCEROS DE  
BATALLA (RECONSTITUIDA)

**Invencible** (perdida en Ilión)

**Resistente** (perdida en el sistema nativo síndico)

**Furiosa** (capitana Crésida) (perdida en Varandal)

Diestra (capitán Kattnig)

Auspiciadora

Impuesta

Ágil

Predominante

SÉPTIMA DIVISIÓN DE CRUCEROS DE  
BATALLA (SEPARADA)

**Oportuna** (perdida en Cavalos)

TERCERA DIVISIÓN DE NAVES AUXILIARES DE ALTA VELOCIDAD



Titánica (comandante Lommand)  
Tanuki (capitán Smyth)  
Hechicera (capitana Tyrosian)  
Genio  
Alquimista  
**Trasgo** (perdida en Heradao)

TREINTA CRUCEROS PESADOS DISTRIBUIDOS EN SEIS DIVISIONES  
(Treinta y siete cuando Geary asumió el mando, menos dieciséis perdidos en combate, más nueve refuerzos en Varandal)

Primera División de Cruceros Pesados  
Tercera División de Cruceros Pesados  
Cuarta División de Cruceros Pesados  
Quinta División de Cruceros Pesados  
Octava División de Cruceros Pesados  
Décima División de Cruceros Pesados  
menos

**Ingrato** (perdida en Kaliban)

**Blindado** (perdida en Sutrah)

Blasón, Casaca, Ariete y Ciudadela (perdidas en Vidha)

**Bacinete** y **Sallet** (perdidas en Lakota)

**Utap**, **Avambrazo** y **Facón** (perdidas en Lakota II)

**Almete** y **Gusoku** (perdidas en Cavalos)

Tortuga, Recámara, Kurtani, Tarian y Nodowa (perdidas en Heradao)

**Loriga** (perdida en Padronis)

**Kaidate** y **Gavilán** (perdidas en Varandal)

CINCUENTA Y DOS CRUCEROS LIGEROS DISTRIBUIDOS EN DIEZ  
ESCUADRONES

(Sesenta y dos cuando Geary asumió el mando, menos veintidós perdidos en combate, más doce refuerzos en Varandal)

Primer Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Segundo Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Tercer Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Quinto Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Sexto Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Noveno Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Décimo Escuadrón de Cruceros Ligeros  
Undécimo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Decimocuarto Escuadrón de Cruceros Ligeros  
menos

**Veloz** (perdida en Kaliban)

**Pomo, Honda, Bolo y Asta** (perdidas en Vidha)

**Espuela, Damasquina y Flecha Guardiana** (perdidas en Lakota)

**Jubón, Carta y Ote** (perdidas en Lakota II)

**Koté y Cercle** (perdidas en Cavalos)

**Kissaki, Blasón, Trunnion, Inquarto, Intagliata y Septime** (perdidas en Heradao)

**Estocade, Desarmadora y Caballero** (perdidas en Varandal)

## CIENTO CINCUENTA DESTRUCTORES DISTRIBUIDOS EN DIECIOCHO ESCUADRONES

(Ciento ochenta y tres cuando Geary asumió el mando, menos cuarenta y siete  
perdidos en combate, más catorce refuerzos en Varandal)

Primer Escuadrón de Destruyores

Segundo Escuadrón de Destruyores

Tercer Escuadrón de Destruyores

Cuarto Escuadrón de Destruyores

Sexto Escuadrón de Destruyores

Séptimo Escuadrón de Destruyores

Noveno Escuadrón de Destruyores

Décimo Escuadrón de Destruyores

Duodécimo Escuadrón de Destruyores

Decimocuarto Escuadrón de Destruyores

Decimosexto Escuadrón de Destruyores

Decimoséptimo Escuadrón de Destruyores

Vigésimo Escuadrón de Destruyores

Vigesimoprimer Escuadrón de Destruyores

Vigesimotercer Escuadrón de Destruyores

Vigesimoséptimo Escuadrón de Destruyores

Vigesimoctavo Escuadrón de Destruyores

Trigésimo Segundo Escuadrón de Destruyores

menos

**Daga y Venenosa** (perdidas en Kaliban)

**Doblefilo, Estilete y Mazo** (perdidas en Sutrah)

**Celta, Akhu, Hoz, Hoja, Cerrojo, Sabot, Pedernal, Aguja, Dardo, Aguijón, Lapa  
y Garrote** (perdidas en Vidha)

**Falcata** (perdida en Ilión)

**Martillón, Prasa, Talwar y Xiphos** (perdidas en Lakota)

**Brazalete, Flanconada, Kukri, Hastarii, Petardo y Spiculum** (perdidas en Lakota)

II)

**Mayal, Ndziga, Tabar, Cestus y Balta** (perdidas en Cavalos)

**Punzón, Yatagán, Embestida, Arabas, Kururi, Shail, Cámara, Bayoneta y**

**Tomahawk** (perdidas en Heradao)

**Serpentina, Basilisco, Bowie, Guion y Sten** (perdidas en Varandal)

SEGUNDA FUERZA DE INFANTES DE MARINA DE LA FLOTA

VICEALMIRANTE CARABALI AL MANDO (EN FUNCIONES)

1420 infantes de Marina divididos en destacamentos de cruceros de batalla y acorazados.

# Capítulo 1

SE había encarado con la muerte en innumerables ocasiones y con mucho gusto volvería a hacerlo una vez más con tal de no asistir a aquella reunión.

—No se enfrenta a un pelotón de fusilamiento —le recordó la capitana Tanya Desjani—. Tan solo va a informar de la situación al gran consejo de la Alianza.

El capitán John Geary giró levemente la cabeza para mirar a los ojos a la capitana Desjani, oficial al mando del buque insignia de Geary, el crucero de batalla Intrépido.

—¿Le importaría explicarme la diferencia?

—En principio, los políticos no portan armas, y además ellos le temen más a usted que usted a ellos. Tranquilícese. Si lo ven tenso, creerán que, en efecto, está planeando dar un golpe de Estado. —Desjani torció la boca—. Debería saber que los acompaña el almirante Otopa.

—¿El almirante Otopa? —Después de haber pasado literalmente un siglo durmiendo, ahora Geary solo conocía a los oficiales que viajaban en las naves de la flota.

Desjani asintió con la cabeza, de alguna manera confiriéndole al sencillo gesto un desdén que obviamente no iba dirigido contra Geary.

—El edecán del gran consejo. No debe preocuparle que este intente entregarle a él el mando de sus naves. Nadie aceptaría que Otopa el Yunque lo sustituyera como comandante de la flota.

Geary se fijó en su reflejo; vestir el uniforme de gala lo ponía nervioso y lo hacía sentirse incómodo. Nunca le habían gustado las sesiones informativas y cien años atrás jamás habría imaginado que lo llamarían para que informase en persona al gran consejo.

—¿El Yunque? Parece un apodo muy agresivo.

—Lo llaman así por la de golpes que ha recibido —explicó Desjani—. Puesto que tiene muchas más dotes para la política que para el Ejército, decidió que ocupando el cargo de edecán del gran consejo dejaría de correr peligro.

Geary estuvo a punto de atragantarse al contener la risa.

—Supongo que hay apodos peores que el de Black Jack.

—Muchos. —Geary advirtió por el rabllo del ojo que Desjani ladeaba la cabeza con gesto interrogativo—. Nunca me ha hablado de cómo recibió el apodo de Black Jack, ni de por qué no le gusta. Cuando estudiaba en la Alianza, leí la historia oficial que se incluye en su biografía, pero esos textos no explican lo que siente por ese apodo.

Geary la miró.

—¿Y cuál es la historia oficial? —Desde que despertara del sueño de supervivencia en una cápsula extraviada y averiada, se había esforzado por no leer las

versiones autorizadas de su supuesta naturaleza heroica.

—Que nunca obtuvo una calificación negativa, de esas que se escriben en rojo, en sus evaluaciones debido a ninguna insuficiencia o equivocación, y tampoco las unidades comandadas por usted —le contó Desjani—. Sus notas siempre incluían la calificación de «cumple o supera las expectativas», y se escribían con el correspondiente color negro, de ahí lo de Black Jack.

—Por todos mis ancestros. —Geary se obligó a reprimir una carcajada—. Basta echarle una ojeada a mi historial para comprobar que eso es falso.

—Entonces, ¿cuál es la verdad?

—Creo que debería mantenerlo en secreto.

—Mientras sea un secreto personal. La capitana de su buque insignia debe conocer todos sus secretos profesionales. —Guardó un breve silencio antes de proseguir—. En cuanto a la reunión con el gran consejo, ¿me lo ha contado todo? ¿Va a hacer lo que me dijo?

—La respuesta a las dos preguntas es sí. —Se giró para mirarla de frente, dejando de disimular su preocupación. Como comandante de la flota, Geary se había visto obligado a aparentar seguridad en sí mismo, por muy oscuro que se tornara el cariz de la situación. Desjani era una de las pocas personas a las que podía confesarle sus dudas—. Nos encontramos en la cuerda floja. Necesito convencerlos de las acciones que es preciso emprender y que me ordenen emprenderlas; además, tengo que quitarles de la cabeza que pretendo derrocar al Gobierno.

Desjani asintió con la cabeza como si todo aquel asunto no le preocupase en absoluto.

—Lo hará bien, señor. Iré a asegurarme de que todo está preparado en la dársena del transbordador para su vuelo a la estación Ambaru, mientras termina de arreglarse el uniforme. —Lo saludó con calculada precisión, giró sobre sus talones y lo dejó solo.

Geary mantuvo los ojos en la escotilla de su camarote una vez que Desjani la cerró al salir. Tendría una perfecta relación profesional con la capitana de no ser porque había cometido la imperdonable negligencia de enamorarse de ella. Nunca se lo había dicho ni pensaba hacerlo. No mientras ella fuera su subordinada. Que ella pareciera sentir lo mismo por él no facilitaba las cosas, aunque ninguno de los dos podía hablar del asunto con franqueza ni actuar según sus sentimientos. Este debería ser el menor de los problemas que le presentaba aquel universo tan distinto del que abandonó un siglo atrás, donde la Alianza lo consideraba un héroe legendario que había regresado de entre los muertos, donde una guerra imposible de ganar se había estado librando durante esos cien años entre la Alianza y los Mundos Síndicos, y donde los ciudadanos de la Alianza, hartos de todo, estaban tan asqueados de sus líderes políticos que lo habrían recibido con los brazos abiertos aunque se hubiera

presentado como dictador. No obstante, en ocasiones, aquel «pequeño» problema personal le parecía el más complicado de sobrellevar.

Volvió a mirar su reflejo, incapaz de distinguir la menor imperfección en su uniforme, pero consciente de que Desjani no le habría sugerido que se lo arreglara de no haber detectado algo inapropiado. Con el ceño fruncido, se ajustó algunas partes una fracción de milímetro y reparó en la Estrella de la Alianza que colgaba por debajo del cuello de la chaqueta. No le gustaba llevar la medalla que se le concedió tras su supuesta muerte en un combate desesperado que libró un siglo atrás, puesto que no se consideraba merecedor de semejante distinción; sin embargo, el reglamento estipulaba que cuando un oficial vestía el uniforme de gala, debía lucir «todos los galones, premios, adornos, insignias, y medallas que le correspondiesen». Prefería no empezar a seguir solo las normas con las que estuviera conforme, a pesar de tener autoridad para ello, porque sabía que si lo hacía, tal vez terminase ignorándolas todas.

En el momento en que se disponía a salir sonó la alarma del panel de comunicación. Cuando pulsó un botón para aceptar el mensaje, se desplegó ante él la imagen del capitán Badaya, que sonreía con aire de autosuficiencia. Aunque pareciera encontrarse de pie ante Geary, físicamente permanecía a bordo de su nave.

—Buenos días, capitán —dijo con voz enérgica.

—Buenos días. Estaba a punto de salir para reunirme con el gran consejo. — Cuando hablaba con Badaya debía medir las palabras. Si bien técnicamente Badaya solo era el oficial al mando del crucero de batalla Ilustre, también encabezaba una facción de la flota que no se lo pensaría dos veces a la hora de ayudar a Geary a establecer una dictadura militar. Puesto que ahora esa facción se componía de la mayor parte de la flota, Geary tenía que cerciorarse de que no iniciasen un golpe de Estado. Cuando asumió el mando de la flota pasó de preocuparse por que se amotinasen contra él a temer un alzamiento contra la Alianza en su nombre.

Badaya asintió y endureció su sonrisa.

—Algunos capitanes querían trasladar un grupo de acorazados a las cercanías de la estación Ambaru para recordarle al gran consejo quién está al cargo de verdad, pero les dije que no es así como a usted le gusta jugar.

—Exacto —convino Geary intentando disimular su alivio—. Tiene que parecer que el gran consejo sigue siendo la máxima autoridad.

Esa era la tapadera que estaba empleando de todos modos con Badaya. Si el gran consejo ordenaba que Geary hiciera algo que la flota supiera que este no haría nunca por voluntad propia, Geary se sentiría obligado o a acatar esa orden o a dimitir, momento en que podría desatarse un caos total.

—Rione lo ayudará a entenderse con ellos —comentó Badaya con un gesto desdeñoso—. La tiene en el bote, así que mantendrá a raya a los demás políticos. Puesto que no le sobra el tiempo, no lo entretendré más, señor. —Tras despedirse con

una última sonrisa y el correspondiente saludo, la imagen de Badaya se desvaneció.

Geary sacudió la cabeza y se preguntó qué haría Victoria Rione, señora copresidenta de la República Callas y senadora de la Alianza, si hubiera oído a Badaya decirle que la tenía en el bote. Nada bueno, eso desde luego.

Recorrió los pasillos del Intrépido en dirección a la dársena del transbordador, devolviéndoles el saludo con entusiasmo a todos los tripulantes con los que se cruzaba. Esta nave había sido el buque insignia desde que asumiera el mando de la flota en el sistema estelar nativo síndico, cuando la flota de la Alianza se hallaba atrapada en el corazón del territorio enemigo y no parecía tener ninguna posibilidad de sobrevivir. Contra todo pronóstico, había logrado traer a casa a la mayoría de las naves, y ahora sus tripulantes lo creían capaz de todo, incluso de ganar una guerra en la que también participaron sus padres y abuelos. Hizo cuanto pudo por transmitir tranquilidad y confianza, a pesar de todas las dudas que lo atormentaban.

No obstante, Geary no pudo evitar que se le ensombreciera el semblante cuando por fin llegó a la dársena. Desjani y Rione ya estaban allí y parecían hablar en voz baja, ambas con expresión inescrutable. Dado que nunca dialogaban si no era imprescindible y que en esas ocasiones preferirían sustituir las palabras por puñales, pistolas, lanzas infernales o cualquier otra arma que tuvieran a mano, Geary se preguntó por qué de repente parecían entenderse.

Desjani dio un paso hacia él para recibirlo mientras Rione cruzaba la escotilla que daba a la dársena.

—El transbordador y la escolta están preparados —lo informó Desjani, que después de fruncir el ceño mientras analizaba su aspecto le hizo unas correcciones mínimas de algunos de sus galones—. La flota estará a su lado.

—Tanya, cuento con usted, Duellos y Tulev para que todo esto no se nos vaya de las manos. Badaya debería colaborar con usted para evitar que nadie se exalte y provoque una catástrofe, pero entre los tres deberán asegurarse también de que Badaya no se deje llevar por su apasionamiento.

La capitana asintió con la cabeza sin inmutarse.

—Por supuesto, señor. Pero debe tener en cuenta que ninguno de nosotros podrá controlar la situación si el gran consejo decide actuar con contundencia. —Desjani se acercó un poco más a Geary y apoyó una mano en su antebrazo, un gesto poco habitual en ella con el que enfatizó las palabras que a continuación le dijo en voz baja —: Escúchela. Jugamos en su terreno, con sus armas.

—¿A Rione? —Geary jamás habría imaginado que Desjani llegaría a pedirle que escuchase los consejos de la copresidenta.

—Sí. —La capitana dio un paso atrás y lo saludó, sin poder evitar que sus ojos revelasen preocupación—. Buena suerte, señor.

Geary le devolvió el saludo y se encaminó hacia la dársena. Cerca de él se

elevaba la mole de uno de los transbordadores de la flota y a ambos lados de la rampa de carga del mismo lo esperaba el pelotón de marines que formaba la guardia de honor.

Todo un pelotón de marines equipados con la armadura de combate al completo y con un arsenal en el que no faltaba ni una pieza.

Antes de que pudiera decir nada, el capitán de marines dio un paso al frente y lo saludó.

—Se me ha asignado el mando de su guardia de honor, capitán Geary. Lo acompañaremos a su reunión con el gran consejo.

—¿Por qué van sus hombres equipados con la armadura de combate? —preguntó Geary.

El comandante respondió sin vacilar.

—El sistema estelar Varandal permanece en estado de alerta por ataque inminente, señor. El reglamento exige que mis hombres estén listos para entablar cualquier tipo de combate cuando participen en las maniobras que se realicen mientras dure dicho estado.

Muy oportuno. Geary miró a Rione, a la que no parecía sorprenderle en absoluto que los marines estuvieran en pie de guerra. No cabía ninguna duda de que Desjani también estaba al tanto de aquel plan. En ese caso, la coronel Carabali, la capitana de marines de la flota, también tenía que haber aprobado la decisión. Si bien no le convencía la idea de llegar a la reunión con sus superiores políticos acompañado de una tropa lista para entrar en combate, Geary concluyó que intentar oponerse al mismo tiempo a Desjani, Rione y Carabali no podía ser sensato.

—Muy bien. Gracias, comandante.

Los marines alzaron sus fusiles para presentar armas mientras Geary subía por la rampa junto con Rione y levantaba el brazo para saludarlos y agradecerles los honores que le estaban rindiendo. En ocasiones como esta, cuando tenía la sensación de que llevaba una hora saludando sin parar, incluso él se preguntaba si haber introducido de nuevo aquel gesto de respeto en la flota fue la idea más acertada.

Rione y él se dirigieron al pequeño compartimento para personalidades, que quedaba justo en la popa de la cabina de los pilotos. Tras ellos entraron los marines, que pasaron a ocupar los asientos del compartimento principal del transbordador. Geary se abrochó el cinturón y miró el visualizador que tenía ante él, el cual mostraba un racimo de estrellas que titilaban sobre la negrura infinita del espacio. Bien podría haber sido una ventana, si alguien hubiera estado lo bastante loco para instalar una ventana de verdad en el casco de un transbordador o de cualquier otra nave.

—¿Nervioso? —preguntó Rione.

—¿No se me nota?

—En realidad, no. Está haciendo un buen trabajo.



—Gracias. ¿De qué hablaban Desjani y usted cuando llegué a la dársena?

—De nada, cosas de chicas —respondió Rione sin darle importancia al tiempo que agitaba la mano con despreocupación—. De la guerra, el destino de la humanidad, la naturaleza del universo... Fruslerías.

—¿Llegaron a alguna conclusión de la que yo deba estar al tanto?

Rione le arrojó una mirada fría y a continuación sonrió con aparente sinceridad.

—Creemos que todo irá bien mientras sea usted mismo. Las dos estaremos cubriéndole las espaldas. ¿Se siente mejor ahora?

—Mucho mejor, gracias. —Las luces de estado indicaron que la rampa se iba replegando y sellando y que las puertas interiores de la dársena se estaban cerrando al tiempo que las exteriores se abrían; después el transbordador se elevó, giró con garbosa suavidad para tomar posición y se lanzó hacia el espacio. Cuando se dio cuenta, Geary estaba sonriendo. En principio, los sistemas de pilotaje automático podían dirigir un transbordador con la misma eficiencia que una persona, e incluso mejor en muchos casos, pero solo los pilotos humanos podían gobernar una nave con estilo propio. En su visualizador, la silueta del Intrépido iba menguando rápidamente según el transbordador ganaba velocidad—. Esta es la primera vez que salgo del Intrépido —dijo al caer de pronto en ello.

—Desde que recogieron su cápsula de supervivencia, querrá decir —lo corrigió Rione.

—Sí. —Su hogar y sus conocidos ya no existían, habían sido devorados por el pasado, que ya quedaba un siglo atrás. El Intrépido era ahora su nuevo hogar; y la tripulación de la nave, su nueva familia. Se sentía raro al separarse de ellos.

El viaje se le hizo muy corto. Las formas gigantescas de las construcciones exteriores de la estación espacial Ambaru envolvían el transbordador mientras este avanzaba con suavidad hacia la dársena asignada. Instantes más tarde, la nave se posó. Geary permaneció atento a las luces de estado hasta que estas indicaron que la dársena estaba presurizada; acto seguido respiró hondo, se levantó, se alisó el uniforme de nuevo y asintió con la cabeza para Rione.

—Vamos allá. —La senadora le devolvió el gesto, aunque Geary observó algo en ella que le resultaba familiar al tiempo que lo intrigaba. Entonces cayó en la cuenta de que Rione se estaba comportando del mismo modo que Desjani ante la inminencia de un combate. Y al igual que la capitana cuando se enfrentaba a los buques de guerra síndicos, la copresidenta parecía encontrarse en su elemento en aquel instante, lista para entablar batalla a su manera.

La dársena era mucho más espaciosa que la del Intrépido, pero lo primero en lo que se fijó Geary fue en que los marines de la guardia de honor se habían desplegado alrededor de la rampa en formación circular y de cara al exterior, con las armas en ristre en lugar de presentadas y la armadura sellada. Al levantar la vista, Geary

observó que junto a los mamparos de tres de los lados de la dársena se había reunido toda una compañía de soldados de superficie equipados con armas pero no con armadura, los cuales miraban con gesto nervioso a los marines.

De modo que Rione estaba en lo cierto. Le había prevenido de que el gran consejo podría intentar arrestarlo de inmediato y separarlo de la flota bajo la sospecha de que pretendiese convertirse en un dictador. Tragándose la indignación que le provocaba semejante insulto a su honor, descendió por la rampa con paso airado hasta donde lo esperaba alguien que le resultaba familiar. Nunca se había reunido en persona con el almirante Timbale, pero había recibido varios mensajes suyos, en todos los cuales argüía un motivo por el que no le era posible reunirse con él, aunque siempre se adhería a su dictamen.

Geary se detuvo ante Timbale y lo saludó, manteniendo el gesto mientras el almirante lo miraba un tanto confuso. Al instante siguiente, el brillo de sus ojos indicó que había captado el mensaje, por lo que se apresuró a devolverle un torpe saludo.

—Ca... Capitán Geary. Bien... Bienvenido a bordo de la estación Ambaru.

—Gracias, señor. —Las palabras desabridas de Geary retumbaron en la dársena, en la que imperaba un silencio absoluto.

Rione se colocó a su lado.

—Almirante, le sugiero que ordene dispersarse a su guardia de honor ahora que esta ha saludado al capitán Geary.

Timbale miró a la senadora y después a los marines mientras una gota de sudor se deslizaba por su sien.

—Eh...

—Tal vez si se pusiera en contacto con el senador Navarro, presidente del gran consejo, este accedería a modificar las órdenes que usted dio en un principio — sugirió Rione.

—Sí. —Timbale, después de cambiar de planes con evidente alivio, murmuró algo a su unidad de comunicaciones, aguardó unos instantes y volvió a susurrar unas palabras. Con una sonrisa forzada, el almirante asintió con la cabeza para Rione y se giró hacia las tropas de superficie dispuestas a lo largo de los mamparos.

—Coronel, ordene a sus hombres que regresen a sus barracones. —La oficial de las tropas de superficie dio un paso al frente con la boca abierta en un evidente gesto de protesta—. ¡Obedezca, coronel! —ladró Timbale.

En respuesta a la orden, los soldados de las tropas de superficie dieron media vuelta y desfilaron hacia el exterior, maniobra que varios de ellos ejecutaron sin dejar de mirar asombrados a Geary. Se preguntó qué sucedería si les diera una orden a aquellos hombres. ¿Decidirían obedecer a Black Jack? Sintió una profunda desazón cuando cayó en la cuenta de lo que podía desencadenar, de lo que acontecería si no

manejaba la situación con cautela.

Cuando el último de los soldados de superficie hubo salido, Geary miró a su capitán de marines. Y ahora ¿qué? ¿Debía hacerse acompañar de su escolta? ¿Solo de una parte? ¿Por qué iba a creer que no aparecerían más tropas de superficie en cuanto abandonase la dársena para intentar arrestarlo de nuevo? Lo más prudente sería que llevase consigo al menos a algunos de sus hombres.

Esto implicaba, empero, presentarse ante el gran consejo respaldado por un grupo de marines totalmente preparados para un posible combate. Cualquier testigo de la escena concluiría dos cosas: que era inminente un golpe de Estado y que Geary desconfiaba de los líderes políticos de la Alianza. Las consecuencias de esta afrenta le impedirían cumplir sus objetivos y desencadenarían el golpe que tanto deseaba evitar.

No obstante, si lo arrestaban, la flota acudiría en su ayuda sin importarle las órdenes que él le hubiera dado.

Rione lo miraba sin mostrar la menor señal de inquietud. Ahora que eran el centro de atención ella no podía decirle qué paso necesitaba dar a continuación; así y todo, con su actitud la senadora le estaba aconsejando que se mantuviera sereno y que no perdiera la confianza en sí mismo.

Geary respiró hondo y asintió para el capitán de marines.

—Permanezcan aquí. Descansen. No sé cuánto tiempo nos llevará esto.

—¿Señor? —El capitán de marines señaló a sus tropas—. Podemos enviar una brigada...

—No. —Geary miró a su alrededor para que todo el mundo se convenciera de que ni le remordía la conciencia ni temía reunirse con sus superiores—. Nos encontramos en territorio aliado, capitán. Estamos entre amigos. Los ciudadanos de la Alianza no deben recelar ni de sus gobernantes ni de sus compatriotas. —Geary ignoraba quién podría estar escuchándolo, pero quienquiera que fuese seguro que sabía lo que quería decir.

El capitán lo saludó.

—Sí, señor.

Timbale tampoco apartaba los ojos de Geary, presa de una mezcla de pasmo y preocupación.

—¿Podría ponerme al corriente de sus intenciones, capitán? —preguntó el almirante con tono sosegado.

—Tengo órdenes de informar al gran consejo, señor. Mi única intención es acatar esas órdenes. —¿Se daría cuenta Timbale de a qué se refería en realidad con esta última afirmación?

Rione señaló el interior de la estación.

—No deberíamos seguir haciendo esperar al gran consejo, almirante.

Timbale, cuyos ojos saltaron de la senadora a Geary, pareció tomar una decisión.

—Un momento, por favor. —Se hizo a un lado y le susurró unas palabras apresuradas a su unidad de comunicaciones, esperó un momento y volvió a enviar otro mensaje, esta vez con menos amabilidad. Por último, con cara de satisfacción, se volvió hacia Geary—. Ya no debería haber más impedimentos para que el gran consejo lo reciba, capitán. Por favor, acompáñenme.

Geary dejó que Rione se colocase junto a Timbale y caminó tras ellos mientras el grupo abandonaba el hangar. Ahora se sentía mucho más tranquilo; además, la rabia que le producía el hecho de que el gran consejo diera por sentado que mostraría un comportamiento deshonesto había despejado muchas de sus dudas. Rione y él siguieron a Timbale por un laberinto de pasillos y compartimentos. Ambaru, al igual que otras muchas estaciones orbitales, se había ido construyendo mediante la instalación de sucesivas capas. Como era de esperar, el gran consejo había elegido una sala de reuniones ubicada en la zona más recóndita (y, por tanto, más segura) de la estación.

Cuando Geary entró en la cámara, observó que una de las paredes hacía las veces de gran ventana virtual con vistas al espacio, como si la sala ocupase un extremo de la estación. Sobre la amplia mesa de negociaciones había un visualizador estelar y en el fondo del compartimento flotaban unas representaciones en miniatura de la flota y de algunas de las naves del sistema estelar Varandal. Sentados a la mesa los esperaban siete hombres y mujeres vestidos de civil, junto a los cuales permanecían de pie un general de las tropas de superficie y un almirante que no parecían sentirse demasiado cómodos.

Geary había participado en muchas reuniones desde que asumiera el mando de la flota, pero esta era distinta. Al contrario de lo que solía ocurrir en la sala homóloga del *Intrépido*, todos los asistentes se encontraban allí físicamente en lugar de por medio de un *software* de conferencias. Y lo que era aún más importante, en esta ocasión Geary no era el oficial más veterano. Hasta ahora no había caído en la cuenta de cómo se había acostumbrado a esa condición durante los meses transcurridos desde que se colocara al timón de una flota abocada a la destrucción. Con todo, era consciente de que tal vez lo que más lo inquietaba era la ausencia de la capitana Tanya Desjani. Se había habituado a que lo acompañara a todas partes, a que lo apoyara, a tomar su consejo en las reuniones decisivas.

Geary se colocó frente al centro de la mesa y saludó a los convocados.

—Se presenta el capitán John Geary, comandante en funciones de la flota de la Alianza —recitó con rígida formalidad.

Un civil alto y enjuto que ocupaba el centro de la mesa asintió e hizo un gesto indefinido.

—Gracias, capitán Geary.

—¿Quién lo nombró comandante de la flota en funciones, capitán? —preguntó uno de los políticos.

Geary no apartó la vista del mamparo para responder.

—El almirante Bloch me eligió para el cargo en el sistema estelar nativo de los Mundos Síndicos antes de que dejase la flota para dirigir las negociaciones a bordo del buque insignia síndico, señor. Cuando murió, mantuve el cargo por mi veteranía en la flota.

—Eso ya lo sabía —le masculló a su colega una de las mujeres, menuda y amazacotada.

El hombre que había hablado en primer lugar les hizo un gesto a los demás para que guardaran silencio y les lanzó una mirada feroz a los dos que ignoraron su petición.

—El presidente del consejo está hablando —gruñó. Después de extinguir las miradas desafiantes que le dirigieron algunos de sus compañeros de mesa, el hombre volvió a clavar sus ojos en Geary durante unos instantes antes de seguir hablando.

—¿Cuál es el motivo de su visita, capitán?

—Presentar el informe de las operaciones que la flota ha llevado a cabo bajo mi mando y sin posibilidad de ponerse en contacto con las autoridades de la Alianza —adujo Geary—, así como ofrecerles mis sugerencias a la hora de emprender nuevas acciones.

—¿Sugerencias? —El civil alto se reclinó en su asiento para escudriñar a Geary antes de deslizar los ojos de súbito hasta Rione—. Señora copresidenta, ¿puede jurar por la Alianza que estamos oyendo la verdad?

—Sí, lo juro.

El general de las tropas de superficie decidió intervenir.

—Senador Navarro, ahora no cuenta con la protección de esos marines traicioneros. Podemos arrestarlo, sacarlo de esta estación y de Varandal antes de que alguien...

—No. —El senador Navarro agitó la cabeza—. Antes tenía mis dudas sobre lo que se presentaba como una simple precaución. Ahora, después de conocer a este hombre, estoy seguro de que habría sido un error imperdonable.

—Esa es una decisión que el consejo debe tomar en su conjunto —intervino una mujer delgada.

—Estoy de acuerdo con el senador Navarro —anunció la mujer amazacotada ganándose algunas miradas de asombro, lo que indicó a Geary que no solía apoyar a Navarro.

Otro de los ocupantes de la mesa sacudió la cabeza con rabia.

—Ha abordado esta estación con una tropa de marines de asalto...

—A mí me parece una precaución lógica, ¿a usted no? —replicó la mujer

rechoncha.

—¡Podemos acabar con esto ahora mismo! —insistió el general—. Debemos pararle los pies.

El senador Navarro dio un golpe en la mesa lo bastante fuerte para que resonara por toda la sala, imponiendo un silencio momentáneo. Después de recorrer la mesa con una mirada cortante, centró su atención en el general.

—¿Acabar con qué, general Firgani? Dígame, ¿por qué iba el capitán Geary a ordenar que los marines permanecieran en la dársena del transbordador si su intención fuera atacar contra nosotros aquí y ahora? —El general miró furibundo a Geary sin decir nada mientras Navarro se volvía también hacia él—. Capitán Geary, al parecer ha estado a punto de cometerse un tremendo error. La Alianza jamás arresta a sus ciudadanos por crímenes que no han cometido, sobre todo si no hay indicios de que pretendan actuar en contra de nadie, y especialmente cuando se trata de miembros que han prestado un servicio ejemplar a la Alianza, como es su caso. Le pido disculpas, capitán. —Navarro se levantó y se inclinó levemente hacia Geary, gesto que avivó la ira del general e incomodó a algunos otros miembros del consejo.

—Gracias, señor —dijo Geary, cuya rabia empezó a disiparse al ver que Navarro se dirigía a él con la debida deferencia—. No dejaba de consternarme ver que mi honor era puesto en tela de juicio.

El senador que había desafiado a Geary resopló con desdén por lo bajo, pero Navarro lo ignoró y se giró hacia el general y el almirante que tenía a su lado.

—Ahora el capitán Geary procederá a informar al consejo. General Firgani, almirante Otopa, almirante Timbale, sean tan amables de supervisar la situación del sistema estelar Varandal mientras nosotros permanecemos aquí con el capitán Geary y la senadora Rione.

Cuando los tres oficiales se disponían a abandonar la sala, sin lograr disimular del todo lo mucho que les ofendía aquella expulsión repentina, Geary intervino. No veía ninguna razón para tener un buen concepto del general Firgani, ni para respetar las opiniones que el almirante Otopa pudiera generar, pero el almirante Timbale nunca le había puesto ningún obstáculo; de hecho, se había asegurado de que las naves de la flota recibieran toda la ayuda necesaria, e incluso parecía haberse ocupado en persona de que pudiera acceder a esta sala sin que lo arrestaran.

—Señor, si me lo permite, preferiría que el almirante Timbale estuviera presente durante la exposición del informe. Como oficial operacional de la flota testigo del enfrentamiento con la flotilla de los Mundos Síndicos que tuvo lugar en este sistema estelar, podría aportar algunos datos de interés a mi informe.

Navarro arqueó una ceja, pero le hizo un gesto al sorprendido Timbale para que permaneciese en la sala.

—De acuerdo, capitán Geary.

El almirante Otopa, con los ojos abiertos como platos, miró a Timbale, después a Geary y, por último, a Navarro.

—No se me debería expulsar de esta reunión cuando se permite la presencia de oficiales con menos veteranía que yo.

Algunos miembros del consejo se apresuraron a manifestar su opinión, pero Navarro los interrumpió a todos con su voz aplastante y su expresión cansada.

—Por supuesto, almirante. Quédese. General —añadió al ver que ahora también Firgani estaba dispuesto a exigir que se permitiera su presencia—, puesto que le preocupa la seguridad del consejo, debería encargarse personalmente de controlar todo lo que ocurre fuera de esta sala. Gracias.

—Pero, senador... —empezó a protestar Firgani.

—Gracias.

Firgani se sonrojó levemente y abandonó el compartimento. El almirante Timbale se apartó un poco del almirante Otopa y después los dos oficiales permanecieron en silencio mientras Navarro se giraba hacia Geary y continuaba hablando con más sosiego.

—Capitán, todos nos hacemos una idea de cuáles son los asuntos que recoge su informe, pero entendemos que hay muchos detalles de los que no tenemos conocimiento. Por favor, compártalos con nosotros.

Puesto que desconfiaba incluso de la seguridad de las conexiones inalámbricas de la sala, Geary se acercó a los mandos del visualizador que había situados en la mesa y conectó su unidad de comunicaciones. El campo de estrellas se desvaneció para dar paso a unas imágenes que nunca olvidaría: un enjambre de naves destrozadas de la Alianza que avanzaba tras una muralla compuesta por los buques de guerra menos dañados; ambas formaciones se enfrentaban a un abanico de buques de guerra síndicos que disfrutaba de una evidente superioridad numérica. La situación del sistema estelar nativo síndico en el momento en que asumió el mando de lo que quedaba de la flota de la Alianza después de que esta entrase en combate para zafarse de la emboscada inicial que le había tendido el enemigo. Los recuerdos que Geary conservaba de aquellos días después de que lo despertaran y antes de sufrir aquella crisis se fueron atenuando tras el velo de estrés postraumático contra el que había estado luchando, intentando asimilar que había permanecido todo un siglo sumido en el sueño de supervivencia. Pero después empezó a verlo todo más claro, a raíz de cuánto empezó a exigirse de él una vez que asumió el mando. Después de respirar hondo para relajarse, comenzó a recitar su informe.

Al principio titubeó.

—Ordené que la flota tomase rumbo al punto de salto hacia el sistema estelar Corvus. Durante la retirada, el crucero de batalla Resistente se sacrificó para impedir que la vanguardia síndica alcanzase y destruyese más buques de guerra de la Alianza

antes de que pudieran saltar. —El Resistente lo comandaba Michael Geary, su sobrino nieto, quien lo superaba en edad y albergaba un profundo resentimiento por haber crecido a la sombra del legendario Black Jack Geary.

La mujer fornida tomó la palabra.

—¿Sabe si el comandante Michael Geary sobrevivió a la pérdida de su nave?

—No, señora, lo ignoro.

La consejera hizo un exagerado gesto de compasión, pero otro de los senadores intervino con más exigencia.

—¿Ha traído la llave síndica de hipernet proporcionada por el traidor síndico?

—Sí, señor —confirmó Geary, que no sabía por qué aquella pregunta se le formulaba en tono acusador.

—¿Por qué no volvió a emplearla? ¿Por qué no se apresuró a llevar a la flota de vuelta a casa? —insistió el senador, presionándolo.

—Porque a los síndicos les resultaría muy sencillo reforzar los sistemas estelares con puertas hipernéticas que hubiera a lo largo de nuestra trayectoria —explicó Geary confiando en que su respuesta no sonase demasiado cortante—. Sabíamos que debíamos llevar la llave al espacio de la Alianza, pero para ello teníamos que evitar las puertas hipernéticas de los síndicos. Intentamos utilizarla en Sancere, pero el enemigo atacó su propia puerta hipernética para colapsarla antes que nosotros.

—Entonces es inútil. —El senador miró furioso de un lado a otro, como si desafiase a los demás a contradecirlo.

—No —replicó Geary, esperando que sus palabras sonaran tan firmes como respetuosas—. Es un elemento vital. La llave ha sido analizada y se están fabricando varias copias, aunque se me ha informado de que este proceso requerirá algún tiempo. La original está de nuevo en el Intrépido, donde seguirá sirviéndonos para usar la hipernet del enemigo. El único modo que los síndicos tienen de arrebatarnos esta ventaja es colapsando la totalidad de su hipernet, lo que beneficiaría enormemente a la Alianza, tanto económicamente como desde un punto de vista militar. Hay otros aspectos que trataré más...

—Ahora quiero saber... —empezó a decir el senador.

Navarro intervino también en ese momento con su voz cortante.

—Ahora dejaremos que el capitán Geary termine de exponer su informe, y después le plantearemos las preguntas que nos puedan surgir.

—Pero los datos referentes a los colapsos de las puertas hipernéticas...

—Lo debatiremos después del informe —insistió Navarro. El otro hombre miró a su alrededor en busca de alguien que lo apoyase, pero al no encontrar a nadie se apaciguó, aunque no sin dirigirle una mirada ceñuda a Navarro.

Geary prosiguió y el visualizador pasó a mostrar el avance de la flota de la Alianza a través del sistema estelar Corvus; a continuación, un sistema estelar tras



otro, combate tras combate, mientras Geary hablaba con voz monótona de las reservas de células de combustible y de alimentos, que no dejaban de descender, y de los enfrentamientos desesperados contra los síndicos, que nunca dejaban de tenderle trampas a la flota de la Alianza.

El almirante Otopa, que obviamente no estaba acostumbrado a que otro oficial le robase el protagonismo, estuvo escuchando con cada vez mayor impaciencia, hasta que aprovechó una pausa de Geary para tomar la palabra.

—Señores miembros del gran consejo, en mi opinión el capitán Geary no está describiendo con veracidad el desarrollo de aquellos combates.

Todos los ocupantes de la mesa, en cuyos rostros se dibujaban todo tipo de expresiones, se volvieron hacia Otopa, aunque solo Rione habló.

—¿En serio, almirante? ¿Quiere decir que los registros de los buques de guerra de la Alianza y los informes de sus oficiales al mando fueron falsificados? —preguntó en un tono engañosamente templado.

—¡Sí! —bramó Otopa—. Nuestros ancestros conocían el secreto de la victoria, la guerra total, que llevaba a todos los capitanes a competir por ver quién demostraba más valor y golpeaba antes y más duramente al enemigo. ¡Las victorias de las que nos están hablando ahora atentan contra esos principios! No pueden ser ciertas, no si queremos honrar a nuestros ancestros.

Geary miró a Otopa con incredulidad y poco a poco se fue dando cuenta de que ahora todos lo observaban a él y esperaban a que respondiese al almirante, que lo miraba a su vez con engreimiento.

—Almirante —empezó a decir Geary con voz pausada—, mi honor ya ha quedado en entredicho con las acusaciones que usted acaba de verter sin ninguna prueba que las sostenga. También ha puesto en tela de juicio el honor de todos y cada uno de los oficiales y tripulantes de la flota. Jamás he insinuado que les falte valor o que no consiguieran hostigar al enemigo hasta agotarlo. Las naves y los tripulantes que perdimos a lo largo de nuestro arduo viaje de regreso a casa son una prueba mucho más creíble que cualquier cosa que yo pueda decir para alabar el coraje de nuestros hombres.

—Pero no... —empezó a decir Otopa.

—No he terminado, almirante. —Geary se las había visto con demasiados oficiales recalcitrantes desde que estaba al mando de la flota como para ahora aguantar a Otopa sin protestar, fuera cual fuese su rango. Por un momento vio a Numos metiendo la pata en Kaliban, a Falco dirigiendo sus naves a la perdición en Vidha y a Midea cargando a ciegas hacia su destrucción con la Paladín en Lakota, y ya no le quedaba más paciencia para seguir soportando a ningún necio más—. Nuestros antepasados luchaban con coraje, pero también con sensatez. Lo sé porque yo estaba allí. Cada vez que entablaban un combate o se sacrificaban, querían que no

fuera en vano. Yo he tenido el honor de comandar las naves de nuestra actual flota, así como a los hombres y mujeres que las tripulan, y asimismo he tenido la fortuna de enseñarles cómo luchaban de verdad nuestros ancestros. En un combate debemos competir contra nuestro enemigo, no entre nosotros. El trabajo en equipo por el que tiene que regirse una flota bien entrenada y disciplinada no impide que demos nuestro coraje y nuestra valía, pero eso es algo que no debemos hacer descuidando nuestro deber para con el pueblo y los mundos que hemos de proteger.

Otropa frunció el ceño como si le costara encontrar un argumento con el que protestar. El almirante Timbale, que permanecía a su lado, no parecía dispuesto a apoyarlo; de hecho, mantuvo la mirada fija en el extremo opuesto de la sala, como si no quisiera tener nada que ver con el otro almirante.

La mujer rechoncha rió entre dientes.

—¿Tiene alguna prueba que demuestre que los registros de la flota que acabamos de ver son falsos? —le preguntó a Otropa con tono burlón.

—No, señora senadora —respondió el almirante con voz ahogada—. Sin embargo, los resultados, según los cuales han destruido muchas más naves enemigas de las que hemos perdido nosotros...

—Entonces tal vez deberíamos dejar que el capitán Geary prosiga con su informe mientras usted se marcha en busca de esas pruebas —le sugirió la mujer.

Otropa se puso rojo, pero el senador Navarro afirmó con la cabeza y señaló la puerta con la barbilla.

Una vez que Otropa hubo salido de la sala, Geary guardó un silencio incómodo durante unos instantes y después continuó para exponer por fin los datos más confidenciales del informe: lo que sabían y lo que creían saber acerca de los alienígenas que ocupaban una región situada más allá del espacio síndico. Al principio, la expresión de los políticos civiles fue de incredulidad, aunque después esta se fue tornando en preocupación. Cuando Geary explicó que los alienígenas habían intentado provocar la destrucción de la flota de la Alianza en el sistema estelar Lakota, una de las mujeres sacudió la cabeza.

—Capitán, si hubiera alguna otra explicación, yo no dedicaría ni medio segundo a considerar esta posibilidad.

Geary frunció los labios.

—Créame, señora, si hubiera alguna otra explicación, nos habríamos decantado por ella tan rápido como usted.

Cuando explicó que los alienígenas habían introducido gusanos en los sistemas de navegación y comunicaciones de los buques de guerra de la Alianza, Timbale se quedó boquiabierto y el senador Navarro se inclinó sobre la mesa.

—¿Encontraron esos gusanos? ¿Nuestras naves han estado enviando su posición a esos... lo que sean?

—Todavía no hemos averiguado cómo funcionan —añadió Geary—. Encontramos un modo de purgar los sistemas de la flota, pero debemos suponer que otras naves e instalaciones de la Alianza seguirán infectadas con gusanos similares. Y también las de los síndicos.

—Me pregunto por qué ninguno de nosotros ha sabido nada de esto hasta ahora —preguntó el hombre delgado con un tono tan afable que puso algo tenso a Navarro.

—No estábamos atentos —respondió Rione—. Ninguno de nosotros. No a que apareciese algo así, que se basa en una tecnología mucho más avanzada que la nuestra o la de los síndicos.

—Tal vez —intervino la mujer menuda—. Aunque son muchas las razones por las que no estábamos atentos.

La mujer rechoncha profirió una carcajada.

—¿Está cuestionando la inteligencia o la moral del resto de consejeros, Suva?

Navarro, cuyo descontento era cada vez más obvio, se encargó de volver a imponer el orden en la mesa.

—Por favor, capitán Geary, continúe.

Todos se estremecieron cuando Geary reprodujo la desaparición del sistema estelar Lakota después de que los buques de guerra síndicos que protegían su puerta hipernética decidieran destruirla.

—Tuvimos mucha suerte. Tal como indiqué en informes previos, los expertos aseguran que la descarga de energía liberada durante el colapso de una puerta hipernética puede equipararse a la de una nova. —Los senadores se encogieron un poco más en sus asientos—. Creemos que los alienígenas tienen la capacidad de provocar el colapso espontáneo de las puertas hipernéticas tanto del espacio de la Alianza como del de los Mundos Síndicos. Esta parece ser la única explicación a lo que ocurrió en Kalixa.

Timbale asintió rápidamente con la cabeza.

—Enviamos una nave de reconocimiento a Kalixa. Acaba de regresar. El sistema estelar ha quedado devastado por completo.

El senador Navarro retiró poco a poco la mano con la que se había tapado los ojos.

—Entonces lo que en realidad le preocupaba no eran los colapsos espontáneos, como anunció en el mensaje que la flota emitió al llegar a Varandal. Sino que los alienígenas empezaran a provocar el colapso de las puertas hipernéticas.

—Sí, señor. Como hicieron en Kalixa. Sin embargo, me pareció más sensato no transmitir esa información.

La mujer menuda sacudió la cabeza.

—Ya causó bastante conmoción con el mensaje que le envió a todo el mundo. Aquellas imágenes de Lakota solo sirvieron para sembrar el pánico.

Rione tomó la palabra.

—Consideramos que todo el mundo debía comprender la importancia de instalar un sistema de seguridad en sus puertas hipernéticas lo antes posible.

—No cabe duda de que lo han conseguido —convino Navarro, que exhaló un largo suspiro—. Justo antes del comienzo de esta reunión se me ha informado del colapso de la puerta hipernética del sistema estelar Petit. Les llevó su tiempo saltar al siguiente sistema estelar con puerta hipernética y enviarnos el aviso. Gracias al sistema de seguridad que habían terminado de instalar tan solo doce horas antes de la explosión, la descarga de energía resultante no fue mayor que la de una erupción solar de alcance medio.

El almirante Timbale miró a Geary.

—A lo largo de los últimos cincuenta años hemos construido muchos astilleros en Petit. Aparte de estar densamente poblado, es muy importante para el esfuerzo bélico de la Alianza. Si lo que sucedió en Kalixa hubiera ocurrido en Petit, habría sido una tragedia horrible, y un golpe fatal para nuestras defensas.

—¿Todos los sistemas estelares de la Alianza que cuentan con una puerta hipernética tienen sistemas de seguridad instalados? —preguntó Rione.

—Deberían —contestó Navarro—. Todavía no hemos recibido la confirmación de todos los planetas, pero incluso la puerta del sistema estelar Sol, que se encuentra en la región más lejana de la hipernet de la Alianza, debería tener instalado ya el dispositivo de seguridad.

Uno de los senadores, de complexión achaparrada, sonrió.

—¡Por fin tenemos un arma que nos permitirá ganar esta guerra! ¡Disponemos de sistemas anticolapso, y los síndicos no! Podemos destruir sus puertas, arrasar sus sistemas estelares y...

—¿Se ha vuelto loco? —lo interrumpió Suva, la senadora delgada—. Ya ha visto lo que hizo en Lakota una sola puerta.

—Pero nos serviría para ganar la guerra —admitió a regañadientes la mujer rechoncha.

Geary los vio dudar, tal como Rione, sus oficiales de más confianza y él mismo habían supuesto que harían. Los líderes de la Alianza, al conocer la existencia de un arma inhumana con la que podrían ponerle fin a cien años de encarnizado conflicto, estaban planteándose muy en serio la posibilidad de empezar a provocar explosiones de la potencia de una nova en sistemas estelares habitados por el hombre. Pero antes de que pudiera decir nada, Rione habló:

—No, no nos serviría. Los síndicos también saben que sus puertas se pueden colapsar, por lo que ya habrán instalado sus propios sistemas anticolapso.

—¿Está segura? —le preguntó otro senador a Rione.

—Sí —contestó Rione con rotundidad—. Sabemos que los síndicos disponen de

esa tecnología.

—Debo añadir —dijo Geary— que presentaría mi dimisión antes que ejecutar la orden de colapsar las puertas hipernéticas con el objetivo de devastar sistemas estelares ocupados por el hombre.

Navarro agitó la cabeza.

—¿Presentaría su dimisión? ¿No se limitaría a rechazar esa orden?

—El reglamento de la flota de la Alianza no contempla la opción de negarse a cumplir una orden oficial, señor. Permítame recordarle también, señor, que para destruir una puerta hipernética es preciso que varios buques de guerra se acerquen a la misma a fin de disparar contra sus ronzales. Por tanto, la explosión también destruirá esas naves.

—Una misión suicida —comentó Navarro.

—¡Pero piensen en todo lo que podríamos conseguir! —insistió otro de los senadores—. ¡El pueblo y las fuerzas armadas de la Alianza esperan que tomemos decisiones difíciles que nos permitan ganar la guerra! Si ello implica intentar utilizar las puertas hipernéticas de los síndicos a modo de armas a costa de perder los buques de guerra de la Alianza enviados a cumplir con su deber...

—Lo que esperan es que utilicemos el sentido común a la hora de tomar decisiones que pongan en riesgo su vida —replicó Navarro—. Quizá a usted le parecería difícil enviar a alguien a su última misión, pero estoy seguro de que sería mucho más complicado para los que fuesen a morir.

—¡Tenemos que vencer! Tal vez algunos no deseen la victoria...

—¡No tiene ningún motivo para lanzar ese tipo de acusaciones contra un miembro del consejo! —gruñó otro de los senadores.

—Puede que no haya pruebas... —comentó otro consejero.

—Me pregunto —intervino Navarro para zanjar la discusión— si la Alianza habría salido ganando si los marines hubieran acompañado al capitán Geary hasta esta sala. —Durante el asfixiante silencio que se produjo a continuación, Navarro fue acuchillando con los ojos a cada uno de los senadores—. ¿Podríamos ganar arrasando los sistemas estelares habitados por el hombre? ¿A qué precio? ¿A costa de nuestra propia humanidad? —Los senadores se miraron los unos a los otros sin que ninguno pareciera conocer la respuesta a esa pregunta. Por fin, el senador Navarro se encogió de hombros—. Parece que ya nadie contempla la posibilidad de emplear las puertas hipernéticas a modo de armas, de modo que no es necesario que continuemos debatiendo esa opción. Personalmente, les doy gracias a mis ancestros por no tener que tomar una decisión así, y a las estrellas vivas por que hayamos identificado y controlado el peligro.

Navarro guardó silencio y volvió a mirar a Geary.

—En mi opinión, saber qué tipo de amenaza suponían las puertas y cómo usarlas

a modo de armas podría aportarle una ventaja decisiva a quien deseara hacerse con el control del Gobierno de la Alianza o aprovecharse de la histeria que hubiera desatado el colapso de las puertas del espacio de la Alianza. Sin embargo, usted ha compartido con nosotros la información que posee.

—En ningún momento pensó en utilizarla con otros fines —comentó Rione—. Comprende que los políticos debatan sobre esa opción, pero por suerte rechaza esa posibilidad.

—Por suerte, desde luego —convino Navarro con aspereza—. Esta noche tengo muchas cosas que agradecerles a mis ancestros. Además, podría haberse apropiado de la llave síndica de hipernet, puesto que supone una gran ventaja para cualquier tropa de la Alianza. Se podría haber convertido en una figura imprescindible, capitán.

Geary se preguntó si los senadores habrían adivinado su reacción.

—Lo último que deseo es ser imprescindible, señor.

—Es justo lo que ansían algunos para que no les falte trabajo, capitán Geary. Continúe con su informe, por favor.

Ya no le quedaban muchos datos que recitar. Relató los últimos enfrentamientos, hasta que se produjo la batalla de Varandal, cuando su flota llegó a casa.

—¿Está seguro de que los síndicos planeaban derribar la puerta hipernética de este sistema para vengarse del colapso de la puerta de Kalixa? —inquirió la mujer rechoncha.

—Es la explicación que encontramos más razonable, señora senadora, y encaja con las acciones que los síndicos realizaron durante ese período. Me gustaría añadir que la valerosa defensa de Varandal que llevaron a cabo aquí los tripulantes y los buques de guerra de la Alianza antes y después de nuestra llegada bien puede haber sido crucial para desbaratar los planes de los síndicos.

Navarro se dirigió al almirante Timbale.

—¿Qué nos dijeron acerca de todo esto los prisioneros de las naves síndicas que destruimos aquí? Formaban parte de esa flotilla de reserva, ¿verdad?

Timbale apretó los labios mientras formulaba su respuesta.

—La mayor parte de ellos no parecía saber nada al respecto, ni por qué los destinaron a una frontera tan alejada de la Alianza. Sí que se habían extendido los rumores sobre un enemigo misterioso, pero en general los síndicos apenas disponían de datos veraces. Al interrogarlos, algunos de los prisioneros más veteranos revelaron que en efecto pretendían colapsar la puerta hipernética de este sistema estelar con el objetivo de arrasarlo como represalia por lo de Kalixa. Asimismo, confesaron que sabían que el extremo más alejado del espacio síndico respecto del de la Alianza estaba ocupado por una especie inteligente y no humana. Después pudimos confirmar que su misión era esa, defenderse de esos seres. Así y todo, no parecen disponer de datos concretos acerca de esos alienígenas; al menos no hemos logrado sacárselos ni

engañarlos para que hablen.

—Pero ¿confirmaron la existencia de esos seres? —preguntó otro de los consejeros.

—Sí, senador. Es decir, es lo que sus patrones neuronales mostraron en los interrogatorios.

—¿Y se trata de seres hostiles?

Timbale vaciló.

—Los prisioneros síndicos no nos lo confirmaron, pero no cabe duda de que estaban preocupados por los alienígenas. —Miró a Geary esbozando una sonrisa tensa—. A mi modo de ver, el hecho de que los síndicos mantuvieran una potente fuerza naval en una región tan alejada de la Alianza es una prueba de que no se fían de los alienígenas.

La senadora Suva sacudió la cabeza.

—¿Por qué la existencia de estos seres no salió a la luz en los interrogatorios que ya se les había hecho a otros prisioneros? No es la primera vez que capturamos a un director general síndico.

Rione le respondió.

—Nadie les hizo esas preguntas. No tenían motivo. No había ninguna razón para preguntarles acerca de la posible presencia de una especie inteligente y no humana en el extremo más alejado del espacio de los Mundos Síndicos.

—Sin embargo, usted sí que los descubrió —comentó Navarro mirando a Geary.

—No es algo que averiguara yo solo, señor —negó Geary—. Además, también tuvimos acceso a distintos registros y territorios síndicos que el personal de la Alianza no ha visto. Se trata de una combinación de varios factores.

De pronto, Navarro parecía mucho más viejo.

—¿Cree que los alienígenas podrían haber provocado la guerra entre la Alianza y los Mundos Síndicos?

—Creemos que es una posibilidad razonable. Encaja con lo que sabemos y explica algunas cosas que de otro modo no tendrían sentido.

Otro de los senadores habló con tanta amargura que Geary casi podía palparla.

—Aunque así fuese, los síndicos seguirían siendo los responsables de esta guerra, de todo el daño y el sufrimiento que hemos tenido que soportar.

—No se lo discuto, senador —dijo Geary—. Los líderes síndicos tomaron una decisión. No obstante, si los alienígenas los engañaron para que nos atacaran, tendríamos otra evidencia de que nos consideran una amenaza de la que deben librarse. Esto también encajaría con el empleo de la tecnología de hipernet a fin de engañar no solo a los síndicos, sino a toda la humanidad, con el objetivo de que sembremos nuestros sistemas estelares de minas de increíble potencia.

—¿Han consultado a los expertos en la hipernet? —preguntó Navarro—. ¿Están

de acuerdo con la teoría de que la de la hipernet es una tecnología que los alienígenas pusieron a disposición de los dos bandos humanos que contienden en esta guerra, y con que la puerta hipernética de Kalixa no pudo colapsarse de modo espontáneo?

—Sí, señor. Es decir, he hablado con los expertos de la flota. No he consultado con expertos externos, puesto que aún no estoy autorizado a ello, dada la confidencialidad del asunto. —Geary bajó la vista por un momento—. Por desgracia, la mejor experta de la flota en la hipernet, la capitana Crésida, murió en el combate librado aquí, en Varandal, cuando su nave, el crucero de batalla Furiosa, fue destruido.

—¿Jaylen ha muerto? —boqueó un senador que hasta ahora había permanecido en silencio—. No lo sabía. Oh, maldita sea. Conozco a su familia. Pero ¿dice que fue ascendida a capitán?

Geary afirmó con la cabeza.

—Una promoción de campo. Tuve ocasión de proponer diversos procesos de este tipo, los cuales paso a presentar formalmente en este momento ante mis superiores a fin de que los aprueben y confirmen. Confío en que el Gobierno los considere de modo favorable. También se tomaron distintas medidas disciplinarias y se impusieron cargos conducentes a consejo de guerra, de los cuales lamento informar, aunque espero que sean validados.

Los miembros del gran consejo miraron a Geary durante unos instantes con distintas expresiones en sus rostros. Después Navarro dejó escapar una risa apagada mientras desplegaba el documento del informe de Geary.

—Lo siento, capitán Geary, pero en ocasiones se expresa de un modo un tanto... en fin, anticuado. En el buen sentido, por supuesto. ¿Por qué cree que sus superiores tienen que confirmar los nombramientos y promociones de campo?

Geary miró al senador.

—Di por sentado que las cosas seguían funcionando de la misma manera.

—En la actualidad la flota actúa con algo más de autonomía —le hizo saber Navarro con sequedad—. Veamos qué tiene aquí. Solicita que confirmemos distintas promociones de campo, como el ascenso de la comandante Crésida a capitana. No veo ningún inconveniente en ello. Recomienda que la coronel Carabali sea ascendida a general, a la luz de su actuación mientras se encontraba a su mando. Tenga por seguro que lo debatiremos con detenimiento.

La senadora Suva volvió a intervenir.

—¡Una unidad de marines perfectamente preparados para entrar en combate se enfrentó a las tropas de la Alianza e impidió que cumplieran sus órdenes! ¿A qué, o a quién, guarda lealtad la coronel Carabali?

—A la Alianza —respondió Geary con firmeza.

—Hoy en día eso puede significar muchas cosas —apuntó con tono agrio la mujer



rechoncha.

—Sí —convino con cansancio el senador Navarro. Guardó silencio mientras repasaba la lista de las recomendaciones de Geary—. Numos. Falco. Una vez coincidí con Falco, hace mucho tiempo. Kila. Ya no podemos hacer nada por ella. Que las estrellas vivas la juzguen como se merece. —Después Navarro miró de nuevo a Geary—. Sigo buscando una cosa, y no la veo aquí.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Geary temiendo haber omitido algún dato importante.

—No encuentro ninguna mención a su persona, capitán Geary.

Geary frunció el ceño, desconcertado.

—No le comprendo, señor.

—No solicita nada para usted mismo, capitán. Ni un ascenso, ni una condecoración... Nada.

—No sería apropiado —adujo Geary.

Algunos de los políticos se rieron. El almirante Timbale parecía avergonzado.

Navarro sonrió brevemente antes de recuperar su expresión grave.

—Ha hecho cosas extraordinarias, capitán Geary. Estas hazañas, junto con la reputación legendaria de Black Jack Geary, que nuestro Gobierno tanto se ha esforzado por difundir, lo convierten en una figura muy, muy poderosa. ¿Qué es lo que quiere, capitán?

## Capítulo 2

LA tensión que imperaba en la sala se multiplicó al instante. Geary midió sus palabras con suma cautela, consciente de que debía dejar clara su postura y de que no podía permitirse dar lugar a malentendidos.

—En mi informe recojo todas mis recomendaciones en detalle, pero, en resumen, solicito que se me permita permanecer al mando de la flota, señor. Asimismo, solicito que el Gobierno y mis superiores militares consideren de modo favorable el plan de acción que he trazado.

—Solicita. Estoy seguro de que sabe que podría exigir esas cosas.

—No, señor, no podría —objetó Geary.

—Deje de tomarnos el pelo, capitán —bufó la senadora Suva con gesto sombrío—. Todos sabemos lo que podría conseguir con solo chasquear los dedos.

—Señora senadora, es posible que tenga el poder de exigir la ejecución de determinadas acciones, pero no puedo hacerlo. Presté juramento a la Alianza, y no lo romperé bajo ningún concepto. Estoy sujeto a sus órdenes y a su autoridad.

La mujer rechoncha miró a Geary con los ojos entornados y la expresión cada vez más adusta.

—Está poniendo su destino en nuestras manos, capitán, y el de la Alianza en las de un grupo de personas a las que seguramente considera menos capaces de lo que deberían, dadas nuestras responsabilidades.

Geary no esperaba encontrarse con un miembro del Senado que abogase por un golpe de Estado. Disimuló su sorpresa lo mejor que supo y continuó hablando con calma.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser el dueño de mi destino, señora senadora. Juré obedecer toda orden oficial, y así lo haré. Y si alguna vez no pudiera acatar una orden en buena conciencia, presentaría mi dimisión.

Rione decidió intervenir de nuevo y habló con sosiego pero con firmeza.

—Lo dice en serio. No es una simple pose. Al principio yo albergaba las mismas sospechas que ustedes; temía que Black Jack no ansiase sino convertirse en un dictador, que se aprovechase de su posición en el Ejército para derrocar la autoridad política. —Por un instante posó la mirada en la mujer rechoncha y en otro de los senadores, como si pretendiera insinuar que aquellos dos consejeros en concreto no albergaban sospechas sino esperanzas—. Así y todo, he llegado a conocer lo suficiente al capitán Geary para poder asegurarles que no miente. Sométanlo a un interrogatorio y comprobarán que no tiene la menor intención de engañarlos. Señores senadores, el capitán Geary no se ha dejado corromper por estos cien años de guerra. Jamás ha dejado de creer en los valores de nuestros ancestros. Jamás ha dejado de creer en ustedes.

Algunos miembros del consejo apartaron la mirada, como si se sintieran avergonzados, pero Navarro clavó sus ojos en ella.

—Hemos sabido que llegó a establecer lazos muy estrechos con el capitán Geary, señora copresidenta. ¿Su opinión no podría adolecer de cierta parcialidad?

—Mantuvimos una relación física —admitió Rione con naturalidad—. Durante un breve período. —A continuación se deshizo de su aire relajado, se sentó derecha y volvió a endurecer su voz con una rigidez formal—. En algunos documentos que la flota consiguió en el espacio síndico se afirma que el enemigo capturó a mi marido con vida. Es posible que aún siga vivo. Mi lealtad es para con la Alianza y para con él.

Uno de los senadores estaba sacudiendo la cabeza.

—¿Durmió con otro hombre cuando su marido aún podría estar vivo? No tengo palabras para expresar semejante deshonra...

Pese a que solía mantener sus emociones bajo control, Rione se puso roja de ira, pero Geary se le adelantó.

—No sabíamos que su marido podría seguir con vida —explicó—. No por aquel entonces. La copresidenta Rione es una mujer honorable.

—En cambio usted, senador Gizelle —susurró Rione cortando el silencio que siguió a las palabras de Geary—, no reconocería el honor ni aunque le echase las manos al cuello y se lo apretase hasta que le reventase la cabeza.

Navarro se puso de pie y golpeó la mesa de nuevo para zanjar la riña.

—Es suficiente. Límitese a responder a la pregunta, senadora Rione. ¿Es su opinión imparcial?

—Sí. —Rione sacudía la cabeza mientras miraba a su alrededor, como si hubiera recuperado el control sobre sí misma—. Todos los presentes saben lo que el capitán Geary podría estar haciendo en este instante. Y lo que podría haber hecho ya. Podría estar en el sistema estelar Unidad acompañado de un séquito de buques de guerra y tener a todo el Senado bajo arresto, acciones por las que el pueblo de la Alianza lo aclamaría. ¿Sabe cuánto tardó en darse cuenta de que podría ser así? Pues bien, nunca se le pasó por la cabeza. Y sigue sin pasarsele. Pero hay quienes actuarían supuestamente en su nombre, y nosotros tenemos que impedirles comenzar algo que después tal vez nadie podría parar. De modo que, por favor, olvídense de tonterías como intentar arrestar al capitán Geary. Nunca utilizará su poder contra la Alianza.

—Es lo que quiero creer —dijo Navarro—. Aunque no sé si debería arriesgarme a hacerlo.

—En ese caso, permítame que le muestre una cosa. —Rione descargó un archivo y lo activó. A continuación Geary se vio a sí mismo en el puente del Intrépido. Se preguntó cómo habría accedido Rione al registro de la nave y dónde se habría realizado esa grabación, lo que descubrió al oír lo que se estaba diciendo. La

secuencia recogía sus palabras y su reacción al averiguar que el personal de la flota de la Alianza estaba planeando asesinar a los prisioneros de guerra como si se tratara de una tarea rutinaria.

Cuando el vídeo terminó, Rione señaló a Geary.

—Esto sucedió en Corvus, poco después de que asumiera el mando. ¿Creen que estaba actuando? Puedo asegurarles que no. Señores senadores, los que hablaban eran nuestros ancestros, a través de la voz de este hombre.

—Me gustaría hablar con los míos —murmuró Navarro, que bajó la mirada por un momento antes de volver a dirigirla hacia Geary—. Haga el favor de resumirnos las acciones que recomienda emprender, capitán Geary. Puesto que no tiene intención de traer a la flota a Unidad para meternos entre rejas de una patada en nuestro patético culo, ¿adónde pretende llevarla?

Geary jamás se había imaginado informando en persona al gran consejo, aunque eso siempre le habría parecido más probable que la posibilidad de que el presidente de este órgano le formulara una pregunta en esos términos. Desplegó de nuevo el visualizador estelar.

—He trazado dos líneas de acción. En primer lugar, creo que es decisivo que hagamos un seguimiento de los daños causados a la flota síndica durante los últimos enfrentamientos. Con el tiempo, el enemigo puede renovar sus tropas, pero si actuamos con prontitud, podríamos obligarlos a que no sigan prolongando este conflicto. —Cuando el visualizador pasó a centrarse en una estrella, Geary oyó suspirar a los ocupantes del otro lado de la mesa.

—¿El sistema estelar nativo síndico? —preguntó la mujer rechoncha con incredulidad—. ¿No es de ahí de donde vienen, capitán Geary? ¿De una trampa de la que sacó a la flota de milagro?

—Sí, señora, pero ahora la situación es distinta. La flota síndica ha quedado diezmada. Algunos buques de guerra escaparon de aquí cuando repelimos su ataque, pero aunque esas naves se unan a las que el enemigo haya construido recientemente, todavía tenemos muchas posibilidades. —Geary señaló la estrella—. Conseguimos traer a casa la llave síndica de hipernet, y ahora podemos utilizarla para transportar rápidamente nuestra flota al sistema estelar nativo síndico, eliminar sus defensas y exigir iniciar una negociación seria con los líderes síndicos. Ahora tenemos la oportunidad de atacar con rapidez y contundencia el corazón del espacio síndico.

—¿Y si los líderes síndicos se niegan a iniciar una negociación seria? —preguntó Navarro, que había acomodado la barbilla sobre un puño formado con las dos manos.

—En ese caso, señor, pasaremos a utilizar municiones de alta penetración para propiciar los cambios necesarios en la cúpula síndica. —Geary había comprobado en muchas ocasiones que los líderes síndicos no dudarían en sacrificar a su pueblo mientras ellos permanecieran a salvo, pero esta vez no estaba dispuesto a darles esa

oportunidad.

—¿Cuáles serían los términos del acuerdo? —inquirió la senadora Suva.

Rione se encargó de responderle.

—Eso es algo que tendrá que decidir el consejo, pero yo sugeriría sopesar lo que ganaríamos al presentarles nuestras exigencias, por poco que fuese, y el coste de que la guerra continúe. Recomiendo proponerles a los síndicos el cese de las hostilidades y la restauración de las condiciones previas a la guerra, incluyendo el intercambio de los prisioneros vivos y de la información relativa a todos los prisioneros hechos a lo largo de la guerra.

—¿Todos nuestros sacrificios habrían sido en vano? —exclamó la mujer rechoncha.

—También los de los síndicos —observó Navarro—. Tiene mucha razón, senadora Rione, y sabe tan bien como nosotros en qué estado se halla la Alianza en estos momentos. —Algunos de los demás senadores empezaron a hablar, pero Navarro les indicó con la mano que guardaran silencio—. Capitán Geary, debatiremos su propuesta en privado, así como la sugerencia de la copresidenta Rione. ¿Cuál es su otra estrategia?

Geary extendió el brazo para señalar la región más lejana del espacio síndico.

—Que, si es posible, nos enfrentemos a lo que quiera que haya allí. No tenemos ni idea del peligro que representan, ni de la extensión de su territorio, ni de cuáles son sus cualidades. Sabemos con seguridad que utilizan una tecnología más avanzada que la nuestra en algunos aspectos, puesto que, por ejemplo, emplean sistemas de comunicaciones más rápidos que la luz. Además, han mantenido a raya a los síndicos y los han expulsado de varios sistemas estelares, algo que, por lo que sabemos sobre los síndicos, no debió de resultarles muy fácil. Sin embargo, han estado jugando con la humanidad: nos engañaron para que colocásemos bombas de la potencia de una nova en nuestros sistemas estelares principales; arrasaron a propósito por lo menos un sistema estelar ocupado por el hombre, Kalixa; y según lo que me han contado, intentaron hacerlo otra vez con Petit. Esos seres deben entender que tienen que dejar de controlar a la humanidad, y de atacarla.

A continuación se produjo un silencio prolongado que uno de los senadores rompió cuando cerró los ojos y preguntó con voz grave:

—¿Tenemos que comenzar otra guerra?

—No, señor. Eso es lo último que deseo. Aun así, es probable que se esté gestando un nuevo conflicto sin que nosotros lo sepamos. Es perentorio que detengamos también ese nuevo enfrentamiento o, por lo menos, que negociemos un alto el fuego.

Rione señaló el visualizador estelar.

—Los síndicos mantenían la flotilla de reserva en la frontera más alejada de

nosotros para disuadir a los alienígenas. Ahora la flotilla ya no está; la mayoría de sus naves fueron destruidas, y es posible que las que se salvaron se estén reagrupando para organizar una defensa desesperada del sistema estelar nativo síndico. ¿Qué harán los alienígenas cuando se encuentren con una presa tan fácil?

—¿Qué más da? —gruñó la mujer rechoncha—. Son síndicos.

—Son humanos, senadora Costa —replicó Rione—. Y, con cada sistema estelar que se les arrebató, la humanidad se debilita un poco más, lo que aumenta la peligrosidad de los alienígenas.

La senadora Suva soltó una carcajada.

—¿Está diciendo que debemos dejar de luchar contra los síndicos para convertirnos en sus aliados? ¿Quiere que los defendamos?

—Se trata de defendernos nosotros —la corrigió Rione—. No debemos dar por sentado que esta raza inteligente nos tratará mejor que a los síndicos solo porque nosotros nos consideremos mejores que estos.

El senador Navarro no apartaba los ojos de la región espacial donde el territorio de los alienígenas colindaba con el de los síndicos.

—Si es cierto que existe otra raza inteligente...

—Podría haber muchas más —concluyó Rione—. Y en estos momentos los síndicos se encuentran entre nosotros y la región donde podría habitar esa raza.

El almirante Timbale cogió aire, sorprendido.

—Si nos implicamos en la defensa de esa frontera, ¿podremos acceder a lo que haya al otro lado!

—Exacto —convino Geary—. Por tanto, si ponemos a los síndicos contra las cuerdas, podríamos obligarlos a negociar. Como poco, si conseguimos ponerle fin a la actual guerra contra los síndicos, podríamos enviar algunas naves a esa zona y ver qué podemos aprender; quizá incluso podríamos establecer contacto con esos seres.

Navarro hizo un gesto de aprobación.

—Es una posibilidad fascinante. De acuerdo, capitán Geary. Salvó a la flota de la Alianza y, de hecho, a la propia Alianza; prácticamente aniquiló a la flotilla síndica y estableció las condiciones necesarias para exigir el fin de la guerra; descubrió y neutralizó una amenaza para la humanidad; y definió la posibilidad razonable de que exista una raza inteligente y no humana. ¿Hay algo más?

—Por el momento, no, señor.

—Gracias, capitán Geary. Ahora, si la senadora Rione, el almirante Timbale y usted son tan amables de abandonar la sala, pasaremos a estudiar su informe y sus recomendaciones.

—Algunos todavía tenemos preguntas que hacer —dijo uno de los consejeros.

—Se realizarán en la sesión privada —aclaró Navarro desafiando con los ojos al otro hombre.

Geary esperó un momento para asegurarse de que podía irse, después saludó de nuevo, giró sobre sus talones, aguardó a que Rione y Timbale salieran y abandonó la sala detrás de ellos. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el almirante Timbale se acercó a él.

—Gracias, capitán Geary. Asistir a esta reunión era muy importante para mí. Me aterraba la idea de que me metieran en el mismo saco que al Yunque.

Geary asintió con la cabeza en respuesta.

—Estamos en la misma flota, señor.

—Tiene toda la razón.

—Hablando de lo cual... —Timbale se giró hacia Rione—. Señora copresidenta, con su permiso, iré a ver qué están haciendo Otopa y Firgani.

—Gracias, almirante.

Cuando Timbale empezó a alejarse raudo por el pasillo, Geary respiró hondo, exhaló el aire poco a poco, y miró a Rione.

—Supongo que nos están vigilando.

Rione miró su brazalete y acarició dos de las joyas que este llevaba engastadas.

—Es lo que intentan, pero no podrán anular mis interferencias. Después de volver pude actualizar mis sistemas, de modo que vuelven a llevar incorporadas las últimas mejoras.

Otro de los trucos de Rione del que Geary no se había percatado.

—Pero ahora saben que lo lleva puesto.

—Todos los políticos llevan encima algún dispositivo de seguridad. Los más pequeños sirven para que nadie pueda espiar sus conversaciones sobre sobornos, compras de votos o cualquier otro tipo de corrupción. Los políticos más importantes son los que llevan los aparatos más complejos. —Agitó la cabeza—. Les habría extrañado que no llevase ningún dispositivo de este tipo, de modo que habrían pensado que cuanto les dejara ver y oír sería puro teatro. No se preocupe.

—Lo intentaré. Creía que las cosas habían salido bien en la reunión.

—Tal vez.

—Esa senadora, Costa, parecía desempeñar un papel de apoyo.

Rione dejó brotar una risa breve.

—Sí y no. Costa cree que apoya a los militares, pero habría votado por ordenar las misiones suicidas que hicieran falta para colapsar las puertas hipernéticas síndicas. Usted se dio cuenta igual que yo. Y no me cabe ninguna duda de que habría visto con buenos ojos un golpe de Estado. No para obtener un beneficio personal, sino por un falso sentido del patriotismo. No espere que Costa haga lo más conveniente. —Levantó la vista hasta el techo—. Mi equipo dice que ahí arriba hay varias cámaras, pero mi generador de interferencias está nublando las imágenes, de modo que no pueden leernos los labios. En cualquier caso, no puede contar con

Costa, aunque nos puede ser de utilidad si sabemos tratarla.

—No han sido muchos los consejeros que han mostrado su hostilidad abiertamente —dijo Geary.

—Usted lo ha dicho, «abiertamente». A Gizelle no le gusta, pero a mi modo de ver eso equivale a una medalla de honor. Es de los que verían en un golpe de Estado la oportunidad perfecta para enriquecerse y ganar más poder. —Rione sonrió a Geary con cansancio—. Es obvio que está un poco molesto porque lo considera un obstáculo en su camino. Nunca llegué a averiguar qué tratos hicieron Gizelle y el almirante Bloch, pero Gizelle trabajó muy duro entre bambalinas para que el plan de Bloch se aprobase, y los dos sabemos qué era lo que este ambicionaba.

Geary se frotó los ojos.

—¿Y el senador Navarro? ¿A qué venían esas indirectas contra él?

—Venían a que es sospechoso de haber hecho tratos clandestinos con los síndicos. Es del sistema estelar Abassas, que se encuentra cerca de la frontera. Los sistemas estelares de la Alianza circundantes han sido atacados en diversas ocasiones por los síndicos; sin embargo, Abassas no ha sido asediado nunca desde que Navarro ingresó en el gran consejo.

Como poco, el asunto parecía bastante turbio.

—¿Lo cree capaz de negociar con el enemigo?

Rione apartó la mirada por un momento con aire meditabundo.

—No me consta que las acusaciones de corrupción contra Navarro se hayan demostrado. Es decir, por supuesto que tiene enemigos que se encargan de acusarlo de corrupto, pero nunca han podido presentar pruebas fehacientes. Yo lo sabría aunque se hubiera tapado. Aparte de la extraña paz que impera en su sistema estelar nativo, no hay indicios que sugieran que haya cometido traición ni otros crímenes menores. —Guardó silencio por un momento—. En mi opinión, es tan honesto como podemos serlo cualquiera de nosotros en estos tiempos que corren, y creo que trabaja por hacer lo mejor para la Alianza. Aun así, ha tenido que transigir en muchos aspectos para mantener la estabilidad. Esa es la diferencia entre un buen comandante y un buen político, John Geary. Usted me ha enseñado que cuando un buen comandante pone en peligro la vida de sus hombres lo hace como último recurso y acuitadamente, aunque nunca duda si es necesario. Un buen político hace lo mismo con sus principios. Solo que para estos no se celebran funerales ostentosos.

—¿Quiere decir que Navarro es como usted?

—En muchos aspectos.

—En ese caso, a pesar de que Abassas no haya sufrido ningún ataque, podemos confiar en él.

Rione lo miró exasperada.

—Le aconsejo que no se fíe siempre de mí. Pero sí, en mi opinión terminará por



aprobar aquella línea de acción que estime más beneficiosa para la Alianza. Así y todo, ya ha visto que las sospechas que pesan sobre él le hacen muy difícil mantener el consejo bajo control.

Había otra cosa que intrigaba a Geary, que decidió despejar aquella duda de una vez.

—¿Es por eso por lo que Navarro permitió que el consejo aprobara el plan del almirante Bloch, teniendo en cuenta la oposición contra el mismo y la posibilidad de que Bloch intentase aprovechar su éxito para convertirse en un dictador?

—El cargo de presidente del gran consejo es temporal. —Rione se encogió de hombros—. Cuando se aprobó el plan de Bloch, la presidenta era Costa. Navarro recomendó desestimarlos, pero sus razones no fueron escuchadas a causa de las sospechas vertidas en su contra. Un traidor no querría que se aprobase un plan con el que se pudiera ganar la guerra, ¿no es así?

—Comprendo. Claro que no, ni ningún hombre prudente y leal, dados los riesgos que entrañaba el plan de Bloch. —Miró la puerta sellada—. ¿Por qué no me contó nada sobre los consejeros antes de que presentara mi informe?

—Porque prefería que hablase desde un punto meramente militar, sin condicionantes políticos, capitán Geary. —Rione suspiró—. Si le hubiera hablado del carácter de cada uno de ellos, podría haber reaccionado a nivel personal. Podría haber pasado a hablar como un político usted también. De este modo, se ha comportado con perfecta profesionalidad, se ha mantenido imparcial, como un modélico oficial militar que no pensaba en términos políticos, sino en cómo hacer su trabajo. —Soltó una risa sarcástica—. Tal vez no se diera cuenta de hasta qué punto logró desconcertarlos así. Esperaban encontrarse con otro político, aunque llevase puesto un uniforme, de modo que al no comportarse como esperaban, no tenían ni idea de cómo manejarlo. Hubo un momento en el que me di cuenta de que Navarro comprendió que usted no estaba actuando, que todo cuanto veía y oía era cierto, y fue en ese momento cuando empecé a convencerme de que esto puede salir bien. —En ese instante Rione volvió a cambiar de humor repentinamente y lo miró con aire burlón—. Menos mal que me tiene en el bote, ¿verdad?

Geary sintió el impulso de protestar, pero en el último momento se calmó y optó por darle una respuesta comedida.

—No sabía que estaba controlando todas mis comunicaciones.

—Y no lo hago —le aseguró Rione—. A quien controlo es a Badaya. Atravesar sus pantallas de seguridad es muy complicado gracias al diligente trabajo de la oficial al mando del Intrépido, pero en este caso en concreto me encontré con la transmisión de Badaya. No se preocupe, no tomaré medidas contra él a menos que se convierta en una bomba de relojería. En estos momentos, todas las ilusiones que se hace nos vienen muy bien.

A Geary no le pareció en absoluto acertado el comentario de Rione.

—No lo engaño para obtener un beneficio personal. Y usted tampoco.

—No crea que lo sabe todo sobre mí, capitán Geary. —Rione sonrió con frialdad—. No confíe en nadie más de lo necesario.

En lugar de iniciar una discusión, Geary se limitó a asentir con la cabeza. La copresidenta continuaba siendo una mujer intrigante para él, pero por ahora también seguía teniendo en ella a una aliada. Además, no le cabía ninguna duda de que Desjani, Duellos y Tulev la vigilaban de cerca, atentos a cualquier indicio de traición.

La espera se prolongó. Geary no podía hacer otra cosa que aguantar de pie, tenso, mientras Rione permanecía apoyada en la pared de enfrente con la mirada perdida. No era la primera vez que Geary se preguntaba en qué estaría pensando.

Por fin Timbale regresó, agitando la cabeza.

—El general Firgani estaba preparando una operación para eliminar a los marines de su «guardia de honor». Al final pude hacerle ver lo estúpido que era ese plan explicándole que con sus escasos recursos no tenía nada que hacer frente al aplastante armamento de la flota, y demostrándole que sería imposible aniquilar a un pelotón de marines equipados con armadura en uno de los compartimentos más próximos al exterior sin que todo el sistema estelar viera los fuegos artificiales. Ni siquiera Firgani es tan idiota como para entablar un combate tan desequilibrado.

—¿Y el almirante Otopa? —preguntó Rione.

—Se mostró muy interesado por lo que ocurrió después de que le pidieran que se marchase. —Timbale no se molestó en disimular lo contento que estaba—. Quería que le contase hasta el último detalle. Le dije que me necesitaban aquí. —El comportamiento del almirante había cambiado radicalmente, de modo que ahora actuaba como si estuviera completamente integrado en el equipo de Geary en lugar de mostrarse aterrado por el siguiente paso que este pudiera dar—. Supongo que aquí no hay juegos secretos, ¿verdad? No veo qué sentido podrían tener, pero mis ancestros saben que yo no habría visto ni la mitad de las cosas que usted llegó a ver en el espacio síndico.

Geary sacudió la cabeza.

—No hay ningún juego secreto, señor.

—Es un alivio. No me importa reconocerlo. —Por un momento, Timbale pareció más viejo—. Muchos sabíamos lo que Bloch pretendía. Y había muchos otros oficiales preparando estrategias similares.

—¿Qué habría hecho usted si Bloch hubiera conseguido la victoria? —preguntó Rione.

El almirante respiró hondo.

—No debería responderle a eso, pero es obvio que el capitán Geary confía en usted. Para serle franco, no sé qué habría hecho. En serio. Muchos nos sentíamos

perdidos. Estábamos tan desesperados como el resto: no confiábamos en el Gobierno, éramos conscientes de que la crispación empezaba a hacer mella en la Alianza, no sabíamos qué más podíamos hacer. Sin embargo, un golpe de Estado... ¿Ha oído hablar del gato cuántico, señora copresidenta? Ese que está dentro de una caja a la que hay que asomarse para saber si está vivo o muerto, aunque en realidad el universo no decide ni lo uno ni lo otro hasta el momento en que nos asomamos. Era algo así. En el caso de que Bloch hubiera vuelto, muchos habríamos abierto la caja para ver qué nos decía el corazón. Solo entonces podríamos haber sabido la respuesta. Ahora ya nunca la conoceré, algo que para mí es un alivio al mismo tiempo que una vergüenza. Como dijo aquel senador, antes era mucho más fácil saber lo que significaba la lealtad a la Alianza. Aunque tal vez no fuese más fácil y quizá ahora no cueste tanto. Puede que no haya cambiado la respuesta sino las preguntas que nos hacemos.

La sinceridad de Timbale pareció impresionar a Rione.

—¿Y cuando el capitán Geary trajo a la flota de vuelta? ¿También lo asolaron las dudas?

—¿Entonces? Creíamos que la flota había desaparecido, los síndicos campaban a sus anchas y nuestras escasas defensas ya no aguantaban más, pero al final la flota reaparece y se lanza en picado sobre los síndicos como un ángel vengativo, las transmisiones nos anuncian que Black Jack ha vuelto, que ha salvado a la flota y que ahora va a salvarnos a nosotros. —Timbale soltó una risa contenida—. En ese momento Black Jack era como un dios.

—Eso no... —empezó a decir Geary.

—Así es como lo veían —dijo Rione—. Le dije que sería así.

—Exacto —convino Timbale—. Black Jack no me necesitaba. No importaba lo que yo hiciera. Si me ponía en medio, acabaría aplastado, así de simple. Admito que estaba preocupado, por mí y por la Alianza, de manera que me mantuve al margen y me limité a ver actuar al capitán Geary, pero no soy tan necio como para pensar que necesitaba mi ayuda o que habría podido detenerlo de haberme enfrentado a él. —Perplejo, se giró hacia Geary—. Cuando me dijo en la dársena que había venido aquí a cumplir órdenes, por un instante creí estar perdiendo la razón. ¿Cómo podía haber dicho eso? Sin embargo, decidió que los marines no lo escoltaran, por lo que o bien decía la verdad o se había vuelto loco. Preferí pensar que decía la verdad, puesto que si hubiera perdido la razón, estaríamos todos acabados de todos modos.

Timbale consultó su unidad de comunicaciones cuando esta emitió un pitido urgente.

—El gran consejo está listo para hablar con nosotros.

Rione se irguió, retorció los hombros levemente, flexionó las manos como si se preparara para una lucha cuerpo a cuerpo y caminó en primer lugar de regreso a la

sala, donde los senadores los esperaban en silencio.

El senador Navarro empezó a hablar cuando Geary se detuvo ante la mesa.

—Capitán Geary, ¿nos está prometiendo que puede conseguir la victoria en esta guerra?

Geary titubeó y sacudió la cabeza.

—No, señor. Tengo el convencimiento de que las tropas bajo mi mando pueden derrotar a las defensas síndicas.

—¿Eso no es una victoria para usted? —preguntó Costa.

—Puedo conseguir la victoria militar —aseguró Geary—. Me ha preguntado por la victoria en esta guerra. No sé cómo definiría usted algo así.

—¡Pero la senadora Rione propone una paz con la que la Alianza no obtendrá ningún beneficio de esta guerra!

—Sí, señora senadora. Los síndicos tampoco se verían beneficiados.

Rione se acercó a la mesa, se inclinó hacia delante y golpeteó la superficie con el dedo para dar énfasis a sus palabras.

—La victoria es la supervivencia. Ni nosotros ni los síndicos venceremos si continuamos empeñándonos en aniquilarnos los unos a los otros. Sin embargo, tanto los Mundos Síndicos como la Alianza podemos ser destruidos desde dentro. He visto los informes sobre las manifestaciones y los disturbios que tuvieron lugar en los distintos mundos de la Alianza cuando se pensaba que la flota había desaparecido. Si el capitán Geary no la hubiera traído de regreso a casa, ¿cuál es el resultado por el que rezarían que se produjera? Quizá se habrían visto obligados a aceptar las condiciones que los síndicos les habrían impuesto.

—Pero al final sí que trajo a la flota a casa —insistió otro de los senadores.

—Sí. Las estrellas vivas se mostraron misericordiosas. ¿Debemos darles las gracias con humildad o es mejor que les exijamos todavía más? ¿Quién de los aquí presentes desea ir a hablar con sus ancestros para solicitarles que les hagan llegar nuestro mensaje de ingratitud y codicia?

Geary se dio cuenta de que la última pregunta de la copresidenta había dado en el blanco, pero de nuevo el senador Navarro tuvo que pedir silencio a más de un miembro del consejo para sofocar sus arranques de ira.

—El quid de la cuestión es el siguiente —dijo Navarro—: la aparente fortaleza de la Alianza resulta engañosa pese al éxito que el capitán Geary obtuvo en su lucha contra los síndicos. No podemos permitirnos alargar hasta el infinito ni este derramamiento de sangre ni tanta destrucción; y tampoco podemos seguir afrontando los costes de una guerra que no comenzamos.

Navarro señaló con el dedo el visualizador estelar, que de nuevo se hallaba suspendido sobre la mesa.

—Los informes que la flota trajo del espacio síndico muestran lo agotado que está

también el enemigo. La senadora Rione está en lo cierto. Se nos ha concedido la oportunidad de proponerles a los líderes síndicos un trato del que no podrán decir que les perjudicará, pero que tampoco les aportará ninguna ventaja en esta guerra que ellos provocaron. De este modo habremos defendido la Alianza con éxito, castigado los ataques con inmensas pérdidas para los síndicos a lo largo del último siglo y podremos poner fin de una vez por todas al coste humano y económico que este conflicto supone para la Alianza. Así es como yo defino la victoria en este momento, y también es el sentir de la mayoría del consejo. Bien, ya hemos votado, y no veo ningún motivo para alargar este debate, aunque a todos nos hubiera gustado oír la respuesta del capitán Geary a la pregunta sobre la victoria. Capitán Geary, este consejo estaba lo bastante desesperado como para aprobar el plan del almirante Bloch y, aunque ya estará al tanto de esto, este no compartía sus ideas. La situación ha cambiado, contamos con un comandante en quien podemos confiar, y por lo tanto el consejo aprueba el plan que usted propone para atacar a los síndicos. Huelga decir que permanecerá al mando de la flota para poder llevarlo a cabo.

Geary sintió que se le quitaba un peso de encima.

—Gracias, señor.

—¿Qué hay de los alienígenas? —preguntó Rione.

—Es una cuestión complicada —murmuró Navarro—. Necesitamos mucha más información. —Miró a Geary a los ojos—. Sin el consentimiento de los síndicos, acceder a esa zona podría ser demasiado arriesgado, aunque dejaremos que eso lo decida usted en función de las condiciones con las que se encuentre. Si consigue ponerle fin a este conflicto y que los síndicos permitan el envío de los buques de guerra de la Alianza a esa región fronteriza, entonces cuenta desde ya con la venia del consejo. Confiamos en que evitará entrar en combate a menos que no haya ninguna otra alternativa, en que averigüe cuanto pueda acerca de esos seres sin provocar una respuesta negativa y, en el supuesto de que deba enfrentarse a ellos, en que reduzca las hostilidades en la medida de lo posible a fin de evitar futuros ataques contra la humanidad.

La senadora Costa puso los ojos en blanco en un gesto de burla.

Geary comprendió la mueca, puesto que aquellas instrucciones le exigían hacer muchas cosas contradictorias. Así y todo, tal vez podrían venirle bien para actuar con cierta flexibilidad cuando lo necesitara.

—Sí, señor. Entonces ¿aprueba mi plan?

—Las pautas que le hemos marcado a este hombre son ambiguas y absurdas —dijo entre dientes el senador Gizelle, aunque lo bastante alto para que todos lo oyeran. Costa volvió a poner los ojos en blanco.

—Ya lo hemos debatido y votado —dijo Navarro—. No puedo atarle las manos a un emisario de confianza con instrucciones rígidas cuando apenas sabemos nada de a

qué nos enfrentamos, y el capitán Geary es merecedor de nuestra confianza. No obstante, capitán, dada la relevancia de las negociaciones que es preciso llevar a cabo tanto con la cúpula síndica como con esa raza alienígena, debemos hacer hincapié en que en esta ocasión tendrá que viajar con la flota un mayor número de representantes políticos de la Alianza. —Miró a Rione—. Al parecer, la presencia de la copresidenta Rione no ha supuesto un gran perjuicio.

Sin duda la flota tendría una opinión muy distinta al respecto, pero aun así Geary asintió.

—Conseguimos hacerle un sitio entre nosotros, señor.

Rione habló con una inseguridad muy poco habitual en ella.

—A la vista de las relaciones profesionales que he establecido dentro de la flota y de la presencia ininterrumpida en la misma de los buques de guerra pertenecientes a la República Callas y a la Federación Rift, solicito que en esta ocasión también se me permita formar parte del grupo que acompañará a la flota.

Gizelle abrió la boca pero volvió a cerrarla cuando Navarro le lanzó una mirada de advertencia.

—Gracias, señora copresidenta —dijo Navarro—. Tal vez podamos atender su solicitud. Estoy seguro de que las relaciones profesionales que ha establecido nos serán de gran ayuda. Una vez que decidamos quiénes serán los demás representantes políticos, se lo comunicaremos, capitán Geary. ¿Cuándo saldrá la flota de Varandal?

—Quiero volver a atacar a los síndicos lo antes posible, pero después de los combates que hemos librado hay muchos daños por reparar; además, todas las naves terminaron con todos sus recursos prácticamente agotados. Señor, necesito por lo menos una semana más para reparar los daños más graves de mis buques de guerra y reabastecer por completo todas las naves.

—¿Cuál es la opinión de sus tripulantes al respecto? —inquirió otro de los senadores—. Apenas llevan unas pocas semanas en casa. ¿No surgirán problemas debido a su baja moral? ¿No decidirán amotinarse?

La risa de Rione llenó la sala.

—Lo siento, señores senadores. Es solo que... Les sugiero que hablen con los tripulantes de las naves.

—¿No cree que su moral pueda suponer un problema? —preguntó Costa.

—¿Mientras Black Jack esté al mando? Se lanzarían hacia un agujero negro si se lo ordenase y no dejarían de aclamarlo hasta alcanzar el horizonte de sucesos.

Navarro asintió.

—Nuestros informes indican lo mismo. Capitán Geary, hay otra cosa de la que debemos hablar ahora. Sea tan amable de esperar fuera de esta sala mientras el consejo debate con la senadora Rione y el almirante Timbale.

¿Ahora qué? Geary aguardó en el pasillo, pero esta vez sin compañía y muy

consciente de que sin el generador de interferencias de Rione lo más probable era que lo estuvieran controlando con los equipos de vigilancia de espectro completo más avanzados de los que la Alianza disponía. Si bien sabía que en ningún momento había dejado de cumplir su deber para con la Alianza, no dejaba de resultar tremendamente difícil parecer inocente cuando había tantos dispositivos de vigilancia centrados en él.

Cuando el senador Navarro, la copresidenta Rione y el almirante Timbale abandonaron la sala de reuniones, Geary se cuadró.

—Por favor, descanse —dijo Navarro—. El consejo tenía otro asunto sobre el que tomar una decisión, y así lo hemos hecho, aunque para ello hemos tenido que seguir discutiendo. —Miró a Rione—. Es capaz de inspirar una gran lealtad en sus hombres, capitán Geary, pero lo que es más importante, sus actos confirman lo que necesitábamos saber. —Navarro miró algo que llevaba en la mano derecha—. Como comprenderá, no podemos tener a un capitán que se encargue de las negociaciones y de actuar en nombre del Gobierno de la Alianza. No cuando se trata de una empresa de esta envergadura. Y la flota necesita a un oficial veterano al mando. También sabemos que es posible que necesite tomar decisiones cruciales sin disponer del tiempo para consultar con un superior. Necesita tener la autoridad necesaria para, en el caso de que sea necesario, negociar y perfilar los acuerdos de la Alianza.

Geary miraba a Navarro con cada vez mayor inquietud.

—Señor, creía que la copresidenta Rione y otros senadores acompañarían a la flota como representantes del Gobierno.

—Y así es, los acompañarán —convino Navarro—. No obstante, su rango debería reflejar su posición y sus responsabilidades. Así es como el almirante Timbale lo expresó. Por lo tanto, le ruego que acepte esto en nombre del gran consejo de la Alianza. —Extendió la mano derecha.

Cuando Geary miró la palma de Navarro, vio las estilizadas supernovas de oro que sostenía en ella. Tardó un momento en reconocer aquellos objetos.

—Señor, tiene que haber un error.

El senador arrugó el entrecejo y miró su mano.

—¿No son las insignias de almirante de la flota de la Alianza?

Almirante de la flota. No solo almirante. Almirante de la flota. El mayor rango posible. La inquietud dio paso a la incredulidad y la negación.

—Sí, señor, pero...

—Entonces no hay ningún error. El gran consejo sabe que necesita tener esta autoridad, y es el deseo de la mayoría de sus miembros que se le conceda este rango. Usted y yo sabemos que en realidad ya goza de más poder del que representa este objeto.

—Señor —protestó Geary—, nadie ha ocupado nunca el cargo de almirante de la flota de la Alianza.

—Hasta ahora —asintió Rione con media sonrisa.

—Pero, señor, yo...

Navarro rió con evidente alivio y miró a Rione.

—¡Tenía razón! En realidad no quiere ostentar este rango, ¿verdad? —le dijo a Geary—. ¿Sabe cuántos almirantes han suplicado que se les adjudicara este cargo desde que empezó la guerra? Sin embargo, usted desea rechazarlo.

Geary lo intentó de nuevo.

—Señor, no estoy cualificado para este ascenso.

—¿Qué no está cualificado? Amigo mío, debería leer su propio historial. Asumió un mando independiente bajo las circunstancias más adversas, y triunfó cuando cualquier otro habría fracasado. —Esta vez Navarro miró a Timbale, que asintió con la cabeza para el senador—. Tomó la determinación de no aceptar algo que no le habría supuesto ningún esfuerzo, capitán Geary, aunque suponemos que otros no cejarán en su empeño. Otorgarle este rango debería satisfacer a quienes quieren verlo en una posición de poder más formal y apaciguar a los opositores del Gobierno.

Timbale asintió de nuevo, con firmeza.

—Creo que tiene razón, señor. El personal de la flota verá en este ascenso el reconocimiento de sus preocupaciones y necesidades.

—Gracias, almirante. Bien, almirante de la flota Geary, ¿no va a coger las insignias?

Dada la relevancia de los asuntos que Navarro había mencionado, Geary se sintió culpable por que lo primero que le viniera a la cabeza no fuese que no se considerara a la altura del cargo. Su mayor preocupación era, de hecho, una cuestión meramente personal.

Rione lo estaba observando y habló con tono moderado.

—¿Qué tenemos que hacer para que acepte el nombramiento, capitán Geary? —Este la miró, consciente de que ella sabía qué era lo que más le inquietaba y se preguntó si incluso Rione se burlaría cruelmente de él por ello. Sin embargo, lo que la copresidenta dijo a continuación le reveló el verdadero motivo de su pregunta—. ¿Y si no fuese para siempre?

Geary se aferró a esa opción con el mismo alivio con que un marinero caído al agua recibiría una cuerda de salvamento.

—Sí. Una ocupación temporal del cargo.

—¿Temporal? —repitió Navarro atónito—. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Hasta... el fin de la guerra. Cuando la guerra termine, cuando la flota regrese a casa después de haber cumplido su misión, renunciaré a este cargo temporal, renunciaré al mando de la flota y volveré a ocupar mi rango permanente de capitán.

El almirante Timbale lo miraba fijamente.



—¿Es usted consciente de que para el resto de nosotros todo lo que suceda después del final de la guerra es permanente?

—Para mí no, almirante. —Geary miró a Navarro con ojos suplicantes—. ¿Me permite poner esa condición para aceptar el cargo? ¿Cómo condición formal? ¿Cómo promesa del Gobierno?

Navarro meditó durante unos instantes y no vio ningún inconveniente.

—Desde luego. Haré que conste en acta. Cuando la guerra termine y haya traído a la flota de regreso al espacio de la Alianza, recuperará de inmediato el rango permanente de capitán, y asimismo renunciará al mando de la flota en ese mismo momento.

Por un momento Geary dudó y se preguntó por qué Navarro habría aceptado sin poner objeción alguna. Hasta ahora nadie había dejado que Black Jack Geary se desentendiera con tanta facilidad de aquello para lo que lo necesitaban. No podía, empero, oponerse a las órdenes del Gobierno cuando este ya había aceptado unas condiciones que él no tenía ningún derecho a exigir.

—Muy bien, señor.

Navarro volvió a extender su mano.

—En ese caso, coja las insignias, capitán. Disculpe, coja las insignias, almirante de la flota.

Geary dejó que las supernovas de oro cayeran en su palma y se quedó mirándolas.

Rione se acercó a él y le cerró la mano.

—Pídale a su capitana que le ayude a ponérselas —murmuró—. La hará feliz. Esto no ha sido idea mía, pero cuando se propuso hice todo lo posible por que se aprobase.

Navarro sonrió a Geary.

—Buena suerte, almirante de la flota. Es muy extraño. Me he acostumbrado a que piensen de mí que soy un miserable del que no cabe esperar que actúe en beneficio de la Alianza. Sin embargo, ahora espero no decepcionarlo porque usted cree de verdad que soy algo más que eso.

Geary se quitó otro peso de encima cuando el transbordador abandonó la estación Ambaru, con los marines ya más relajados en la parte de atrás. De no ser por las insignias que llevaba en el puño, sentiría verdadero vértigo ante la situación, pero las supernovas de oro lo mantenían anclado a la realidad con la misma firmeza que si ejercieran la masa gravitatoria de las estrellas de verdad.

—¿Señor? —llamó la piloto—. El Intrépido nos envía una solicitud rutinaria de la identidad de los pasajeros y nuestro estado. ¿Sigue siendo... eh...?

En ese momento Geary cayó en la cuenta de que ni Rione ni él le habían dicho nada a nadie todavía.

—Disculpe. Sí, sigo siendo el comandante de la flota.

—¡Gracias a...! Quiero decir, ¡gracias, señor!

—Se lo va a decir a todo el sistema estelar —murmuró Rione.

—Seguro que de todos modos se emitirá un comunicado oficial —dijo Geary encogiéndose de hombros.

—Eso no es lo único que anunciarán, capitán Geary. —Rione se reclinó en su asiento y cerró los ojos como si se dispusiera a descansar un poco.

Finalmente, la familiar mole del Intrépido apareció más adelante, y después a su alrededor, cuando el transbordador se acopló dando un giro y una vuelta de más, como si incluso la propia nave se sintiera eufórica. Geary volvió a salir en primer lugar y sonrió cuando vio a Desjani esperándolos al pie de la rampa. La capitana lo saludó con la cabeza y le devolvió una sonrisa breve. A continuación salió Rione y Desjani hizo un inapreciable gesto de desagrado mientras Geary saludaba a los tripulantes que habían formado un pasillo para rendirle honores al comandante de la flota.

—Aquí lo tienen —anunció Rione cuando llegaron al final de la rampa—. John Geary regresa sano y salvo, sin un solo rasguño.

Desjani mantuvo los ojos fijos en Geary.

—¿Va a seguir al mando de la flota? ¿Hasta cuándo?

—Hasta que cumpla mi misión —contestó él.

Desjani sabía lo que eso significaba y sus ojos se iluminaron.

—Bienvenido a bordo de nuevo, señor. ¿Cuándo partimos?

Geary vio alejarse a Rione cuando Desjani y él se encaminaron hacia su camarote.

—Tendremos que esperar por lo menos una semana, hasta que se completen las operaciones de reparación, reabastecimiento y refuerzo.

—Nos vendrá muy bien. —Desjani arrojó una mirada en la dirección por la que se había ido Rione—. ¿Tenía que volver también ella? ¿No se requiere su presencia urgentemente en algún planeta, asteroide o colonia penal?

—Lo más probable es que vuelva a acompañarnos, Tanya. —Intentó no sonreír al ver la mueca de Desjani—. Además, vendrán más senadores. Todavía no sé cuáles de ellos.

—Preferiría viajar con la nave llena de síndicos. ¿Acaso no confían en usted?

—Sí, sí que confían. —Titubeó, incapaz aún de hablarle sobre su ascenso a Desjani—. El gran consejo ha aprobado las dos propuestas. Iremos a por los síndicos y después, si las circunstancias nos lo permiten, seguiremos viajando para mantener una charla con los alienígenas.

—Excelente. —Desjani lo envolvió con una mirada triunfante—. Nunca dudé de usted. Sabía que lo conseguiría.

—De momento no hemos cumplido ninguna de nuestras misiones.

—No lo decepcionaré. Y la flota tampoco, del mismo modo que usted nunca nos ha fallado. —Desjani sonrió de nuevo cuando llegaron al camarote de Geary—. Supongo que querrá descansar un poco. Cuando esté listo, le agradecería que me informase de todos los detalles.

—Por supuesto. —Geary le tendió la mano que tenía libre cuando la capitana se disponía a marcharse—. Hay algo más. Algo que tengo que enseñarle.

Desjani lo miró extrañada pero lo siguió al interior del camarote.

Una vez que la escotilla se selló, Geary abrió el puño y extendió la palma ante ella.

Desjani bajó la vista hasta su mano y poco a poco una sonrisa fue dibujándose en su rostro antes de levantar la cabeza de nuevo.

—Enhorabuena, almirante de la flota Geary.

Un instante después su sonrisa se desvaneció.

—¿Ya es efectivo?

—¿El nuevo rango? Sí.

Desjani lo miró con el ceño fruncido, furiosa de repente.

—¿No nos informó de esto antes de su llegada! ¡Mi nave no ha recibido al almirante de la flota como se merecía! ¿Cómo ha podido dejar tan mal a mi crucero de batalla?

—Supongo que no era consciente de...

—No, no lo era. —Desjani sacó su tableta de comunicaciones—. Puente, comuniquen formalmente a toda la flota que el capitán Geary ha regresado al Intrépido y ha sido ascendido a almirante de la flota.

Geary pudo oír la respuesta del sobresaltado controlador del puente.

—¿Almirante de la flota?

—¿Me he explicado mal, teniente?

—¡No, capitana! ¡Avisaré a toda la flota de inmediato!

Desjani volvió a mirar a Geary con semblante serio.

—¿Por qué no se ha puesto las insignias?

—Eh...

—Un almirante de la flota siempre debe lucir sus distintivos. —Desjani se acercó a él para quitarle las insignias de capitán; a continuación tomó las supernovas de oro que Geary tenía en la mano y se las colocó en el uniforme—. No debe ser tan informal, almirante de la flota Geary.

—Tanya...

—Espere. —Una vez que terminó de ponerle las insignias, dio un paso atrás y analizó su aspecto al detalle, hasta que por fin hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Entonces se puso firme y lo saludó con absoluta formalidad—. Permítame ser la primera persona que le dé la enhorabuena, almirante de la flota.

Geary le devolvió el saludo.

—Tanya...

—Se lo merece. Si hay alguien que se haya ganado este ascenso, es usted.

—Yo no lo pedí.

—¿Cree que no lo sé? Me alegro muchísimo por usted.

—Tanya, cuando termine la guerra...

Por un momento, la rigidez profesional de la capitana se resquebrajó.

—Comprendo lo que esto significa.

—No es...

—Tuvo que aceptar el rango por el bien de la Alianza. Los asuntos personales que puedan existir no deben...

—¡Tanya! —Geary la miró enfadado, dispuesto a terminar por fin lo que había empezado a decir—. ¡Es temporal! ¡Les dije que solo aceptaría este rango si fuese temporal! ¡Cuándo termine la guerra, recuperaré el rango de capitán! —Desjani lo miró fijamente, incapaz de articular palabra—. ¿Tanya?

—¿Por qué? —acertó a decir por fin.

—Ya sabe por qué.

—No, no lo sé. —La capitana parecía aturdida—. Almirante de la flota, rechazar algo así...

—Tenía la mejor de las razones —insistió Geary—. Algún día renunciaré honorablemente al mando de esta flota. Si fuese almirante para siempre, jamás podría mantener una relación personal con una capitana, con independencia de que esta estuviera o no bajo mi mando.

—Yo nunca...

—Hice una promesa.

—¿Tuvo que hacer una promesa bajo presión? —dijo Desjani casi gritando—. ¿Y cree que yo le haría respetar algo así?

Geary notó que él también se iba enfureciendo.

—¿Por qué cree que necesito que me hagan respetarla?

—No pretendía vulnerar su honor...

—¡Esto no tiene nada que ver con mi honor!

—¡Entonces, es idiota!

Geary miró fijamente a Desjani, que parecía sorprendida por que aquellas palabras hubieran salido de sus labios.

—¿Qué está diciendo?

—No lo sé. —Desjani tragó saliva y sacudió la cabeza—. Comprendo que para que renunciase a algo tan importante...

—Sé muy bien qué es lo importante, Tanya.

La capitana retrocedió.

—Tal vez sea una señal. Tal vez se nos esté diciendo que esto está mal. Sabemos que está mal. Va contra el reglamento, contra el honor...

—No hemos hecho ni dicho nada ni contra el reglamento ni contra el honor de nadie.

Desjani hundió sus ojos en los de él.

—En el fondo sabemos que sí. —Desjani apretó la mandíbula—. Nadie es tan importante. Nadie puede pedirle a otra persona que se sacrifique así sin que le pese. —Se cuadró una vez más—. Con su permiso, señor. La tripulación querrá organizar una ceremonia formal para celebrar su ascenso. Confío en que sea apropiado.

Geary asintió con la cabeza, sintiéndose agotado.

—Sí, capitana Desjani. Gracias.

Cuando la capitana salió del camarote, Geary se dejó caer en el asiento más próximo, con el uniforme de gala ya arrugado.

En comparación con intentar tratar con los políticos de la Alianza, aplastar a los sindicatos debería ser pan comido; y en comparación con intentar entender a la capitana Tanya Desjani, descubrir qué querían los alienígenas debería ser un juego de niños.

## Capítulo 3

LA imagen del almirante Timbale lo saludó con torpeza. Para sorpresa de Geary, incluso un oficial de alto rango como él parecía recrearse con aquel gesto de respeto que Geary reintrodujo en la flota.

—No podemos proporcionarle todas las naves auxiliares de alta velocidad que nos gustaría, teniendo en cuenta lo mucho que habrá de adentrarse en el territorio del enemigo. Bloch comenzó con diez, que eran casi todas las que teníamos entonces. Usted heredó cuatro, y cómo consiguió traer tres de ellas de una pieza hasta aquí es algo que nunca llegaré a comprender. Conservará la Titánica, la Hechicera y la Genio. La Tanuki y la Alquimista tienen orden de acudir a Varandal y no deberían tardar en llegar. Podrá contar con las dos.

—Cinco es mejor que tres. Gracias, señor. —Cuando consultó sus propios datos, comprobó que la Tanuki era de la misma clase que la Titánica, mientras que la Alquimista era una nave gemela de la Hechicera y la Genio, ambas más pequeñas.

—Pondremos a su disposición toda la potencia de fuego adicional que podamos —prosiguió Timbale—. Cinco cruceros de batalla de nueva construcción vienen de camino, todos de la nueva clase Diestra.

—Estoy seguro de que serán de gran ayuda. —Geary leyó los nombres. Diestra, Auspiciadora, Impuesta, Ágil y Predominante. Naves recién construidas, tripulaciones recién formadas entre las cuales tal vez apenas se contase un puñado de veteranos. Constantemente tenía que recordarse a sí mismo que las terribles pérdidas derivadas de aquella guerra eran tantas que se hacía difícil encontrar una tripulación de veteranos. O al menos así era antes. Geary había conseguido salvar a la mayoría de sus tripulantes y sus naves, de modo que podría aprovechar su experiencia en futuros enfrentamientos.

—También recibirá una nueva Invencible —añadió Timbale—. Estaba completando la fase de pruebas cuando usted regresó y confirmó la pérdida de la antigua Invencible, de modo que se quedó con su nombre temporal.

Geary no dejaba de encontrar irónico que una nueva Invencible tuviera que reemplazar a otra que había sido destruida. No hizo ningún comentario explícito al respecto, pero Timbale debió de percatarse de ello.

El almirante esbozó media sonrisa.

—Tal vez no esté al tanto de que en esta flota se considera que el nombre de Invencible trae mala suerte. Las naves que lo reciben suelen ser destruidas en muy poco tiempo. Nadie se explica por qué. Los tripulantes creen que el nombre es demasiado soberbio para las estrellas vivas.

—¿Y aun así insistimos en ponerle ese nombre a las naves?

—Sospecho que los burócratas de la flota están decididos a demostrar que esta

maldición no tiene fundamento, por muchas Invencibles que perdamos en el intento —sugirió Timbale con sequedad.

Geary hizo una mueca.

—Antes de la batalla de Grendel se hablaba de ponerles a las naves el nombre de una persona o de un planeta.

—De vez en cuando sigue surgiendo el tema. Pero nunca se llega a ninguna conclusión porque nadie se pone de acuerdo en la fórmula que se debe seguir para elegir a la persona o el planeta agraciados. Es un asunto que provoca demasiado descontento y crispación, de modo que siempre continuamos llamando a los acorazados y los cruceros de batalla en función de sus cualidades y atributos, algo sobre lo que es más fácil fingir que hay consenso. —Timbale se encogió de hombros—. Por lo tanto, las cinco Diestras y la última Invencible, así como la Desmesurada y la Insistente son sus nuevos cruceros de batalla. Después están los acorazados —concluyó Timbale—. Ya tiene la Impertérrita y la Cumplidora. La Resonante, la Mortificada y la Invasora vienen de camino. Aparte de estas naves principales, contará con un total de doce nuevos cruceros pesados, diez cruceros ligeros adicionales y diecinueve destructores. —El almirante miró a Geary pidiéndole perdón con los ojos—. El gran consejo quiere mantener aquí varios destructores para que realicen labores de exploración y mensajería.

—Está bien. Les agradezco las incorporaciones que han aportado a la flota —le aseguró Geary.

—¿Hay algo más? Cualquier cosa.

Geary revisó el visualizador del estado de la flota y se encogió de hombros.

—Nada que tenga derecho a pedir. La Alianza me ha entregado una buena parte de los recursos que le quedan.

El almirante Timbale asintió.

—Ojalá tuviésemos una mayor capacidad de reparación. —Titubeó—. Almirante de la flota Geary, hay algo que llevo tiempo queriendo decirle. Cuando llegó a este sistema estelar, podría haberme aplastado. Podría haberse comportado con arrogancia y podría haberme pisoteado delante de todos. Sin embargo, no hizo nada de eso. Me trató con toda la cortesía y el respeto que su oficial superior podría esperar. Por ese motivo es para mí un orgullo servir ahora bajo su mando. Gracias.

El elogio, y la mención de su nuevo rango, hicieron que Geary se sintiera incómodo, pero aun así se limitó a sonreír al otro oficial.

—Me limité a cumplir con mi deber, almirante Timbale.

—Podía elegir —insistió Timbale—. ¿Cuándo parte la flota?

—Dentro de dos días, si las naves adicionales están aquí para entonces.

—Deberían.

Cuando la imagen de Timbale se desvaneció, Geary se concentró de nuevo en el

visualizador del estado de la flota. Se habían realizado innumerables reparaciones gracias a que en las inmensas instalaciones de Varandal se trabajaba sin descanso; sin embargo, los daños sufridos por las naves de la flota eran excesivos.

Con todo, el crucero de batalla Increíble había hecho honor a su nombre, de manera que volvía a estar listo para combatir a pesar de las graves averías que sufrió durante los combates librados de regreso a casa. La Inspiradora, al mando del capitán Duellos, también había recuperado toda su capacidad de combate, si bien no todas las reparaciones habrían superado las inspecciones de la flota; además, Duellos informó de que muchos de los tripulantes seguían conmocionados después de saber lo que había hecho su anterior oficial al mando. Una cosa era que un capitán muriese en combate y otra muy distinta perder a un capitán porque este había cometido un acto de traición.

Los demás acorazados y cruceros de batalla habían recuperado casi todos sus atributos, o al menos los suficientes para seguir acompañando a la flota. Cuando dispusieran de los recursos necesarios, todas las naves podrían seguir funcionando con normalidad, siempre que no hubieran terminado despedazadas, y además Varandal y los sistemas estelares vecinos les habían hecho llegar cuanto tenían para colaborar en los trabajos de reparación.

Geary arrugó la frente al fijarse en el nombre de Orión. El comportamiento de este acorazado había sido decepcionante mientras estuvo comandado por el capitán Numos, pero también después. La idea de reemplazar a todos sus tripulantes se le quitó de la cabeza a causa de los problemas que habrían surgido al tener que reasignar a tantos hombres cuando todo el mundo se estaba esforzando para que sus naves volvieran a estar operativas.

Se preguntó cómo serían los capitanes de las nuevas naves y cuánta formación complementaria necesitarían para luchar junto con el resto de las naves de la flota. Al hilo de estos pensamientos, desplegó los datos de los nuevos cruceros de batalla, preguntándose cómo sería la clase Diestra. Tras revisar la información, Geary sintió el impulso de descargar el puño sobre la pantalla virtual. Con el pretexto de producir una nueva clase de naves, la Alianza había reducido su tamaño y sus atributos, así como su coste. Las naves de la clase Diestra eran más cortas y tenían menos masa que el Intrépido y sus naves gemelas, portaban menos lanzas infernales en un menor número de baterías, así como una menor cantidad de misiles espectro, metralla y minas. Al menos su capacidad de propulsión parecía igualar a la de los antiguos cruceros de batalla.

Después de leer con disgusto las diferencias de las nuevas naves, Geary comprendió mejor por qué la flota estaba tan descontenta con el Gobierno. Pese a que sabía lo mucho que la Alianza se había visto afectada por el coste y los recursos que la guerra exigía, no podía evitar sentirse furioso por la reducida capacidad de las



naves de la clase Diestra.

No obstante, ya había asimilado que tendría que luchar con los recursos de los que disponía. Aquellos cinco cruceros de batalla adicionales, aunque de menor capacidad, seguían siendo cinco cruceros de batalla más.

Geary levantó la vista cuando sonó la alarma de la escotilla de su camarote.

—Adelante.

La escotilla se abrió casi de golpe para dar paso a Tanya Desjani, que entró apresurada en el compartimento con una mirada que anunciaba tormenta.

Geary se puso de pie de un respingo cuando la capitana cerró la escotilla y caminó con paso airado hasta detenerse frente a él.

—¿Qué sucede?

—¡Esa mujer! ¡Esa política! ¡Ha metido a un síndico en esta nave sin notificármelo!

Geary notó que un nuevo dolor de cabeza lo iba atrapando de nuevo.

—¿Por qué Rione ha traído a un síndico a bordo de esta nave?

—¡No se dignó informarme! —Desjani, a la que Geary nunca había visto tan furiosa, se sentía indignada por que hubiesen ignorado las prerrogativas que le correspondían como oficial al mando del Intrépido—. ¡Con el debido respeto, almirante de la flota Geary, solicito que intervenga en este asunto puesto que la senadora no está bajo mi mando!

En aquel momento Geary tenía muchos otros asuntos de los que ocuparse. Dada la enemistad que las dos mujeres se profesaban, no le costó imaginarse por qué Rione no había avisado a Desjani, pero se preguntó por qué no lo habría informado a él. Cuando se disponía a pulsar un botón para llamarla, la alarma de la escotilla sonó de nuevo.

—Adelante.

La copresidenta Rione entró en el camarote ignorando la mirada de rabia de Desjani.

—Oh, me alegro de que los dos estén aquí. Quería informar a la capitana de que a última hora se ha procedido al traslado urgente de un prisionero. Le presento mis disculpas por no haberla avisado con más antelación.

Desjani habló con una moderación a todas luces forzada.

—Señora copresidenta, se supone que yo debo dar mi autorización antes de que ningún prisionero entre o salga de esta nave.

—Como decía, se trata de una operación de última hora. Tuve que tomar una decisión rápida para que el síndico no fuese enviado a la nave prisión que transportará al resto de prisioneros al campo de Tartarus.

Antes de que Desjani explotase de nuevo, Geary se dirigió a Rione.

—¿Qué es lo que este síndico tiene de especial?

—Quiere hablar con usted.

Geary miró iracundo a Rione.

—Hay un millón de personas que quieren hablar conmigo. ¿Qué es lo que este síndico tiene de especial?

Rione le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Se trata de un director general, el segundo de a bordo de la flotilla síndica de reserva, al que capturamos cuando su nave fue destruida en el combate que se libró aquí.

—¿Sí? —La noticia diluyó la rabia de Geary—. ¿Por qué quiere hablar conmigo?

Rione se apoyó contra el mamparo más cercano y cruzó los brazos.

—Dice que quiere hacer un trato.

—Un trato. —No guardaba un buen recuerdo de las pocas experiencias que había tenido con los directores generales síndicos, aunque por otro lado un par de ellos sí que actuaron con honor.

Desjani, cuyo concepto de los síndicos y su fiabilidad rara vez era mejor que el de despreciable, seguía reprimiendo su ira.

—¿Qué clase de trato?

—¿No es obvio? —dijo Rione—. Como oficial de alto rango de la flotilla de reserva, lo más probable es que sepa tanto sobre los alienígenas como cualquier síndico que no pertenezca a su consejo ejecutivo. Quiere facilitarnos esa información a cambio de algo.

Geary miró a Rione con escepticismo.

—¿Cómo es?

—No dispongo de suficiente información para poder responderle.

—Pero considera que debería hablar con él.

Rione puso los ojos en blanco.

—Sí, Black Jack. Hable con ese hombre.

—Almirante de la flota Geary —la corrigió Desjani con voz tensa—. Le recomiendo que proceda con cautela si trata con un enemigo que no tiene nada que perder.

Sin esperar la respuesta de Geary, Rione aprobó con gesto serio el consejo de Desjani.

—Estoy de acuerdo. ¿Le importaría acompañarnos durante el interrogatorio, capitana?

Desjani taladró a Rione con una mirada de sospecha, recelosa de su cortesía, pero accedió.

—Gracias.

Geary se paró a buscar unos analgésicos para el dolor de cabeza antes de encaminarse hacia la escotilla.

—Vamos.

El síndico había sido trasladado a una de las salas de interrogatorios de la sección de Inteligencia, las cuales contaban con unos sistemas que permitían controlar de forma remota todo lo que ocurría dentro y fuera de las personas que se sentasen en su interior. Geary se tomó un momento para revisar la información disponible sobre el director general síndico. Nombre: Jason Boyens. Rango: director general de tercer grado. Último cargo conocido: segundo de a bordo de una flotilla. Aparte del nombre, aquellos datos no le decían nada nuevo.

—De acuerdo. Acabemos con esto de una vez. —Geary miró a Desjani y vio que su rostro aún seguía tenso por una rabia que le costaba dominar—. ¿Qué?

—Me estaba acordando del último renegado que nos propuso un trato, señor —respondió con aspereza—. Tenía una llave síndica de hipernet que podríamos utilizar para acceder al sistema estelar nativo síndico.

—Oh. —La interjección le pareció tan estúpida como inadecuada—. ¿Nunca se intentó obtener información de él en una sala de interrogatorios? —Nunca había sentido el menor deseo de averiguar nada más acerca de los acontecimientos que estuvieron a punto de provocar la destrucción total de la flota.

Rione le respondió sin apartar la vista del flujo de datos.

—Sí, pero o bien tenía un don especial para proporcionar respuestas engañosas y tan bien elaboradas que no conseguimos averiguar la verdad o los suyos lo tenían engañado y no era consciente del papel que desempeñaba para ellos.

—¿Qué fue de él? ¿Acaso la nave en la que viajaba fue destruida en la emboscada de los síndicos?

En lugar de responder, Rione se limitó a mirar sin disimulo a Desjani.

La expresión de la capitana parecía tallada en piedra.

—Viajaba a bordo del Intrépido, señor.

—¿Y qué...? —Prefirió no terminar la pregunta, consciente de cuál sería la respuesta. La flota cuyo mando él había asumido no tenía escrúpulos cuando se trataba de matar a los prisioneros de guerra. No era difícil deducir qué le ocurrió a aquel síndico que engañó a la flota cuando se demostró que intentó tenderle una trampa.

Aun así, Desjani decidió responder.

—Fue ejecutado allí mismo por orden del almirante Bloch —informó con voz monótona—. Con «allí» me refiero al puente, a tres metros por detrás y a medio metro a la izquierda del asiento del comandante de la flota.

Geary tardó un momento en comprenderlo.

—¿Estaba sentado en el asiento del observador? —No pudo evitar mirar a Rione, que venía ocupando aquella plaza desde que Geary se puso al mando, aunque la copresidenta no pareció sorprenderse ni inmutarse al oír la respuesta.

—Quemamos las almohadillas del asiento —añadió Desjani—. Las manchas de sangre habrían salido, pero nadie quería volver a utilizarlas. —Guardó silencio al ver algo en los ojos de Geary—. No, señor. Yo estaba ocupada intentando sacar mi nave de aquella emboscada. De la ejecución se encargó el marine que vigilaba al traidor.

Geary apartó la vista por un instante.

—Fue una orden lícita. No podría culparla si la hubiera cumplido. —No le costó recordar la mirada de conmoción de los tripulantes una vez que se libraron de la emboscada de los síndicos y la profunda consternación que les causó la pérdida repentina de tantas naves gemelas. Ninguno de ellos habría vacilado ni un segundo en vengarse de alguien que los había arrastrado a aquella catástrofe—. No permitiremos que este síndico nos haga lo mismo.

—No podemos confiar en él —repitió Desjani.

—No tengo ninguna intención de confiar en él. —La capitana pareció apaciguarse un poco al oír las palabras de Geary, de modo que este se dio media vuelta y se encaminó hacia la sala de interrogatorios, dejando a Desjani y Rione con el personal de Inteligencia para que controlasen los monitores.

El director general Boyens se puso de pie cuando Geary entró en la sala. Parecía nervioso, lo cual era comprensible. Todavía tenía una pierna envuelta en una ligera escayola flexible, prueba de que durante los combates había sufrido algunas heridas que aún no se le habían curado del todo. El prisionero se quedó extrañado al ver las insignias de Geary.

—¿Almirante Geary?

—Sí —afirmó Geary con voz pétrea—. ¿Cuál es ese trato que desea hacer?

El síndico respiró hondo antes de contestar.

—Tengo una información muy valiosa para usted. A cambio de la misma, quiero que acceda a defender de los alienígenas el espacio de los humanos.

Geary se tomó un momento para asimilar la petición.

—Es el primer síndico que admite abiertamente la existencia de esos seres, ¿y quiere que nos comprometamos a proteger de ellos los Mundos Síndicos?

—Sí.

«Hasta ahora está diciendo la verdad», le susurró el teniente Íger a Geary a través del comunicador.

Después de Íger, Geary oyó hablar a Rione: «¿Cuánto sabe en realidad?».

Era una buena pregunta. Geary miró con gravedad al director general síndico.

—¿Cómo puedo estar seguro de que dispone de esa información?

Boyens dibujó una sonrisa torcida en su rostro.

—Hace diez años que soy el segundo de a bordo de la flotilla de reserva. Aparte de todo lo que nuestro consejo ejecutivo le comunicó a todo el mundo, también sé muchas cosas que he averiguado yo solo.

«¿Diez años?», oyó decir a Desjani.

Geary comprendió que le extrañara.

—Es mucho tiempo desempeñando el mismo cargo. ¿Por qué pasó tantos años haciendo ese trabajo?

Esta vez Boyens se encogió de hombros.

—Estaba condenado a ese cargo, por así decirlo. Soy ingeniero de formación y había fundado una pequeña compañía muy prometedor. Una gran corporación quería absorber nuestro negocio, pero los directores generales de esa gran empresa gozaban de la simpatía de los directores generales que gobernaban los Mundos Síndicos y me arrebataron mi compañía. En lugar de ser un poco avisado y actuar con discreción mientras escalaba en la jerarquía de los directores generales hasta que pudiera vengarme décadas más tarde, monté un escándalo y les recordé todas las leyes de los Mundos Síndicos que se habían saltado. Cuando me quise dar cuenta, me habían destinado a la flotilla de reserva. —El director general volvió a hacer un gesto de impotencia—. Una misión en una frontera donde no tendría ninguna posibilidad de ascender. Ni siquiera podía decirle a nadie por qué estaba allí en realidad, puesto que oficialmente la flotilla de reserva solo existía como apoyo contra la Alianza. Tampoco me podían enviar a otro destino, gracias a aquellos a los que había importunado antes.

«Todo indica que dice la verdad», informó Íger.

Geary se sentó y se reclinó ligeramente mirando a Boyens.

—¿Y ahora quiere que la flota de la Alianza lo ayude a vengarse de esa gente?

El director general sacudió la cabeza.

—No. No es eso lo que pretendo. Esa gente forma parte de un grupo de poder que ha empujado a los Mundos Síndicos a esta guerra, lo que en muchas ocasiones ha estado a punto de acabar con ellos. No espero que me crea si le digo esto, pero también me mueve el deseo de proteger mi hogar de la corrupción y la estupidez de los que han estado dirigiendo los Mundos Síndicos.

—Entonces, ¿se considera un patriota? —le preguntó Geary.

Boyens se estremeció.

—No lo sé. Lo que sí sé es que gracias a las decisiones de los dirigentes de los Mundos Síndicos, y gracias a las victorias que ustedes han conseguido, podemos sucumbir fácilmente ante cualquier ataque, no solo los de la Alianza, sino también los de los alienígenas. Conozco su modo de actuar tan bien como cualquier otra persona; es decir, muy poco. Además, nadie sabe muy bien cómo piensan, pero estoy muy preocupado.

—¿A quién se refiere, a los alienígenas o a los dirigentes de los Mundos Síndicos?

El director general esbozó una sonrisa nerviosa.

—A ambos. Me juego el cuello a que en este momento los directores generales del consejo ejecutivo están reuniendo en su sistema estelar nativo todos los buques de guerra que queden en las fuerzas móviles de los Mundos Síndicos.

Geary resopló.

—Se juega el cuello.

—Es lo que me imaginaba.

Para ser un director general, parecía franco y perspicaz. Cuando Geary guardó silencio para reflexionar, frotándose el mentón, Rione volvió a susurrarle los datos obtenidos. «Los registros indican que está diciendo la verdad. También está preocupado, pero eso podría deberse al miedo a lo que le pueda ocurrir a él, no al miedo a lo que pueda sucederle al pueblo de los Mundos Síndicos.»

«Consíganos más datos, señor», lo urgió Íger. «Pregúntele por los alienígenas.»

—Necesitaría que me explicase con más claridad qué es lo que nos ofrece —dijo Geary—. Cuénteme algo sobre los alienígenas.

Boyens titubeó.

—Las cosas que sé son mis monedas de cambio. Si le cuento demasiado, ya no necesitaré hacer ningún trato.

—Director general Boyens —dijo Geary con frialdad—, no haré ningún trato, tenga usted la información que tenga, a menos que pueda estar seguro de que lo que me propone es en beneficio de la Alianza y del conjunto de la humanidad. De modo que le sugiero que empiece a intentar convencerme.

El director general escrutó a Geary durante varios segundos hasta que por fin asintió.

—Su actitud encaja con el comportamiento que hemos observado en usted. ¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Qué aspecto tienen los alienígenas? —Tal vez no fuera lo más importante, aunque se trataba de una pregunta que llevaba tiempo haciéndose.

—Lo ignoro, y si no me equivoco, nadie lo sabe. —Boyens esbozó una sonrisa ladeada al ver la reacción de Geary—. Es cierto. Si alguien se ha encontrado alguna vez con los alienígenas, no ha informado de su experiencia. Algunas de nuestras naves han desaparecido en las regiones fronterizas; y de algunas que hace tiempo emprendieron misiones de exploración más allá de la frontera jamás se volvió a saber. Tal vez sus tripulantes fuesen apresados, o tal vez estén muertos. En cualquier caso, nunca regresaron.

—¿Los síndicos no han hablado con los alienígenas?

—Han establecido vínculos de comunicación. Rara vez han negociado, pero ha ocurrido en un par de ocasiones. —Boyens extendió las palmas de las manos en un gesto de frustración—. No hablo de reuniones virtuales, de limitarse a ver al otro por una pantalla. Sin embargo, lo que nos muestran son avatares humanos,

representaciones falsas de personas sobre fondos también falsos.

«¿Cómo sabe que son falsos?», preguntó Íger. «Las señales digitales no permiten saber si los datos que transportan son reales o están alterados.»

—¿Falsos? —preguntó Geary a su vez—. ¿Por qué está tan seguro de que son falsos?

—Al principio resultan lo bastante reales para engañarte, pero pasado un tiempo empiezas a distinguir pequeñas inconsistencias y comportamientos que no terminan de encajar. Es como... Imagine que quiere imitar el maullido del gato. Quizá consiga hacerlo lo bastante bien para engañar a una persona, pero un gato sí percibirá la diferencia.

«Está convencido de que dice la verdad», le aseguró Íger a Geary.

Por su parte, Geary miró a Boyens a los ojos.

—Cada persona se comporta de un modo distinto. ¿Cómo puede saber con certeza que no son humanos de verdad?

Esta vez Boyens sorprendió a Geary con una carcajada, pero su risa, en lugar de sonar animada, arrastraba cierta traza de amargura.

—Si alguna vez tiene uno delante, lo sabrá. He hablado con gente de distintas culturas. Sé cómo varían los puntos de vista. Pero los alienígenas tienen algo que va más allá, por mucho que se esfuercen en ocultarlo. Créa... —Se rió de nuevo, con los dientes apretados—. Iba a decir «créame», pero eso no va a ocurrir, ¿verdad?

—No. Dígame qué es lo que quieren los alienígenas. Debe de tener alguna idea.

El director general arrugó el entrecejo.

—Solo en términos generales. A juzgar por los registros a los que he podido acceder, que son muy pocos porque todo lo que tenga que ver con los alienígenas se clasifica y categoriza hasta la saciedad, después del primer contacto parecía que lo único que querían los alienígenas era que no nos adentrásemos en su territorio. Durante las dos décadas siguientes fueron ellos quienes parecían pretender acceder a nuestro territorio, aunque con suma cautela. Hará unos setenta años que dejaron de intentarlo, y aparte de poner a prueba nuestras defensas en alguna que otra ocasión, no nos han molestado. Nadie se imagina el motivo, puesto que todo el que ha tenido ocasión de hablar con ellos ve claramente que desean apropiarse de algunos de los sistemas estelares ocupados por los Mundos Síndicos. Aun así, ni siquiera hicieron una finta durante los cinco o seis meses previos al día en que recibimos la orden de abandonar esa frontera y atacar a la Alianza.

Aquello no le dijo a Geary más de lo que ya se imaginaba.

—¿Qué aspecto tienen sus naves?

—No lo sabemos. Cuentan con una especie de mecanismo de sigilo que está a años luz del nuestro. Los sensores no detectan nada más que una inmensa mancha borrosa en la que nuestros equipos más avanzados no consiguen distinguir ningún

detalle. —Boyens miró desafiante a Geary, obviamente esperando que el almirante de la flota rebatiese su respuesta—. Hemos intentado de todas las maneras posibles ver con claridad alguna de sus naves. Hace décadas, varios voluntarios equipados con trajes de sigilo tomaron un vector rumbo a un grupo de naves alienígenas que habían entrado en un sistema estelar de los Mundos Síndicos con la intención de negociar. Esperábamos que se acercasen lo suficiente para entrar en la burbuja de sigilo de los alienígenas, si realmente es eso, y estudiarlo todo en detalle, pero murieron antes de poder ver nada.

—¿Los síndicos nunca han destruido una nave alienígena cuyos restos hayan podido analizar? —preguntó Geary.

—No. —El director general síndico bajó la vista hasta el suelo.

«Se está guardando algo», informó el teniente Íger.

—¿Ha combatido alguna vez contra ellos? —le preguntó Geary a Boyens.

—No.

La respuesta sorprendió a Geary, por lo que esperó a que Íger le confirmarse que se trataba de una mentira, pero ese aviso no llegó. Seguía pensando en su siguiente pregunta cuando Rione habló. «Pregúntele si los síndicos han combatido alguna vez contra los alienígenas. No él en concreto. Los síndicos.»

La treta quedó de manifiesto una vez que Rione la señaló. Geary cerró la mandíbula con rabia sin dejar de mirar al prisionero.

—¿Los síndicos han combatido alguna vez contra los alienígenas?

Boyens también apretó los dientes por un momento, hasta que por fin asintió.

—Hace décadas.

—¿Qué ocurrió?

—Yo no estuve allí.

«Una evasiva», lo previno Íger.

—¿Sabe lo que ocurrió? —El síndico se levantó sin mediar palabra y Geary hizo lo mismo—. ¿Quiere que confiemos en usted cuando es obvio que se está reservando una información decisiva? ¿Por qué no debería dejar que los síndicos de la zona fronteriza se las arreglen solos?

El rostro del prisionero se encendió con lo que parecía una mezcla de ira y vergüenza.

—Siempre parecen ir un paso por delante de nosotros. Recibí un informe sobre un programa que debería haber funcionado. Saltamos con nuestras naves a distintos sistemas estelares que solo distaban alrededor de un año luz de los sistemas estelares ocupados por los alienígenas, y después lanzamos hacia estos diversos asteroides ahuecados para dar cabida a los sensores. Pese a que los enviamos a gran velocidad, habrían tardado décadas en llegar a su destino, aunque debían haber pasado por simples rocas que viajaban velozmente, puesto que todos sus sensores eran pasivos y



sus sistemas de alimentación contaban con un fuerte blindaje. No funcionó. Los sensores que rastreaban la trayectoria de las rocas registraron la destrucción de las mismas a escasa distancia de los sistemas estelares alienígenas.

«Interesante», comentó Rione con voz templada, «pero no deja de ser un intento de distraernos. Sigue negándose a hablar sobre lo que sucedió cuando los síndicos se enfrentaron a los alienígenas.»

Geary se frotó el mentón mientras pensaba en cómo hacer que aquel síndico le contase más cosas sobre los sensores y la capacidad de combate de los alienígenas.

—Supongo que los Mundos Síndicos también habrán intentado enviar efectivos a los sistemas estelares ocupados por los alienígenas.

—Así es. No regresaron. Jamás volvimos a saber de ninguno de ellos.

—¿Qué puede decirme de los sistemas estelares que abandonaron para que ellos los ocuparan? ¿Dejaron algo en los mismos a través de lo cual pudieran recibir información?

Boyens clavó la mirada en Geary.

—¿Cómo ha...? Sí, abandonamos algunos sistemas estelares para mantener la paz en la frontera, y sí, dejamos colocados distintos sensores. Ocultamos varias naves mensajeras automatizadas en los sistemas estelares para que recogieran las capturas de los sensores y después saltaran con los datos obtenidos. Nunca recibimos ningún informe de aquellas naves. Es como si los malditos alienígenas pudieran ver al instante cada paso que damos. Si no antes.

—¿Es eso lo que ocurrió cuando los síndicos lucharon contra ellos? —insistió Geary.

El director general síndico se tomó su tiempo antes de dar una respuesta, hasta que por fin miró a Geary a los ojos.

—Sí. Y cada vez que nuestros buques de guerra adquirían un objetivo y podían alcanzarlo, el disparo no tenía el menor efecto. Las lanzas infernales eran absorbidas sin que se registrase ningún daño, la metralla se desvanecía sin más al llegar a las pantallas de los alienígenas y nuestros misiles estallaban poco antes de alcanzar sus objetivos.

Geary esbozó una sonrisa fría.

—¿Por qué no quería que lo supiéramos?

—Porque quería que se enfrentasen a ellos. Tenía miedo de que si se lo decía, decidieran no luchar contra los alienígenas y dejar que los Mundos Síndicos se librasen de su enemigo sin ayuda.

—¿Cree que podemos hacer lo que sus buques de guerra no consiguieron?

Boyens se ruborizó.

—No juegue conmigo. Han destruido nuestras flotillas una y otra vez, incluidas las que los superaban sobradamente en número. No sé cómo, pero es evidente que

nos llevan una gran ventaja.

Rione volvió a hablar, esta vez un tanto divertida. «Me pregunto si el síndico es consciente de que tiene esa gran ventaja delante de sus narices.»

Puesto que no podía mirar a Rione con fastidio, Geary se mantuvo concentrado en el prisionero.

—¿Qué más puede contarnos?

El director general dudó unos instantes y después contestó con aspereza.

—No mucho. Prácticamente lo único que puedo ofrecerle es mi experiencia. La experiencia que he obtenido tratando con los directores generales veteranos y los alienígenas. Puedo colaborar con ustedes. Tan solo le pido que nos ayuden a mantener a raya a los alienígenas.

—¿Por qué?

Boyens suspiró y extendió las palmas de las manos en un gesto de impotencia.

—Participé en la lucha contra ellos durante casi diez años. Los conozco bien. Me siento... responsable.

—Lo dice como si tuviera que pedir perdón por preocuparse por ellos —observó Geary a modo de desafío.

Boyens apartó la vista sin contestar y después volvió a mirar a Geary.

—A los directores generales de las fuerzas móviles y a los oficiales y los tripulantes de las mismas se les recomienda que no establezcan vínculos personales con las poblaciones locales... porque podrían hacerlos dudar a la hora de emprender las acciones de seguridad interna que sean necesarias.

—Acciones de seguridad interna. ¿Cómo bombardear sus propios planetas?

—Sí.

—¿Cómo demonios puede alguien aceptar algo así? —exigió saber Geary.

El director general volvió a guardar un breve silencio.

—Para mantener la seguridad de todos. Sé cómo suena. Amenazar a tu pueblo con aniquilarlo para mantenerlo a salvo. Sin embargo, sirve para mantener el orden. Nos da la fuerza necesaria para enfrentarnos a las amenazas del exterior. Se trata de qué es lo mejor para la mayoría. No podemos permitir que ningún grupúsculo ponga en peligro la seguridad de todos.

Al parecer, los alienígenas no eran los únicos cuyos patrones de razonamiento resultaban complicados de desentrañar. Geary intentaba decidir qué más podía preguntar y si ordenar o no que volvieran a sacar a Boyens del Intrépido, cuando Rione habló. «Pregúntele por el senador Navarro, por qué Abassas no sufrió ningún ataque.»

¿Por qué Rione querría saber eso? Tal vez la respuesta les proporcionase alguna pista importante.

—Una cosa más, director general Boyens. Y le aseguro que si la respuesta no me

satisface, se le trasladará fuera de esta nave. ¿Por qué el sistema estelar Abassas lleva tiempo sin ser asaltado?

Boyens se quedó perplejo.

—¿Abassas? ¿Está cerca del espacio de los Mundos Síndicos?

—Sí. Es el sistema estelar nativo del actual presidente del gran consejo de la Alianza.

El director general síndico volvió a mirarlo con pasmo durante un instante, hasta que soltó una carcajada.

—¿Han picado? ¿En serio? Es un truco de manual.

—¿Qué truco es ese? —preguntó Geary.

—No atacar la propiedad del líder enemigo. Así el oponente se pregunta qué trato podría haber hecho ese líder. No tengo mucha información sobre Abassas, pero se trata de una estrategia habitual para sembrar la disensión entre las filas enemigas. — Boyens dejó de reírse y extendió las palmas de las manos—. No sé si mi respuesta lo satisfará o no, pero es la única que puedo darle.

Geary asintió secamente con la cabeza.

—Gracias. Será trasladado al calabozo de esta nave mientras estudiamos su propuesta. —Se dio media vuelta y salió de la sala, obligándose a reprimir el impulso de gritarle al síndico.

Cuando entró en la sala de observación, Geary se situó frente a los visualizadores.

—¿Qué opinan? —preguntó.

Rione fue la primera en contestar, sin apartar la vista del flujo de datos.

—La solicitud de ayuda parece ser sincera, aunque hay momentos en los que es obvio que enmascara la verdad y se preocupa de medir bien las palabras.

El teniente Íger asintió.

—Eso concuerda con mi evaluación, señor. No parece querer engañarnos cuando nos pide ayuda. No nos ha contado ninguna mentira, aunque eso no significa que se callase otras cosas. Cosas que podrían ser de vital importancia.

Desjani, que mantenía los ojos entornados mientras meditaba, no miraba ni al síndico ni los visualizadores, sino a lo lejos.

—No se comportan como si fuesen más poderosos que nosotros.

Geary tardó un momento en comprender a qué se refería la capitana.

—¿Los alienígenas?

—Sí. —Giró la cabeza para mirarlo—. Ocultar tu fuerza, tus aptitudes y tus planes es una buena táctica a la hora de combatir, pero aun así hay ocasiones en que conviene dejarle claro a tu rival que tu superioridad es indiscutible. Sin embargo, ellos ocultan lo que son capaces de hacer.

Rione miró a Desjani y asintió con la cabeza.

—Es cierto. Sobre todo cuando se está llevando a cabo una negociación.

—Pero —prosiguió Desjani— también resulta útil hacerle creer a tu enemigo que eres más fuerte de lo que eres en realidad. Para que dude. Es muy recomendable emplear esta táctica cuando en realidad eres más débil que tu contrincante.

Todos permanecieron en silencio mientras reflexionaban al respecto.

—¿Cómo podemos saber —dijo por fin Geary— que piensan como lo haríamos nosotros? Tal vez para ellos comportarse así sea lo más habitual.

—¿También ocultar la silueta de sus naves? —Desjani sacudió la cabeza—. Si lo que ha dicho ese síndico es cierto, entonces los alienígenas se han tomado muchas molestias para impedir que los humanos aprendan nada sobre ellos. Quizá sean unos obsesos de la privacidad que se ocultan empleando todos los disfraces y tapaderas posibles, pero si se tratase de un enemigo humano, me preguntaría qué es eso que intentan esconder con tanto celo.

El teniente Íger se dirigió a Desjani con tono deferente.

—Capitana, esa es la perspectiva de un humano. En la Tierra y en muchos otros planetas las especies dominantes intimidan a sus oponentes haciendo uso de su aspecto a fin de parecer más grandes de lo que son. Los humanos también se comportan así, hasta cierto punto. Pero también hay especies que recurren a métodos muy distintos, como ocultarse hasta que la presa se halla lo bastante cerca, momento en que se abalanzan sobre ella sin darle tiempo a reaccionar.

Rione resopló indignada.

—Estoy convencida de que los síndicos tienen que haber aprendido más cosas sobre esos seres después de haber pasado un siglo en contacto con ellos. Ese director general no quiere decirnos todo lo que sabe. —De pronto pareció darse cuenta de algo—. ¿Cuánto hace que la Alianza y los Mundos Síndicos «descubrieron» la tecnología de hipernet y empezaron a crear sus propios entramados sirviéndose de la misma?

Desjani pulsó un botón de su unidad de datos y leyó la respuesta.

—Los primeros segmentos de los entramados de ambos bandos se activaron hace sesenta y nueve años.

Rione plegó los labios con rabia.

—El director general dijo que los alienígenas estuvieron muy activos hasta hace unos setenta años, y que desde entonces no se han hecho notar demasiado. Esos cabrones dedicaron décadas a estudiar a los humanos, tras lo cual pusieron a nuestra disposición la tecnología de hipernet, y desde entonces no han hecho otra cosa que esperar pacientemente a que nos aniquilemos nosotros solos.

—¿Por qué los ataques de tanteo durante ese tiempo? —se preguntó Geary.

—Para cerciorarse de que nuestros sensores y armas no habían cambiado de modo significativo —sugirió Desjani.

—Es muy posible —convino Íger.

Seguía habiendo demasiadas incógnitas, pero el director general síndico parecía tener muy pocas respuestas.

—¿Merece la pena que lo mantengamos en esta nave? —preguntó Geary.

—Yo lo recomendaría —propuso Rione—. Lo creí cuando explicó por qué no atacaron Abassas. Los registros indicaban que decía la verdad, y a mí me parece una táctica muy eficaz. Puede que incluso yo la utilice alguna vez.

—Yo también recomendaría que lo mantuviéramos aquí, señor —añadió Íger—. Podría tener más información, y dijo que conocía a los ocupantes de los sistemas estelares fronterizos, los encargados de controlar esa región. Esos contactos podrían venirnos bien.

Desjani, con semblante sombrío, asintió poco a poco.

—Necesitamos ganar toda la ventaja que podamos, puesto que apenas sabemos nada acerca de los alienígenas. Además, si intenta traicionarnos, quiero que esté cerca de un marine de la Alianza con el arma cargada.

Dos días y medio más tarde, Geary ordenó que la flota se pusiera en marcha. Observó cómo el enjambre de buques de guerra se iba distribuyendo hasta componer la única y gran formación que había ordenado adoptar durante esta parte del trayecto. Excepto por los módulos principales de propulsión que llameaban en la popa de las naves, estas parecían tiburones de diversos tamaños (un tanto más cortos y rechonchos que un escualo en el caso de los acorazados, pero por lo demás la comparación era inevitable). Las aletas contenían sensores, armas y generadores de escudo que se proyectaban desde las superficies curvas de los cascos, los cuales estaban diseñados para desviar los disparos. Los destructores, tiburones veloces, esbeltos y pequeños, se desplazaban raudos a sus correspondientes posiciones relativas al Intrépido mientras los cruceros ligeros, más grandes, avanzaban entre ellos con casi la misma agilidad. Los cruceros pesados atravesaban el espacio con sosegada autoridad y su blindaje, armamento y mole, mucho más voluminosos, recordaban que su principal cometido era aniquilar otros escoltas.

Los acorazados se movían como los monstruos que eran: enormes, repletos de armas, más lentos y un poco torpes debido a su formidable tamaño, sin bien en el espacio no podía encontrarse otra cosa construida por el hombre que costase tanto derribar. A su alrededor se hallaban los cruceros de batalla, más o menos del mismo tamaño que los acorazados, y muy bien armados, pero más esbeltos y rápidos, puesto que incluían menos protecciones para ganar en aceleración y maniobrabilidad.

En torno al núcleo de la formación se encontraban las llamadas naves auxiliares de alta velocidad. Estas, que solo eran rápidas en la mente de quien les dio su nombre, no eran ni redondeadas ni semejaban un tiburón. Más bien, su cuerpo amazotado evidenciaba lo que eran: gigantescas manufacturas autopropulsadas que transportaban sus propias materias primas a fin de fabricar repuestos con los que

llevar a cabo las reparaciones necesarias, así como células de combustible, misiles, metralla y minas de nueva fabricación con los que reemplazar los gastados por los buques de guerra. En combate eran blanco fácil, incapaces de maniobrar con la agilidad de los buques de guerra y de protegerse adecuadamente; no obstante, sin los suministros y las instalaciones de reparación que aportaban estas auxiliares, Geary jamás habría podido atravesar el espacio síndico con la flota. Esperaba que en esta ocasión no le hicieran tanta falta.

Por un momento permaneció observando las imágenes de los cruceros de batalla de la nueva clase Diestra y tuvo que contenerse para no hacer una mueca de desagrado hacia el visualizador. Quien lo viese fruncir el ceño podría pensar cualquier cosa, y sabía por experiencia que todo el mundo estaba pendiente de los oficiales más veteranos para determinar su comportamiento y su estado de ánimo. Era una táctica básica de supervivencia que todo oficial subalterno medianamente listo se molestaba en dominar.

Sin embargo, no estaba enfadado con ningún miembro de la flota, ni insatisfecho con el comportamiento de ninguno de los buques de guerra. Su malestar se debía al paseo virtual que había dado por la Diestra horas antes mediante el *software* de la flota. Hacía tiempo que se había resignado a que en la actualidad los buques de guerra no se construyeran con la minuciosidad necesaria para que durasen décadas. En lugar de eso, se fabricaban apresuradamente, dejando fuera los adornos y sin pulir las asperezas. Después de un siglo de conflicto, la artesanía no tenía sentido a la hora de construir naves pensadas para durar unos pocos años.

Con todo, la clase Diestra no hacía sino bajar el listón de la calidad, que era peor de lo que había observado a partir de la mera revisión de las estadísticas oficiales de los nuevos cruceros de batalla. Recorriendo la nave por medio de su avatar, cada vez le costaba más disimular lo mucho que le horrorizaban los remates rápidos y las taras de diseño con las que se había ahorrado tiempo y dinero a costa de multiplicar los puntos débiles de la Diestra y de sus naves gemelas. Por las explicaciones del capitán Kattnig (y por las disculpas esporádicas que este le daba sobre el equipo de la nave), Geary sabía que el oficial al mando de la Diestra estaba muy al tanto de los defectos del crucero de batalla, y podía imaginarse que los miembros más veteranos de la tripulación también los conocían. Así y todo, no le habría servido de nada hacer hincapié y llamar la atención sobre los problemas de diseño. Lo había visto desde el otro lado en anteriores ocasiones, teniendo que apañárselas con un equipo que sabía que no tenía la calidad necesaria, lo que lo obligaba a ver mermada su categoría y a soportar las duras críticas que dirigían contra él y sus hombres los grupos de inspección, quienes parecían creer que los tripulantes podían adaptarse por arte de magia a los fallos acumulados de diseño, aprovisionamiento y procesos de pruebas.

Por lo tanto procuró ocultar su reacción, puesto que los tripulantes de la Diestra

podrían suponer que su desaprobación se debía a un trabajo mal hecho por parte de ellos. Nada habría estado más lejos de la realidad. El personal estaba dispuesto a demostrar lo que valía, desilusionado por haberse perdido el trepidante viaje de regreso a casa que el resto de la flota sí había vivido, y decidido a lucirse ante Black Jack Geary. El capitán Kattnig conocía al capitán Tulev.

—Éramos soldados rasos que servíamos juntos a bordo de la Enérgica, y ambos recibimos nuestro ascenso de campo después de librar una batalla en Hattera. —Por un momento Kattnig adoptó un aire meditabundo—. Después hubo muchas otras naves, y muchas otras batallas. Pero Tulev y yo todavía seguimos aquí.

—Me alegro de tenerlos a los dos bajo mi mando —dijo Geary—. Entiendo que la Diestra entró en servicio hace tan solo dos meses.

—Sí, señor, más o menos. Pero estamos preparados —insistió Kattnig—. Podemos seguir el ritmo de la flota.

—No lo dudo, señor —dijo Geary lo bastante alto para que lo oyeran los tripulantes que se encontraban cerca—. La Diestra no difiere en nada de una nave veterana. Sé que lucharán bien.

El capitán Kattnig asintió con expresión tensa.

—Lo haremos, señor. Ninguno pudimos acompañarlo durante el largo regreso al espacio de la Alianza, algo que nos pesa a todos.

El disparate de lamentar haberse perdido el desesperado repliegue hizo sonreír a Geary, pero consiguió que pareciese un gesto de comprensión. Veía lógico que la gente deseara apoyar a sus camaradas en los momentos más difíciles.

—Nos habrían sido de gran ayuda, pero ahora están con nosotros.

—Tengo entendido que el capitán Tulev lo hizo muy bien —añadió Kattnig en voz baja—. Tuvo un comportamiento ejemplar.

—Así es. El capitán Tulev es un hombre muy capaz y digno de confianza. Me alegré mucho de poder contar con él.

—Me alegra oírlo. El capitán Tulev y yo trabajamos juntos.

—Lo sé, ya me lo había dicho.

—¿Sí? Le pido disculpas, almirante. —El capitán Kattnig miró a su alrededor como si escrutase su nave—. Dicen que le pondrá fin a la guerra. Esta podría ser la última campaña.

—Si las estrellas vivas nos conceden esa gracia, esta será la última campaña de la guerra —convino Geary.

—Sí. Estaría bien —dijo Kattnig, que parecía albergar ciertas dudas—. Como sabe, me fue imposible acompañar a la flota. Mi última nave, el Dechado, sufrió diversas averías críticas durante la batalla de Valdisia, por lo que tuvimos que realizar reparaciones de gran complejidad en Tshima.

—Comprendo.

—Después el Dechado partió raudo para defender la Alianza cuando... no se volvió a saber de la flota. Sufrimos tantos destrozos durante la defensa de Beowulf que la nave fue declarada irrecuperable.

—Debió de ser una acción muy valiente —dijo Geary, que se preguntaba por qué Kattnig parecía intentar justificar el hecho de no haber acompañado a la flota cuando esta emprendió el primer ataque contra el sistema estelar nativo síndico.

—Lo fue, señor, lo fue. —La voz de Kattnig se redujo a un susurro, los ojos perdidos en la distancia, hasta que volvió a concentrarse en Geary—. Solicité otra nave. Para... Para poder acompañar a la flota esta vez.

Geary habló con voz sosegada pero firme.

—Defender la Alianza mientras la flota se encontraba fuera fue una tarea crítica. Sin ustedes, no habríamos encontrado más que ruinas y desolación a nuestro regreso. Hicieron un buen trabajo.

—Gracias, señor. Mi nave no lo decepcionará —le prometió Kattnig.

Geary había hecho cuanto estaba en su mano para mantener alta la moral de la tripulación de la Diestra, pero su sondeo arrojaba numerosas pruebas de que el personal estaba más capacitado para el combate que la nave que les habían asignado. Las duplicaciones necesarias de los sistemas críticos se habían reducido por debajo del nivel básico de seguridad y la capacidad armamentística estaba mermada por el recorte de costes aplicado a las líneas que llevaban el suministro energético a las lanzas infernales, y a los contenedores de los misiles, que albergaban aún menos de clase espectro de los que habrían cabido en su reducido interior si los hubieran distribuido adecuadamente. Asimismo, los sensores también carecían de duplicaciones y de sus aptitudes habituales puesto que las naves de la clase Diestra estaban diseñadas de tal modo que dependían de los sensores instalados en otras naves. Esto no tendría que suponer un gran inconveniente durante un combate de la flota, pero cuando una nave de la clase Diestra se encontrase sola, se hallaría claramente en desventaja. Ni siquiera podía ordenar que una Diestra partiese con la única compañía de unos escoltas, ya que las aptitudes de los cruceros y los destructores no compensaban del todo la funcionalidad básica de los sensores de los nuevos cruceros de batalla.

El diseño de los buques de guerra de la clase Diestra volvía a poner de manifiesto lo mal que estaban las cosas, lo afectadas que se veían la economía y la capacidad industrial de ambos bandos después de un siglo de guerras difíciles de sostener incluso por las civilizaciones interestelares. Si no conseguía ponerle fin a este conflicto, todo seguiría deteriorándose, sumido en una espiral vertiginosa que descendía hacia el colapso, como si la guerra fuese un agujero negro ansioso por engullir a toda la raza humana y todo cuanto esta había llegado a crear entre las estrellas. Ahora entendía la desesperación de Desjani, que la llevó a exigirle que



prometiera cumplir la misión que ella creía que le habían encomendado las mismísimas estrellas vivas. Comprendía por qué la gente tenía tantas esperanzas puestas en él. Se preguntó si los demás entenderían la presión que sus esperanzas ejercían sobre sus espaldas.

Desjani sí. Estaba seguro de ello. La capitana era muy consciente de que en cierto modo se había ofrecido a poner su honor en sus manos si él se lo pidiera, si le dijera que lo necesitaba. La manera en que reaccionó ante esta oferta, su negativa a hacerle algo así, le dio las fuerzas necesarias para seguir adelante. Tal vez las distintas civilizaciones se estuvieran desmoronando, pero mientras hubiera gente que como Desjani continuara luchando y teniendo fe, cabía la esperanza de detener su caída.

Así, Geary se mantuvo en el asiento de mando de la flota, en el puente del Intrépido, mientras los buques de guerra se trasladaban hacia sus correspondientes posiciones, tras lo cual los cientos de naves que componían la flota empezaron a acelerar al unísono en dirección al punto de salto hacia Atalia, sistema estelar controlado por los síndicos.

Se percató de que Desjani lo observaba, absorto en sus pensamientos. Al menos, esperaba que la capitana no supiera qué lo tenía tan ensimismado. Desjani ya le había demostrado en varias ocasiones la inquietante capacidad que tenía de leerle el pensamiento.

—No se cansa uno nunca de mirarlas, ¿verdad, señor? —dijo la capitana—. Es la primera vez que las veo maniobrar de esta manera. Antes siempre descuidábamos nuestra formación. Lo único que importaba era pelear contra el enemigo, no mantener una formación ordenada. No éramos conscientes de la relación que guardan las dos cosas.

—Tienen un aspecto magnífico. De hecho, son magníficas. Pero no todas regresarán a casa —añadió Geary en voz baja.

—No. Hace un siglo que todas regresaron a casa, almirante de la flota Geary. Tal vez usted pueda cambiar eso por fin.

—Si lo consigo, no será sin ayuda, capitana Desjani.

La flota procedió hacia la salida, con todos los ojos del sistema estelar Varandal puestos en ella.

—Nuestra primera parada será Atalia —confirmó Geary a los oficiales que lo estaban mirando—. Adoptaremos la formación de combate antes del salto, aunque no esperamos encontrar una fuerte resistencia en dicho sistema. No obstante, si los síndicos deciden enfrentarse a nosotros allí, les daremos una paliza. —En aquel momento la sala de reuniones de la flota parecía enorme, con una larguísima mesa ocupada por las presencias virtuales de todos los oficiales al mando de cada una de las naves de la flota. Aparte de los oficiales, también estaban presentes la recién ascendida general de marines Carabali, la copresidenta Rione y dos representantes del

gran consejo, la rechoncha senadora Costa y el senador Sakai, que apenas abrió la boca cuando Geary se reunió con el consejo.

En general, los oficiales de la flota hacían lo que podían para ignorar la presencia de los dos nuevos políticos, aunque a Rione la trataban con un mínimo de cortesía, pues eran conscientes de que Geary confiaba en ella. Los oficiales de las naves de la República Callas y la Federación Rift siempre habían considerado a Rione una política a la que debían escuchar, y la defendían cuando lo estimaban necesario, pero daban las gracias por no haber tenido que elegir nunca entre Geary y ella.

En el lugar que antes ocupaba la capitana Crésida estaba sentado ahora el capitán de uno de los nuevos cruceros de batalla. Un sustituto que no terminaba de ser tal. Pero al menos aún contaban con los imperturbables y competentes capitanes Duellos y Tulev. Por su parte, Desjani había asistido físicamente.

—Con el fin de garantizar que nuestros planes salgan según lo previsto, les daré nuevas órdenes una vez que llegemos a Atalia —continuó Geary—. Lamento no poder facilitarles más información hasta entonces, pero es vital que mantengamos nuestra estrategia en secreto. ¿Alguna pregunta?

A muchos de los oficiales la noticia pareció molestarles, aunque asintieron en señal de aprobación. Aun así, los nuevos comandantes, aquellos que se habían incorporado a la flota en Varandal, miraron confusos a su alrededor. Geary sabía lo que esperaban: que expusiera un plan y que intentase convencer a los oficiales de la flota para que lo apoyasen, empleando artimañas políticas con las que ganarse el respaldo necesario, hasta que por último el comandante de la flota sometiese el plan a la votación de los capitanes. Geary desechó ese procedimiento en cuanto pudo, aunque durante mucho tiempo en las reuniones de la flota se vivieron momentos de gran tensión.

—Almirante de la flota Geary... —La voz de la capitana Olisa, del crucero de batalla Predominante, sonaba entre respetuosa y retadora—. Llegado este momento los oficiales de la flota están acostumbrados a recibir más información acerca de los planes propuestos.

A su vez, Geary dirigió a Olisa una mirada firme pero cortés.

—Yo no propongo mis planes, capitana. No están sujetos a modificación alguna. Les daré más detalles cuando pueda.

—Pero tenemos que debatir...

Tulev intervino en ese momento, manteniendo un tono desapasionado.

—El almirante de la flota Geary está abierto a nuestras sugerencias y comentarios, Isvan. Le aseguro que la escuchará, aunque no actúe del modo al que está acostumbrada. El almirante de la flota sigue el camino de nuestros ancestros.

—¿Nuestros ancestros? —Olisa arrugó los labios, pero asintió—. Había oído que se seguía un nuevo procedimiento, pero cuesta un poco acostumbrarse.

—Lo entiendo —dijo Geary—. Yo también tuve que adaptarme a algunas cosas.

—¿Puede confirmarnos nuestra misión, almirante de la flota Geary? —preguntó el capitán Armus, del Coloso—. ¿Es nuestro objetivo forzar el fin de la guerra?

Geary meditó la respuesta. Había tenido algunas diferencias con Armus, quien no destacaba precisamente como oficial, aunque sí demostraba valor y obedecía las órdenes cuando era necesario. En aquel momento, además, se estaba dirigiendo a él con respeto y formalidad, por lo que merecía que le contestase en los mismos términos. Por fin, Geary asintió.

—Correcto. La idea es acorralar a los síndicos y mantenerlos a raya hasta que accedan a abandonar la lucha. No se trata de un simple alto el fuego. Se trata del fin de la guerra.

El capitán Badaya, que parecía actuar con cierto engreimiento y soberbia desde el ascenso de Geary, asintió como si compartiese un secreto con este.

—Procediendo a ejecutar su plan, almirante de la flota Geary.

—Bien. Recibirán más detalles sobre el mismo en Atalia, se lo prometo.

Cuando las imágenes de los oficiales se desvanecieron, Geary vio que los dos nuevos observadores políticos permanecían en su sitio, como si esperasen algo más.

—¿Sí, senadores?

Costa dejó escapar una sonrisa fugaz.

—Puede describirnos su plan ahora que los demás se han ido.

Desjani pareció morderse el labio, literalmente, para obligarse a guardar silencio. Geary buscó una respuesta adecuada y diplomática.

Sin embargo, Rione miró a Costa con una sonrisa tranquilizadora en el rostro.

—Yo les pondré al corriente, almirante de la flota Geary.

¿Cómo pensaría hacerlo? Geary no le había detallado sus planes a la copresidenta. ¿Habría burlado sus sistemas de seguridad? Un instante después Rione le guiñó un ojo discretamente sin que los otros senadores pudieran verlo.

—De acuerdo —dijo Geary—. ¿Capitana Desjani?

A continuación abandonó la sala junto con la capitana, preguntándose qué les contaría Rione a los otros senadores para tenerlos contentos.

—Me pregunto si existirá algún modo de hacer que el *software* de conferencias les bloquee el acceso a esos dos.

—Al menos tiene a esa política para quitárselos de encima —le espetó Desjani—. Que mis ancestros me perdonen, pero lo cierto es que de momento me alegro de que esa mujer esté a bordo.

—Ya se le pasará.

—Y muy rápido, además —convino Desjani—. ¿Estará en el puente cuando iniciemos el salto hacia Atalia?

—Por supuesto. —Geary guardó un breve silencio—. Hay mucho en juego. Antes

de que llegue ese momento, me gustaría ir a otro sitio.

—Yo también voy hacia allí. —Se encaminaron juntos hacia el corazón del Intrépido, en dirección a la sección más recóndita de la nave, donde se encontraban los compartimentos destinados a los servicios religiosos. Desjani se despidió de él frente a la entrada de una de las cámaras, buscando su mirada por un momento antes de que la puerta se cerrara.

Geary se sentó en el tradicional banco de madera que había en la cámara que ocupó él. Por primera vez se preguntó de qué mundo procederían sus tablones. En muchos planetas crecían árboles y plantas similares, muchos de los cuales el hombre transportaba de aquí para allá en los largos viajes que realizaba a través de la vastedad del espacio. Encendió la única vela de la cámara y observó la llama durante un momento. Encontraba complicado transformar en palabras todo lo que sentía, pero por fin consiguió decir algo en voz baja.

—No pido el éxito para mí, sino para todos los que confían en mí. Os lo ruego, ayudadme a terminar con esto, y si mi destino es morir durante esta misión, por favor, velad por Tanya Desjani para que llegue sana y salva a casa.

Media hora después se encontraba de nuevo en el puente del Intrépido junto con Desjani mientras la flota, distribuida en tres subformaciones y preparada para entrar en combate, saltaba hacia Atalia.

## Capítulo 4

CUATRO días más tarde, la flota de la Alianza entraba a gran velocidad en el espacio normal por medio del punto de salto ubicado a las afueras de Atalia, sistema estelar gobernado por los Mundos Síndicos.

—¿Qué demonios? —exclamó Geary cuando los sensores de la flota actualizaron el estado de la misma.

Ninguna mina les impedía dejar atrás el punto de salto y no había ninguna flotilla de potentes buques de guerra esperándolos en las cercanías ni merodeando en una órbita lejana de la estrella Atalia. Sin embargo, a solo cuatro minutos luz de distancia, un inmenso enjambre de buques mercantes síndicos se mantenía suspendido y orientado hacia el punto de salto, como si aguardase la llegada de los buques de guerra de la Alianza.

Desjani, con gesto de incredulidad, se giró para gritarles una serie de órdenes a los controladores del puente.

—Averigüen todo lo que puedan sobre esos buques mercantes.

—Capitana —dijo el consultor de operaciones—, todos ellos tienen varias naves más pequeñas encima, hasta veinte en el caso de los más grandes.

—Nodrizas. —Geary esperó impaciente a que llegase el informe detallado del análisis que los sensores estaban realizando de las naves enemigas—. ¿Qué es lo que transportan?

—Esas cosas parecen demasiado voluminosas para ser misiles —observó Desjani, que al instante siguiente abrió los ojos como platos al reconocerlas—. Maldita sea. Son...

—Naves síndicas de ataque relámpago —informó triunfante el consultor de operaciones.

—¿Van a atacarnos con NAR? —se preguntó Desjani un tanto sorprendida, aunque no temerosa de la respuesta—. ¿Contra todos nuestros buques de guerra y en espacio abierto?

—¿NAR? —Geary leyó rápidamente la descripción que apareció en su visualizador, y entonces lo entendió todo—. Parecen lo mismo que las NACD que se utilizaban hace un siglo.

—¿NACD? —preguntó Desjani.

—Naves de ataque a corta distancia. Solo se empleaban en las operaciones que tenían lugar muy cerca de los planetas o de otros grandes cuerpos espaciales, debido a su alcance y cualidades limitados.

—Entonces sí que son lo mismo —confirmó Desjani—. Aquí fuera, sin una atmósfera en la que sumergirse ni un planeta tras el que refugiarse, lo van a pasar muy mal.

Problemas muy serios, de hecho. Geary se apresuró a revisar las características de las NAR. A una décima de la velocidad de la luz, la flota de la Alianza solo tardaría cuarenta minutos en recorrer una distancia de cuatro minutos luz. Ya habían transcurrido diez minutos y cabía esperar que las NAR se pusieran en marcha lo antes posible, momento en que se lanzarían contra las naves de la Alianza, lo que reduciría todavía más el tiempo que faltaba para el enfrentamiento.

Al igual que las NACD que conoció en su día, las NAR eran pequeñas, de tal manera que solo podían albergar uno o dos tripulantes humanos. Aparte de un único proyector de haces de partículas de lanzas infernales que tardaba mucho en recargarse, algunos modelos llevaban equipado un misil, mientras que otros contaban con un par de lanzadores de metralla de disparo único. No disponían de ningún tipo de blindaje y sus pequeñas fuentes de energía solo podían alimentar unos débiles escudos.

—¿Quién demonios las envía a esta misión suicida?

—Deben de ser voluntarios —aventuró Desjani.

Las alarmas saltaron cuando los sensores de la flota detectaron que las NAR habían empezado a lanzarse desde los improvisados buques nodriza mercantes hacía tres minutos. En términos numéricos, el enjambre de naves pequeñas resultaba impresionante.

Rione desde luego lo veía así.

—¿Podemos librarnos de ellas?

—Sin ningún problema —murmuró Desjani.

Geary asintió con la cabeza.

—Pero son más pequeñas, más rápidas y más maniobrables —insistió Rione.

—Más pequeñas, sí —convino Geary—. Más rápidas y más maniobrables, no. Seguro que quien ha propuesto este plan es un oficial de defensa planetaria, por lo que debió de pensar que como las NAR se parecen a las naves atmosféricas en comparación con los buques de guerra espaciales, su física sería la misma que la de los aviones, mucho más ágiles que los barcos que se pueden encontrar en los planetas con atmósfera y mar. Sin embargo, las NAR no se mueven en un medio mucho menos denso que el de nuestras naves, sino en el mismo medio, de modo que es una cuestión de masa y aceleración. Las NAR son pequeñas, pero eso significa que disponen de sistemas de propulsión básicos y fuentes de energía reducidas. Obviamente son más maniobrables que los acorazados, aunque nuestros destructores cuentan con unidades de propulsión más grandes y una mejor relación masa-aceleración. —Las NAR que aparecían en su visualizador habían terminado de salir de los buques mercantes y avanzaban cada vez a mayor velocidad hacia la flota de la Alianza.

Desjani agitó la cabeza con indignación.

—Las naves pequeñas que se las apañen para salir indemnes de este combate no podrán regresar a casa. No llevan combustible suficiente ni cuentan con los sistemas de supervivencia necesarios. Espero que el comandante síndico responsable de esto viaje en uno de esos mercantes.

—Lo más probable es que se encuentre a diez años luz de aquí —dijo Geary—. ¿Cómo son de sigilosas estas NAR?

—Están bien preparadas en ese aspecto, pero aquí, en medio de ninguna parte, no tienen modo de ocultarse, van acelerando y además las vimos salir. A los sistemas de combate no les costará seguirlas, ni siquiera una vez que... Ahí están. Los sistemas de sigilo de las NAR se han activado, y aun así podemos seguirlas a todas sin ningún problema.

—De acuerdo. —Geary dedicó algunos segundos más a observar cómo la nube de NAR avanzaba para interceptar a la flota de la Alianza, tras lo cual se desplazó por algunas de las formaciones que había organizado antes de esto y cargó los sistemas de maniobras. Después de realizar una comprobación para confirmar cuánto tardaría un mensaje en llegar a la unidad más lejana de la actual formación de la Alianza, pulsó los botones de su panel de comunicación—. A todas las unidades de la flota de la Alianza, les habla... —Casi se le escapa «el capitán Geary», pero se corrigió a tiempo—. El almirante Geary. Adopten la formación Noviembre a las cuatro siete.

Desjani lo miró, abrió la formación en su visualizador e hizo un gesto de aprobación.

—Servirá. Pero debería ordenar que la formación desacelere un poco para que derribe todas las NAR posibles.

—Gracias. ¿Cree que bastará con desacelerar hasta ocho centésimas de la velocidad de la luz?

Después de trasladarle la pregunta a su consultora de sistemas de combate y esperar la respuesta que esta le dio al instante, Desjani asintió de nuevo.

—Sí, señor.

Rione habló con resignación.

—Si no tienen ninguna posibilidad, ¿es necesario que las destruyamos y nos arriesguemos a sufrir bajas nosotros también?

—Sí —afirmó Geary—. No podemos desviarnos lo suficiente hacia un flanco para esquivar los misiles que nos lance este enjambre de NAR, por lo que las unidades de ese flanco correrían el riesgo de ser alcanzadas por los misiles en las pasadas de alta desviación, los cuales son mucho más difíciles de neutralizar con fuego defensivo que los de las pasadas de baja desviación. Me preocuparía sobre todo que cuando dejásemos atrás las NAR estas dirigiesen algunos de sus proyectiles contra las auxiliares.

A las cuatro siete la actual formación de la Alianza se disolvió y los escuadrones

y divisiones de buques de guerra se desplazaron a otras posiciones orientadas hacia el Intrépido. Geary aguardó a que la flota se distribuyera en cinco rectángulos cuyos lados más amplios miraban en la dirección del movimiento de la flota. Así, el rectángulo más grande ocupó el centro y los otros cuatro se colocaron a escasa distancia de las esquinas de aquel. Para irritación de Geary, dos de los nuevos cruceros de batalla, uno de los nuevos acorazados y varias naves más pequeñas, terminaron alejándose demasiado de sus correspondientes posiciones.

—Diestra, Impuesta, Insistente, Apresadora, Pavés, Demicontres, Halda y Tschekan, regresen de inmediato a sus posiciones asignadas.

Al contrario que en Corvus y que en los enfrentamientos que tuvieron lugar poco después, el grueso de la flota mantenía la solidez de la formación, pues actuaba como un magnífico ejemplo que reforzaba las órdenes de Geary, que a continuación se olvidó en parte de los buques de guerra desbandados y pasó a centrarse en los movimientos de la flota y la nube de NAR, la cual parecía ocupar todo el espacio que se extendía ante la flota.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, reduzcan la velocidad a ocho centésimas de la velocidad de la luz a las cero nueve y a continuación reduzcan a cuatro centésimas a las uno dos; seguidamente, aceleren hasta seis centésimas de la velocidad de la luz a las uno cinco.

—Ninguna de nuestras naves puede realizar cambios de velocidad tan bruscos —apuntó Desjani.

—Lo sé. Pero de esta manera su velocidad será tan inconstante justo antes del inicio del combate que los sistemas de disparo de las NAR se volverán locos intentando calcular el momento preciso en el que descargar las lanzas infernales y la metralla. No lo intentaría con buques de guerra más grandes porque nuestras formaciones se verán alteradas a causa de las continuas variaciones de velocidad, pero en teoría esta táctica tendría que funcionar contra las NAR. —Al menos, esa era la estrategia oficial que se utilizaba contra las NACD un siglo atrás.

Todavía quedaba una orden por transmitir.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, asciendan cero tres cinco grados a las dos cuatro. —De esta manera, la flota atravesaría el banco de NAR y a continuación escaparía muy por encima del muro de mercantes.

—Nos saltaremos los mercantes —se lamentó Desjani, quien a continuación miró a Geary con complicidad—. Son un blanco demasiado tentador, demasiado fácil. No intentan escapar, aunque ya han terminado de liberar las naves pequeñas.

—Exacto. ¿Son solo un blanco fácil o son en realidad un cebo? —Geary sacudió la cabeza—. No me fío ni un pelo de esos mercantes.

La flota inició la maniobra de desaceleración: los impulsores empujaron la proa de los buques de guerra, invirtiéndolas de tal manera que sus módulos de propulsión



principales mirasen hacia delante; después, los módulos de propulsión trabajaron para ralentizar las naves todo lo que su impulso, la potencia de los módulos de propulsión y los amortiguadores inerciales permitieran. Tras las dos maniobras de desaceleración y justo antes de iniciar el combate con las NAR, los buques de guerra pivotarían de nuevo para volver a acelerar, desplazando la proa otra vez hacia delante a fin de recibir a las naves síndicas con todo el blindaje y el armamento preparados.

—Siguen avanzando directas a nosotros —comentó Desjani.

Su tono despreocupado y tranquilo tenía algo que preocupó a Geary, que volvió a manipular algunos mandos.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza: las NAR solo atacan una vez, pero pueden causar mucho daño. No las subestimen hasta que hayan sido derribadas. Realicen maniobras evasivas sobre punto en el instante previo al combate con las NAR. —Con «sobre punto» quería decir que no se alejasen demasiado de sus posiciones asignadas, aunque podían alterar sus vectores lo suficiente para burlar los intentos que los sistemas de control de fuego de las naves enemigas hicieran para predecir su siguiente posición con la exactitud necesaria a fin de alcanzarlas durante la fracción de segundo que duraban los combates.

Saltaron más alarmas cuando las primeras NAR empezaron a lanzar sus misiles. Las NAR solo podían llevar un proyectil, aunque tal vez solo la mitad de ellas estuvieran equipadas con uno; aun así, el peligro seguía siendo considerable cuando el enjambre era tan numeroso.

—A todas las naves, abran fuego. Neutralicen los misiles y, a continuación, las naves de ataque relámpago.

A corta distancia y con las tropas enemigas acercándose a gran velocidad, no quedaba tiempo para que sus misiles iniciasen ninguna maniobra evasiva. Los buques de guerra de la Alianza descargaron sus lanzas infernales, llenando el espacio de haces de partículas dirigidos de alta potencia, los cuales a corta distancia atravesaban el blindaje como si fuera de papel. Algunos misiles síndicos explotaron con antelación y otros terminaron despedazados bajo la cortina de fuego, mientras que los que se salvaron se encontraron con una lluvia de metralla. Los racimos de balines metálicos penetraron en los misiles, de tal modo que todos los balines que hacían blanco se evaporaban debido a la fuerza del impacto. Alcanzados por las potentes ráfagas de múltiples baterías de metralla, el resto de misiles saltaron en mil pedazos mientras la flota de la Alianza avanzaba rauda hacia el combate con las naves de ataque relámpago.

La mera densidad del enjambre de naves de ataque bastaría para compensar sus frágiles defensas y su limitado armamento, con lo que podrían haber concentrado la escasa potencia de fuego que tenían por separado para castigar las naves de la Alianza una y otra vez. Sin embargo, no podían actuar así bajo aquellas condiciones;

no cuando debían enfrentarse a una flota de buques de guerra más grandes y distribuidos en formaciones cuya potencia de fuego, ya de por sí superior, se solapaba y sumaba a la de los demás. Las NAR estaban concebidas para luchar contra grupos reducidos de buques de guerra aislados, uno o dos a lo sumo. Bajo las condiciones adecuadas (cerca de un planeta o de otra base donde las pequeñas naves pudieran ocultarse sigilosamente y esperar a que el enemigo se acercase), si se juntaba el número suficiente de NAR, estas podían derribar incluso un acorazado que se encontrase solo, aunque posiblemente sufrirían múltiples bajas.

En esta ocasión no se daban las condiciones adecuadas.

Los destructores de la Alianza se hallaban en su elemento frente a un enemigo de esa clase, por lo que se paseaban entre las NAR, desprotegidas y menudas, como una familia de halcones entre una bandada de golondrinas. Así, sus lanzas infernales brotaban con toda la violencia posible y aplastaban la pobre protección de sus ridículos enemigos. Los cruceros ligeros se movían casi con la misma agilidad entre los destructores, y con sus potentes armas destrozaban varias naves de ataque de un disparo. Justo después de los escoltas ligeros llegaron los cruceros pesados, que no eran tan veloces ni maniobrables, pero contaban con mejores protecciones y superaban con mucho la potencia de fuego de las NAR. Obligadas a vérselas con los buques de guerra de la Alianza, estas intentaron concentrar su fuego en una nave cada vez, con la intención de traspasar sus protecciones y su blindaje, pero al tener que cambiar de blanco continuamente, no consiguieron realizar los impactos necesarios para causar daños apreciables en ninguna nave.

La formación de la flota de la Alianza se fundió con el enjambre de naves de ataque relámpago a una velocidad combinada de casi cinco centésimas de la velocidad de la luz; de esta manera, el tropel de NAR se iba evaporando según se mezclaba con los buques de guerra, como una nube de mosquitos que se lanzase de cabeza contra un gran vehículo terrestre. Las pequeñas naves síndicas de ataque saltaban en pedazos o salían despedidas, fuera de control, con sus sistemas y sus tripulantes muertos. Debido a su elevado número, algunas de las naves síndicas llegaron a colarse entre los escoltas de la Alianza, aunque no tardaron en caer trituradas por el fuego de los acorazados y los cruceros de batalla.

El instante que tardaron en fulminar el enjambre de NAR duró demasiado poco para que una persona pudiera apreciarlo, y acto seguido la flota de la Alianza dejó atrás al enemigo y obedeció la orden que Geary había dictado, consistente en dar un giro brusco hacia arriba, donde «arriba» se interpretaba como el lado superior del plano del sistema estelar, del mismo modo que «abajo» se entendía como la parte inferior del mismo. Geary miró con ansia el visualizador del estado de la flota, consciente de que una colisión contra una NAR o una ráfaga que hiciera blanco podrían dañar gravemente, o incluso destruir, alguno de sus escoltas. Los informes de

estado todavía se estaban actualizando (aunque ya se podían ver varios escudos debilitados y algún que otro impacto en distintos destructores y cruceros ligeros) cuando algo le llamó la atención.

—¡Apresadora, regrese a la formación de inmediato! ¡Modifique su rumbo para evitar una colisión con los buques mercantes!

Al contrario que sus compañeros, el solitario crucero pesado continuaba hacia delante en lugar de iniciar el ascenso, de manera que ahora avanzaba directo al muro de buques mercantes síndicos que aguardaban inmóviles en medio de la ruta que antes iba a haber seguido toda la flota. Geary permaneció a la espera mientras los segundos pasaban, trayéndole recuerdos de la absurda pérdida que sufrió en Sutrah, donde un campo de minas le arrebató un crucero y tres destructores.

Por fin, llegó la respuesta de la Apresadora, cuyo capitán parecía desconcertado.

—¿Vamos a dejar escapar esas naves síndicas?

—¡Es una trampa! —respondió Geary al instante—. ¡Use la cabeza! ¡Los mercantes no intentan huir y no están liberando ninguna cápsula de escape! ¡No viajaba ningún tripulante a bordo de ellos, solo los pilotos de las NAR, y lo más probable es que hayan colocado trampas explosivas! ¡Saque su nave de ahí ahora mismo!

Al cabo de unos segundos, la Apresadora inició el ascenso, corrigiendo los vectores de su rumbo con una lentitud desesperante, para reunirse con el resto de la flota, mientras la inercia seguía acercándola a los mercantes.

Desjani observaba en silencio el progreso del crucero pesado, su rostro convertido en una máscara de inmutabilidad, sin duda recordando también la tragedia de Sutrah.

—Diez segundos para que la Apresadora alcance la cercanía máxima a los buques mercantes más próximos —informó el consultor de operaciones.

—Están activando sus sistemas de propulsión —dijo Desjani un instante más tarde. Los sistemas de propulsión de los mercantes habían empezado la ignición, con lo que los impulsores comenzaron a empujar hacia arriba las torpes naves, a fin de intentar interceptar a la flota de la Alianza, que se disponía a pasar sobre ellas—. Han entrado en funcionamiento casi al mismo tiempo. Tiene que haber un sistema de control que mantenga conectados todos los buques mercantes. Un grupo de civiles no podría haber ejecutado una acción tan bien coordinada.

—Aun en el caso de que hubiera civiles dispuestos a atacar esta flota —dijo Geary sin apartar los ojos de la cuenta atrás que indicaba el tiempo que faltaba para que la Apresadora se alejase de los buques mercantes.

Debido a los segundos luz que separaban a la flota de la Apresadora y los buques mercantes, vieron las explosiones tres segundos después de que se produjeran.

—Los dos mercantes más cercanos a la ruta de la Apresadora han sufrido una sobrecarga del núcleo —avisó el consultor de operaciones—. La Apresadora podría

hallarse dentro de la zona de peligro y haber sufrido daños.

—¿Creían que podrían copiar su táctica y emplearla contra usted? —bufó Desjani.

—Tal vez pensaban que habría otra persona al mando, o que el almirante Geary se habría vuelto un engreído —dijo Rione.

En cualquier caso, los síndicos habían modificado el campo de minas improvisado que Geary utilizó en Lakota.

—No es mala idea —comentó—, activar el control automático de las naves para que persigan a sus objetivos si estos no se acercan a ellas. Tenemos que estar atentos por si pretenden emplear esta táctica de nuevo.

—Ni siquiera a los síndicos se les ocurriría desperdiciar de esa manera sus buques de guerra —espetó Desjani—. Pero de ahora en adelante, no dudaré en disparar sin preguntar si un buque mercante intenta acercarse. —Miró su visualizador con semblante serio—. Teniente Yuon —dijo para llamar a uno de los consultores—, los núcleos de las naves síndicas parecen haber liberado una explosión mucho más potente de lo habitual. Averigüe la potencia que los síndicos programaron para estas explosiones y cómo lo hicieron. —Dirigió una mirada de advertencia a Geary—. Si nos colocamos al alcance de las lanzas infernales, es posible que esas cosas dañen algunas de nuestras naves.

—Estoy de acuerdo. Será mejor no arriesgarse. —Prefería no recurrir a los misiles espectro, puesto que sus reservas se redujeron drásticamente durante el largo regreso a casa; sin embargo, los almacenes de misiles volvían a estar llenos después del paso por Varandal, y no cabía duda de que la actual situación requería el uso de estos proyectiles. Con todo, los escudos de los mercantes solo servían para repeler la radiación; por lo demás, carecían de blindaje y de armamento. Además, estos buques se movían torpemente por unos sencillos vectores fácilmente predecibles y trazados para intentar interceptar las naves de la Alianza. Solo hicieron falta dos segundos para pedirles a los sistemas de combate de la flota que asignasen misiles en tantos buques de guerra como fueran necesarios, de forma que cada mercante recibiera un impacto, lo que bastaba para destruirlos. Pero antes de que Geary pudiera pulsar el botón con el que dar la orden, una carcajada de Desjani llamó su atención.

—Los síndicos han adoptado una formación demasiado concentrada —explicó—. Habría sido más eficaz si hubiéramos avanzado directos a ellos, pero de esta manera... —Desjani se rió otra vez e hizo un gesto despreciativo con la mano que dirigió al visualizador.

Los dos buques mercantes que se autodestruyeron sobrecargando sus núcleos se encontraban lo bastante cerca de otros mercantes para que en estos se produjera el mismo tipo de explosión a consecuencia de la onda expansiva. Los nuevos estallidos afectaron a las naves contiguas, cuyas sobrecargas causaron todavía más destrozos en

los buques cercanos.

Una oleada de destrucción fue engullendo el muro de buques mercantes cuando el campo de minas síndicas empezó a arrasarse a sí mismo con frenesí fratricida.

—Supongo que podemos ahorrarnos los misiles —comentó Geary, aunque en ese momento el deleite que le producía contemplar la autodestrucción de la trampa explosiva síndica se esfumó de súbito, ya que la Apresadora salió de la zona de destrucción formada por las sobrecargas de los núcleos de los dos primeros mercantes. Se tragó un reniego al ver los informes automáticos de daños procedentes de la Apresadora. Cuando esta detectó las explosiones, ya era demasiado tarde para que reaccionase, de modo que recibió el embate más violento en un flanco de la popa. Geary pulsó los mandos del panel de comunicaciones con más fuerza de la debida—. Apresadora, necesito que me envíe lo antes posible un informe de daños completo y una estimación del tiempo requerido para reparar los módulos de propulsión. — Cambió de canal y llamó a la Tanuki.

El capitán Smyth, a quien en Varandal se le asignó el mando de la división de auxiliares, para alivio de la capitana Tyrosian, contestó segundos más tarde.

—¿Sí, almirante?

—Necesito su valoración y el tiempo estimado de reparación para los daños de la Apresadora —explicó Geary—. Los informes preliminares indican que las averías que ha sufrido en la mayor parte de sus módulos de propulsión son demasiado complicadas para que las repare sin ayuda. Si esto se confirma, quiero saber cuánto se tardaría en volver a poner en marcha los módulos de propulsión necesarios para que pueda seguir el ritmo de la flota.

—Cuenta con ello —dijo el capitán Smyth con tono jovial—. Volveré a ponerme en contacto con usted.

—Muy despreocupado, incluso para ser un ingeniero —comentó Desjani.

—Sí —afirmó Geary—. Pero parece preparado y dispuesto a cumplir órdenes. Tyrosian hizo un buen trabajo como comandante de la división, pero nunca disfrutó con el cargo, que en ocasiones parecía superarla.

—Por decirlo de una manera amable.

—¿Capitana? —intervino el teniente Yuon—. Las sobrecargas de los núcleos fueron alrededor de un cincuenta por ciento más potentes de lo que habría sido normal en el caso de unos buques mercantes. Los análisis indican que los síndicos llenaron las bodegas de los mercantes con explosivos y diversos tipos de aceleradores.

—Querían atraparnos después de hacernos pensar que nos hallábamos fuera de la zona de peligro —comentó Desjani—. Ahora eso no será ningún problema. —Sonrió cuando los buques mercantes síndicos colocados en las afueras del campo de minas improvisado explotaron en el momento en que la oleada de destrucción los alcanzaba,

tras lo cual solo quedó un campo de restos cada vez más extenso allí donde antes se alzaba el imponente muro de buques mercantes.

—Maravilloso, ¿verdad? Si hay algo mejor que destruir buques de guerra síndicos, es ver cómo un grupo de naves síndicas se fulminan unas a otras.

Geary se limitó a responderle con una sonrisa fugaz, tras lo que continuó estudiando la situación. Los buques de guerra de la Alianza se encontraban a gran distancia del campo de restos y continuaban alejándose. La Apresadora estaba demasiado cerca de la zona de peligro, pero podría evitar verse atrapada de nuevo. Ahora que Geary había neutralizado la barrera síndica que los esperaba a la salida del salto, podría concentrarse en la evaluación de otras defensas síndicas de Atalia.

No había mucho más. Puesto que Atalia era un sistema estelar fronterizo, se habían librado numerosas batallas por él a lo largo del último siglo; así, las defensas ubicadas en órbitas fijas terminaban sembradas de cráteres, cuando no eran destruidas con la misma rapidez con que las levantaban. Desde la última vez que la flota de la Alianza estuvo aquí, hacía poco, los síndicos habían levantado distintos tipos de defensas permanentes, como las armas de rieles que colocaron en varios asteroides y lunas, amén de un nuevo fuerte orbital. Además, los otros dos puntos de salto que tenía Atalia contaban con la presencia de varias naves de caza asesinas, parecidas a los destructores de la Alianza pero más pequeñas. Uno de los puntos de salto llevaba a Padronis, una estrella enana blanca carente de elementos destacables; el otro conducía al devastado sistema estelar Kalixa. Dentro de unas cuatro horas, en cuanto las naves de caza asesinas vieran la luz que anunciaba la llegada de la flota de la Alianza, una de ellas saltaría rauda para avisar en los otros sistemas estelares de los movimientos del enemigo. Tal vez fuesen dos naves asesinas las que saltasen en el caso de que los síndicos hubieran intentado reconstruir algo en Kalixa.

Aparte de las naves asesinas, solo había un crucero ligero orbitando alrededor de uno de los planetas del sistema interior. No era extraño. Dada la escasez de buques de guerra que sufrían los síndicos, lo más probable es que se hubieran llevado todo lo posible para fortalecer las defensas de su sistema estelar nativo. Las NAR no eran más que el último cartucho.

Geary le solicitó al sistema de combate que calculase un plan para bombardear las defensas permanentes con proyectiles cinéticos («rocas», en la jerga de la Alianza); instantes después, cuando la solución se mostró ante él, pulsó un botón para dar su aprobación y vio que decenas de sus buques de guerra comenzaban a expeler fragmentos de metal sólido, que impactarían contra sus objetivos con la formidable fuerza que la velocidad que llevaban les hacía ganar. Nada que se encontrase en una órbita fija podría esquivarlos, pero para sus buques de guerra, zafarse de las descargas que las armas de rieles lanzaban contra la flota desde varias horas luz de distancia no supondría el menor problema. Con todo, Geary prefería no tener que preocuparse por

eso mientras la flota dejaba atrás el sistema estelar, y tampoco quería que las armas de rieles dirigiesen ninguna ráfaga contra la Apresadora mientras esta estuviera ocupada con las operaciones de reparación.

El crucero pesado seguía sin dar señales de vida cuando apareció de nuevo la imagen del capitán Smyth.

—Menudo estropicio —anunció con la misma jovialidad de antes—. ¡La Apresadora debería haber descendido! Ese crucero no podrá reparar sus averías sin ayuda. Dos de los módulos de propulsión principales están totalmente destrozados. La Tanuki o la Titánica se pueden hacer cargo, pero no terminarán hasta dentro de unos cuatro días. Hasta entonces, ese crucero andará cojeando.

Lo cual significaba que el resto de la flota también tendría que cojear para no dejarlo atrás. Geary se detuvo a reflexionar sobre las opciones que tenía, consciente de que pasar tanto tiempo en territorio enemigo sería una insensatez.

—Gracias, capitán.

—Para servirlo.

—Me pregunto cómo reaccionará ante las malas noticias de verdad —dijo Desjani.

—Imagino que del mismo modo. Mientras haya cosas que reparar, estará contento —supuso Geary.

—A un ingeniero no se le puede pedir que mejore su actitud. Y hablando de ingenieros y actitudes, ¿llegó el capitán Gundel a terminar aquel estudio que le encomendó para quitárselo de encima?

—No, no lo terminó. Cuando lo dejé en Varandal seguía trabajando en ello.

Desjani agitó la cabeza.

—¿Cuánto tiempo cree que tardará en darse cuenta de que desde que la flota regresó a Varandal no es necesario realizar ningún estudio sobre necesidades logísticas para volver a Varandal?

—No creo que el capitán Gundel se deje desalentar por cuestiones menores, como la utilidad de completar un informe. En cualquier caso, la única finalidad de ese estudio era mantenerlo ocupado en algo inofensivo, de modo que todavía tiene sentido. —Era absurdo seguir posponiendo lo que debía hacer a continuación. Llamó a la Apresadora.

El capitán del crucero miró hacia la ventana virtual que flotaba ante el visualizador de Geary.

—Señor, seguimos evaluando los daños.

—Según los datos de los que dispongo y las indicaciones de los ingenieros de las auxiliares, se tardará cuatro días en finalizar las reparaciones, que requieren una gran cantidad de recursos externos —dijo Geary—. ¿Considera que esto concuerda con su valoración actual?

El oficial al mando de la Apresadora asintió con la cabeza, aunque era obvio lo mucho que lamentaba hacerlo.

—Sí, señor.

—La flota no puede permitirse desacelerar para acompañarla durante tanto tiempo —explicó Geary con franqueza—. La Apresadora regresará a Varandal para ser reparada allí. Podrá informar de los resultados de las acciones que hemos realizado aquí en Atalia.

Al oír esto, el capitán del crucero no pudo contener más su angustia.

—Se lo ruego, señor. No se trata de mí. La tripulación se merece acompañar a la flota en esta misión histórica. La Apresadora podrá seguir el ritmo, señor.

—No, no podrá. Lamento tener que recurrir a esta solución, comandante, pero ha sido usted quien ha provocado esta situación. Demos gracias por que la Apresadora no fuese destruida en aquel campo de minas improvisado. Asimismo, le reconozco el mérito que tuvo al acatar, aunque con retraso, la orden que di de alejarse de aquel. De haberme desobedecido, le habría relevado de su cargo. Sin embargo, obedeció la orden, aunque demasiado tarde para evitar que su nave resultase dañada. No pondré en peligro al resto de naves de la flota y nuestra misión arrastrándonos durante cuatro días por este sistema estelar a la espera de que finalicen las reparaciones de la Apresadora. Lamento que su nave no nos acompañe, y en mi informe indicaré que el regreso de la Apresadora a Varandal no es consecuencia de una mala actuación de sus oficiales ni de su tripulación, pero no tengo otra alternativa. Abandone la formación y regrese a Varandal tan rápido como le sea posible para reparar su nave, comandante.

—Sí, señor. —Pálido como un fantasma, el capitán de la Apresadora saludó avergonzado.

Geary permaneció unos instantes hundido en su asiento, con la vista pegada en el visualizador.

—Tuvo suerte —comentó por fin Desjani.

—Lo sé. Nosotros también. ¿Tan desesperados están los síndicos que se vieron obligados a organizar aquí este tipo de defensa?

—Sí, sí que lo están. —La idea pareció deleitar todavía más a Desjani.

Por fin, Rione decidió intervenir de nuevo.

—¿Sobrevivió alguno de los síndicos que pilotaban esas pequeñas naves?

Desjani hizo una mueca de desagrado al oír la pregunta, y miró a uno de los consultores para que le diera una respuesta.

—Lo más probable es que no, señora copresidenta —contestó el teniente—. Las NAR son tan pequeñas que lo normal es que los impactos afecten también a los tripulantes. No cuentan con una cápsula de supervivencia, solo con la NAR en sí y los trajes de los dos pilotos que esta puede albergar a lo sumo. Una vez que los sistemas de la NAR dejan de responder, el tiempo de supervivencia varía entre... eh... media



y una hora.

—En ese caso, ¿es absurdo solicitarle a la Apresadora que busque supervivientes y los tome como prisioneros? —preguntó Rione.

Sin dirigirse directamente a la copresidenta, esta vez fue Desjani quien contestó.

—Se les encomendó una misión suicida. Eran conscientes de ello. Si alguno sobrevive el tiempo necesario para que la Apresadora se acerque a él, es posible que provoque el estallido de los restos de su nave o que emplee explosivos acoplados a sí mismo.

Al percatarse de la disconformidad de Rione, Geary llamó al teniente Íger, a quien comunicó las conclusiones de Desjani.

—¿Está de acuerdo?

Íger consultó con algunos otros miembros de la sección de Inteligencia y asintió.

—Sí, señor. Quienes pilotasen las NAR en esas circunstancias tenían que ser fanáticos dispuestos a morir por su causa. A menos que estén muertos o inconscientes, yo no me acercaría. —Guardó un breve silencio mientras reflexionaba—. E incluso entonces cabe la posibilidad de que lleven adheridas al cuerpo espoletas de proximidad, las cuales se activarían en caso de muerte. Yo no correría el riesgo, señor.

Un nuevo indicativo, por si Geary necesitaba todavía alguno más, de lo cruel que se había vuelto la guerra a lo largo del último siglo.

—Lo lamento, señora copresidenta.

—Lo entiendo. —Rione se levantó—. Regresaré a mi camarote y fingiré que he estado allí todo el tiempo. Los senadores Costa y Sakai no saben que se permite la presencia de los políticos en el puente cuando se producen estas situaciones, y preferiría que nunca tuvieran conocimiento de ello.

Cuando Rione abandonaba el puente, Desjani la miró con desconfianza.

—¿Por qué se muestra tan simpática?

Geary siguió su mirada.

—No tengo ni idea.

—¿Conoce sus planes?

—No en detalle. —Podría haber añadido «no como usted», pero prefirió no excederse.

Desjani sonrió con gravedad.

—Bien. ¿Cuándo lo sabrá todo el mundo?

—Dentro de un día y medio, unas horas antes de que saltemos y nos vayamos de aquí.

—Bien —repitió la capitana—. Para entonces la Apresadora habrá regresado al punto de salto y partido hacia Varandal, de modo que esta nave no recibirá ningún mensaje de última hora que pueda poner en peligro sus planes.

—Exacto —afirmó Geary como si ya hubiera pensado en ello, pero la sonrisa de Desjani le indicó que seguía sin dominar el arte de la mentira.

La flota llevaba doce horas en el sistema estelar Atalia cuando la transmisión entró procedente del principal planeta habitado. Había siete personas de pie detrás de una amplia mesa, una de las cuales hablaba con vehemencia.

—De los principales directores generales de los Mundos Síndicos del sistema estelar Atalia para el capitán Geary. Hemos votado por escindirnos de los Mundos Síndicos y establecer un sistema estelar independiente. Queremos ofrecerle la rendición formal de Atalia ante la Alianza con la condición de que garantice personalmente la seguridad de todos sus habitantes a fin de que los proteja de cualquier tipo de ataque o represalia.

Geary se reclinó en un asiento de su camarote, sin apartar los ojos de la pantalla, y reenvió la transmisión por la red del Intrépido.

—Señora copresidenta, necesito que vea este mensaje.

Menos de diez minutos más tarde, la escotilla de su camarote anunció la llegada de Rione, rodeada de un aire entre triunfante y preocupado cuando entró.

—Rendición. ¿Sabe cuándo fue la última vez que un sistema estelar síndico se rindió a la Alianza?

—No.

—Es algo que nunca antes había ocurrido. Se les puede llegar a conquistar y someter con mucho sacrificio, e incluso hay formaciones de bandos o ciudades que podrían entregarse bajo presión, pero nunca había ocurrido con un sistema estelar entero. —Rione tomó asiento y entornó los ojos—. ¿No se ha detectado ningún indicio de revolución en este sistema estelar?

—No. No parece que se esté dando la misma situación que en Heradao. Ni los sensores de la flota ni la sección de Inteligencia han encontrado conflictos internos ni ningún otro problema con la red síndica de mando y control.

Los ojos de Rione saltaron hasta el visualizador estelar del camarote de Geary.

—En la salida del salto fulminamos la columna vertebral de las tropas gubernamentales. A los que preferían morir antes que rendirse. Y así lo hicieron, de modo que los que quedan no están tan dispuestos a librar batallas perdidas.

La explicación de la copresidenta tenía sentido, pero seguía sin responder a la gran pregunta que se hacía Geary.

—¿Cómo demonios puedo aceptar la rendición de un sistema estelar? No tengo ni una fracción de los marines y demás tropas de superficie que necesitaríamos para ocupar los puntos clave.

Rione lo miró afligida.

—También debería preguntarse cómo proteger el sistema estelar de las represalias de los síndicos. Entiendo que no le interesa dejar atrás una buena parte de su flota.

—No. —Geary dio algunos pasos mientras elaboraba una respuesta—. La Apresadora no ha saltado todavía. Consulté su posición y debería darnos tiempo a enviarle un mensaje antes de que parta hacia Varandal. La Apresadora podría dar el aviso, y así la Alianza enviaría aquí algunas unidades más para que se ocupasen de los buques de guerra ligeros que los síndicos puedan tener todavía en esta región.

—Atalia ha sido escenario de incontables batallas a lo largo del último siglo. No es precisamente un premio para la Alianza. —Rione se encogió de hombros y se levantó—. Pero tampoco vamos a anexionarlo. Redactaré un mensaje para que la Apresadora se lo haga llegar al gran consejo; en el mismo sugeriré que ofrezcamos protección limitada y que no prometamos mucho más. La Alianza no se puede permitir la responsabilidad de reconstruir los sistemas estelares síndicos además de los nuestros. Asegúrese de dejar claro en el mensaje a la Apresadora que ha jurado por su honor que las poblaciones de Atalia no se volverán a bombardear a menos que sea para responder a los ataques que puedan sufrir las unidades de la Alianza mientras estén en este sistema estelar.

Una vez que Rione lo dejó solo, comenzó a trabajar en el comunicado. Mientras tanto una alarma lo avisó de la llegada del bombardeo cinético de la Alianza lanzado doce horas antes contra algunos de los objetivos más alejados. No había manera de anularlo, puesto que la Alianza no podía detener las rocas, del mismo modo que tampoco era posible para los síndicos.

No obstante, había además otra cosa que lo fastidiaba: Atalia no se había rendido a la Alianza. Se había rendido a él.

El capitán Duellos (en carne y hueso, no su imagen virtual) se reclinó y recorrió el camarote de Geary con los ojos.

—Siempre espero encontrarme con un lugar distinto cuando acudo en persona, por muy realistas que fuesen mis visitas previas. Casi todo el mundo emplea filtros para que los visitantes virtuales se encuentren con un falso escenario lujoso o con cualquier otra fantasía inmaculada que les guste más que su realidad.

—Y bien, ¿lo encuentra muy distinto? —preguntó Geary mientras ocupaba el asiento de enfrente.

—A simple vista, no. —Duellos se encogió de hombros—. No me esperaba otra cosa. Siempre me ha dado la impresión de que las fantasías no le hacen sentirse cómodo.

Cuando un miembro de la flota visitaba a otro solía hacerlo presentándose virtualmente; aun así, aunque las visitas en persona no eran habituales, había quien las prefería. Puesto que por el momento no se habían encontrado con ningún enemigo, Duellos decidió tomar un transbordador para acercarse a ver a un viejo conocido que en la actualidad ocupaba el cargo de oficial al mando de uno de los nuevos cruceros de batalla, para después desviarse hasta el Intrépido de regreso a la

Inspiradora.

—¿Qué tal su amigo de la Ágil? —preguntó Geary.

—Está bien, aunque un poco preocupado por todo lo que está oyendo acerca de los innovadores métodos de combate que emplea Black Jack Geary. Le aseguré que son honrados y eficaces, además de fáciles de aprender, como pudo observar cuando regresamos a Atalia. Quería verme en persona para entregarme un recuerdo de una amiga mutua que murió en combate hace poco, y quería que yo tuviera algo suyo para que recordase... el tiempo que pasamos juntos. —Duelos permaneció en silencio durante un momento antes de mirar a Geary a los ojos—. Sigo esperando a recibir un mensaje de Jaylen Crésida donde recoja las conclusiones de su investigación o alguna táctica de la que desee hablar.

—Sé cómo se siente. Es duro no ver la Furiosa entre las naves de la flota.

—Pero... nosotros seguimos adelante. —Duelos exhaló un largo suspiro y a continuación señaló con la cabeza el visualizador estelar—. Y, en concreto, regresamos al sistema estelar nativo síndico.

—Ese es el plan —convino Geary.

—¿No quiere saber cómo averigüé que ese es el plan?

Geary hizo una mueca y señaló su mesa con la mano.

—Según los informes del teniente Íger, el oficial de Inteligencia asignado al Intrépido, todos los habitantes del sistema estelar Varandal, tanto militares como civiles, parecían estar al corriente antes de que partiésemos. Como sabrá, tuve que informar a distintas partes acerca del plan y solicitar su aprobación.

—Y, de alguna manera, el plan se filtró —dijo Duellos con afectada sorpresa—. ¿Adónde vamos en realidad?

—Al sistema estelar nativo síndico.

Duelos frunció el ceño y se inclinó hacia delante, escrutando el rostro de Geary.

—¿Pretende hacerles creer que dado que todo el mundo sabe que nos dirigimos hacia allí en realidad nuestro destino tiene que ser otro? Manipular la mente del enemigo es una técnica arriesgada que no suele dar buenos resultados.

—Eso he oído. —Geary también dejó escapar un suspiro—. No quería que se filtrase, pero sospecho que los síndicos sabían que iríamos allí de todos modos. Es el único objetivo que tiene sentido, el único lugar que los síndicos no pueden permitirse perder; además, los líderes enemigos no pueden abandonar su sistema estelar nativo sin que la moral de los Mundos Síndicos sufra un impacto demoledor.

—Es lo que ocurre con nuestros líderes —afirmó Duellos—. ¿Sucedería lo mismo con los suyos?

—Por lo que sabemos, los Mundos Síndicos ya están a punto de desmoronarse. Una pequeña parte se rompió aquí en Atalia. Provocar la marcha de sus líderes demolería todo lo que queda.

Duellos volvió a mirar el visualizador estelar.

—El único modo de llegar allí rápidamente es utilizando la hipernet síndica, lo que implica entrar de nuevo por la puerta principal. No me gusta recordar la nube de minas con la que nos topamos fuera de esa puerta hipernética.

—Es un aspecto que se tiene en cuenta en mi plan —le dijo Geary en confianza—. Tenemos que ir al sistema estelar nativo síndico para rematarlos, aunque hay más de un modo de llegar allí en poco tiempo. He hecho lo posible por implicar al menor número de personas; por tanto, no emplearé ningún sistema de comunicación a menos que sea necesario, pero cuando estemos a punto de saltar y salir de aquí, pondré a toda la flota al corriente, tal como prometí.

—Comprendo que prefiera no utilizar ni siquiera los ultraseguros sistemas de comunicación. No me cabe duda de que habrá deducido que esa es la razón por la que he venido a verlo en persona. —Duellos miró a Geary de soslayo—. ¿Ha hablado con Tanya? ¿Forma ella parte del plan?

—Sí.

—Excelente.

Geary sonrió.

—¿Por qué cree que yo pudiera no contar con ella?

Duellos refugió la mirada en sus uñas.

—Por motivos personales.

—No permitiré que supongan un obstáculo.

—Me pidió que hablase con usted —prosiguió Duellos con aire relajado—. Tanya, quiero decir. «Hágalo entrar en razón», me dijo.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó Geary.

—Solicitar que el rango de almirante de la flota fuese temporal. —Duellos miró a Geary enarcando las cejas—. Su magnánimo gesto le ha salido mal. Cuando un hombre afirma que lo dejará todo por el amor de su vida, suele decirlo en sentido figurado, sin intención de actuar así en realidad.

Geary se rió.

—Roberto, yo no estoy preparado para ocupar ese cargo. —Alzó una mano para adelantarse a la respuesta de Duellos—. Puedo comandar esta flota. Pero ser almirante de la flota implica muchas más cosas. Me falta la experiencia necesaria en diplomacia, en logística, en planificación y en muchas otras áreas.

—Con el debido respeto, no estoy de acuerdo, almirante. —Duellos dejó a un lado su aire distendido—. Hablando en serio, ¿es eso lo que desea? ¿Es eso lo mejor?

Geary le devolvió la mirada a Duellos, dejando aflorar parte de sus emociones.

—Creo que he dado mucho y creo que he hecho mucho. Nunca será suficiente. Lo sé, y he dejado de engañarme a mí mismo pensando que puedo escapar de todo. No abandonaré a quienes dependen de mí. Jamás lo he hecho. Pero ¿hasta cuándo

podré seguir adelante si no... si no pienso también en lo que yo necesito? Roberto, cuando llegamos a Varandal, nuestras naves se estaban quedando sin células de combustible. A veces me siento así, como si mi núcleo energético se hubiera agotado y fuera a apagarse. Pero después hablo con Tanya y puedo seguir adelante.

Duelos asintió con aire meditabundo.

—¿Se lo ha dicho a ella?

—¡No puedo! No de esta manera. Usted lo sabe. Es impropio, poco profesional y, además, la pondría en una situación indecorosa. La respeto demasiado como para hacerle algo así.

—¿La respeta? —Duelos miró a Geary enarcando una ceja con gesto interrogativo—. ¿No se referirá a otro tipo de emoción de la que le cuesta hablar en voz alta?

—Me refiero a ambas —admitió Geary—. Pero no pondré su honor en entredicho.

—Y ella tampoco el suyo. —Duelos sacudió la cabeza—. ¿Va a esperar a que los dos sean capitanes de nuevo? ¿Y a que haya renunciado al mando de la flota para que ella ya no esté bajo su mando y así puedan mantener una relación lícita y honrada?

—Sí. —Geary hizo un gesto de enfado—. Lo cual sería imposible si fuese almirante para siempre. Por ello solicité la temporalidad del rango, y no pienso cambiar de opinión. Al Gobierno de la Alianza le pareció bien que volviera a ocupar el cargo de capitán y renunciase al mando de la flota una vez finalizada la guerra y después de que llevase la flota de regreso al espacio de la Alianza.

Duelos volvió a asentir.

—Eso me dijo Tanya. ¿Prometió el Gobierno no ascenderlo de nuevo de forma inmediata y así volver a ponerlo rápidamente al mando de la flota?

Geary miró a Duellos, sintiendo de pronto un gran vacío en su interior.

—No.

—Entonces más le vale pensar en qué haría si se diera el caso.

Ahora comprendía por qué el senador Navarro no puso ninguna objeción, por qué los oficiales de la flota tenían tan mal concepto de los políticos. Al menos ahora sabía con certeza que, de hecho, decía la verdad cuando habló con Badaya sobre cómo los políticos manipularían a los oficiales sin la menor dificultad, que no era una simple táctica con la que convencer a Badaya de que no forzase un golpe de Estado. Con todo, en aquel momento eso no le suponía un gran consuelo.

—¿Pero cómo...?

Duelos se puso de pie, sonriendo con ironía.

—Muévase rápido, adelántese al enemigo, atáquelo de un modo que no se espere. —Su sonrisa se esfumó—. Tendrá que asegurarse de que Tanya siente lo mismo.

—¿Cómo demonios voy a asegurarme si ni siquiera podemos hablar de ello?

—No tengo ni idea. —Duellos agitó la cabeza—. Tanya me envió aquí para aconsejarle sobre su carrera, no sobre su relación con ella. No sería honrado que yo interviniera en ese asunto. Usted ya lo sabe.

—Sí, lo sé. Nadie podría. Si alguien interviniera, le estaríamos pidiendo que emprendiera acciones deshonorosas, que aprobase la desobediencia al reglamento. Tan solo podríamos pedírselo a aquellos en los que más confiamos, pero ¿no sería un modo muy injusto de que nos agradeciesen esa confianza? —Geary se giró hacia el visualizador estelar como si fuera a encontrar la respuesta entre las estrellas que aquel mostraba—. Ya se me ocurrirá algo.

—Solo le diré que Tanya hará sus propios planes, y que tal vez estos no coincidan con los suyos.

—¿Por qué no?

Duellos titubeó un momento mientras decidía si responder o no.

—Tendrá que preguntárselo a ella.

—No puedo.

—No. Lo siento. —Duellos se dispuso a marcharse, aunque antes aguardó un momento—. Le comunicaré que su decisión sobre la temporalidad del cargo es firme. No le gustará oírlo.

—Fabuloso. Ya somos dos.

Duellos siguió la mirada de Geary.

—Esa es la Impertérrita.

—Sí. Todavía no he recibido noticias de Jane Geary, salvo los informes profesionales solicitados.

—Con eso sí puedo intentar ayudarlo. No hay nada deshonoroso en querer reconciliarse con un pariente cercano. Yo hablaré con ella —prometió Duellos.

—Gracias. —Geary se levantó y miró a Duellos fijamente—. Me alegro de haberlo conocido por fin en persona. Por si acaso. —Volverían a entablar batalla y en la fugaz fracción de segundo en la que los buques de guerra realizaban sus pasadas ofensivas, el azar siempre estaba ahí para decidir quién vivía y quién moría.

—Sí. Por si acaso. Iré a presentarle mis respetos a la capitana Desjani e informarle del fracaso de mi misión.

Pese a todo, Geary se dio cuenta de que estaba sonriendo una vez que Duellos lo hubo dejado solo.

Los ocupantes de la mesa negociadora sonreían. Todos los oficiales al mando se sentían satisfechos por la desigual matanza sufrida por las naves síndicas de ataque relámpago y ya tenían conocimiento de que Atalia se había rendido a Geary. La única cara de descontento habría sido la del capitán de la Apresadora, pero este crucero había saltado hacia Varandal hacía veinte horas.

Por primera vez desde que asumió el mando de la flota, Geary sentía la necesidad

de pedir que nadie se hiciera ilusiones.

—Esta ha sido una victoria sencilla, pero todavía tenemos que librar el gran combate. Parte de las tropas síndicas que atacaron Varandal consiguieron escapar, y habrán buscado refuerzos. Tenemos que rematar esas tropas.

Desplegó el visualizador estelar, consciente de que aquel era el momento que todos esperaban.

—De aquí saltaremos hacia Kalixa. La puerta hipernética que all había fue destruida, pero desde Kalixa podremos saltar hacia Indras. —Traz con la mano la ruta que la flota seguiría hacia el corazón del espacio síndico—. Suponiendo que la puerta hipernética síndica de Indras haya sido reforzada con el sistema de seguridad que disen Crésida, nos acercaremos a ella y utilizaremos la llave síndica de hipernet que se encuentra a bordo del Intrépido para que la flota pueda acceder a la hipernet síndica y avanzar rumbo a Parnosa. —La ruta mostrada en el visualizador atravesó rauda el espacio, hasta llegar a una estrella lejana.

A continuación se produjo un breve silencio que el comandante Neeson, de la Implacable, rompió al formular la pregunta que Geary podía observar en el rostro de todos los presentes.

—A Parnosa? Por qué a Parnosa?

—Porque ninguno de nosotros confía en los síndicos, y la historia reciente nos aconseja que no accedamos al sistema estelar nativo síndico por la entrada principal, representada por la puerta hipernética que hay all. —No necesitaba explicar en detalle aquella referencia a la emboscada síndica que tantas bajas causó en la flota—. Por lo tanto, nos aproximaremos a ellos desde donde no se lo esperan. Desde Parnosa saltaremos hasta Zevos; y desde ahí, hasta el sistema estelar nativo síndico.

Toda la mesa se quedó en silencio mientras digera la estrategia, y a continuación la capitana Jane Geary decidió intervenir por primera vez en este tipo de reuniones.

—No es posible llegar a Zevos saltando desde el sistema estelar nativo síndico.

—S, s es posible —replicó el capitán Duellos con gesto meditabundo—. Oficialmente no se encuentra al alcance, pero cuando esta flota saltó hacia Sancere, el capitán Geary nos mostró cómo llegar más lejos mediante los módulos de salto. La distancia que hay entre Zevos y el sistema estelar nativo síndico es menor que la que saltamos entonces.

—Exacto —convino Geary—. Las sorpresas que los síndicos nos hayan preparado no estarán dirigidas contra quien pueda saltar desde Zevos. Llegaremos a un punto de salto que los síndicos consideran inútil porque creen que no hay estrellas lo bastante cercanas para que se pueda utilizar.

Neeson recuperó la sonrisa.

—Por tanto, all cogemos desprevenidos a los síndicos. Esta vez llevaremos a la retaguardia la emboscada que nos tendieron en la puerta hipernética.



El capitán Armus tomó la palabra con semblante grave.

—¿Y si las defensas síndicas salen corriendo por esa puerta hipernética en lugar de enfrentarse a nosotros? Sería como si les facilitásemos la huida.

Por lo general, Rione se limitaba a escuchar durante estas reuniones, pero esta vez decidió decir lo que pensaba.

—No huirán porque los líderes síndicos no pueden permitirse huir. Las tropas de defensa tienen que quedarse e intentar vencernos porque si el consejo ejecutivo síndico abandona su sistema estelar nativo, la autoridad que aún pueda conservar desaparecerá del todo, y la mayor parte de los demás sistemas estelares de los Mundos Síndicos seguirán el ejemplo de Atalia y Heradao. Nosotros lo sabemos y ellos lo saben. Deben luchar.

A Armus y algunos otros capitanes no les hizo gracia que Rione interviniera para expresar su parecer, pero cuando la copresidenta terminó de hablar, cambiaron de opinión.

—En ese caso, está bien —reconoció Armus—. ¿La sección de Inteligencia de la flota apoya esta postura? —le preguntó a Geary.

—La apoya. —Por supuesto, a los oficiales de la flota siempre les costaba creer lo que decían los políticos—. El plan está sujeto a cambios, porque si la puerta de Indras también ha desaparecido o no ha sido reforzada todavía con un dispositivo de seguridad, no podremos utilizarla. En ese caso, continuaremos saltando y adentrándonos en territorio síndico hasta que encontremos una puerta por la que podamos pasar.

El capitán de la Cumplidora hizo un gesto para solicitar la atención de la mesa.

—Almirante, es posible que los síndicos no hayan instalado esos sistemas en ninguna de sus puertas. Sé que esta flota resistió las ondas de choque liberadas durante los colapsos de las puertas de Sancere y Lakota. ¿Por qué no podemos intentar atravesar una puerta que no cuente con un sistema de seguridad?

Geary observó que su sugerencia no contaba con el apoyo de los oficiales que estuvieron presentes en Lakota, aunque su duda era razonable desde el punto de vista de alguien que no había vivido aquella tragedia.

—Nuestro siguiente destino es Kalixa. Creo que cuando vea lo que queda de ese sistema estelar obtendrá la respuesta que busca. ¿Alguien desea hacer más preguntas?

El capitán Kattnig, de la Diestra, se levantó.

—Quiero manifestar mi deseo de llevar los buques de la Quinta División de Cruceros de Batalla a la vanguardia de cualquier acción que se emprenda contra los síndicos.

Los demás oficiales al mando intercambiaron las miradas, unas aprobatorias, otras reprobatorias y muchas simplemente comprensivas. Geary se tomó un momento para reflexionar antes de contestar.

—Capitán, la formación que deba entrar en combate variará según la situación con la que nos encontremos. Puedo asegurarle que hasta la última nave de esta flota desempeña un papel crucial en cada uno de los enfrentamientos.

Kattnig asintió respetuosamente.

—Lo comprendo, almirante, pero mis cruceros de batalla no han tenido ocasión de demostrar su valía ahora que se encuentran a sus órdenes, y están deseando hacerlo.

—Lo tendré en cuenta, capitán. —La petición respondía a la actitud agresiva que imperaba en la flota, de modo que no tenía sentido rechazarla tajantemente. Kattnig ocupó su asiento de nuevo y Geary escrutó al resto de oficiales—. Bien, solo me queda una última cosa por decir. —Había estado pensando en cómo explicar este punto y esperaba saber hacerse entender. Desjani aguardaba con un semblante que le inspiraba seguridad. Había ensayado el discurso con ella, y solo le sugirió unos cambios mínimos.

—Cuando empecé a comandar esta flota —comenzó a decir—, la situación era desesperada. Luchábamos a muerte, como si no tuviéramos nada que perder. A medida que nos acercábamos a casa, optamos por ir hasta el final, y tomamos la decisión de arriesgarlo todo para poder volver a nuestro hogar, con nuestros seres queridos. Ahora las cosas han cambiado. Ya no estamos desesperados, pero debemos luchar ahora para no confiarnos, para no dar por hecho que lo peor ha pasado y que ya solo nos espera una victoria fácil. Al entrar en Atalia después de saltar no nos costó vencer, pero de haber tenido la guardia baja, de no haber actuado con la cautela con que se guían los combatientes veteranos, esta flota se habría lanzado directa a aquel muro de buques mercantes, y muchas de nuestras naves habrían caído en la trampa de los síndicos.

Hizo una pausa para que la mesa asimilase la noticia.

—Ignoro cuál será la siguiente trampa, pero tenemos que permanecer alerta. Debemos luchar con la misma contundencia y la misma desesperación con que peleamos para volver a casa porque la Alianza confía en nosotros para que pongamos fin a esta guerra. No podemos decepcionarla, así que debemos ser valerosos, prudentes, sensatos y fuertes. Como hemos sido siempre.

Guardó un nuevo silencio y observó que todos permanecían atentos, la mayoría asintiendo. Rione aplaudió silenciosamente en señal de aprobación.

—Gracias —dijo Geary para concluir—. Partiremos rumbo al sistema estelar nativo síndico y le pondremos punto final a este conflicto. Es todo.

La mesa lo ovacionó y se levantó para saludarlo. Las imágenes de los convocados fueron desapareciendo rápidamente, hasta que solo quedaron las presencias virtuales de los senadores Costa y Sakai y de Rione, así como las presencias reales de Tanya Desjani y Geary, a quien Costa observaba con una mirada entre sorprendida y

recelosa que intentaba disimular. El senador Sakai inclinó la cabeza con cortesía hacia el almirante de la flota.

—Magnífico discurso —le dijo en voz baja—. ¿El que ha explicado es su verdadero plan?

—Sí, no quiero confundir a mis comandantes. Si perdiese su confianza... En fin, supongo que está al tanto de lo que estuvo a punto de ocurrirle al crucero pesado Apresadora poco después de que llegásemos a este sistema estelar. Necesitan saber que pueden contar conmigo.

—Una vez que las defensas que los síndicos han establecido en su sistema estelar nativo sean eliminadas —prosiguió Sakai—, la senadora Costa, la copresidenta Rione y yo dirigiremos el rumbo de las negociaciones.

Rione agitó un dedo para indicarle a Geary que no debatiera ese asunto en ese momento.

—Por supuesto, senador.

Una vez que las imágenes de Costa y Sakai se desvanecieron, Rione se rió.

—¿Se ha fijado en Costa?

—Sí, ¿por qué estaba tan molesta?

—Se ha dado cuenta de que tal vez había subestimado a la competencia. Es decir, a usted. Estaba convencida de que podría actuar con más astucia que un oficial militar, pero ahora tiene sus dudas. —Volvió a reírse.

—¿Y el otro? —preguntó Geary.

—¿Sakai? —Rione dejó de reírse—. Considera todas las posibilidades y siempre mantiene los ojos abiertos. Está aquí en representación de la sección del gran consejo que más desconfía de Black Jack. No lo olvide nunca. Usted estaba ocupado observando la reacción de sus oficiales, lo sé, de modo que no se fijó en lo atentamente que Sakai miraba a su capitana. Es consciente de que si las cosas se ponen feas, necesitará pasar por encima de ella para llegar a usted, y creo que hasta ahora no se había dado cuenta de lo difícil que eso podría resultarle.

Desjani se levantó sin desprenderse de la rigidez profesional de su semblante.

—Será mejor que me vaya.

Sin embargo Rione agitó una mano.

—No es necesario que se marche por mí. Ya me iba. —Acto seguido, su imagen también desapareció.

—¿Podemos dejarla en Kalixa? —preguntó Desjani.

—No. ¿Ha hablado con usted el senador Sakai?

—Me hizo una llamada de cortesía y se pasó a verme para hablar de generalidades —contestó Desjani secamente—. Ya sabe, de política, de la guerra, de las ambiciones del almirante de la flota... Ese tipo de cosas.

—Espero que lo que le dijese lo complaciese —comentó Geary con una sonrisa.

—No me creyó, de eso estoy segura. —Exhaló un largo suspiro—. Señor, sé que el capitán Duellos ha hablado con usted...

—Y yo sé que le ha dicho lo que yo le conté a él.

Desjani lo miró sacudiendo la cabeza.

—Si yo le dijera al senador Sakai cuáles son sus verdaderas ambiciones, pensaría que ha perdido la razón.

—Y usted también.

—Y ahora comparto la opinión de un político. Es usted capaz de obrar milagros, almirante.

Geary aguardó a que Desjani se marchase para llamar a Tulev.

—Lamento tener que recurrir a usted de nuevo tan pronto, pero quería preguntarle algo.

Tulev, imperturbable y aparentemente impasible como siempre, inclinó un tanto la cabeza.

—Espero que no se trate de nada grave, almirante.

—No lo sé. Tengo entendido que sirvió con el capitán Kattnig.

—¿Kattnig? —La perplejidad de Tulev se dejó entrever por un momento—. Hace mucho tiempo, cuando todavía éramos soldados rasos.

—Ha mencionado en un par de ocasiones que los ascendieron a la vez.

—Sí, así es —afirmó Tulev—. La flota necesitaba nuevos oficiales con urgencia después de las batallas libradas alrededor de Hattera. Pero después de aquello apenas me he vuelto a encontrar con él. —Tulev miró a Geary detenidamente—. ¿Hay algún problema con Kattnig?

—No lo sé. —Geary descargó un puñetazo débil sobre la mesa—. Tiene un buen historial.

—El capitán Kattnig ha hablado conmigo en varias ocasiones desde que la Diestra se unió a la flota. Quería conocer más detalles acerca de nuestro regreso al espacio de la Alianza bajo su mando.

Geary asintió con la cabeza, consciente de que ni siquiera Tulev llamaba «retirada» a aquel viaje de retorno. Ningún miembro de la flota lo hacía, e incluso él mismo se había visto obligado a interrumpirse en alguna ocasión para evitar pronunciar el término. Pero mientras que él debía esforzarse para que la palabra no se le escapara, con el tiempo se había dado cuenta de que en realidad nadie consideraba aquel regreso como una retirada. La flota de la Alianza no se retiraba, sino que se «replegaba», se «reorganizaba», se «reposicionaba», se «desplazaba» o «modificaba el eje de ataque». Por lo tanto, el regreso al espacio de la Alianza no podía ser una retirada.

—Disculpe que le hable tan abiertamente, pero se diría que Kattnig cree que tiene algo que demostrar, tal vez porque no formaba parte de la flota cuando esta volvió al

espacio de la Alianza. Dijo que los nuevos cruceros de batalla estaban ansiosos por demostrar su valía, pero tengo la sospecha de que es él quien quiere demostrar de lo que es capaz, y no sé por qué.

Tulev consideró la posibilidad e hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que tiene sentido, sí. Muchos de los oficiales y tripulantes que entonces no nos acompañaban piensan del mismo modo. Sin embargo, como usted ha dicho, Kattnig tiene un buen historial. Volveré a hablar con él, en privado, e intentaré tranquilizarlo. Al igual que el resto de nuevos oficiales, Kattnig todavía se está adaptando a su estilo de combate, el cual encuentra muy distinto. Tal vez ese sea un factor que haya que tener en cuenta. Es posible que las nuevas tácticas no ofrezcan las mismas oportunidades para que un hombre demuestre su valentía.

—Las «nuevas tácticas» tienen un siglo de antigüedad, y Kattnig ya ha demostrado su valentía. Le agradecería que hablase con él y le hiciera entender que los oficiales cuya experiencia admira obtuvieron dicha experiencia aplicando tales prácticas en combate.

—Por supuesto, almirante. —Tulev lo escrutó con la mirada—. ¿Le preocupa lo que pueda hacer?

—Me preocupan todos los nuevos oficiales —admitió Geary—. Espero que aprendieran la lección después de lo que le ocurrió a la Apresadora.

—Aunque los daños que esta sufrió hicieron necesario enviarla de regreso a casa, no habría sido posible aplicarle un castigo más severo por desobediencia —convino Tulev.

—Podrían haber muerto si su oficial al mando no hubiera ascendido a tiempo.

—Habrían preferido la muerte antes que la deshonra de no entablar batalla en el sistema estelar nativo síndico. A su modo de ver, sería una penalización más soportable.

Geary suspiró.

—Siempre se me olvida. Para mí, la muerte sigue siendo algo a lo que se debe temer.

—Tememos a la muerte, almirante, pero hay otras cosas que nos espantan aún más. —Tulev lo señaló con la cabeza—. Usted también le tiene más miedo a otras cosas. Lo sé. Si no, no podría ser un buen comandante. —Tulev volvió a levantarse, saludó a Geary y su imagen desapareció.

El salto hacia Kalixa transcurría sin sobresaltos, aunque la flota había adoptado de nuevo la formación de combate y estaba preparada para luchar. Geary se vio afectado por el malestar que solía producir el espacio de salto (aquel universo ceniciento, extraño e informe donde no había estrellas que lo alumbrasen), y fue víctima de una inquietud que lo empujaba a dar constantes paseos por los corredores del Intrépido. Los tripulantes se mostraban felices y animados, convencidos de que Black Jack era

capaz de cualquier cosa. Cada vez que Geary regresaba a su camarote, se sentaba un rato a contemplar las enigmáticas luces que llameaban y se desvanecían por todo el espacio de salto.

Por fin, llegaron a Kalixa.

## Capítulo 5

LA salida del espacio de salto se desarrolló con más brusquedad de lo normal, como si el punto de salto hubiera sufrido alguna alteración. Dado que dichos puntos se formaban a partir de la masa de la estrella contigua, Geary supuso que el problema debía guardar alguna relación con la estrella Kalixa. Después el vacío gris se disipó y la flota de la Alianza entró en el sistema estelar.

Durante un buen rato todo el mundo permaneció en silencio, observando lo que quedaba de Kalixa. Al cabo de unos minutos, Geary despegó los ojos de su visualizador para cotejar lo que acababa de ver con lo que decía la guía del sistema estelar síndico que la flota recogió en Sancere.

No parecía haber muchas similitudes entre aquella vieja guía y la realidad. Ya no. La guía mostraba un sistema estelar acomodado: un planeta acondicionado para la ocupación humana; varios planetas y lunas sembrados de bulliciosas colonias asentadas en ciudades construidas en el subsuelo; una población de cien millones de personas repartida a lo largo y ancho del sistema; y, cerca de todo ello, la puerta hipernética, que tanta riqueza había canalizado hacia Kalixa.

Hasta que la puerta se colapsó y liberó una onda de choque comparable a la de una nova. A pesar de la angustia con que un testigo síndico le había relatado la tragedia a Geary, en realidad la onda no llegó a arrasarlo todo. De haber sido así, las consecuencias habrían sido más fáciles de digerir. Sin embargo, todavía quedaban muchos restos de lo que una vez hubo allí.

—No se detectan señales de vida en ningún planeta —anunció el consultor de operaciones en voz baja—. Hay ruinas destrozadas en los límites de las regiones que se hallaban de cara a la onda cuando esta se desató. Incluso las zonas que estaban protegidas en la cara opuesta de los distintos planetas respecto al origen de la onda terminaron devastadas, tal vez a consecuencia de los terremotos y otros efectos de la sacudida. En el mundo habitable principal solo queda una atmósfera muy fina. Al parecer, esa es la única razón por la que el planeta no se abrasó por completo.

Geary centró su visualizador en una imagen ampliada de una de las ciudades destruidas de aquel planeta. Los cimientos de los edificios se elevaban sobre las llanuras de escombros, que reducían el paisaje a un manto de piedras y cascotes. Todos los elementos podían verse con la claridad antinatural de la que los dotaba la casi inexistente atmósfera.

—¿Es posible saber cuántas naves había aquí?

—No, señor. Los sensores de la flota han detectado algunos escombros en órbita, pero todo está deshecho y dispersado. El oficial de aquel crucero pesado síndico dijo que el suyo era el único gran buque de guerra presente. Según los daños que sufrió esa nave, ningún crucero o nave de caza asesina podría haber sobrevivido. Las naves

sin blindaje ni escudos de categoría militar no habrían tenido ninguna posibilidad.

Desjani señaló la imagen de Kalixa.

—¿En qué estado se encuentra la estrella?

—Es muy inestable, y debido a toda la masa solar que perdió, no estalló como una nova. Tendrá que pasar mucho tiempo hasta que este sistema estelar vuelva a ser habitable, capitana.

Desjani miró a Geary con expresión pétrea.

—Cien millones. Esos malnacidos han exterminado de un solo golpe a los cien millones de personas que vivían aquí. No me importa que fueran síndicos. Esto no debe volver a ocurrir.

¿Sabrían los alienígenas lo que era Kalixa? ¿Les importaba?

—Al menos no podrán hacerlo otra vez en los sistemas estelares que hayan instalado el dispositivo de seguridad.

—Encontrarán otra manera de hacerlo. —Desjani, consciente de que los controladores del puente del Intrépido la observaban con curiosidad intentando adivinar de qué hablaba, se inclinó hacia Geary para que solo este pudiera oírla—. No podemos permitir que los alienígenas se piensen que pueden quedar impunes después de hacer algo así. Lo que ocurrió en Lakota también fue una tragedia, pero al menos la causó el ser humano. Los responsables de esto son los alienígenas.

—Estoy de acuerdo. Tenemos que acabar con esto. —Respiró hondo, muy despacio, consciente de que jamás conseguiría olvidar las imágenes de aquel sistema estelar—. Señora copresidenta, por favor, asegúrese de que los senadores Costa y Sakai vean en detalle lo que queda de esta región. Quiero que les quede muy claro lo que ocurre cuando las puertas hipernéticas se utilizan como armas para hacer la guerra.

—Sí, almirante Geary —dijo Rione con un tono inusualmente templado.

—Capitana Desjani, pongamos rumbo al punto de salto hacia Indras. No quiero pasar aquí ni un segundo más de lo necesario.

—Antes mejor lanzarse por un agujero negro —convino Desjani.

Además de servir como perfecto ejemplo de lo que la humanidad había evitado (por poco) que sucediera en multitud de sistemas estelares, Kalixa enfriaba el exceso de ánimos que pudiera envalentonar a la flota, pues les recordaba a todos sus miembros el peligro al que se enfrentaban y todo lo que perderían en el caso de que fracasasen. Al ver la reacción de los tripulantes del Intrépido, Geary se preguntó cómo responderían si averiguasen que la tragedia de Kalixa no fue un accidente, ni un error de los síndicos, sino un acto deliberado. Por mucho que le repugnasen el exterminio y la destrucción acontecidos en Kalixa, también se preguntó si el mayor desafío de todos consistiría en repeler a los alienígenas sin desatar otra guerra con la que la humanidad quisiera vengarse. Lo que le decía el corazón, que los alienígenas



tenían que pagar por lo que habían hecho, sería el deseo de todos. Sin embargo, realizar un sacrificio que produjera la devastación de más sistemas estelares habitados por el hombre solo serviría para encerrar a la humanidad en un nuevo bucle infinito de represalias y venganza. Y hasta que no se hicieran una mejor idea del verdadero poder de los alienígenas, hasta que no supieran con certeza (como especulaba Desjani) si disponían de otras armas con las que arrasara sistemas estelares enteros, cualquier intento de vengarse de ellos podría provocar que otros muchos sistemas estelares terminasen devastados como Kalixa, lo que supondría la muerte de miles de millones de personas. Por mucho que desee que quienquiera, o lo que quiera, que provocase esto reciba su justo castigo, en realidad lo único que podemos hacer ahora es procurar que no suceda de nuevo y aprender cuanto podamos sobre los responsables.

Tal vez el síndico que nos acompaña pueda ayudarnos a averiguar más cosas.

Ordenó que sacasen del calabozo a Boyens, el director general síndico, para llevarlo de nuevo a la sala de interrogatorios.

—Sabemos que la flotilla síndica de reserva atacó Varandal como represalia por el colapso de la puerta de Kalixa —dijo Geary—. Como sabrá, la Alianza no hizo aquello.

—No —negó Boyens—, no fuimos nosotros. ¿Quién más podría haberlo hecho?

—Llevaban muchos años enfrentándose a los alienígenas.

El director general miró fijamente a Geary durante unos instantes, como si intentase establecer alguna relación entre la afirmación del almirante y el colapso de la puerta de Kalixa.

—Nunca se han adentrado tanto en el espacio de los Mundos Síndicos. En cualquier caso, revisamos la grabación del colapso que el crucero C-875 llevó a Heradao. No encontramos nada que indicase que los alienígenas habían atacado la puerta. Ellos no podían haberlo hecho, pero sabíamos que la Alianza ya había colapsado por lo menos una puerta hipernética en un sistema estelar de los Mundos Síndicos.

—¿Habla de Sancere? —dijo Geary—. ¿Dónde tuvimos que impedir que el colapso de la puerta, iniciado por los buques de guerra síndicos, produjera la misma devastación que tuvo lugar aquí, en Kalixa? ¿O se refiere a Lakota, donde las naves síndicas derribaron por completo la puerta hipernética cuando esta flota se encontraba a varias horas luz de distancia?

Boyens apretó la mandíbula con obstinación.

—He visto grabaciones de sus naves donde se podía ver que estas disparaban contra la puerta hipernética de Sancere.

—Para provocar un colapso controlado. Pero si ha visto las grabaciones que aquel crucero pesado realizó en Kalixa, sabrá que la Alianza no tenía ningún buque de

guerra aquí cuando la puerta hipernética explotó.

—Eso parece. —Boyens arrugó la frente mientras reflexionaba, con la vista hundida en el suelo—. La Alianza se hallaba lo bastante cerca para provocarlo. Es la conclusión a la que llegamos. Habla de los alienígenas, pero estos nunca colapsaron ninguna puerta hipernética en la región fronteriza que quedaba de cara a ellos. Si pensaban atacarnos, ¿por qué iban a hacerlo tan lejos de la frontera que los separaba de nuestro territorio?

Finalizado el interrogatorio, Geary llegó a la conclusión de que estaba ocurriendo algo de consecuencias decisivas, algo mucho más importante que el hecho de que los síndicos culpasen a la Alianza del colapso de las puertas hipernéticas de Kalixa y Sancere. Algo que tenía que ver con el concepto que los síndicos tenían de los alienígenas. Incapaz de determinar de qué se trataba, optó por arrinconar aquella sospecha infundada en algún rincón perdido de su cabeza.

Tardaron tres días y medio en llegar al punto de salto hacia Parnosa. Cuando las desoladoras ruinas de Kalixa se desvanecieron y el vacío ceniciento del espacio de salto engulló las naves, Geary advirtió que todo el Intrépido era invadido por cierta sensación de alivio. Él también se relajó, consciente de que aún quedaba mucho para alcanzar la salida del salto. Ocho días y medio, casi el máximo de lo que se podía viajar empleando módulos de salto normales. A finales de la siguiente semana, la extraña atmósfera del espacio de salto empezaría a hacer que los tripulantes se pusieran nerviosos y se irritasen con facilidad, aunque no esperaba que surgieran problemas graves.

Siete días más tarde, cuando Geary estaba sentado contemplando las luces del espacio de salto e intentando no dejarse atrapar por aquella sensación incómoda y turbadora que se intensificaba en proporción al tiempo que se permaneciese en el espacio de salto, la alarma de la escotilla sonó con más urgencia de la habitual.

Al instante siguiente, Tanya Desjani entró en el camarote con paso enérgico, como si estuviera a punto de abrir un agujero en el casco de la nave con sus propios puños.

—¡No toleraré que esa mujer permanezca en mi crucero ni un minuto más!

—¿Qué mujer? —preguntó Geary conociendo la respuesta de antemano—. ¿Y qué ha hecho?

—¡La política! ¡Ya sabe cómo le ha dado por comportarse ahora! ¡Usted estaba presente cuando me habló con amabilidad!

Geary la miró fijamente por un momento.

—Eh... Sí, así es.

—¿No se ha preguntado por qué? —Sin esperar una respuesta, Desjani continuó—: Pero al final la invité a marcharse de aquí, ¿y sabe qué me contestó? ¿Lo sabe?

—No. —En aquel momento, los monosílabos parecían la respuesta más segura.

—Que soy importante para usted. Eso me dijo. Soy importante para usted. Está claro que pretende tenerme contenta.

Era obvio que a Rione el tiro le había salido por la culata. Geary se limitó a asentir con la cabeza en silencio, sin arriesgarse a decir ni una sola palabra.

Desjani alzó el puño furiosamente, con el rostro enrojecido de rabia.

—¡Es como esas asquerosas sugerencias de que me ofrezca a usted como premio si acepta convertirse en dictador! ¡No soy un juguete ni un peón que sus amigos o sus enemigos puedan usar ni controlar! ¡Soy una capitana de la flota de la Alianza, rango que me gané con el sudor de mi frente y mi servicio ejemplar! ¡No toleraré que nadie intente manipularme, utilizarme ni jugar conmigo con el fin de influir en usted!

Geary buscó su mirada furibunda.

—Lo comprendo.

Desjani lo escrutó con ojos coléricos.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Le gustaría vivir a mi sombra?

—Yo nunca...

—¡No se trata de usted! ¡Se trata de que hasta en el último rincón de este maldito universo cada vez que alguien nos mira solo lo ve a usted! ¡No llevo toda la vida sacrificándome con la única finalidad de convertirme ahora en la insignificante secuaz de nadie!

A Geary nunca se le había ocurrido esa idea, lo cual lo molestaba. Debería haber tenido en cuenta cómo afectaría la figura de Black Jack a la imagen de Tanya.

—Usted nunca podría ser insignificante.

—¡Dígaselo al resto del universo! —bramó Desjani agitando una mano para referirse al conjunto de la creación.

—Lo haré. Lo siento. Arrastro demasiado equipaje.

—¡Ya le he dicho que no se trata de usted! Se trata de los demás, y de cómo me verían. O dejarían de verme. —Apretó los puños—. ¿Por qué tenía que ocurrir todo esto? ¿Por qué mi corazón no quiere hacerle caso a mi cabeza? ¡Cuándo esa bruja me contó sus motivos, tenía que buscar a alguien con quien desahogarme, porque si no hubiera reventado hasta el último sello de esta nave! Y usted es la única persona con la que puedo... Pero también es precisamente con quien no debo... ¡Oh, demonios! —Desjani dio un paso atrás y se pasó las dos manos por el pelo—. Estamos peligrosamente cerca de sacar un tema del que ni usted ni yo podemos hablar.

—No, ahora no.

—No hasta que... ¿Lo ha reconsiderado? ¿Sigue decidido a renunciar al rango de almirante de la flota? ¿A renunciar al mando? ¿Se lo ha pensado mejor?

—No —contestó Geary en voz baja.

—¿Acaso solo yo soy sensata?

—Eso depende de lo que entienda por sensatez.

Desjani lo miró entre frustrada y furiosa.

—De verdad que no me di cuenta de... Necesito hablar de nuevo con mis ancestros. —Desjani adoptó la postura de firme y continuó hablando con más calma y circunspección—. ¿Puedo ayudarlo en algo más, almirante Geary?

Este prefirió no recordarle que había venido a su camarote por voluntad propia, no porque él la hubiese llamado.

—No, es todo.

Desjani lo saludó con estricta formalidad y salió del compartimento.

Media hora después, Rione se acercó a hablar con él.

—Hay algo de lo que considero que debería estar al tanto —comenzó a decir.

—Lo sé. ¿No ve que Desjani lo ha dejado todo calcinado a su paso?

—Parece que ha salido ileso. —Rione se encogió de hombros—. Solo intentaba ser amable. No sé por qué eso le molestó tanto.

—No es típico de usted —sugirió Geary.

—Supongo que debió de parecerle sospechoso. —En lugar de ofenderla, la observación de Geary pareció divertir a Rione—. Vino aquí a buscar consuelo, ¿verdad?

—No tiene gracia.

—No. Supongo que para ella esto tiene que suponer un tormento. Le aseguro que mi intención era ponerle las cosas un poco más fáciles. —Rione hizo una pausa—. Cuando se tranquilice, quizá usted pueda encontrar el modo de decirle que no le dije nada que no pensara de verdad. Lástima que no sea capaz de aceptarlo.

—Ya veremos si encuentro el modo de decirle lo primero. —Su idea de extinguir las rencillas que separaban a Rione y Desjani no había servido de mucho. A pesar de todo lo que las diferenciaba, las dos eran como elementos que, al combinarlos, formaban una masa crítica. El único modo de evitar la detonación era mantenerlas a una distancia segura—. Tiene todo el derecho a estar furiosa con el destino.

—También usted. —Rione exhaló poco a poco—. Intentaré no ponerles las cosas más difíciles.

—¿Por qué? ¿Solo porque es importante para mí? Sé que no siente el menor aprecio por Tanya Desjani.

—Se equivoca, en las dos cosas. —Durante varios segundos Geary se preguntó si Rione pensaba continuar hablando, pero por fin la copresidenta prosiguió en voz baja—. Porque la mujer que era antes no se habría limitado a preocuparse por cómo los demás podrían servirle para satisfacer sus necesidades y alcanzar sus propósitos. Durante mucho tiempo pensé que había trocado mi alma por lo que creía que era importante, pero he descubierto que todavía la conservo. Y si se le ocurre comentarle una sola palabra sobre todo esto a nadie, negaré haberlo dicho y nadie lo creerá.

—Su secreto está a salvo.

Rione le dirigió una mirada irónica.

—No serviría de nada hacerle creer a la gente que los políticos tienen alma, ¿verdad? Por cierto, hablando de políticos desalmados, la senadora Costa ha estado recabando información sobre usted y su capitana con el fin de encontrar el modo de luchar contra ustedes en caso de considerarlo necesario. Cada vez se siente más frustrada, tal vez porque la tripulación de su flota no tiene la menor intención de airear ningún trapo sucio para ella.

—No hay ningún trapo sucio que airear. —Se preguntó qué chismorreos morbosos le podrían haber llegado si la capitana Kila, la capitana Faresa o el capitán Numos siguieran comandando alguna nave.

—Eso es cierto. Por lo que he oído, sus tripulantes y oficiales no hacen otra cosa que presumir de lo honrados que son los dos. Y esa no es precisamente una información que sirva para chantajearlos.

Geary se sintió halagado, pero también molesto. En el supuesto de que los rumores de que mantenía una relación con Desjani hubieran empezado mucho antes de que pudieran apoyarse en una base real, seguía siendo embarazoso pensar que los tripulantes hablaban sobre ellos aunque sus conversaciones trataran sobre la dignidad con que se estaban comportando.

—¿Sakai no está haciendo lo mismo?

—Sakai no trabaja así. En principio, su principal argumento iba a ser el hecho de que procede de Kosatka. ¿No se lo había dicho nadie?

—No. —Tanto Desjani como casi todos los demás tripulantes del Intrépido también eran originarios de Kosatka.

—Sakai ya ha averiguado que eso no le serviría de mucho si quisiera ponerlos en su contra. Ha estado haciendo algunas averiguaciones sobre la lealtad de su capitana a su mundo natal, pero no ha conseguido nada de nada.

Geary se reclinó en su asiento, obviamente molesto. Por alguna absurda razón, esperaba que los otros dos senadores confiaran en él hasta que les diese algún motivo para dejar de hacerlo.

—Pero usted está de nuestro lado.

—Yo estoy del «lado» de la Alianza, almirante Geary —lo corrigió Rione con sequedad—. Si actúa contra la misma, haré lo que tenga que hacer. Sé que no va a ocurrir, pero no dé por hecho que mi lealtad hacia usted es ciega. No soy yo quien está encaprichada de usted. —Dicho esto, se dio media vuelta y lo dejó solo.

Parnosa. Geary no pudo evitar sentir cierta ansiedad cuando la flota reapareció en las afueras de este sistema estelar. A seis horas luz del punto en el que la flota había salido, siguiendo la curva de la frontera del sistema, aguardaba la puerta hipernética de Parnosa.

—Envíenme un informe sobre la puerta lo antes posible. Antes de que la flota se

aleje demasiado del punto de salto, quiero saber si la puerta hipernética tiene instalado el sistema anticlapso.

Para los sensores ópticos de la flota de la Alianza, una distancia de seis horas luz era un juego de niños. Al cabo de unos segundos, el visualizador de Geary empezó a actualizarse con datos relativos a todos los aspectos del sistema estelar. Apenas lograba controlar la impaciencia con que aguardaba a recibir aquella información crucial para él.

—La puerta cuenta con el sistema de seguridad —anunció uno de los consultores cuando los sensores finalizaron su análisis—. Básicamente, parece tratarse del mismo que el nuestro.

Geary exhaló un suspiro que no se había dado cuenta que estaba conteniendo. Descartado el mayor de los posibles peligros, echó un minucioso vistazo al resto de las defensas síndicas.

—Un crucero ligero y media docena de naves de caza asesinas —comentó Desjani—. Todas las naves se encuentran a más de cuatro horas luz de nosotros.

—Además, las defensas permanentes están distribuidas del modo habitual. —Geary observó que faltaba algo más—. No tienen ninguna nave de caza asesina montando guardia cerca de los puntos de salto.

—Han colocado una en la puerta hipernética —señaló la capitana—. Saben cuál es nuestro próximo destino, o al menos creen que lo saben. Cuando esa nave de caza asesina nos vea, dentro de unas seis horas, cruzará la puerta rumbo al sistema estelar nativo síndico. —Torció el gesto—. Apuesto a que no intentan derribarla.

Geary le lanzó una mirada inquisitiva.

—Esa era una de las cosas que más me preocupaban. ¿Por qué no? En ocasiones anteriores han estado dispuestos a hacerlo a fin de detenernos, y con un sistema anticlapso instalado no tienen que preocuparse por lo que le pueda ocurrir a su propio sistema estelar.

—El Gobierno síndico se basa en los beneficios corporativos —apuntó Desjani—. Derribar esta puerta afectaría gravemente a la economía local aunque la explosión achicharrase la zona directamente. Ese es el motivo por el que los habitantes de la región no la han tocado. Pero no cabe duda de que el consejo ejecutivo síndico está preparado para recibirnos en el sistema estelar nativo síndico, como usted ha dicho. Eso quiere decir que quieren que vayamos allí en lugar de seguir viajando desbocados por el resto del espacio síndico. Y esperan que atravesemos la puerta hipernética, confiados de nuevo, para así masacrarnos en una nueva emboscada.

—Bien pensado. No hagamos esperar al consejo ejecutivo más de lo necesario.

Geary prefirió no bombardear las defensas permanentes del sistema estelar y esperar a ver qué hacían los síndicos. Mientras la flota de la Alianza viajaba rauda por los límites del sistema estelar en dirección a la puerta hipernética, las naves de

caza asesinas cruzaron la puerta tal como Desjani había previsto, pero las autoridades síndicas de Parnosa no iniciaron ningún ataque ni se rindieron, y los buques de guerra síndicos restantes se mantuvieron a gran distancia.

—En cualquier caso, deberíamos derribar esas defensas —sugirió por fin Desjani. Geary sacudió la cabeza.

—Las rocas son baratas, pero el suministro es limitado. Me da la impresión de que vamos a tener que derribar tantos objetivos en el sistema estelar nativo síndico que cada roca con la que podamos atacarlos será un auténtico lujo.

A un día de la puerta hipernética, las autoridades síndicas llamaron por fin a Geary. Este solo vio a un director general síndico, un anciano que le habló abiertamente.

—Lo llamo en nombre de los civiles inocentes de este sistema estelar. Desjani hizo un ruido grosero.

—Nos consta que tiene la capacidad de derribar nuestra puerta hipernética y de provocar una catástrofe que afectaría a todos los habitantes de la región —prosiguió el director general síndico—. En nombre de la humanidad, le pedimos que no lo haga. Si el capitán Geary se encontrase al mando de esta flota, dirijo mi ruego a su persona y prometo no iniciar acciones hostiles contra sus naves si usted me da su palabra de que no derribará la puerta.

—Interesante —comentó Rione una vez finalizada la transmisión—. Ha empleado un haz condensado. Los buques de guerra síndicos que se encuentren en Parnosa no lo habrían recibido.

—Típico de los síndicos, engañar a sus propias defensas —gruñó Desjani.

—Las cuales podrían bombardear a los locales si descubrieran que estos están desobedeciendo las órdenes de la autoridad central síndica —le recordó Geary antes de girarse hacia Rione—. ¿Por qué les preocupa tanto que derribemos la puerta? ¿Cuándo la reforzaron con el sistema de seguridad? —Miró a Desjani—. ¿Será un sistema falso? ¿Una imitación?

Rione respondió adelantándose a Desjani.

—No cabe duda de que los habitantes de este sistema estelar ya han visto las grabaciones que esta flota emitió sobre lo que ocurrió en Lakota; y tal vez hayan oído hablar de Kalixa, de modo que saben lo que puede suceder cuando una puerta se colapsa. Es obvio que su Gobierno les ha asegurado que el sistema de seguridad evitará que se produzca cualquier tipo de desastre aquí en el caso de que la puerta se colapse o sea derribada, pero dudo que los habitantes de la región confíen plenamente en el sistema de seguridad.

Geary asintió con la cabeza.

—Consideran la posibilidad de que su Gobierno les esté mintiendo.

—¿Tan descabellada es la idea? —preguntó Rione con sarcasmo.

Geary evitó mirar a Desjani. Los oficiales de la flota desconfiaban de sus líderes políticos. Se preguntó cuántos creerían en la eficacia del sistema de seguridad si el diseño original de este no lo hubiera ideado uno de los suyos.

—De acuerdo, entonces. ¿Cree que a los senadores Costa y Sakai les importará que me encargue de esto personalmente, o lo clasificarían como proceso de negociación?

—Esta es una situación de combate —dijo Rione—. Sin duda es usted quien debe hacerse cargo, almirante de la flota Geary.

—Capitana Desjani, por favor, dígame a su consultor de comunicaciones que me asigne un haz condensado para responder al director general síndico.

Una vez establecido el circuito, Geary recuperó su expresión de comandante de la flota al tiempo que abría la comunicación.

—Habla el almirante Geary para los directores generales de los Mundos Síndicos y la población del sistema estelar Parnosa. La Alianza no provocó el colapso de las puertas hipernéticas de ningún sistema estelar de los Mundos Síndicos. De hecho, varios buques de guerra de esta flota tuvieron que asumir un gran riesgo para asegurarse de que la puerta de Sancere causase un impacto mínimo al colapsarse. No tenemos ninguna intención de derribar la puerta de esta región. —Este punto tenía que quedar claro cuanto antes. No quería que nadie sospechase siquiera que pretendía emplear un arma así—. Absténganse de atacar a esta flota y nosotros nos abstendremos de iniciar una respuesta defensiva contra la población y las instalaciones de este sistema estelar. —Hizo una pausa antes de añadir algo que todavía le costaba tener que especificar, puesto que a su modo de ver implicaba admitir que la Alianza representaba un peligro que nunca debería haber supuesto—. Esta flota no actúa contra la población civil. —Es decir, ya no, no mientras él estuviera al mando, y no le cabía ninguna duda de que la mayoría de los demás oficiales de la flota lo apoyaban—. Solo atacamos objetivos militares. Estoy seguro de que lo habrán deducido después de las operaciones que hemos llevado a cabo en otros sistemas estelares a lo largo de los últimos meses. Mantengan sus tropas lejos de esta flota, no nos ataquen, y nosotros no tomaremos represalias. Por el honor de nuestros ancestros.

Desjani agitó la cabeza.

—Nos encontramos en uno de los sistemas estelares síndicos más ricos y lo más probable es que la flota no realice ni un solo disparo. —Miró a Geary con un gesto sardónico—. En los viejos tiempos nos lo habríamos pasado en grande reventándolo todo.

—¿Se refiere a hace tan solo unos meses?

—Ha pasado bastante más tiempo que «unos meses», almirante. —Su expresión cambió—. Sin embargo, hace un año no me lo habría creído si me hubieran dicho



cómo serían las cosas ahora.

Geary quiso contestarle, pero pensó en dónde estaba hacía un año. Seguía congelado en estado de sueño de supervivencia mientras su cápsula dañada viajaba a la deriva entre los restos que inundaban el sistema estelar Grendel. Ignoraba que la reserva de energía de la cápsula se iba agotando poco a poco y que si no lo recogía nadie antes de que transcurrieran unos pocos meses, los sistemas que lo mantenían vivo se desactivarían.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Desjani mirándolo fijamente, como si estuviera preocupada.

—Por un momento, he sentido un poco de frío —murmuró, preguntándose si el recuerdo del hielo que se apoderó de su cuerpo lo abandonaría alguna vez por completo.

Desjani mantuvo los ojos clavados en él unos instantes más, hasta que se inclinó hacia él de nuevo.

—A pesar de todo lo que haya podido decir o hacer durante las últimas semanas, no dude ni por un momento de que les doy las gracias a las estrellas vivas por que sobreviviera, por que llegase hasta mi nave y por haberlo conocido.

Geary asintió, sin necesidad de esforzarse mucho por dibujar una sonrisa en respuesta.

—Gracias.

A continuación Desjani volvió a erguirse, perfectamente compuesta de nuevo.

—Un día más, y después comprobaremos si esta llave todavía funciona. —Sonrió como un depredador—. No veo el momento de regresar al sistema estelar nativo síndico. Esta flota tiene algunas deudas que saldar allí.

Dos horas antes de que llegasen a la puerta hipnética de aquella región, Geary intentaba descansar. Bastante tensa estaba ya la atmósfera en el puente del Intrépido sin que él anduviese también por allí. Subiría dentro de una hora para supervisar la llegada a la puerta hipnética de Parnosa y emprender su segundo viaje por la hipernet. Del primero apenas fue consciente, pues todavía se hallaba afectado por el estrés postraumático, que minaba sus cualidades físicas y mentales.

Una oportuna llamada entrante auguraba un poco de distracción.

—Al habla Geary.

—Tiene una solicitud de conferencia, almirante —informó el consultor de comunicaciones del Intrépido—. De la Impertérrita.

Geary se levantó apresuradamente y se alisó el uniforme.

—Acéptela.

Instantes después, la imagen de la capitana Jane Geary apareció en su camarote, ante él, como si estuviera allí físicamente. Mantenía el semblante inexpresivo y la voz templada.

—La capitana Geary solicita una entrevista de asesoramiento con el almirante Geary.

—De acuerdo. —Geary era incapaz de determinar cómo se sentía su sobrina nieta o lo que esta intentaba decirle—. Por favor, póngase cómoda.

Jane Geary se sentó con rigidez en un asiento del camarote que ocupaba en la Impertérrita, de tal modo que la imagen que Geary tenía ante sí reprodujo la misma acción. Jane lo miró sin pestañear y él le devolvió el gesto, todavía impresionado al ver las señales que el tiempo había dejado en ella, las cuales indicaban que había envejecido algunos años más que él. Geary conocía su fotografía de memoria, pero solo al verla en persona podía apreciar el parecido que guardaba con su hermano.

—¿Puedo preguntarle cuál es el motivo de esta entrevista de asesoramiento? —preguntó por fin.

—Sí, señor. En primer lugar, me gustaría saber por qué asignó la Impertérrita y la Cumplidora a la Tercera División de Acorazados y me puso al mando de la misma.

Esta pregunta tenía fácil respuesta.

—La Tercera División de Acorazados tenía muchos problemas: de liderazgo, de moral y de eficacia. Las naves que quedaban de esa división necesitaban buenos ejemplos y un líder capaz. Según lo que vi durante el combate de Varandal, considero que la Impertérrita y la Cumplidora aportan el primer requisito y usted, el segundo.

Jane Geary se tomó un momento para analizar la respuesta de su tío abuelo antes de volver a hablar.

—Me consta que tiene un mensaje de mi hermano, el capitán Michael Geary. —Su voz seguía sin dejar entrever ni un atisbo de emoción.

—Sí. Propuse enviarle una copia de la transmisión que lo contiene.

—¿Me permite saber qué es lo que decía?

—Por supuesto. —Llevaba tiempo temiendo y deseando que se produjera este encuentro, y aún se sentía del mismo modo—. Me pidió que le dijera que ya no me odiaba.

Jane Geary le sostuvo la mirada durante un momento, hasta que por fin la apartó y respiró hondo.

—¿Eso es todo?

—Apenas tuvimos tiempo. ¿Qué sabe de lo que ocurrió?

—He visto los informes autorizados y he hablado con distintos oficiales de la flota, almirante.

Geary se reclinó en el asiento y resopló exasperado.

—¿Qué se supone que tengo que hacer, Jane? ¿Debo hablarle como a mi sobrina nieta o como a mi comandante subordinada? Maldita sea, es la familiar más cercana que me queda.

—La guerra nos ha arrebatado a muchos de los nuestros. —Jane le devolvió la

mirada—. Dígame la verdad. ¿Michael se ofreció voluntario para esa operación de asalto? ¿No se lo sugirió usted primero?

—Se ofreció voluntario. Yo todavía me estaba adaptando a mi cargo de comandante, seguía intentando asimilar lo que había ocurrido. No estaba preparado para ordenar... para ordenarle a nadie que hiciera algo así.

Jane Geary pareció relajarse un poco y cerró los ojos.

—Era todo lo que tenía. Y usted lo dejó en el sistema estelar nativo síndico.

—Sí, lo dejé allí. —Se negaba a poner el pretexto de la presión de su cargo, de las obligaciones para con el resto de la flota. Nada de eso cambiaría lo que sucedió—. Sigo conservando la esperanza de que sobreviviera, de que algún día volverá con nosotros.

—Sabe las probabilidades que hay de eso.

—Sí. —Un regusto amargo invadió su boca—. Muchos nunca regresaron a casa. Lo siento.

Jane se inclinó hacia delante, con los ojos abiertos como platos, de nuevo llenos de fuerza.

—Los dos lo odiábamos. Nunca fuimos los dueños de nuestra vida. De niños solíamos entretenernos con un juego: uno de los dos hacía de Black Jack, el hombre del saco, y perseguía al otro para atraparlo y llevárselo a la guerra. Al final atrapó a Michael y después a mí, ¿verdad?

—No soy Black Jack. Quiero ponerle fin a esta guerra. Lamento lo que les ocurrió a Michael y a usted, lo que les ocurrió a todos los Geary que se vieron obligados a seguir mis supuestos pasos y unirse a la lucha. Pero juro por el honor de nuestros ancestros que jamás habría aprobado lo que sucedió, el surgimiento de esta leyenda desproporcionada sobre aquel que decían que era. Yo no lo hice, pero aun así lamento profundamente las consecuencias que tuvo para personas como Michael y usted.

De nuevo, Jane Geary guardó un silencio momentáneo.

—¿Le ha hablado a alguien más sobre el mensaje de Michael?

Estaba a punto de responder que a nadie más cuando se dio cuenta de que no era así.

—Solo a un persona.

—Déjame adivinar a quién. —Jane miró a su alrededor como si esperase encontrarse con Tanya Desjani—. ¿Qué se supone que debo hacer, almirante?

—¿Me lo pregunta como sobrina nieta o como la capitana Jane Geary?

—Como sobrina nieta. La capitana Jane Geary es capaz de mantener una relación perfectamente profesional. Sé cómo hacerlo.

Geary frunció el ceño al oír la poco sutil indirecta contra Desjani.

—No es la única que sabe cómo hacerlo.

Jane se irguió levemente.

—Le pido disculpas. No pretendía expresarlo de esa manera. No tengo ningún motivo para pensar que su comportamiento o el de otras personas es inadecuado. Sin embargo, dentro de poco entraremos en la hipernet síndica, donde las naves no podrán comunicarse entre sí. Después es posible que hayamos de librar combates de envergadura. Necesitaba hablar con usted antes, porque tal vez alguno de los dos, si no los dos, no regresemos con vida.

—Gracias. —Geary se relajó—. Por favor, sea mi sobrina nieta durante un tiempo. No puedo hacerme una idea de lo doloroso que tuvo que ser crecer a la sombra de Black Jack y de esta guerra. No puedo cambiarlo, no puedo borrar nada de lo que sucedió mientras me encontraba en estado de sueño de supervivencia. Pero quiero reparar todo lo que pueda. Tiene que entender que yo... —Por un momento se quedó sin palabras al apreciar de nuevo en su sobrina nieta el parecido con su hermano. Por lo general no le costaba hacer como que en casa todo seguía igual, como que en Glenlyon (aunque ahora la flota funcionase de un modo muy distinto) su hermano seguía trabajando y sus padres aún vivían. Pero no podía engañarse así delante de Jane Geary.

Esta lo miró y optó por desviar el tema.

—Durante un tiempo serví con la capitana Kila cuando las dos éramos tenientes.

Los recuerdos que ese nombre le trajo a Geary aliviaron su pesar por un momento.

—La acompañé en el sentimiento. Debió de pasarlo muy mal.

—Sí —convino Jane Geary—. ¿Le habría disparado?

—Demonios, por supuesto que sí. Se había manchado las manos con la sangre de la Alianza.

—También conocí al capitán Falco —dijo Jane Geary.

Geary hizo una mueca.

—Falco... murió con honor.

Sus respuestas parecieron satisfacerla. Jane Geary asintió de nuevo.

—Hay algo que debo decirle. Yo también tengo un mensaje para usted. Espero que pueda perdonarme por no habérselo hecho llegar hasta ahora.

Algo así era lo último que esperaba oír.

—¿Un mensaje?

—Una noche, de niña, cuando estábamos de visita en casa de mi abuelo, su hermano, lo encontré fuera, de pie, contemplando las estrellas. Le pregunté qué estaba haciendo y me dijo que estaba buscando una cosa. Le pregunté el qué y me respondió: «Mi hermano. Lo extraño mucho. Si alguna vez lo encuentras allí arriba, dile que lo echaba de menos».

Geary se quedó mirándola, demasiado abrumado de repente para volver a ceder a

la tristeza.

—¿Le dijo eso?

—Sí. Lo recuerdo perfectamente, aunque nunca albergué la esperanza de hacerle llegar su mensaje. —Suspiró—. Debería habérselo dado mucho antes. Siempre decía que usted era tal como la leyenda lo describía, ya sabe. Perfecto en todos los sentidos, el mayor héroe que jamás hubiera existido.

—¿Mike dijo eso? ¿Mi hermano dijo que yo era perfecto?

—Sí.

Geary no pudo reprimir una risa breve.

—Desde luego, a mí nunca me lo dijo cuando... cuando vivía. Maldita sea. Está muerto. Lleva muerto mucho tiempo. Todo el mundo está muerto. —Cuando la negación en la que llevaba meses refugiándose se desmoronó de súbito, Geary se hundió en el asiento y escondió el rostro entre las manos.

Jane Geary rompió el silencio que se produjo a continuación.

—Lo siento. Tengo que decirle otra cosa. En realidad nunca creímos en usted, Michael y yo. Black Jack era un mito. Pero estábamos equivocados.

La confesión hizo que Geary levantase la cabeza.

—No, no se equivocaban. Black Jack es un mito. Yo solo soy yo.

—¡He consultado los registros elaborados desde que asumió el mando y he hablado con los oficiales de esta flota! Yo no habría sido capaz de hacer lo que usted hizo. Ni yo ni nadie. —Guardó un breve silencio antes de formularle una pregunta a bocajarro—: Ha hablado con nuestros ancestros después de regresar, ¿verdad? ¿Cree que Michael sigue vivo?

Geary cerró el puño y lo descargó sobre el reposabrazos de su asiento.

—No lo sé. Mis ancestros nunca me han respondido con claridad.

Jane asintió con la cabeza, aliviada.

—A mí me ocurre lo mismo. Ya sabe lo que eso podría querer decir.

—No, no lo sé.

—¿En serio? Podría querer decir que la vida de una persona pende de un hilo. Podría querer decir que sus decisiones, sus actos, pueden marcar la diferencia, decidir si esa persona ha muerto o sigue viva.

—Nunca había oído algo así. —Al parecer, las creencias habían cambiado a lo largo del último siglo. Era comprensible, con tantos prisioneros de guerra retenidos sin que nunca se volviera a saber nada de ellos. Las familias se aferraban a cualquier indicio que les ofreciese un poco de esperanza o de información acerca del paradero de sus seres queridos.

Jane Geary asintió firmemente con la cabeza.

—En nuestra familia, todos estaban de acuerdo con respecto a usted. Cuando hablábamos con nuestros ancestros nadie sentía nunca su presencia entre ellos. Se lo

juro. Por eso el abuelo me pidió que le transmitiera un mensaje si lo veía. Si usted hubiera muerto, él habría esperado verlo primero, cuando murió y se unió a nuestros ancestros, pero ninguno de nosotros creía que usted estuviera con ellos. —Su expresión adoptó un gesto feroz—. Nunca se lo dijimos a nadie que no perteneciera a la familia. Poco a poco fue tomando forma la leyenda de que algún día regresaría para salvar a la Alianza, pero no se debió a que la familia le dijese a nadie que usted no había muerto. No sé por qué surgió la leyenda. Pero era cierta. Tardé mucho tiempo en aceptarla.

—Jane, por favor, no. Bastantes esperanzas tienen depositadas en mí otras personas con las que no tengo ningún parentesco. —Extendió las palmas de las manos—. Es agradable hablar con alguien que cree que soy humano. Para mí es muy importante saber que es posible.

Jane consideró sus palabras y asintió.

—Creo que lo entiendo. Pero, como familiar, debo pedirle que me cuente la verdad. ¿Permaneció allí, durante todos esos años? ¿Entre las luces del espacio de salto? ¿Entre las mismas estrellas vivas?

Geary no tuvo ninguna duda de que se lo estaba preguntando muy en serio, por lo que reprimió una carcajada que podría haber ofendido a su sobrina nieta.

—No que yo recuerde. No recuerdo absolutamente nada, de verdad. Me quedé dormido y después me desperté en el Intrépido.

—¿No tuvo ningún sueño? —le preguntó Jane visiblemente decepcionada.

—No lo... No estoy seguro —se corrigió Geary—. De vez en cuando creo recordar alguna escena confusa, pero todos los médicos me han dicho que durante el sueño de supervivencia hasta la última célula del organismo se detiene o ralentiza lo máximo posible. Y también los procesos del pensamiento. No podía pensar, de modo que no cabe la posibilidad de que tuviera sueños. Eso dicen. Si ocurrió algo, no lo recuerdo. —Geary miró a su sobrina nieta, incomodado por sus preguntas y deseoso de cambiar de tema—. ¿A qué se habría dedicado de no haber ingresado en la flota?

Jane Geary sonrió.

—A algo relacionado con la construcción. A la arquitectura. El hombre lleva milenios inspirándose en la naturaleza, pero creo que cuando diseñamos algo podemos aprender más cosas. —Su sonrisa se desvaneció—. Michael tiene una hija y dos hijos. Dentro de seis meses la hija cumplirá los requisitos necesarios para empezar a formarse como oficial de la flota.

Geary ya lo sabía pero no había querido sacar el tema, pues se preguntaba en qué concepto tendrían esos niños a Black Jack, aquel que abandonó a su padre en el sistema estelar nativo síndico.

—¿Es eso lo que quiere hacer?

—Tal vez tenga ocasión de preguntárselo usted mismo.

—Mientras se le permita elegir.

Jane Geary asintió.

—Quizá sea usted quien le permita elegir, por fin. Por favor, perdóneme por no haber hablado antes con usted. Ahora será mejor que me vaya y lo deje prepararse para las operaciones.

Geary consultó la hora y asintió a regañadientes.

—Gracias. No tengo palabras para expresar lo mucho que esto ha significado para mí.

—Tal vez el futuro nos brinde una nueva oportunidad de hablar con Michael. — Jane Geary se levantó y lo saludó del modo en que lo hacen quienes no llevan mucho tiempo realizando el gesto—. Con su permiso, almirante.

—Concedido. —Le devolvió el saludo y se quedó de pie un momento, con los ojos pegados en el lugar que había ocupado la imagen de su sobrina nieta, antes de salir hacia el puente.

En el visualizador que Geary tenía ante sí en el puente se vislumbraba la puerta hipernética síndica. La puerta real era una matriz de energía vinculada invisible al ojo humano, pero los centenares de dispositivos llamados ronzales, que mantenían la puerta estable e inamovible, sí podían verse y, de hecho, conformaban un descomunal anillo que el Intrépido parecía a punto de enhebrar. Geary no se acercaba tanto a una puerta desde que estuvo en Sancere, y aquella en particular se había estado colapsando porque los buques de guerra síndicos derribaron muchos de sus ronzales con el fin de que la flota de la Alianza no la utilizara. Al recordar cómo parecía fluctuar el espacio cuando la puerta se colapsó, Geary respiró hondo para calmarse.

—Todo va bien —le dijo Desjani con una sonrisa tranquilizadora.

—Capitana Desjani, no recuerdo haberme acercado más que a una puerta hipernética, y coincidirá conmigo en que no fue una experiencia agradable.

—Sobrevivimos.

Después de un siglo de guerra, Geary debía admitir que aquella era una forma razonable de entender el éxito.

Desjani lo miró con aire meditabundo.

—Ahora comprobaremos si todo funciona.

Geary asintió, consciente de que Desjani se refería a algo de lo que no debían hablar en el puente. Todos los gusanos basados en probabilidades que lograron encontrar habían sido eliminados de la hipernet y de los sistemas de maniobras y comunicaciones de todas las naves de la flota. Con suerte, eso impediría que los alienígenas redirigieran la flota mientras esta se encontrase en la hipernet, como hicieron con una flotilla síndica. Pero la flota de la Alianza no sabría con certeza si estaba a salvo hasta que lo intentara.

—¿Cómo decía que funcionan la puerta y la llave hipernéticas?

—Cuando entremos en el campo de la puerta hipernética, la llave síndica de hipernet que transporta el Intrépido se activará. Configuramos los parámetros de modo que el campo de transporte sea lo bastante amplio para que dé cabida a toda la flota, nos cercioramos de que el destino mostrado en la llave sea el que queremos y le ordenamos a la llave que transmita el comando de ejecución hacia la puerta. Es fácil.

Geary asintió.

—Demasiado fácil. ¿Qué ingeniero humano podría haber diseñado algo tan sencillo de manejar?

—Tiene razón. Debimos sospechar que se trataba de un plan trazado por seres no humanos desde el principio, puesto que el proceso de activación no implicaba utilizar múltiples comandos arcanos que tenían que ejecutarse en un orden determinado, y dado que el destino se representaba con su nombre en lugar de con algún código jeroglífico. Ningún ingeniero de *software* humano podría idear un dispositivo tan fácil de usar. —Desjani sonrió y señaló las naves—. ¿Está de acuerdo con la formación?

—Sí. Esta formación podrá neutralizar todo lo que nos encontremos si los síndicos nos esperan en la puerta hipernética de Zevos. Aunque no es muy probable.

Desjani se fijó en otro punto de su visualizador.

—La llave se ha activado. ¿Desea introducir los datos?

—No. Proceda, por favor.

Los dedos de Desjani danzaron entre los mandos y a continuación la capitana miró el visualizador con gesto grave.

—Consultor de operaciones. Compruebe que el valor del tamaño del campo de transporte es correcto.

Al instante siguiente, el oficial hizo un gesto de aprobación.

—Confirmado, capitana. El campo acogerá a toda la flota.

—Compruebe que el destino establecido es Zevos.

—Confirmado, el destino es Zevos.

Desjani miró a Geary.

—Solicito permiso para activar la llave de hipernet para el transporte a Zevos.

—Permiso concedido.

Desjani pulsó un par de mandos más y acto seguido las estrellas se desvanecieron.

Geary ya apenas recordaba las vistas que ofrecía el interior de los canales de hipernet.

—No se ve nada de nada.

—No. —Desjani extendió las palmas de las manos—. Los científicos dicen que entramos en una especie de burbuja a la que no llega la luz tal como nosotros la entendemos. Por tanto, no hay nada más que oscuridad.

Nada más que oscuridad. No se experimentaba la sensación de velocidad ni se



percibía ningún movimiento.

—¿Cuánto decía que dura?

—Este viaje llevará ocho días, catorce horas y seis minutos. Mientras más lejos vaya, mayor será la velocidad relativa al universo exterior. Es un poco extraño, pero este es un trayecto largo, de manera que avanzamos más rápido que si se tratara de un trayecto corto por la hipernet.

—¿Se puede tardar lo mismo en hacer un viaje corto que en hacer uno largo?

—Sí, o incluso más. —Desjani agitó la mano para señalar la oscuridad que inundaba el visualizador de las condiciones exteriores—. Como le he dicho, es un poco extraño. Los científicos sabrían explicárselo mejor, aunque siempre me ha dado la sensación de que ellos tampoco lo entienden del todo. No obstante, reconozco que les ponen unos nombres impresionantes a los fenómenos que creen que tienen lugar.

Aunque hubiera sido posible realizar un viaje directo, cubrir aquella distancia con la única ayuda de los módulos de salto habría llevado por lo menos dos meses. Aun así, ante la inminencia de una batalla que podría terminar con la guerra de una vez por todas, aquellos ocho días, catorce horas y seis minutos parecían una eternidad.

—Quiero que termine ya.

—Sí, señor. Yo también. Pero tenga en cuenta lo largo que ha sido para los demás.

La guerra comenzó cien años atrás. Desjani y el resto de la tripulación del Intrépido, todos los miembros de la flota a excepción de Geary, llevaban esperando aquel momento desde que nacieron.

Visto de ese modo, no le importaba esperar ocho días más.

Si los alienígenas seguían teniendo la capacidad de desviar la flota, optaron por no hacerlo. El sistema estelar Zevos acogía dos planetas de reducida habitabilidad, una población inmensa y multitud de colonias y puestos avanzados distribuidos entre distintos asteroides, lunas y gigantes gaseosos cercanos. Los sensores de la flota no detectaron ni un solo buque de guerra síndico cuando las naves de la Alianza emergieron por la puerta hipernética.

—Deben de haber dirigido todas las defensas móviles hacia el sistema nativo —sugirió Desjani—. Es posible que también retirasen y llevasen allí gran parte de las defensas permanentes.

—Tal vez. —Una boya de control de tráfico síndica cercana a la puerta empezó a avisar a los buques de guerra de la Alianza para dirigirlos hacia distintas pistas aprobadas con el fin de distribuir las—. Diamante, acabe con esa boya.

—Diamante. A la orden —respondió el crucero pesado—. La boya será destruida dentro de unos treinta y cinco segundos.

El punto de salto que les interesaba estaba tan solo una hora luz y media de la puerta hipernética. Geary configuró el rumbo de modo que toda la flota continuase hacia ese objetivo, alegrándose en parte por el hecho de que las autoridades síndicas

del sistema estelar Zevos no verían los buques de guerra de la Alianza hasta pasadas varias horas, justo antes de que sus naves saltasen para abandonar Zevos. Puesto que el enemigo había olvidado cómo se utilizaba el alcance de salto extendido, pensaría que la flota de la Alianza se dirigía hacia la estrella Marchen, que estaba más lejos del sistema estelar nativo síndico que Zevos.

—¿Qué quiere hacer con los buques mercantes que avanzan hacia la puerta hipernética? —preguntó Desjani.

A pesar de las maniobras de despiste, Geary prefería que la noticia de que había llegado a Zevos no se propagase demasiado rápido por el espacio síndico. Utilizó el visualizador de maniobras para comprobar distintas soluciones en cuanto etiquetó algunas unidades de la Alianza y solicitó una interceptación.

—Vigésimo Escuadrón de Destruidores, interceptarán y destruirán los buques mercantes síndicos indicados. No persigan ni entablen batalla con ningún otro objetivo sin autorización previa. Regrese con la flota antes de proceder al salto.

—¡Vigésimo Escuadrón de Destruidores, a la orden! —Orgullosos de encargarse de aplastar a los síndicos mientras el resto de la flota se limitaba a continuar hacia el punto de salto, los destructores del Vigésimo Escuadrón partieron raudos a la caza de sus presas.

Geary observó cómo los destructores iniciaban la persecución y después estudió las distintas formaciones que podía adoptar. Supuso que los síndicos no se encontrarían cerca de la zona del sistema estelar nativo síndico en la que la flota apareció al salir del espacio de salto, pero prefería tenerlo todo listo en caso de que estuviera equivocado.

—Capitán Smyth, quiero que sus auxiliares llenen las reservas de células de combustible de todas las naves, así como sus almacenes de munición fungible. Avíseme si surge cualquier contratiempo antes de que saltemos.

Quince horas para llegar al punto de salto. Diez días en el espacio de salto. Todo para regresar al lugar donde había tomado posesión del mando de la flota.

## Capítulo 6

UN alboroto similar al de una manada de leones que acabase de avistar a la presa estalló entre los controladores del puente del Intrépido cuando la flota de la Alianza llegó al sistema estelar nativo síndico. Hacía seis meses que la flota salió huyendo de aquella región debido al elevado número de bajas sufridas y a la imbatible superioridad numérica del enemigo. Ahora regresaba y podía ver los restos de aquellos buques de guerra síndicos, que ocupaban la ruta que siguió la flota para volver a casa.

—Los tenemos —susurró Desjani con un brillo de emoción en los ojos.

Geary se detuvo para disfrutar del momento pese a la decisión que había tomado de no dejarse distraer. La flota de la Alianza había entrado por un ángulo orientado hacia donde estuvo cuando Geary asumió el mando, más o menos a un cuarto del camino por el límite exterior del sistema estelar desde el punto de salto que la flota utilizó para huir hacia Corvus. A tres horas luz de distancia se encontraba en medio del espacio la puerta hipernética del sistema estelar. Incluso a aquella distancia los sensores de la flota pudieron distinguir los gruesos muros de campos de minas que colgaban justo a las afueras de la puerta; su elevado número y la densidad con que las minas se hallaban distribuidas anulaban casi por completo la invisibilidad que caracterizaba a las minas independientes. Fuera de los campos de minas aguardaba otra muralla de buques mercantes, los cuales contaban con el apoyo de centenares de NAR visibles, listas para lanzarse y atacar en cuanto las naves invasoras terminasen de zigzaguear entre los campos de minas y los dejaran atrás. Tras los buques mercantes, a solo quince minutos luz de la puerta hipernética, esperaba el grueso de las defensas síndicas, compuesto solo por una docena de acorazados y dieciséis cruceros de batalla, si bien contaban con la compañía de sesenta y un cruceros pesados, cincuenta cruceros ligeros y ciento noventa y siete naves de caza asesinas.

Lo más importante era que los sensores de la flota de la Alianza confirmaban que la puerta hipernética tenía instalado el sistema de seguridad. En realidad ningún miembro del bando de la Alianza dudaba que hubiesen colocado la protección, pero lo cierto era que ver que el sistema de seguridad estaba presente les quitaba un peso de encima.

Por el resto del sistema estelar había algunos cruceros ligeros y naves de caza asesinas que transitaban de un planeta a otro; y a lo lejos, casi al otro lado del lugar ocupado por la flota de la Alianza, en el extremo opuesto del sistema, un acorazado y tres cruceros pesados formaban un pequeño grupo estático.

—Sé que muchos de esos acorazados y cruceros de batalla son de nueva construcción, pero ¿de dónde han sacado los síndicos tantos escoltas? —se preguntó Geary.

—Tienen que haber retirado las tropas defensivas de varios sistemas estelares —supuso Desjani—. Si hubiéramos avanzado directos hacia esa trampa, se habría repetido lo que ocurrió la última vez que la flota estuvo aquí. Para cuando nos librásemos de la emboscada habríamos perdido tantas naves que no tendríamos ninguna posibilidad de vencer. —Recorrió el visualizador con los ojos—. Todas las estructuras de este sistema estelar situadas en una órbita fija cuentan con armas de rieles o con baterías de haces de partículas. Menos mal que prefirió que reservásemos las rocas.

No cabía duda de que el sistema estelar nativo síndico constituía todo un tesoro en lo que a objetivos se refería. Además de las defensas permanentes, los planetas de aquel sistema estelar albergaban numerosas ciudades y colonias, aunque el mundo habitado principal contaba además con lo que parecían extensos parques, dentro de los cuales había unas imponentes cabañas, tan separadas entre sí que quienes las ocupasen no alcanzarían a ver las demás.

—Bonito lugar —comentó Geary.

—El mundo habitado principal, situado a ocho minutos luz de la estrella es casi perfecto —convino Desjani—. El planeta que se halla a cuatro minutos luz y medio de la estrella es demasiado cálido, pero el que se encuentra a quince minutos luz debe de estar muy bien porque da cabida a muchas ciudades delimitadas; y el gigante gaseoso que está a solo treinta y dos minutos luz de la estrella es perfecto para desarrollar actividades mineras. Se trata de un sistema estelar magnífico. ¿Podemos arrasarlo?

—Sí. Comencemos por las defensas permanentes. Dejaremos los objetivos industriales y los transportes para hacer presión, y los eliminaremos según sea necesario para obligar a los síndicos a que negocien en serio. —Geary introdujo una serie de comandos en los sistemas de combate y etiquetó como objetivos las defensas enemigas emplazadas en los planetas, las lunas, los asteroides y los satélites artificiales que seguían órbitas fijas, así como los centros de mando y control y los sistemas de sensores asociados a aquellas defensas para, a continuación, solicitar a los sistemas automáticos que trazasen un plan de bombardeo. El número de objetivos era tan elevado que los sistemas de combate de la flota necesitaron varios segundos para calcular una solución. Geary no consiguió reprimir un silbido al revisarla—. Tendré que cerciorarme de que las auxiliares estén produciendo más rocas. Esto va a causar una gran merma en nuestros inventarios.

Fue a confirmar el comando, pero entonces cambió un parámetro y miró a Desjani.

—Hágalo usted.

—¿El qué?

—Le he transferido a usted la autoridad para aprobarlo. Adelante, inicie el

bombardeo.

La capitana le dirigió una sonrisa contenida.

—Usted sí que sabe cómo hacer feliz a una mujer. Al menos, a esta mujer. —Su sonrisa dio paso a un gesto feroz mientras consultaba el plan de bombardeo—. Gracias, almirante. Se lo dedico a los camaradas que cayeron en combate aquí la última vez —anunció antes de pulsar el botón de aprobación.

Desde todos los puntos de la formación de la Alianza, los buques de guerra comenzaron a liberar proyectiles cinéticos. Tardarían horas e incluso días en alcanzar sus objetivos, pero la intrincada red de baterías defensivas síndicas quedaría reducida a chatarra una vez que recibiera las descargas.

En los cien años de conflicto que habían transcurrido, el sistema estelar nativo síndico nunca había sufrido directamente el impacto de la guerra. Hoy sí lo sufriría, algo en lo que Geary encontraba cierta satisfacción.

—Vayamos a por esa flotilla síndica. A todas las unidades de la flota de la Alianza, viren a babor cuatro dos grados, desciendan cero un grados a las tres cero. —Mantendría aquella formación hasta que viese lo que estaban haciendo los síndicos. Pese a lo bien que parecían haber salido las cosas, no dejaba de preocuparle que el enemigo hubiera colocado otras trampas en aquel sistema estelar y que todavía no las hubiesen detectado—. Manténganse atentos a la posible existencia de campos de minas adicionales dentro de este sistema estelar.

Ahora que ya se habían emprendido las acciones más urgentes, era el momento de ocuparse del verdadero asunto que había llevado a la flota hasta allí. Llamó a la sección de Inteligencia del Intrépido.

—Teniente Íger, ¿puede decirme el lugar exacto de este sistema estelar en el que se encuentra el consejo ejecutivo síndico?

Íger tenía el aspecto de un subordinado consciente de que su respuesta no satisfaría a su superior.

—Es muy poco probable que podamos indicarle el lugar exacto. En este momento estamos escaneando todos los mensajes síndicos descriptados en busca de cualquier tipo de información, y descifraremos todos los segmentos que podamos de los mensajes encriptados, pero es poco probable que las únicas indicaciones que encontremos sean prioridades de transmisión relativas a la red de comunicaciones del sistema estelar.

—¿Pueden captar las prioridades de transmisión?

—No, señor, no exactamente, pero podemos determinar a qué mensajes dan prioridad los enrutadores que hay distribuidos por todo el sistema estelar. Al rastrear esos mensajes hasta su origen, podemos identificar la ubicación general de quienquiera que tenga la autoridad de emitir la mayor cantidad de mensajes de alta prioridad.

Eso sonaba bien.

—¿Cómo de general es la «ubicación general»?

El oficial de Inteligencia empezó a sentirse aún más incómodo.

—Una vez que los mensajes entran dentro de un sistema de comunicaciones cerrado, ya no podemos continuar rastreándolos. Podría tratarse, por ejemplo, de unas instalaciones orbitales. O de un planeta.

—¿Un planeta? —Geary miró fijamente a Íger—. ¿Qué el origen está en algún punto de algún planeta es lo más concreto que me puede decir?

—Es posible, señor —explicó Íger—. En los planetas hay todo tipo de métodos de transmisión que no podemos monitorizar desde aquí. Cables enterrados, por ejemplo. Los nodos de control planetarios suelen emplear sitios remotos para las transmisiones inalámbricas reales a fin de ocultar mejor su ubicación. Aun así, estoy seguro de que podremos averiguar en qué planeta se encuentra el consejo ejecutivo síndico.

No cabía duda de que se trataba de una explicación y no de una simple excusa, de modo que Geary asintió.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo les llevará conseguirme esa información?

—Depende de lo compleja que sea la red síndica, señor. Estimo que entre unas pocas horas y menos de un día, a lo sumo. Almirante, si consiguiéramos más información de alguna fuente síndica, obtendríamos datos más precisos de la ubicación del consejo ejecutivo. Por desgracia, no podemos contar con que eso vaya a ocurrir a corto plazo.

—Entiendo. ¿Han encontrado ya algún campo de prisioneros?

Íger sacudió la cabeza.

—No, señor. No hemos detectado nada que parezca un campo de prisioneros ni de trabajos forzados; y obviamente, tampoco hemos identificado ningún mensaje relacionado con ese tipo de instalaciones. Pero seguiremos buscando.

—Bien, pero la tarea prioritaria es dar con la ubicación de la cúpula síndica. Avíseme cuando la encuentren, lo cual le pido que sea lo antes posible. —Conocía lo suficiente a Íger para saber que aquella forma de hablarle bastaba para que toda la sección de Inteligencia trabajase a marchas forzadas.

Menos de un día o, como mínimo, varias horas. Parecía demasiado tiempo para dedicarlo a esperar, a dejar que los síndicos planificasen más ataques antes de proponerles un proceso de negociación. A lo largo de sus muchos años de experiencia, Geary había aprendido que resultaba mucho más fácil evitar que se empezase a trazar un plan que detener la ejecución de este una vez que se había puesto en marcha.

No podía, empero, dirigir su mensaje a una ubicación concreta, de modo que tendría que optar por una emisión general. Esta vez se sentó más derecho antes de

iniciar la transmisión.

—Señores miembros del consejo ejecutivo de los Mundos Síndicos, les habla el almirante Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza. Hemos venido para ponerle fin a esta guerra acordando una serie de términos que satisfagan a ambas partes. Si es posible, terminaremos con este conflicto a través de un proceso de negociación; pero si es necesario, procederemos a emplear la fuerza. Esta transmisión incluye adjunta una lista de propuestas que conforman la base de un tratado de paz. Los insto a consultar dicha lista y a que nos envíen su respuesta lo antes posible. Las fuerzas de la Alianza que se encuentran en este sistema estelar continuarán con las operaciones ofensivas hasta que se firme un tratado. —Rione sugirió esto para asegurarse de que los síndicos no retrasaran las negociaciones indefinidamente—. Por el honor de nuestros ancestros.

Cuando terminó, oyó un ruido en el fondo del puente que le hizo girarse, molesto. Junto a Rione estaban también, de pie, los otros dos senadores, atestando aquel rincón. Los tres políticos estaban discutiendo y Desjani parecía preguntarse si le permitirían arrestarlos a todos.

—Disculpen —dijo Geary con una voz más firme de lo habitual—. Todavía no nos hemos librado de las potentes fuerzas militares síndicas y es posible que entablemos combate. Sería preferible que no hubiera distracciones en el puente.

—Aunque ya llevamos tiempo obligados a soportarlas —murmuró Desjani demasiado bajo para que ninguno de los políticos la oyera.

La senadora Costa arrugó el entrecejo con empeño.

—Almirante Geary, simplemente estamos decidiendo el orden más justo en el que ocupar el asiento del observador del puente.

Sin que Costa ni Sakai la viesan, Rione hizo un gesto de impotencia para Geary antes de hablar.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo en otra parte —les sugirió a los otros dos políticos—. En algún sitio más tranquilo donde no molestemos a la tripulación.

—El calabozo es muy tranquilo y cómodo —gruñó Desjani entre dientes.

—Tanya —le susurró Geary antes de levantar la voz de nuevo—. Es una idea magnífica, señora copresidenta. Vayan y decídanlo, si son tan amables. —Prefería no tomar parte en aquel asunto porque temía que si se pronunciaba al respecto pudiera terminar perdiendo la paciencia con los políticos y ordenarles que se rigieran por un ciclo determinado. Darles órdenes a los políticos podría convertirse muy fácilmente en un modo demasiado cómodo de manejarlos. No podía permitirse acostumbrarse a algo así, no cuando la flota y el pueblo de la Alianza se mostrarían más que dispuestos a alentarlos.

Era difícil determinar la opinión de Sakai, pero este mostró su conformidad.

—De acuerdo, almirante. Confiamos en que se nos informará en cuanto las

fuerzas de combate enemigas sean eliminadas.

Geary tuvo la impresión de que el senador consideraba que la neutralización de la flotilla síndica era un simple trámite. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Por supuesto.

—Estoy muy orgulloso —añadió Sakai— de ver a tantos ciudadanos valerosos de Kosatka aquí, desempeñando un papel tan crucial en esta flota. No habríamos llegado hasta aquí sin su arrojo y su sacrificio.

Sin que Sakai la viera, Desjani puso los ojos en blanco, aunque respondió con tono respetuoso.

—Gracias, senador. —Los controladores del puente originarios de Kosatka también le contestaron con fórmulas de cortesía breves y corteses antes de que los tres senadores abandonaran el puente.

Geary no se sorprendió cuando la senadora Costa apareció poco después y, con cierto ademán engréido, ocupó el asiento del observador. Esperaba que Rione aceptase que los otros senadores pasasen algún tiempo allí, puesto que sabía por experiencia que transcurrirían varias horas sin que pasase nada relevante. Todavía faltaban dos horas para que la flotilla síndica que vigilaba la puerta hipernética viera a la flota de la Alianza, tras lo cual pasarían unas tres horas más antes de que ellos vieran la reacción del enemigo.

Cuando hubo pasado la primera hora y la flota de la Alianza avanzaba a ritmo constante hacia los síndicos sin que ocurriese nada de gran interés, excepto los lanzamientos de proyectiles de bombardeo cinético contra un par de las instalaciones defensivas síndicas más cercanas, Costa empezó a intranquilizarse. Una hora más tarde la situación seguía prácticamente igual. Una décima de la velocidad de la luz parecía una velocidad elevada, y lo era. A ese ritmo, los buques de guerra de la Alianza recorrían unos treinta mil kilómetros por segundo. No obstante, dada la inmensidad del espacio, incluso a una velocidad tan alta se podía tener la sensación de ir a paso de tortuga. Puesto que se requerían diez horas para recorrer una sola hora luz de distancia, y teniendo en cuenta que el enemigo se encontraba a casi tres horas luz, transcurriría más de un día antes de que surgiese alguna ocasión para entablar combate.

—Ya deberían habernos visto —le dijo Desjani a Geary lo bastante alto para que Costa la oyese—. Ya solo faltan otras tres horas para que veamos su reacción.

Costa, que ya parecía estar aburrída, retorció la boca.

Geary se levantó.

—Necesito meditar sobre ello, iré a dar un paseo. Avíseme si ocurre cualquier cosa antes de que pasen esas tres horas.

—Así lo haré, señor.

Al cabo de dos horas, regresó al puente. Rione volvía a ocupar el asiento del



observador, aunque no parecía demasiado satisfecha por haber engañado a los otros senadores para que aceptasen una rotación que le favorecía a ella. Más bien, Geary tuvo la impresión de que le preocupaba algo.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé.

No dijo nada más, de modo que Geary se limitó a hacerle un gesto con la cabeza a Desjani, quien también parecía molesta.

—¿Cómo está la situación? —preguntó.

—Bien. —Sin embargo, la capitana no parecía del todo conforme.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Geary.

—No sabría decirle, almirante. ¿Qué le preocupa a usted?

—Yo tampoco sabría decirle.

Los minutos transcurrieron con pesadez, hasta que por fin saltaron las alarmas en el visualizador de maniobras en el momento en que se registraron los movimientos de la flotilla síndica.

—No quieren entrar en combate —observó Desjani con fastidio.

Los buques de guerra síndicos se habían dado media vuelta y empezaban a alejarse de las posiciones que ocupaban cerca de la puerta hipernética, pero no siguiendo ningún vector que los dirigiese hacia las fuerzas de la Alianza.

—Me pregunto adónde irán —dijo Geary. Si la flotilla enemiga optaba por mantenerse fuera del alcance de las fuerzas de la Alianza, representaría una molesta amenaza constante. En el espacio normal, el hombre podía jugar con la física gracias a dispositivos como los amortiguadores inerciales, que permitían acelerar y desacelerar a un ritmo que en circunstancias normales partiría por la mitad tanto las naves como a sus ocupantes, pero nadie había averiguado todavía cómo dominar los sencillos factores del tiempo y el espacio. Los síndicos estaban demasiado lejos para que la flota de la Alianza tuviera ninguna posibilidad de alcanzarlos. Aquellos tendrían que acercarse mucho para que pudieran librar un combate, pero en aquel momento no parecían muy interesados en ello.

—Vayan adonde vayan, no será cerca de nosotros —murmuró Desjani cuando los conos que formaban los vectores proyectados para las naves síndicas se transformaron en líneas cada vez más finas en el momento en que los enemigos alcanzaron el rumbo y la velocidad deseados, tomando una dirección que analizaron los sensores de la flota—. Parece que están atajando por otro sector del sistema estelar; no se alejan de nosotros directamente, pero tampoco terminan de acercarse.

¿Habrían decidido los síndicos negociar en lugar de librar una batalla perdida? Sin embargo, Geary aún no había recibido una respuesta al comunicado que había transmitido.

—Su presencia seguirá suponiendo una amenaza. Bien. Los ignoraremos y

continuaremos hacia el mundo habitado principal. Así esa flotilla tendrá algo más de dos días para decidir si prefiere mantenerse al margen mientras nosotros encañonamos a sus líderes. O luchan o ganamos. —El plan no resultaba demasiado atrayente, pero parecía la mejor opción.

—No podemos alcanzarlos, de modo que tendremos que obligarlos a venir a por nosotros —añadió Desjani con evidente frustración.

La flota volvió a girar en redondo y puso rumbo a la estrella y el planeta que orbitaba a solo ocho minutos luz de la misma.

Pasaron otras diez largas horas. Las defensas síndicas situadas en órbitas fijas se iban desvaneciendo en un creciente arco de destrucción a medida que eran alcanzadas por las bombas de la Alianza. Una cortina de proyectiles cinéticos fue descargada contra la flota desde una distancia casi imposible por algunas de las defensas permanentes síndicas, las cuales se encontraban tan lejos que las bombas de la Alianza aún no las habían alcanzado, pero puesto que disponían de horas y días de sobra para realizar leves variaciones en su posición a fin de esquivar los proyectiles que se precipitaban en su dirección, los buques de guerra de la Alianza no se preocuparon en exceso por ese aspecto.

Cuando por fin los síndicos le enviaron un mensaje a la flota de la Alianza, no fue desde ninguno de los planetas.

—Tenemos un comunicado del buque insignia de la flotilla síndica —anunció el consultor de comunicaciones.

Geary experimentó un *déjà vu* en el momento en que la imagen apareció ante él. Había ocupado aquel mismo asiento, en aquel mismo sistema estelar, con anterioridad, y no era la primera vez que veía a aquel director general síndico.

—¿Él?

—El que comandaba las fuerzas síndicas de esta región y ordenó los asesinatos del almirante Bloch y los demás oficiales veteranos de la flota —confirmó Desjani, pronunciando las palabras cada una con más dureza que la anterior. Nunca sintió admiración personal por el almirante Bloch, pero eso no significaba que no le hirviese la sangre por que lo matasen con el pretexto de las negociaciones.

—Sí. El mismo. —La memoria de Geary retrocedió hasta el día en que aquel director general exigió con arrogancia la capitulación incondicional de los buques de guerra de la flota de la Alianza que se salvaron de la emboscada inicial. Si lo desease, podría abrir la grabación del mensaje que se envió a la flota en la que se veía cómo Bloch y los demás eran tiroteados en el interior de la dársena del transbordador del buque insignia síndico. Un escalofrío de rabia estremeció a Geary cuando volvió a mirar aquel rostro.

El director general síndico que aparecía en la pantalla sonrió como si supiera que iban a reconocerlo y quisiera hacerles saber que disfrutaría viendo su reacción.

—Los Mundos Síndicos le envían sus saludos cordiales al almirante Geary. Mi nombre es Shalin, director general de primer rango.

—Lleva más medallas que antes —bufó Desjani entre dientes, ya apenas capaz de contener su rabia—. Las condecoraciones que se ganó por lo que hizo aquí la última vez.

El director general Shalin continuó hablando.

—Estamos preparados para ofrecerle un alto el fuego en este sistema estelar, por el bien de la humanidad. Deseamos manifestarle nuestro interés por negociar con su flota.

Con la mirada clavada en la imagen, Geary se preguntó si se habría quedado boquiabierto. El hecho de que aquel hombre le hablase ahora de negociar después de la atrocidad cometida la última vez que «negociaron» con él, indicaba que o bien había perdido la memoria por completo o disfrutaba burlándose cruelmente de ellos.

—Tenemos muchos prisioneros de guerra de la Alianza en este sistema estelar —prosiguió el director general con un tono casi despreocupado—. Los capturamos durante la última visita de su flota a esta región. Están distribuidos en múltiples ubicaciones. Sería una lástima que resultasen heridos por los bombardeos. Quedo a la espera de su respuesta y confío en que procederá con discreción a fin de evitar un aumento de las tensiones y del número de víctimas.

La imagen se fundió a negro y Geary agitó la cabeza con incredulidad.

—¿A qué ha venido esto? ¿Es que quieren enfurecernos?

—Lo están consiguiendo —gruñó Desjani.

—¿De verdad trasladarían a nuestros prisioneros de guerra a sus emplazamientos defensivos? —En realidad ya conocía la respuesta, pero quería que alguien se la confirmara. Inteligencia aún no había encontrado ningún campo de prisioneros, lo que significaba que los prisioneros de la Alianza que se hallasen en aquel sistema estelar tendrían que estar distribuidos y encerrados en grupos relativamente pequeños.

—Sí, sí que lo harían. —Desjani sacudió la cabeza—. Pero es absurdo amenazarnos así cuando ya hemos lanzado los proyectiles. Ni ellos ni nosotros podemos detenerlos, de modo que decirnos que nuestros prisioneros están en esos campos no sirve para nada, salvo para que nos martiricemos todavía más.

Desjani y Geary reaccionaron del mismo modo ante el comunicado del enemigo.

—De eso se trata, ¿no? De que nos volvamos locos, de enfurecernos para que terminemos cometiendo algún fallo. Nosotros también hemos empleado esa táctica contra ellos y no se me ocurre ninguna otra razón por la que el director general pudiera expresarse con ese tono y ese estilo. —Guardó silencio para reflexionar. El senador Sakai ocupaba en ese momento el asiento del observador y, pese a que había permanecido muy atento a todo, aún no había hecho ningún comentario—. Senador, ¿qué piensa usted de todo esto?

Sakai, con gesto impasible, agitó la cabeza lentamente.

—Nada que no hayan considerado ya usted y la capitana Desjani, almirante. Estoy de acuerdo en que el comunicado del comandante enemigo parecía pensado para empujarnos a obrar de un modo insensato. Así y todo, estoy acostumbrado a las artimañas que se emplean en los conflictos políticos, no a las que se utilizan en los combates propiamente dichos. No sé qué es lo que los síndicos esperan que hagamos exactamente, y puesto que son conscientes de que su intención es provocarnos, no se me ocurre qué más podría añadir en este momento.

—Gracias, senador. —Al menos Sakai era lo bastante inteligente para reconocer sus limitaciones y lo bastante sincero para admitirlas—. Capitana Desjani, por favor, envíele una copia del mensaje a la copresidenta Rione. Me gustaría conocer su opinión sobre lo que planean hacer los síndicos.

Desjani, todavía furiosa, le hizo un gesto a uno de los consultores para que se ocupara de la solicitud.

—Si ese malnacido se pone al alcance de mis cañones, y les rezo a las estrellas vivas para que así sea, dejaré su alma eterna tan despedazada que ni sus ancestros podrán recomponerla.

En ese instante saltó una alarma silenciosa que hizo que Geary se fijara de nuevo en su visualizador.

—La flotilla síndica está girando hacia nosotros.

Un brillo de impaciencia iluminó los ojos de Desjani, que también se concentró en su visualizador. Sin embargo, cuando transcurrieron unos minutos y la flotilla estabilizó su rumbo, la capitana endureció su expresión.

—La flotilla se ha situado a estribor, pero su trayectoria sigue teniendo un punto máximo de aproximación a nosotros de alrededor de una hora luz. Si procediéramos a una interceptación, se zafarían de nosotros sin problemas.

—¿A qué están jugando? —se preguntó Geary—. Primero nos enfurecen y después se mantienen fuera de nuestro alcance. ¿Qué pretenden que hagamos?

Desjani exhaló con pesadez, obviamente obligándose a tragarse su rabia para poder reflexionar, y dirigió su mirada hacia Geary.

—¿Recuerda lo que ocurrió en Sutrah? ¿Y en Corvus?

Geary no disfrutaba rememorando los primeros enfrentamientos que libró tras asumir el mando de la flota, pero comprendió a qué se refería la capitana.

—Esta flota, entonces, habría cargado contra la flotilla aun sabiendo que no tenía ninguna posibilidad de interceptarla.

—Porque atacar siempre era lo correcto y habrían esperado que los síndicos respondieran a la ofensiva. —Desjani arrugó el entrecejo mientras pensaba—. Ese director general es el hombre del que más deseamos vengarnos; dice cosas pensadas para hacernos ir a por él, y la flotilla se mantiene fuera de nuestro alcance.

—Quieren azuzarnos para que los persigamos a pesar de que no tenemos ninguna posibilidad de alcanzarlos. —Geary se reclinó en el asiento y miró el visualizador en busca de algo que pudieran haber pasado por alto—. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? Lo más probable es que viéramos los campos de minas que hubiera en nuestro camino y, en cualquier caso, las distintas rutas que podemos seguir son demasiadas para que esto sea un intento de atraernos hacia un campo de minas tendido con antelación. ¿Una acción dilatoria? En el mejor de los casos, esa táctica solo les serviría para ganar unos pocos días antes de que nos cansásemos de prolongar una persecución inútil.

—Si nuestra formación se disolviera y dispersara, es posible que el enemigo atacase varias secciones de la misma, y estas no podrían recibir el apoyo del resto de la flota —sugirió Desjani.

—Tal vez. Supongo que así tendrían una oportunidad de atacar a nuestros cruceros de batalla si se adelantasen demasiado. Aun así, conservaríamos una clara superioridad numérica. —Se le ocurrió otra posibilidad—. ¿Cree que pretenden ganar tiempo porque esperan la ayuda de... alguien?

La expresión de Desjani se endureció.

—¿Ayuda externa? —preguntó evitando mencionar explícitamente a los alienígenas—. ¿Por qué iban a confiar de nuevo en ellos los síndicos?

—¿Porque no les queda alternativa? Aun así, ¿por qué intentar que los persigamos en lugar de limitarse a ganar tiempo negociando? —Demasiadas preguntas para tan pocas respuestas—. Mantengamos el curso por ahora y veamos cómo reaccionan cuando comprendan que no vamos a jugar a su juego.

—¿Va a responder a ese hijo de mala madre? —preguntó Desjani.

—Todavía no. —En parte porque no estaba seguro de contestarle con la templanza necesaria y en parte porque quería conocer mejor la situación antes de decidir qué mensaje enviarle.

Media hora más tarde, mucho antes de que pudiera haber visto la reacción de la flota de la Alianza ante su última maniobra, la flotilla síndica viró de nuevo a estribor para situarse en un vector que interceptaría a la flota de la Alianza dentro de unos tres días.

—Ahora ya ni siquiera tenemos que maniobrar —observó Desjani frunciendo el ceño—. Quiero despedazar a esos malnacidos, pero si de verdad quisieran luchar, intentarían interceptarnos lo antes posible. Se limitarán a escapar de nuevo en cuanto nos acerquemos un poco.

—De modo que aunque no los persigamos, por el momento se conforman con que sigamos haciendo lo que estamos haciendo. —Geary miró su visualizador de soslayo como si así fuese a descubrir algún objeto oculto—. No hay nada en nuestro camino que suponga una amenaza, ¿verdad?

—Nada, a menos que de repente hayan perfeccionado de modo sustancial la tecnología de sus minas sigilosas.

Geary comprendió que aquello entraba dentro de lo posible en el caso de que los alienígenas hubieran seguido colaborando directamente con los síndicos. Con todo, estos no habían tenido manera alguna de predecir que la flota de la Alianza seguiría aquella ruta concreta, con lo que no habían podido tender campos de minas en medio de la misma; entonces, ¿por qué se conformaban con seguir atrayendo a la flota de la Alianza hacia donde ellos querían?

Rione regresó al puente cuando Geary seguía reflexionando sobre aquella cuestión.

—Creemos que utilizaron a aquel director general para incitarnos a atacarlos. ¿Usted qué opina? —preguntó Geary.

—Es una teoría tan válida como cualquier otra —contestó la copresidenta mientras tomaba asiento después de que el senador Sakai se levantara y se quedara de pie junto al asiento del observador—. Sin embargo, su configuración actual no invita a pensar que esa táctica vaya a dar resultado. Contaba con que los líderes síndicos intentarían ganar tiempo, pero esto es distinto, una treta para mantenernos ocupados con la flotilla. ¿Hay algo en este sistema estelar a lo que no querrían que le prestáramos atención?

Geary consultó su visualizador considerando esa posibilidad y observó algo.

—Esperaba que ese acorazado y esos tres cruceros pesados se unieran a la flotilla para reforzarla. En vez de eso, se limitan a esperar ahí y la flotilla no ha dejado de aproximarse poco a poco a ellos.

—Se hallan cerca de un punto de salto —indicó Desjani—. Hacia Mandalón. No obstante, no me explicó por qué los síndicos iban a desperdiciar un acorazado y tres cruceros pesados protegiendo un punto de salto. Quizá estén esperando a recibir refuerzos a través de ese punto de salto, por lo que la flotilla estaría avanzando para unirse a ellos cuando los refuerzos lleguen.

—Es posible. —Geary se frotó el cuello intentando adivinar qué tramaban los síndicos—. Puede que planeen enfrentarse a nosotros finalmente. En ese caso, esperar a los refuerzos explicaría lo que han estado haciendo. Si la flotilla síndica solo pretendiese escapar, podría haber utilizado su puerta hipernética o haber salido disparada hacia el punto de salto.

—Corríjanme si me equivoco —dijo Rione—, pero un acorazado y tres cruceros pesados más no suponen una ventaja tan grande como para garantizarles la victoria. Además, no pueden tener muchos refuerzos en camino, a menos que nuestra sección de Inteligencia haya realizado cálculos muy equivocados. Se nos sigue escapando algo, alguna posibilidad en la que al enemigo no le interesa que reparemos. —Rione sacudió la cabeza con los ojos pegados al visualizador que tenía ante ella—. La

cúpula síndica sigue controlándolo todo porque está dispuesta a hacer lo que sea necesario para conservar el poder. Saben que usted ha derrotado a sus flotillas en repetidas ocasiones. Saben que las defensas permanentes que hay en este sistema estelar no bastan para acabar con toda una flota. Hemos visto la emboscada en la que nuestra flota hubiera caído de haber llegado a través de la puerta hipernética de esta región. Era una trampa bien pensada y letal, pero la flota comandada por el almirante Geary ha escapado de una muerte segura en más de una ocasión. Ocultan una carta, la que la cúpula síndica piensa sacar si todo falla y tampoco esta vez consigue detener a ese hombre que siempre se le escapa.

Desjani intervino con exagerada paciencia.

—Señora copresidenta, los sensores de la flota no son infalibles, pero han escaneado el sistema varias veces. Creo que no pecho de confiada si afirmo que conocemos a la perfección el espacio enemigo. Pretendían aniquilar nuestra flota tendiéndonos una emboscada en la puerta hipernética.

—Estoy al tanto de los datos recogidos por los sensores. —Un tanto ausente, Rione se quedó mirando el visualizador—. Se nos escapa algo —repitió—. Me da la impresión de que los síndicos tienen un segundo plan que poner en marcha en el muy probable caso de que Black Jack vuelva a obrar el milagro.

Geary miró a Rione y a Desjani para exponerles sus dudas.

—Por el comportamiento de la flotilla, es de suponer que está ocurriendo algo, pero si existe alguna otra amenaza lo bastante importante para poner en peligro a nuestra flota, no la hemos identificado. ¿De qué podría tratarse?

Sakai se decidió a intervenir por primera vez.

—Como he dicho, mi experiencia directa en conflictos militares es limitada, aunque estoy acostumbrado a enfrentarme a mis rivales de modo que siempre les coja por sorpresa. Si lo que buscan está aquí y saben a ciencia cierta que ya hemos visto todo lo que hay aquí, entonces tenemos que haberlo visto pero no lo hemos reconocido.

—Es posible que Inteligencia haya encontrado algo. Su trabajo es averiguar lo que significan las cosas. —Geary llamó de nuevo al teniente Íger, quien en esta ocasión tenía el aspecto sombrío de un oficial de Inteligencia que estaba a punto de revelar un dato que no iba a satisfacer a su superior—. Teniente, ¿ha encontrado indicios de algún peligro que podamos encontrar en este sistema estelar y que no fuese identificable hasta ahora?

La pregunta pareció sorprender a Íger.

—No, señor, nada de lo que no hayamos informado ya. Hemos enviado los sistemas de combate de la flota cuando hemos averiguado acerca de las posibles amenazas. No obstante, señor, iba a llamarlo después de hacer una triple comprobación de nuestro análisis de la red síndica. Al parecer, sí que está ocurriendo

algo inusual.

Cómo no. Más cosas inusuales.

—¿Y de qué se trata?

—Señor, es sobre la ubicación del consejo ejecutivo síndico. —El teniente miró con disgusto algo que aparecía en su visualizador e hizo un gesto de impotencia—. Hemos identificado una ubicación que tiene prioridad máxima dentro de la red síndica.

—¿Qué planeta es? —lo presionó Geary.

—No se trata de un planeta, señor. Se encuentra en el pequeño grupo de buques de guerra síndicos emplazados en el punto de salto hacia Mandalón.

Geary miró su visualizador.

—¿Viajan a bordo de ese acorazado?

—Según nuestros cálculos, sí, señor. Como le decía, estamos repitiendo nuestros análisis...

—¿Por qué? ¿Qué sentido tienen que estén en ese acorazado?

—Suponemos que se están preparando para escapar, señor.

—Pero si los líderes síndicos se han refugiado en ese acorazado con la intención de huir, ¿por qué no lo han hecho ya? Habría sido más lógico abandonar este sistema estelar antes de que llegásemos nosotros para que no fuese tan obvio que optaron por desaparecer. Además, ¿cómo esperan mantener su autoridad si huyen de este sistema estelar?

Íger respondió un tanto avergonzado.

—Señor, todavía no tenemos una respuesta para eso. Entendemos que hay algún motivo por el que todavía siguen aquí y que tienen alguna razón de peso para pensar que podrían sobrevivir a una huida así en el sentido político.

—Gracias, teniente. —Geary miró a Desjani, Rione y Sakai—. Inteligencia dice que el consejo ejecutivo síndico viaja a bordo del acorazado que se encuentra junto al punto de salto hacia Mandalón. Todavía no saben por qué no han huido, si es eso lo que pretenden.

—Planean hacer algo antes de marcharse —concluyó Desjani.

—Eso es lo que sospecha Inteligencia. Pero ¿el qué?

—No lo sé. Como oficial militar, solo se me ocurre un motivo por el que querría desaparecer lo antes posible después de ejecutar una determinada acción.

Los recuerdos acudieron en tromba a la cabeza de Geary. Los últimos momentos de su crucero pesado, la Merlón, en el sistema estelar Grendel.

—Si ha activado la sobrecarga del núcleo energético de su nave. La orden de autodestrucción. Tiene que poder abandonar la nave rápidamente después de darla.

—De acuerdo, pero ¿qué podría llevar al consejo ejecutivo síndico a ejecutar semejante acción?



Rione respondió a Desjani, aunque su respuesta más bien parecía una oración.

—Que las estrellas vivas nos protejan. —Se levantó y se fue quedando pálida mientras una mueca de horror retorció su rostro—. El senador Sakai tenía razón. Está ahí mismo. Que nuestros ancestros nos amparen, lo tenemos delante de nuestras narices y no lo hemos visto.

Desjani frunció el ceño y miró su visualizador.

—¿De qué habla?

—¡Hablo de lo que esperábamos encontrar y lo que hay en realidad! ¿Cómo venció esta flota a aquella flotilla síndica en Lakota? Empleó gran parte de sus naves como campo de minas improvisado, y los síndicos no comprendieron de qué se trataba porque no parecía un campo de minas. —Rione levantó la mano para indicar a qué se refería—. La puerta hipernética.

Geary sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—Tiene instalado el sistema de seguridad. Lo comprobamos.

—Sí, lo comprobamos. —Rione lo miró con los ojos encendidos como ascuas y a continuación dio unos pasos rápidos hacia delante y se inclinó para que solo Geary y Desjani pudieran oírla—. Pero los sistemas se pueden reprogramar, almirante Geary. El colapso de una puerta hipernética se puede reducir para minimizar la liberación de energía, o se puede aumentar para convertirla en un arma todavía más mortífera.

Entonces Geary comprendió. Cuando la capitana Crésida estableció los algoritmos necesarios para reducir la liberación de energía durante el colapso de una puerta hipernética, también tuvo que calcular el proceso inverso, el modo de aumentar la descarga. Geary, que prefería no mantener el diseño de semejante arma bajo su custodia, le entregó aquella serie de algoritmos a Rione.

Pese a todo, los síndicos habrían realizado los mismos cálculos, con lo que al final habrían llegado a las mismas conclusiones y descubierto la manera de convertir sus puertas hipernéticas en armas con las que aniquilar flotas y arrasar sistemas estelares enteros con una única explosión y sin demasiados riesgos. Con una simple orden de autodestrucción podrían devastar todo un sistema estelar a fin de acabar con su flota.

Desjani, que se había quedado petrificada, habló con sumo cuidado.

—¿Se puede invertir un sistema de seguridad para que provoque una explosión devastadora, más destructiva que la de Kalixa?

—No lo sé —contestó Geary, asombrado por la firmeza de su voz—. Puedo averiguarlo. —Al igual que la capitana, no se preguntó si los líderes síndicos serían capaces de arrasar aquel mismo sistema estelar si así aplastaban a la flota de la Alianza. Había visto en demasiadas ocasiones cómo los directores generales de distintos sistemas estelares ordenaban todo tipo de acciones con la misma cruel indolencia por los habitantes de aquellos.

Rione volvió a señalar con la mano, esta vez al acorazado y los cruceros pesados que se encontraban en el punto de salto hacia Mandalón.

—Lo tenían todo preparado. Están listos para la huida. Si la emboscada no daba resultado, enviarían la orden de provocar el colapso y saltarían para ponerse a salvo.

—Y después nos culparían a nosotros —añadió Desjani—. Estaríamos todos muertos. Maldita sea. Señor, la señora copresidenta tiene razón. Los síndicos han puesto la bomba más grande de la galaxia delante de nuestras narices sin que nosotros sospecháramos nada.

—Porque habíamos dejado de considerar las puertas hipernéticas como armas después de que se instalaran los dispositivos de seguridad. Si Crésida no hubiera muerto en Varandal, nos habría avisado, estoy seguro. —Geary pulsó algunos mandos—. Comandante Neeson, necesito que me envíe un análisis y lo necesito para ayer. —El oficial al mando de la Implacable era uno de los mejores expertos en la hipernet que quedaban en la flota desde el fallecimiento de Crésida—. ¿Se puede reprogramar un sistema de seguridad para que en lugar de reducirla aumente la potencia del colapso de una puerta hipernética? Y, de ser posible, ¿cuánto se tardaría?

La Implacable se encontraba a escasos segundos luz de distancia, pero la imagen de Neeson permaneció mirando a Geary más tiempo del que cabía esperar a consecuencia del retraso temporal. Finalmente, hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, almirante. No necesito realizar ningún análisis. El equipo podría emplearse de ese modo, aunque nunca había considerado esa posibilidad. —Neeson se detuvo y tragó saliva antes de continuar—. ¿Cuánto se tardaría? Una vez que se calculasen los algoritmos necesarios, podrían añadirse a modo de opción al *software* de control. Alternar entre las distintas opciones sería, en esencia, instantáneo.

Antes de contestar, Geary se tomó su tiempo para asegurarse de que aún podía hablar con firmeza.

—Gracias, comandante. Por favor, de momento no comente su valoración con nadie más. Tan solo estamos debatiendo las distintas opciones del enemigo, no dando nada por hecho.

—Sí, señor. —Neeson se frotó el mentón con una mano—. Señor, en el caso de que los síndicos actuaran de ese modo...

—Lo sabemos. —Geary cortó la conexión y volvió a mirar a Desjani y Rione. Respetuoso, Sakai se mantenía al fondo del puente, aunque escuchaba con atención todo lo que se decía—. Se puede hacer. Si los síndicos han realizado los cálculos, podrían modificar el sistema de seguridad sin ninguna dificultad a fin de provocar una catástrofe.

—En cualquier caso, la señal seguiría llegando con retraso a la puerta —comentó Desjani.

Rione tenía los ojos cerrados, obviamente intentando recuperar la calma.

—¿Recibiríamos algún tipo de aviso?

—Veríamos cómo la puerta empieza a colapsarse, pero a menos que nos hallásemos muy cerca de algún punto de salto, no nos serviría de nada —admitió Geary—. De todos modos, si ese es el plan de emergencia de los síndicos, ¿por qué no lo han puesto ya en marcha?

Mientras consultaba de nuevo su visualizador, Desjani asintió con firmeza.

—Necesitan esas naves. —Se volvió hacia Geary—. Los líderes síndicos necesitan los buques de guerra de esa flotilla. Son su última unidad importante. Sin ellos, perderían su capacidad de mantener unidos los Mundos Síndicos mediante coacción. No les conviene que la flotilla caiga con nosotros.

—Por eso la flotilla no puso rumbo a la puerta hipernética para marcharse una vez que la emboscada fracasó —concluyó Geary—. Crésida me dijo que nadie sabía con seguridad qué les ocurriría a las naves que se encontrasen en medio del trayecto en el caso de que la puerta de alguno de los extremos de una ruta hipernética fuese destruida. Una posibilidad sugería que también serían destruidas, pero lo más probable sería que las naves regresasen al espacio normal en algún punto de la ruta.

—¿A años luz de cualquier estrella? —preguntó Desjani—. Con el tiempo llegarían a algún lugar donde pudieran usar los módulos de salto, pero podrían tardar décadas, y antes de que eso ocurriese, las naves ya no servirían para nada. Por tanto, los síndicos no intentarían utilizar la puerta para sacar su flotilla de este sistema estelar. La podríamos haber interceptado si hubiera puesto rumbo al punto de salto hacia Tremandir. Podrían haber alcanzado sin problemas el punto de salto hacia Corvus antes de que nosotros los alcanzáramos; sin embargo, decidieron rodearlo. Ahora se encuentran en un lugar desde el que podrían llegar sin peligro al punto de salto hacia Mandalón antes de que nosotros los alcanzásemos.

—Pero ¿por qué la flotilla rodeó el punto de salto hacia Corvus? ¿Qué hace de Mandalón un mejor destino que Corvus? ¿Se debe simplemente a que el consejo ejecutivo síndico se ha refugiado en el acorazado que se encuentra allí? Además, ¿por qué la flotilla no avanza directa al punto de salto hacia Mandalón, sino que cada vez se aproxima más a nuestra trayectoria?

—Quieren que persigamos a la flotilla. De esa manera nos adentraríamos en el sistema estelar. —Desjani adoptó un aire meditabundo—. El tiempo se retrasa. Fíjense en la geometría. Cuando llegamos a este sistema estelar, nos encontrábamos a poco más de diez horas luz del punto de salto hacia Mandalón y a unas tres horas luz de la puerta hipernética. Los líderes síndicos que viajan a bordo de ese acorazado solo podían ver lo que estábamos haciendo hace diez horas. Las señales que hubieran enviado a la puerta hipernética habrían tardado... unas siete horas en llegar. Así, la onda de choque habría tardado tres horas en alcanzarnos en las cercanías del punto de salto desde Zevos. La información de la que dispondrían sobre nosotros tendría diez

horas de antigüedad, y su ataque sorpresa tardaría otras diez horas en afectarnos.

—En veinte horas podríamos encontrarnos muy lejos de aquí —convino Geary—. La flota podría darse media vuelta y salir de este sistema estelar mientras la señal de los síndicos sigue viajando hacia la puerta. Por tanto, intentan minimizar el retraso temporal y adentrarnos en el sistema estelar para alejarnos de los puntos de salto que pudiéramos utilizar. Por eso la flotilla y ese miserable director general pretenden que sigamos adelante. Quieren que persigamos a la flotilla y que nos olvidemos de cualquier otro posible peligro a fin de llevarnos lo bastante lejos de cualquier punto de salto para que no podamos abandonar el sistema estelar entre el momento en que se da la orden de iniciar el colapso y el instante en que llega la onda de choque.

Sakai sacudió la cabeza.

—Lo más probable es que incluso los líderes síndicos sean conscientes de la reacción que provocarían entre sus congéneres cuando estos supieran que sus líderes arrasaron a propósito uno de sus propios sistemas estelares, exterminando hasta al último de sus habitantes. El miedo a las represalias del Gobierno ha servido para mantener unidos los Mundos Síndicos, pero si la población llegase a saber que podría ser sacrificada en masa de todos modos, la rebelión sería inevitable.

—Los líderes síndicos nos culparían —apuntó Rione—. Le dirían a su pueblo que la Alianza colapsó otra puerta hipernética, después de ensayar con las de Sancere y Kalixa, solo que esta vez fuimos alcanzados por nuestra propia arma. Probablemente el porcentaje de ciudadanos síndicos que se creería esa historia sería lo bastante elevado para evitar la sublevación.

Desjani respondió con tono rígido y formal.

—Incluso los síndicos saben que esta flota, comandada por el almirante Geary, no cometería semejante atrocidad.

—Cierto —admitió Rione—. Pero de poco nos serviría que nadie se creyera la patraña de los líderes síndicos tras la destrucción de nuestra flota. ¿Todavía nos da tiempo a salir de aquí? —le preguntó a Geary—. ¿Podemos dar media vuelta y regresar al punto de salto por el que entramos antes de que los síndicos tengan ocasión de reaccionar?

—Tal vez no —contestó Geary, que intentaba determinar cuánto tiempo se lo pensarían los síndicos antes de ordenar el colapso de la puerta—. Llevamos más de catorce horas viajando a una décima de la velocidad de la luz desde que entramos por el punto de salto, con lo cual nos encontramos mucho más cerca de los síndicos que están en el punto de salto de Mandalón. Si ordenasen el colapso de la puerta en el momento en que nos vieran darnos la vuelta, tendríamos que ser muy afortunados para que la onda de choque no nos arrollara.

—¡Acelere! Si saben que se va a marchar de todos modos...

—La flota no puede girar sobre su propio eje, y no todas las naves pueden viajar a

la velocidad de un destructor o de un crucero de batalla. Quizá funcionase si empezásemos ahora mismo, pero lo dudo. —Se quedó en silencio y se preguntó, no obstante, si no sería precisamente eso lo que debía hacer, si esa sería la única oportunidad que tenía la flota.

—¡Pero no puede darle media vuelta sin más a toda la flota y salir corriendo hacia el punto de salto! —La capitana agitó la cabeza y continuó hablando en un tono contenido pero firme—. Esta vez no sería como en Lakota, donde podíamos decir que nos disponíamos a atacar otra sección de las fuerzas sindicas. Sería echar a correr sin un motivo aparente, huir del sistema estelar. Los miembros de nuestra flota creen en usted, almirante Geary, pero, por favor, no ponga a prueba su fe de esta manera. Sería como atentar contra todo aquello en lo que creen, incluso contra usted. —Miró a Rione—. Y dado que no aceptarían que usted optara por hacer algo así, pensarían que la retirada fue idea de los políticos, y que estos lo coaccionaron o usted cedió a sus exigencias. ¿Es necesario que le explique lo que sucedería después?

Rione miró desapasionada a Desjani y a continuación asintió para Geary.

—Tiene toda la razón. La flota daría por sentado que los políticos vendimos la Alianza, bien porque nos corrompieron con algún soborno o por simple traición, por lo que le ordenamos que emprendiera la retirada.

Geary dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¿Por qué siempre que se ponen de acuerdo es en algo que a mí me complica la vida?

—Ocurre a menudo con los buenos consejos —dijo Rione—. Por si no había reparado en ello, los malos consejos suelen hacer que uno se sienta mejor solo a corto plazo.

Desjani observaba su visualizador.

—Cada segundo que pasa nos acerca un poco más a la trampa de los sindicos, pero si damos media vuelta y ponemos rumbo al punto de salto para escapar, el enemigo activará la trampa en cuanto adivine nuestro propósito, sin darnos tiempo a ponernos a salvo, y la flota se amotinará. En este momento, no se me ocurre ninguna buena idea.

Geary tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de su asiento e intentó reflexionar en busca de alguna alternativa.

—¿Existe alguna posibilidad de que llegásemos a la puerta hipernética antes de que la flotilla síndica alcance el punto de salto hacia Mandalón? Quizá pudiéramos dirigirnos hacia allí para derribarla sin peligro.

—Veamos. —Los dedos de la capitana danzaron entre los mandos mientras introducía las distintas maniobras. No pudo evitar un gesto de cansancio—. Sí y no. Podríamos cargar contra la puerta solo con los cruceros de batalla, acelerando y a continuación desacelerando al máximo y, en teoría, llegar allí a tiempo, pero para

acercarnos lo suficiente a la puerta a fin de neutralizar el colapso de los síndicos, primero tendríamos que atravesar los campos de minas. Perderíamos todas las naves intentando pasar por ellos. Podríamos abrirnos camino empleando campos de anulación, pero para ello tendríamos que ralentizar mucho nuestra marcha.

—Por lo que no llegaríamos a tiempo.

—No, ni aunque los síndicos aplazasen tanto la destrucción de la puerta.

—Podría disparar los proyectiles de bombardeo —urgió Rione.

—No. Las rocas derribarían la puerta, pero los síndicos las verían con antelación suficiente para iniciar un colapso destructivo de la puerta antes de que las rocas la alcanzaran. Tal vez les costase la flotilla que pretenden salvar, pero si lanzásemos rocas contra la puerta, la aniquilación de esta flota quedaría garantizada. Por mucho que los líderes síndicos quieran que la flotilla salga intacta de este sistema estelar, creo que la sacrificarían para fulminarnos.

Desjani asintió con la cabeza.

—¿Qué más les da una flotilla o un sistema estelar menos? Un simple apunte más en la hoja de balance, siempre que eviten cargar con la culpa de las pérdidas.

Retroceder no era una opción. Seguir adelante solo los adentraría más y más en la trampa síndica.

—Me avisó —murmuró para Rione—. No vaya a creerse que de verdad es Black Jack. Y lo hice. Pensé que realmente era así de listo. Pero los síndicos sospechaban que haría algo con lo que ellos no contaban, y también tomaron precauciones.

—No es el único que no lo vio venir —lo corrigió Rione con voz áspera—. Pero tal vez sí sea el único que puede sacarnos de esta.

—La señora copresidenta tiene razón —dijo Desjani.

—¡Dejen ya de ponerse de acuerdo! —les espetó Geary. Sabía que estaban en lo cierto, pero en aquel momento ver que opinaban lo mismo se le hacía demasiado extraño dada toda la presión que debía soportar—. Nos encontramos demasiado lejos del punto de salto como para dar por seguro que la flota saldría a tiempo, aunque diésemos media vuelta ahora mismo. La retirada será inútil si los síndicos nos han tendido la trampa que creemos que nos tienen preparada, y no podemos quedarnos en esta zona del sistema estelar, lo que significa que seguiremos acercándonos al mundo principal y la flotilla enemiga mientras buscamos otra solución. Mientras los síndicos crean que seguimos adentrándonos en su trampa y que todavía tienen una oportunidad de sacar su flotilla de aquí y salvarla, retrasarán el colapso de la puerta hipernética. ¿Están las dos de acuerdo?

Desjani se encogió de hombros.

—La última vez que estuve en este sistema estelar, ya asumí que moriría. Si es hoy cuando ha de llegar mi hora, quiero que sea luchando o, por lo menos, cargando contra el enemigo.

Rione tardó un momento en contestar.

—No se me ocurre ninguna otra estrategia, almirante Geary, aunque espero que alguno de nosotros encuentre otra solución antes de que sea demasiado tarde.

—Entonces mostrémosles a los síndicos lo que esperan ver. —Se tomó un momento para idear una maniobra con la que acortar el tiempo de interceptación de la flotilla enemiga y a continuación se la comunicó a la flota—. ¿Debería enviarle una respuesta a ese director general?

—¿Qué le diría? —preguntó Rione.

—Nada con lo que mi madre estaría de acuerdo.

—Entonces deje que por ahora siga esperando. Tenemos que saber lo que debemos decirle antes de hablar con él.

Lo que debían decirle dependía, por supuesto, de lo que iban a hacer. Geary deseó tener siquiera una ligera idea de esto último.

—Necesito pasear y pensar un poco. —No ocurriría nada más durante un rato, si sus cálculos eran correctos, y si se quedaba sentado se volvería loco. Pasear le serviría por lo menos para relajarse con la sensación de movimiento, y podría concentrarse con más facilidad en la búsqueda de una respuesta.

Rione se apartó.

—Siempre ha sabido encontrar una solución.

—Porque antes siempre había soluciones que encontrar. Esta vez no sé ni por dónde empezar.

Para sorpresa de Geary, Desjani le dirigió una sonrisa hermética.

—Señor, ¿alguna vez ha leído el emblema de la puesta en servicio del Intrépido?

—Lo he visto. —La información, grabada en profundidad en un mamparo cercano al corazón de la nave, indicaba la fecha de lanzamiento del Intrépido y cuándo entró en servicio, e incluía breves anotaciones sobre otras naves distinguidas que recibieron el mismo nombre, las cuales se remontaban a los días en que los buques de guerra comandados por el hombre solo surcaban los mares de la Tierra.

—¿También el lema de la nave? —preguntó Desjani.

—Está escrito en algún idioma antiguo. —Geary ya no recordaba las veces que se había dicho a sí mismo que debía preguntarle a alguien su significado, o buscarlo él mismo, pero con tantas obligaciones y tareas pendientes siempre lo dejaba para otra ocasión.

—Un idioma muy antiguo, transmitido al igual que el nombre de Intrépido desde tiempos inmemoriales, pero a todos los oficiales al mando se les dice lo que significa. «Nil Desperandum». Quiere decir: «Nunca desespere». —Sacudió la cabeza—. Hubo un tiempo en que pensaba que el lema era una ironía. La última vez nos enfrentamos a la flota síndica aquí, en su sistema estelar nativo, y nuestra aniquilación parecía segura porque nadie sabía cómo salir de aquella situación.

Entonces usted asumió el mando de nuestra flota, y desde aquel día nunca he desesperado.

Geary se quedó mirándola sin saber qué decir. Si Desjani se hubiera limitado a decir que estaba segura de que él daría con la solución, a Geary solo le habría servido para sentirse aún más presionado. Sin embargo, en lugar de eso, la capitana había expresado indirectamente la confianza que tenía depositada en él al recordar aquellas palabras antiguas cuyo significado conservaba la misma fuerza que debía de tener cuando se grabaron. Por lo tanto, Geary le devolvió una sonrisa pétrea, asintió para Rione y salió a caminar por los pasillos del Intrépido como si estos contuvieran la solución que necesitaba.

Una hora más tarde, cansado y falto de inspiración, regresó a su camarote y, más que sentarse, se dejó caer en una de las sillas para a continuación perder la mirada en el visualizador estelar que había sobre la mesa. La estrella que se mostraba en él parecía devolverle la mirada con cierta satisfacción, lo que hizo a Geary moverse para bloquear su luz.

En ese instante se detuvo y se quedó mirando la estrella fijamente.

Habían tenido delante la trampa que suponía la puerta hipernética síndica sin darse cuenta de lo que era. Tal vez también tenían delante aquello que les permitiría salvarse pero tampoco sabían reconocerlo.

Empezó a pedirles soluciones a los sistemas de maniobras, a probar unas y otras opciones tan rápido como podía solicitarlas y a examinar los resultados.

La sala de reuniones de la flota estaba abarrotada de las imágenes de siempre, pero solo el comandante Neeson mostraba tensión en lugar de mera curiosidad por el siguiente plan de combate de Geary. Desjani tenía el mismo aire de serenidad y seguridad de siempre, y Rione había convertido su semblante en una máscara que no dejaba atisbar sus pensamientos.

Geary se puso en pie, y solo en ese momento decidió por dónde empezar.

—Nos encontramos en una situación grave e inesperada. —Hizo una pausa para que los oficiales se hicieran a la idea antes de proseguir—. Hemos comprobado que los síndicos tenían un plan de emergencia. —Explicó el peligro que entrañaba la puerta hipernética mientras el gesto de seguridad que veía en la cara de la mayoría de los capitanes de sus naves daba paso a una expresión de alarma y preocupación.

—Esos miserables hijos de mala madre —dijo entre dientes el capitán Badaya, que se puso rojo de ira—. Siempre cometemos el error de creer que sabemos lo bajo que pueden caer, pero al final siempre encuentran el modo de seguir hundiéndose en su propia mierda.

—¿De verdad harían algo así? ¿Con uno de sus sistemas estelares? —preguntó el capitán Vitali, del Arrojado—. Comprendería que lo hicieran con alguno de los nuestros, ¡pero este es su sistema más importante!



—Los líderes de los Mundos Síndicos ya han hecho esto con anterioridad con uno de sus sistemas, Lakota —explicó Tulev—. Sabían lo que podía ocurrir, por lo que dieron la orden de que la puerta de aquella región se destruyera de todos modos. Entonces descargaron su conciencia fingiendo que el peor de los casos era una posibilidad remota, aunque estaban muy dispuestos a aceptar una situación así. Nunca se nos ocurrió que emprenderían una acción que con toda seguridad devastaría uno de sus sistemas estelares cuando podían optar por colapsar una puerta de un modo controlado.

—Eso es porque nosotros nunca arrasáramos nuestros propios sistemas estelares de esa manera —dijo Neeson.

Tulev se encogió de hombros con aire desdeñoso.

—La cúpula síndica se niega a perder esta guerra, por muy alto que sea el precio a pagar para sus planetas y su pueblo.

—Políticos —gruñó el capitán Armus, que pronunció el término como si fuera un improprio.

—Algunos políticos —lo corrigió Geary—. Como habrá observado, tres de nuestros políticos nos acompañan y corren los mismos riesgos que nosotros. —Ninguno de los tres parecía alegrarse de compartir aquellos riesgos, pero no vio la necesidad de especificarlo—. También hemos hablado con distintos líderes síndicos que no muestran la misma insensibilidad hacia su pueblo, aunque la verdadera cúpula de los directores generales síndicos no parece compartir sus preocupaciones. Harán lo que sea necesario para ganar o, más bien, para no perder y tener que pagar personalmente el precio de sus errores. Pero no se saldrán con la suya, y cuando por fin les aclaremos a todos los habitantes de este sistema estelar cuáles son sus planes, seguramente volveremos las tornas.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Armus—. ¿Esperar a que los síndicos obliguen a sus líderes a comportarse de un modo civilizado?

—No. Eso es lo que ocurrirá cuando ejecutemos mi plan. —La ansiedad que imperaba en la sala se disipó al instante y entonces Geary pudo ver en el rostro de casi todos los presentes la misma fe en él que tenía Desjani—. Los síndicos han pasado algo por alto. La descarga de energía que liberaría la puerta sería demasiado violenta para que las naves pudieran resistirla. Así y todo, hay algo en este sistema estelar lo bastante grande para no ser arrollado por la onda de choque, y para que nuestra flota pueda refugiarse detrás. —Señaló la imagen de la estrella que mostraba el visualizador—. En este sistema estelar hay un sitio donde la flota podría guarecerse si consigue llegar hasta allí. —La vista del visualizador giró en torno al astro—. Aquí, al abrigo de la estrella.

El silencio se adueñó de la sala mientras los oficiales prestaban atención a la pantalla. Duellos fue el primero en tomar la palabra.

—Podría funcionar, pero no es seguro que ahí no vaya a ocurrirnos nada. La onda de choque hará que las partículas colisionen unas contra otras, con lo que saldrán despedidas hacia los lados, de modo que el efecto también se notará en la zona protegida por la estrella.

—Es donde tenemos más posibilidades de salvarnos —lo corrigió Badaya—, si conseguimos situarnos lo bastante cerca de la estrella.

—Yo no he dicho lo contrario. Además, no tenemos muchas otras opciones, según parece.

El capitán Armus meneaba la cabeza.

—Los síndicos son escoria, pero no son estúpidos. Verán cómo nos dirigimos hacia allí.

Armus no era el oficial más brillante de la flota, pero sí lo bastante perspicaz para reparar en ese detalle. Geary asintió.

—Por eso tendremos que disimular nuestras intenciones hasta que la estrella esté situada entre nosotros y la puerta. Por suerte, el comportamiento de los síndicos nos proporcionará una tapadera creíble. —Introdujo un comando y los arcos de las rutas que seguiría la flota atravesaron el visualizador—. La flotilla síndica finge dirigirse al encuentro con nosotros. Teniendo en cuenta lo que hemos averiguado sobre sus planes, estimamos que virarán dentro de unas seis horas, momento en que pondrán rumbo al punto de salto hacia Mandalón. Esperarán que hagamos una de estas dos cosas: que los persigamos al menos durante un tiempo o que intentemos obligarlos a luchar contra nosotros después de amenazar con destruir otros intereses síndicos de este sistema estelar.

El visualizador mostró una serie de arcos brillantes.

—Tomaremos estos vectores, pasaremos por el planeta helado y habitado que se halla a quince minutos luz de la estrella, arrasaremos a corta distancia todos los objetivos militares e industriales que encontremos allí y continuaremos hacia el mundo habitado principal, no en línea recta, sino rodeando la estrella para interceptarlo en su órbita.

Duellos sonrió.

—Una operación dilatada que parecerá un intento normal de obligar a luchar a los buques de guerra síndicos. ¿Se creerán una jugada tan obvia por parte de Black Jack?

—Ahora mismo están muy envanecidos —contestó Desjani—. Creen que nos tienen atrapados y que ni siquiera nos hemos dado cuenta. Precisamente lo que esperaban era que pecásemos de excesivamente confiados, y dado que los líderes síndicos viajan en el acorazado que se encuentra en el punto de salto hacia Mandalón, todavía estarán a casi cinco horas luz de nuestra flota cuando viremos para refugiarnos al abrigo de la estrella y a siete horas luz de la puerta.

Badaya hizo un gesto de aprobación.

—Cinco horas para vernos virar y tomar una nueva ruta; después, aunque descubran nuestras intenciones al instante, siete horas para que su orden de destrucción alcance la puerta; y cinco horas más para que la onda de choque nos alcance. Diecisiete horas, y nosotros nos encontraremos a tan solo unos diez minutos luz de la estrella cuando iniciemos la maniobra. No nos alcanzarán a tiempo.

—Si deciden seguir esperando —gruñó Armus—. ¿Por qué iban a esperar tanto? Rione se encargó de responderle.

—Porque lo cierto es que a los síndicos no les conviene que queden testigos de lo que ocurra aquí. Quieren que la flotilla se encuentre lista para saltar antes de que la señal que envíen a la puerta pueda ser recibida y de que se vean los resultados iniciales. Entonces toda la flotilla de los líderes síndicos saltará para salir de aquí, excepto su nave, pues ignorarán lo que habrá sucedido. Quienes regresen a este sistema estelar una vez que se extinga la onda de choque, no encontrarán nada ni a nadie que pueda decirles lo que ocurrió.

Badaya la miró con los ojos entornados.

—Dirán que lo provocamos nosotros de alguna manera, como pretenden hacer con lo que pasó en Kalixa.

El comandante Landis también hizo un gesto de asentimiento, aunque aun así parecía preocupado.

—Pero ¿y si de todos modos averiguan antes lo que estamos haciendo? ¿Y si deciden sacrificar su flotilla y derribar la puerta antes de que nos situemos al abrigo de la estrella?

Geary ya se había obligado a sí mismo a aceptar esa posibilidad. Pulsó otro mando para que apareciese una formación.

—Adoptaremos esta formación si disponemos del tiempo suficiente una vez que veamos colapsarse la puerta. Los acorazados se juntarán todo lo que puedan para formar un muro lo más compacto posible, con la proa orientada hacia la puerta. El resto de la flota se dispondrá en muros sucesivos detrás de los acorazados. Así es como tendremos más oportunidades de que algunas de las naves resistan la onda.

Todos asintieron con gesto sombrío, incluidos los capitanes de los acorazados. El blindaje y los escudos de estas colosales naves eran eficaces en las operaciones ofensivas, pero solían emplearse como última línea defensiva cuando el resto de la flota lo necesitaba. Como dijo el capitán Mosko en Lakota, proteger la flota era trabajo de los acorazados. A Mosko lo dejaron en aquel sistema estelar junto con los tres acorazados de su división para que contuviese al enemigo. Encararse con la muerte era algo a lo que estaban acostumbrados todos los miembros de la flota, y dar la vida en combate por sus camaradas era una forma de morir tan buena como cualquier otra.

Con todo, no esperaban que eso importase ahora. Habían visto el efecto que el

colapso de una puerta hipernética podía causar en un sistema estelar. Lo más probable era que los acorazados y las naves que se situaran tras estos quedasen reducidos a simples esquirlas si los alcanzaba una onda más potente que la que asoló Kalixa. Sin embargo, era perentorio hacer algo.

El capitán Armus se encogió de hombros.

—De acuerdo, entonces. Si nuestros ancestros se muestran benevolentes con nosotros, frustraremos también este plan de los síndicos.

El capitán Tulev asintió.

—Y si no nos conceden esa gracia, sabrán que morimos luchando contra el enemigo.

Jane Geary tomó la palabra.

—Almirante, ¿qué haremos una vez que nos hayamos situado al abrigo de la estrella?

—Eso dependerá de lo que suceda —contestó Geary—. No nos quedaremos allí a esperar. Dejaremos boyas sensoriales por el camino para poder ver la puerta después de que todas las naves se coloquen detrás de la estrella. Suponiendo que los líderes síndicos no hayan derribado la puerta y salido del sistema para entonces, tomaremos algunas medidas para convertir su vida en un infierno. Aun estando detrás de la estrella, todavía podremos aniquilar a los síndicos que se encuentren aquí si fuese necesario. ¿Más preguntas?

—Almirante —se apresuró a decir el capitán Kattnig—, ¿me permite proponer una operación que perjudicaría a los síndicos? Necesitan destruir esta flota, pero si todas nuestras naves se refugian detrás de la estrella, perderemos la capacidad de presionar directamente a los líderes síndicos. En cambio, si enviamos un grupo de naves rápidas que viajen directas al punto de salto hacia Mandalón, los líderes síndicos se verán obligados a devastar todo su sistema estelar, conscientes de que además la mayor parte de nuestra flota se salvará; o tendrán que huir del punto de salto; o deberán luchar.

Muchos de los oficiales asintieron para expresarle su aprobación a Kattnig. Geary consideró la sugerencia, y concluyó que podría tener mucho sentido a pesar de su renuencia a enviar naves a lo que podría ser una misión suicida.

—Tendrían que ser cruceros de batalla —dijo Desjani.

—Sí —convino Kattnig—. La Quinta División de Cruceros de Batalla se ofrece voluntaria. —Algunos de los otros oficiales al mando de esa división parecieron sorprenderse, pero ninguno puso la menor objeción. Dado el concepto del honor que tenían los miembros de la flota, a ninguno se le ocurriría mostrarse en desacuerdo.

Sin embargo Duellos decidió intervenir, manteniendo un tono cuidadosamente neutral.

—La oferta responde a las más nobles tradiciones de la flota, pero he estado

revisando las características de los cruceros de batalla de la clase Diestra. Dadas las limitaciones de los sensores propias del diseño de sus naves, sería preciso que los acompañaran otros buques capitales.

—Por supuesto —afirmó Kattnig—. ¿La Primera División de Cruceros de Batalla? —preguntó, citando la unidad de Duellos—. Nos llenaría de orgullo que se unieran a nosotros.

Geary bajó la vista para reflexionar y observó que Desjani se había quedado mirando la superficie de la mesa con ojos rabiosos. Quería ofrecer voluntariamente el Intrépido. Geary lo sabía. Pero la capitana era consciente de que si el enemigo se daba cuenta de que el buque insignia de la flota, con el almirante Geary a bordo, formaba parte del pequeño destacamento, podría ver en este un objetivo que mereciese la pena.

Geary también dudó al considerar la idea de enviar a Duellos. Pero la impaciencia de Kattnig por enfrentarse al enemigo, si bien no era un sentimiento inusitado en la flota, no dejaba de preocuparle. Si hacía falta refrenar a Kattnig, Duellos era lo bastante veterano y sabio para encargarse de ello. Tulev también podía hacerlo. Pero habían propuesto a Duellos y no cabía duda de que este estaba esperando a que Geary interviniera antes de dar una respuesta a Kattnig.

*¿Dejar a un lado a Duellos y enviar en su lugar la división de Tulev? ¿O decirles a todos que quiero pensar bien la composición del destacamento y que decidiré más tarde qué naves irán? No, creo que el curso de los acontecimientos me obliga a actuar ahora. A menos que diga en este instante que quiero que vaya la Primera División, parecerá que no es así, y aunque el reglamento de la flota estipule que no estoy obligado a explicar esta decisión, en la práctica tendría que justificarla de alguna manera. Pero ¿cómo razonarla sin que los tripulantes y los oficiales de la Primera División se sientan desairados?*

*No puedo hacer nada. Duellos es una buena alternativa, pero no sé si hubiera sido mi elección. Ahora tengo que decantarme por él o de lo contrario parecerá que no confío ni en él ni en sus naves.*

Así, Geary asintió para Duellos.

—¿La Primera División de Cruceros de Batalla desea formar parte del destacamento?

Duellos supo interpretar el gesto.

—Por supuesto, almirante. Mis naves están preparadas.

No había nada más que hablar, entonces. Kattnig parecía muy satisfecho. Duellos irradiaba calma y seguridad en sí mismo. Los sentimientos de Tulev eran inescrutables. Badaya se mostraba contento. Desjani parecía esforzarse por no romperse las manos dando puñetazos en la mesa de pura frustración.

Geary consiguió mantener templada la voz pese a haber tenido que tomar una

decisión forzada.

—Necesito planificar la misión y la composición completa del destacamento de asalto. Los cruceros de batalla irán acompañados por los escoltas rápidos que sean necesarios para garantizar que puedan neutralizar todos los obstáculos que los síndicos les preparen. Les comunicaré los planes adicionales una vez que nos situemos al abrigo de la estrella.

Las imágenes de los oficiales empezaron a apagarse poco a poco. Duellos se quedó el tiempo suficiente para mirar a Geary con resignación.

—Nos hemos dejado embaucar.

—Sí, así es. Más tarde me gustaría hablar con usted al respecto, a solas.

Cuando la imagen de Duellos se desvaneció, Badaya, que también seguía todavía allí, asintió de nuevo para Rione y después para Geary.

—Es conveniente contar con la compañía de alguien que conoce la mentalidad de los síndicos.

—Sí —dijo Geary con sequedad, consciente de que por lo que a Badaya respectaba, Rione comprendía a los líderes síndicos porque ella pensaba del mismo modo.

—¿Los demás suponen un problema para usted?

Rione, situada detrás de Badaya, levantó la vista en un gesto de cansancio.

Geary midió cuidadosamente las palabras y habló también con tono neutral.

—Los senadores no están causando ningún problema.

—Bien. No deben olvidar quién está al mando. —Badaya sonrió, saludó y se marchó.

Rione le lanzó a Geary una mirada inquisitiva.

—¿Qué piensa hacer si alguna vez Badaya descubre que en realidad usted no le da órdenes al Gobierno?

—Que me maten si lo sé.

Ahora que Badaya se había ido, Desjani se levantó.

—Lo siento —le dijo Geary—. Sé que quería que el Intrépido se ofreciera voluntario para unirse al destacamento de asalto.

Desjani se encogió de hombros.

—Ser el buque insignia tiene sus ventajas. Sería una necedad por mi parte no darme cuenta de que en este caso enviar el Intrépido con el destacamento de asalto equivaldría a tentar a los síndicos con un objetivo demasiado suculento.

A la capitana no se le daba bien fingir que se resignaba a la situación.

—Eso me temo.

—Vigile a Kattnig —añadió Desjani.

Geary la miró detenidamente.

—¿Qué es lo que le preocupa de él?

—Lo mismo que le preocupa a usted. Sé que se dio cuenta. Es demasiado impetuoso. No es un cretino amante de la brutalidad como la capitana Midea, pero peca de impulsivo.

—Sí. —Geary sacudió la cabeza—. Duellos debería mantenerlo a raya.

—Tulev era el más indicado, pero usted no podía dejar a un lado a Duellos en público. Hay que guardar las apariencias. Y hablando de apariencias, almirante, si vemos colapsarse la puerta y se ordena que la flota adopte la formación defensiva, ¿dónde se situará el Intrépido?

Geary apartó la vista por un momento.

—Tanya, si se diera el caso...

—Si se diera el caso, las posibilidades de que las naves de nuestra flota resistieran serían tan remotas que se podrían considerar inexistentes. Con el debido respeto, solicito que si el Intrépido y su tripulación han de morir, lo hagan con honor, en el lugar que el buque insignia debería ocupar dentro de su flota. —Hablabla con voz tranquila, firme y segura.

Geary no encontró ningún argumento razonable con el que refutar su postura.

—¿Cuál cree usted que es ese lugar? ¿La vanguardia, con los acorazados?

—No, señor. De ese modo se formaría un punto débil en el muro de los acorazados. Sin embargo, el Intrépido debería posicionarse detrás de estos.

Geary cerró los ojos; no quería mirarla mientras dictaba la que podría ser la sentencia de muerte de Desjani. También la suya, aunque consideraba que en cierto modo había estado viviendo con tiempo prestado desde el día en que despertó del sueño de supervivencia.

—Muy bien, capitana. El Intrépido se encontrará en el puesto que le corresponde en el caso de que la flota haya de enfrentarse a esa situación.

—Gracias, señor.

Cuando volvió a mirarla, la vio saludándolo, con sus ojos clavados en los de él y el rostro iluminado con un gesto de agradecimiento.

—Es lo menos que puedo hacer para demostrarles mi agradecimiento tanto al Intrépido como a usted —añadió Geary al devolverle el saludo—. Aun así espero que no sea necesario. De ser así...

—«Nil Desperandum» —le recordó con una media sonrisa antes de marcharse con paso apresurado pero tranquilo.

Rione vio salir a Desjani y agitó la cabeza.

—¿Nos merecemos tener gente como ella que luche por nosotros? —preguntó.

—Creía que no le caía en gracia.

—Y así es. Puede ser una bruja casi tan retorcida como yo. Pero les doy las gracias a las estrellas vivas porque sea ella quien comande esta nave y no alguien como Badaya.

Geary se sentó de nuevo y miró a Rione. Las imágenes virtuales de los senadores Costa y Sakai ya se habían desvanecido, sin que ninguno de ellos advirtiera a tiempo que tal vez Rione podría quedarse a hablar en privado con Geary.

—Badaya es un oficial lo bastante competente. Si conseguimos que vuelva a tener fe en el Gobierno de la Alianza, será un orgullo para la flota.

Rione sonrió, pero sin alegría.

—Creo que, mientras no ocurra ninguna catástrofe, el capitán Badaya se convencerá de que efectivamente usted sigue todavía al mando, aunque moviendo los hilos desde la sombra. Y no será el único que piense así.

Geary prefería no entrar en ese terreno, no quería hablar de la posguerra cuando aún no había conseguido ponerle fin a la guerra.

—Señora copresidenta, ¿se le ocurre algo que podamos decir o hacer para convencer a los síndicos de que ignoramos el peligro que supone esa puerta hipernética? Tenemos que mantenerlos engañados hasta que terminemos de situarnos al abrigo de la estrella.

Rione retorció los labios mientras pensaba.

—Creo que debemos seguir actuando como hasta ahora, mostrando seguridad a través de nuestras acciones y transmisiones. Debería exigir de nuevo el inicio de las negociaciones, actuando con un poco más de arrogancia esta vez y mostrando el correspondiente desprecio por el director general que está al cargo de la flotilla. Tal vez sería adecuado que dejara caer alguna que otra pulla acerca de su reducido tamaño en comparación con la última tropa síndica a la que nos enfrentamos aquí.

—Tal vez alguno de los representantes de nuestro Gobierno podrían imprimirles a nuestras exigencias y pullas la arrogancia y el desprecio necesarios —sugirió Geary.

—¿Se refiere a mí? Yo domino el arte de la arrogancia mejor que usted. —Rione se reclinó—. Pero Costa es una maestra. Le diré que ha pensado en ella para que emita el siguiente comunicado. Así pensará que le ha causado una buena impresión.

—¿No les dejará entrever que sospechamos que nos han tendido una trampa?

—¿Costa? Para ella un secreto es aún más sagrado que la virginidad para un célibe. Es lo último que debería preocuparle de ella. —Rione sonrió—. Le explicaré claramente que la intención es mantener engañados a los síndicos. Le encantará, y además disfrutará de esta oportunidad de reírse de un director general síndico en su cara. En cualquier caso, ¿hasta cuándo podremos mantener engañado al enemigo?

Geary señaló con la mano el visualizador del sistema estelar.

—Como ha visto, si ponemos rumbo a la zona de abrigo sin más, revelaremos nuestras intenciones, de modo que daremos un rodeo. Lo prolongaremos durante algo más de dos días y después nos dirigiremos directamente a la zona de abrigo.

—¿Los síndicos nos darán tanto tiempo?

—Si su flotilla mantiene también su maniobra de rodeo, tardará otros tres días en



alcanzar el punto de salto hacia Mandalón.

—En ese caso, deberíamos tener tiempo. ¿Le gustaría saber lo que Sakai ha dicho sobre usted?

Geary se lo pensó durante un momento, hasta que por fin asintió.

—El senador Sakai dijo: «Nos escuchó».

Geary esperó, pero Rione se mantuvo en silencio.

—¿Eso es todo?

—Eso es formidable, almirante Geary. —Rione lo escrutó una vez más, negando con la cabeza—. No sé cuándo sucedió. Tal vez siempre fuese así y ahora haya empeorado, pero en algún momento los oficiales y los políticos veteranos de la Alianza dejaron de escucharse los unos a los otros. Todos fingimos que nos interesa lo que dicen los demás, pero no oímos ni vemos más que lo que nos conviene.

—Como Badaya.

—O como Costa. —Rione se levantó y se encaminó hacia la escotilla, pero antes de salir se detuvo y lo miró—. Quizá había otra razón por la que acompañé a la flota cuando el almirante Bloch estaba al mando, una razón de la que no era consciente. Para curar a la Alianza harán falta oficiales que confíen en los políticos y políticos que confíen en los oficiales.

Geary esbozó una sonrisa aviesa.

—No se ponga tan mística conmigo.

—Nada más lejos de mi intención, almirante. Si las estrellas vivas dependiesen de gente como yo para obrar su voluntad, hace tiempo que habrían tocado fondo.

## Capítulo 7

AL principio, la flotilla síndica no respondió al cambio de rumbo de la flota de la Alianza, pero al cabo de unas diez horas empezó a alejarse en dirección al punto de salto hacia Mandalón al tiempo que comenzó a reducir su velocidad.

—Su intento de que los persigamos no podría ser más descarado —observó Geary.

Desjani hizo una mueca.

—Más bien pretenden reírse de nosotros. ¿Usted no lo ve así?

—Es demasiado obvio.

—Para usted, tal vez. —La capitana sacudió la cabeza con la mirada perdida en el pasado—. Tal como usted lo ve, maniobrar así es tan solo una operación lógica de posicionamiento táctico. Pero nosotros estamos acostumbrados a cargar directamente contra el enemigo en cuanto lo vemos, y también nuestros rivales. No se ha parado a pensar hasta qué punto sus maniobras vuelven locos a los síndicos, ¿verdad? Porque se alejan mucho de las reglas tradicionales del juego. Ahora los síndicos pretenden utilizar el mismo truco. «Aquí estamos, atrapadnos y fulminadnos si podéis.» Esperan enfurecernos tanto como nosotros los hemos enfurecido a ellos y que salgamos en su persecución, a fin de provocar una batalla y luchar como es debido.

Geary nunca había considerado la idea de que un modo de combatir pudiera ser más apropiado que otro, pero sí más inteligente. En tiempo de paz, durante el adiestramiento, se enseñaban algunas cosas absurdas demandadas por la doctrina o por el comandante veterano de turno, aunque siempre con el mensaje, tácito o explícito, de que a la hora de librar un combate real las cosas se harían de otro modo. Tal vez en tiempo de paz no costaba tanto saber qué era lo más inteligente, o tal vez simplemente parecía más fácil porque no había batallas ni vidas reales en juego.

—Supongo que todavía tengo mucho que aprender. —Desjani adoptó un gesto escéptico que consiguió mantener de un modo respetuoso mientras Geary continuaba—. En cualquier caso, que los persigamos o no ahora no debería suponer una gran diferencia. Nos encontramos demasiado lejos de cualquier punto de salto como para llegar a ellos antes de que la flotilla saltase hacia Mandalón.

Esta vez Desjani se frotó el cuello, y a continuación introdujo algunas maniobras más en el sistema.

—La flotilla síndica se halla a solo dos horas luz de nosotros. En teoría, cabe la posibilidad de que nos dirijamos al punto de salto de Tremandir como alma que lleva el diablo si salimos ahora y de que saltemos hacia dicho sistema estelar a tiempo, teniendo en cuenta el retraso temporal con el que los líderes síndicos situados en el punto de salto de Mandalón nos verán partir hacia allí y le ordenarán a la flotilla síndica que acelere al máximo rumbo a dicho punto de salto, a fin de que llegue allí

lo antes posible; el tiempo necesario para que la flotilla alcance el punto de salto; el que tardará la señal de los líderes síndicos en alcanzar la puerta hipernética después; y el necesario para que la onda de choque nos llegue. No me jugaría el cuello, pero tal vez la intención de los líderes síndicos sea eliminar cualquier riesgo y cerciorarse de que puedan sacar su flotilla y arrebatarnos toda posibilidad de escapar cuando colapsen la puerta hipernética.

Geary trazó algunas rutas a través del sistema estelar y comprobó a qué se refería la capitana.

—Si persiguiéramos a esa flotilla, nos estaríamos dirigiendo hacia los líderes síndicos, con lo que se reduciría el retraso temporal con el que ven lo que hacemos; además, también nos aproximaríamos más a la puerta hipernética, de modo que se reduciría ligeramente el tiempo que tardaría en llegarnos la onda de choque. Menos incertidumbre para ellos, aunque aumentase el riesgo para su flotilla. —En ese momento reparó en otro hecho—. Son políticos, en su mayoría, pero el momento en el que derribarán la puerta constituye una decisión militar.

Su conclusión le arrancó una sonrisa a Desjani.

—En ese caso, lo más probable es que la pifien. —Su jovialidad se esfumó—. Pero podría perjudicarnos mucho que la pifiaran en la dirección equivocada.

—Sí. —En aquel momento el asiento del observador lo ocupaba Costa, aunque se había quedado dormida. En lugar de molestar a la senadora, Geary pulsó uno de los mandos de comunicación—. Señora copresidenta, agradecería contar con la opinión de un político acerca de un asunto.

Rione lo escuchó y después se encogió de hombros.

—El comportamiento de nuestros enemigos es impredecible, almirante. Si un político tiene que decidir cuándo activar la trampa, podría dudar demasiado a la espera de que se den las circunstancias propicias para garantizar el éxito. Diría que esa es la opción más probable, puesto que deben de sentirse muy protegidos en su acorazado, con el que podrán saltar a otro sistema estelar cuando quieran. Pero también existe la posibilidad de que les entre el pánico y decidan iniciar el ataque con demasiada antelación. Dependerá en gran medida de lo que les recomienden sus consejeros militares.

—¿Y qué es lo más probable que les sugieran?

—Lo que crean que sus superiores quieren oír, y lo que consideren que servirá para que sus superiores hagan lo que ellos quieran que hagan. —La imagen de Rione señaló hacia el calabozo—. Piense en cómo intentó manejarlo el director general síndico que llevamos con nosotros. Le dijo lo que consideraba que lo predispondría a actuar de un determinado modo y omitió todo lo demás. Le garantizo que nuestro invitado finge tanto por costumbre como porque así lo ha planeado.

Geary se frotó el mentón mientras meditaba sobre ello.

—No tenemos modo alguno de saber lo que el comandante del acorazado enemigo que transporta a los líderes síndicos pretende que estos hagan. ¿Qué cree que podría decirles el director general que está al cargo de la flotilla?

Ahora era el turno de Rione para reflexionar, arrugando los labios y la frente.

—Si le interesa mi opinión, diría que está actuando con toda la contundencia posible tanto para intentar demostrar que se mantiene leal como para compensar el hecho de que dejase que esta flota se escapara la última vez que se cruzó con ella.

—¿Cree que está al tanto del plan para colapsar la puerta?

La copresidenta resopló con gesto burlón.

—¿Usted le daría esa información? Como mínimo, saber eso le serviría para intentar negociar con nosotros o con otros directores generales síndicos con el fin de traicionar a sus líderes actuales. Aunque hiciera alguna de esas dos cosas, no podríamos confiar en él.

—Porque asesinó al almirante Bloch y a los demás negociadores de la Alianza.

Rione agitó la cabeza, molesta.

—Porque está desesperado por acabar con usted. Black Jack Geary, el hombre que le arrebató una victoria perfecta. De no ser por usted, ahora él podría contarse entre los líderes síndicos.

En ese momento reparó en otra posibilidad.

—Tal vez debería provocarlo personalmente. Si logramos que la flotilla síndica se dé media vuelta y venga a por nosotros, se desbaratarán los planes de los líderes síndicos.

—Eso no... —Rione hizo una pausa y se quedó pensativa—. Podría funcionar. Desde el punto de vista de ese director general, acabar con usted podría parecer la solución ideal. No sabe que interferirá en el plan de sus superiores, y pensará que si vence a esta flota, se convertirá en el héroe que ansía ser desde hace meses. Sí. Húndale un puñal en pleno ego y retuézalo.

—Lo intentaré. —Geary se reclinó y continuó reflexionando. Provocar al director general síndico podría encajar dentro del plan para detener al destacamento de asalto de cruceros de batalla—. Capitana Desjani, aparte del hecho de que esta flota se le escapase en una ocasión anterior, ¿qué cree que es lo que más podría irritar a ese director general síndico?

Desjani le ofreció gustosamente distintas alternativas.

Geary activó una transmisión dirigida a la flotilla síndica, consciente de que todas las naves de la tropa enemiga podrían captar el comunicado, lo que serviría para aguijonear con más fuerza aún el ego del director general.

—Este es un mensaje para Shalin, el actual oficial al mando de la flotilla de los Mundos Síndicos que se encuentra en este sistema estelar. Lamento que no tenga la intención de entablar combate con esta flota, tal vez debido a que fracasó en su

intento de aniquilarla meses atrás, en este mismo sistema estelar. Su renuencia a luchar es comprensible, pero la flota de la Alianza está dispuesta a darle una nueva oportunidad de batallar si deja de rehuir el enfrentamiento. Los habitantes de este sistema estelar se estarán preguntando por qué un director general que se ha ganado tantas condecoraciones por su valor decide abandonarlos a su suerte, pero personalmente comprendo que prefiera no medirse de nuevo conmigo. Resulta gratificante encontrarse con un líder síndico que valore más la seguridad de sus tripulantes que su honor y sus prerrogativas. Si optase por la capitulación, le garantizaría la seguridad de sus hombres y lo invitaría a visitar mi buque insignia para debatir las condiciones bajo las que se sometería a mis términos.

»Piénseselo, Shalin. A un comandante de su reputación no debería costarle decidir qué hacer.

»Por el honor de nuestros ancestros. Se despide el almirante de la flota Geary.

Desjani se rió.

—Le darían ganas de matarlo, de no ser porque hace tiempo que lo está deseando. Lástima que tengamos que esperar cuatro horas para que reciba el mensaje y veamos cómo reacciona, aunque podríamos reventar el tercer planeta para matar el rato.

—¿Cómo se entretendrá cuando ya no tenga más planetas que devastar?

—Supongo que tendré que buscarme otro pasatiempo.

Existían muy pocos mundos de un solo clima habitables por el hombre, pero el planeta que se encontraba a quince minutos luz de la estrella era, literalmente, un mundo helado. Lo bastante inmenso para conservar su atmósfera y abundante en agua, llegó a cubrirse de vastos océanos y mares durante el período relativamente breve en que ya no era una gran esfera de magma pero tampoco se había enfriado demasiado. Empero, a medida que la temperatura fue descendiendo y puesto que la lejana estrella apenas lo calentaba, los océanos, los mares, los ríos y los lagos comenzaron a congelarse, y así han permanecido desde entonces.

Entre las planicies de nieve y hielo se alzaban ciudades y recintos que albergaban una población que tal vez no alcanzaba el medio millón de habitantes; así y todo, aunque podían verse numerosas instalaciones deportivas y recreativas, apenas existían núcleos industriales.

—Supongo que para los amantes de los deportes de invierno sería un auténtico paraíso —comentó Geary.

Desjani pulsó una parte de la imagen del mapa.

—Fíjese en cómo han allanado grandes extensiones de hielo. Tienen inmensas llanuras heladas para celebrar carreras. Imagine desplazarse a bordo de un barco de hielo por una pista helada y perfectamente allanada de mil kilómetros de largo. ¿Ve esto? Es un yate de hielo. Y muy grande. —Resopló con desdén—. Es un planeta de recreo. Los malditos líderes síndicos tenían un planeta de recreo junto a su mundo

principal.

Geary intentó calcular cuánto dinero costaría mantener todo un planeta destinado al entretenimiento de los más poderosos.

—Deberíamos dar gracias por que invirtiesen el dinero en incentivos para ellos mismos en lugar de destinarlo a aumentar el presupuesto de actividades bélicas. ¿Qué clase de objetivos tenemos?

—Puertos espaciales, núcleos de comunicaciones y algunas instalaciones de seguridad. —La actitud burlona de Desjani dio paso a un gesto de repulsión—. Supongo que cualquier industria que no fuese la del turismo de lujo habría estropeado las vistas.

—No hemos detectado ningún campo de trabajos forzados —comentó Rione—, pero dada la arrogancia de los líderes sindicos, no me extrañaría que utilizaran prisioneros de guerra de la Alianza para realizar las peligrosas y duras labores de mantenimiento y embellecimiento del planeta. No debemos dar por sentado que el director general síndico utilizó un simple juego psicológico cuando nos aseguró que los prisioneros que había tomado se encontraban distribuidos entre distintos emplazamientos importantes. Sugeriría que tuviéramos cuidado al escoger nuestros objetivos. Podría haber prisioneros en edificios apartados o incluso en distintos sectores de un edificio.

—Bien pensado. —Era imposible saber cuántos de los tripulantes que servían en los buques de guerra de la Alianza que fueron destruidos en aquella región fueron conservados como trofeos de guerra vivientes—. ¿Puso mucho énfasis la senadora Costa cuando amenazó a ese gusano por este asunto?

—No soy fácil de intimidar, pero tanto lo que dijo como la vehemencia con que lo expresó me habrían hecho reconsiderar mis planes —contestó Rione con sequedad.

—Gracias. —Geary, tras obligarse a descartar sus últimas teorías acerca del paradero de su sobrino nieto, Michael Geary, les ordenó a los sistemas de combate que le mostrasen los distintos objetivos que pudieran servir como barracones o casetas de trabajadores o los que se encontrasen en las proximidades de estos. A pesar del descontento de Desjani, estos parámetros aún les permitirían encontrar un número aceptable de blancos. Geary hizo una pausa y a continuación añadió algunos puntos esparcidos por las amplias llanuras destinadas a la navegación—. Chafémosles un poco la diversión también.

—Hay agua en estado líquido en las zonas más profundas de los océanos, bajo kilómetros y kilómetros de hielo —dijo la capitana—. ¿Por qué no excavamos un poco? Solo para divertirnos.

Abrir un agujero tan profundo en la zona de recreo enfurecería a los líderes sindicos y serviría también para recordarles durante muchos años la capacidad que la Alianza tenía para atacarlos allí.

—Claro, ¿por qué no? —Durante las horas que pasaron viajando discretamente rumbo a la zona de abrigo de la estrella permanecieron tensos y se preguntaron si los políticos síndicos decidirían derribar la puerta hipernética antes de que su flotilla se alejase lo suficiente con el fin de asegurarse de que la flota de la Alianza también fuese destruida. Abrir fuego para hacer un agujero de varios kilómetros de profundidad en medio de un océano helado podría ayudar a liberar parte de esa tensión. Los sistemas de combate no tardaron en proponer una solución para aquella operación, para la que emplearían una serie de cargas cinéticas lanzadas con precisión sobre el mismo punto, una detrás de otra—. Por favor, compruebe este plan de bombardeo. Quiero asegurarme de que no arrasaremos ningún lugar en el que pueda haber trabajadores prisioneros.

Desjani lo revisó y a continuación le solicitó a uno de sus consultores que realizase un segundo repaso.

—No parece haber ningún riesgo, señor. No nos encontramos tan lejos del planeta, pero aun así verán acercarse las cargas cinéticas con la antelación necesaria para evacuar los objetivos.

En cuanto Geary aprobó el bombardeo, una nueva cortina de cargas cinéticas brotó de las naves de la flota de la Alianza. Aumentó la escala de su visualizador por un momento y vio que algunos de los proyectiles del bombardeo anterior, ejecutado hacía más de dos días, seguían viajando hacia sus objetivos, situados en las regiones más lejanas del sistema estelar.

—Muy bien, al infierno con el paraíso helado de los síndicos. Finjamos que nos disponemos a celebrar la misma fiesta en el mundo habitado principal.

Desjani parecía estar de mejor humor después de realizar el último bombardeo.

—Intentan provocarnos para que los persigamos y nosotros intentamos provocarlos para que nos persigan, pero en realidad los dos bandos estamos haciendo algo más.

—Le pregunté a... alguien al respecto, y su opinión es que el director general Shalin no conoce los planes de los líderes síndicos.

Su endeble intento de evitar pronunciar el nombre de Rione no le sirvió para engañar a Desjani. La capitana hizo otra mueca.

—Solo un político puede entender a otro político —murmuró.

Costa, que se encontraba en el puente, se mantuvo impassible. Había oído el comentario de Geary pero al parecer no el de la capitana.

—Estoy de acuerdo con su informador, almirante. Dudo que el director general Shalin sepa nada. Lo han castigado —afirmó con sencillez—. He dedicado un rato a repasar el mensaje que nos envió, tragándome la rabia que me producen sus palabras y su actitud, a fin de determinar qué es lo que no quiere que averigüemos de él. Fíjense en cómo se expresa. A pesar de sus galardones y sus ínfulas, es obvio que

últimamente lo ha pasado mal, en el aspecto psicológico o en el físico... Lo dejó escapar la última vez que la flota estuvo aquí. Sabe muy bien que es prescindible.

Rione miró a Costa enarcando una ceja.

—¿Cree que podríamos llegar a un acuerdo con él?

Desjani se giró sobre su asiento; su expresión controlada no impidió que Geary se percatase de la tensión que la embargaba. Él se sentía igual. ¿Negociar con ese director general? No se trataba solo de las bajas que sufrió la flota de la Alianza en aquella emboscada que quedaba ya tan lejos en el tiempo, sino también del asesinato de los oficiales que fueron a negociar con él. Con todo, Rione ya le había dicho que no veía ningún motivo por el que pudieran confiar en Shalin; por lo tanto, ¿por qué ahora le planteaba a Costa esa posibilidad?

—¿Un trato? —Costa agravó su expresión—. Lo dudo. Aunque pudiésemos confiar en él. Si no me equivoco, es de los que cuando caen en desgracia, hacen lo que sea necesario para recuperar su posición anterior. Nos traicionaría en cuanto se le presentara la primera ocasión.

—Confío en su juicio —dijo Rione.

Geary observó cómo se le iluminaron los ojos a Costa al oír la aprobación de la copresidenta, aunque después comprendió que Rione le había hecho la pregunta con la única intención de expresar en público que compartía la opinión de Costa, con lo cual le resultaría más fácil ganarse la aceptación de esta. Nunca me dedicaré a la política. Estos juegos no son para mí. Aun así, la conversación hizo surgir otro tema.

—¿Por qué tiene más galardones si lo están castigando? ¿Por qué los síndicos siguieron entregándole medallas si están furiosos con él por dejarnos escapar?

—Por coherencia. —Costa señaló con la mano el espacio de la Alianza—. Aunque la flota aún seguía desaparecida, los síndicos emitían mensajes propagandísticos en los que aseguraban que la flota había sido destruida por completo aquí. Si no hubieran galardonado al director general que estuvo al cargo de las tropas durante aquella batalla, habrían levantado sospechas y puesto en tela de juicio la supuesta victoria. Créanme, teníamos que agarrarnos a un clavo ardiendo y nos habríamos centrado en eso.

—Si esa es la razón por la que le entregaron esas medallas, cuesta creer que llegase a ponérselas. —Geary se giró hacia Desjani, que empezó a tranquilizarse una vez que quedó claro que nadie sugeriría enfrentarse al director general de la flotilla—. Dos horas más. Después será demasiado tarde para que la onda de choque nos alcance cuando los síndicos derriben la puerta.

—Será una interesante experiencia de dilatación del tiempo —dijo Desjani. Cuando la capitana volvió a fijarse en su visualizador, Geary supo lo que estaba mirando: lo mismo que él miraba con insistencia en su propio visualizador. La puerta hipernética síndica permanecía suspendida como un ojo descomunal que los vigilaba



y jugaba con ellos, lista para liberar una descarga inimaginable, como un dios ciclópeo que se hubiera fugado de alguna leyenda milenaria—. Seguramente esas horas se nos harán largas como días —prosiguió Desjani—. ¿Cuándo va a enviar el destacamento de asalto?

—Cuando nos dirijamos a la zona de abrigo. —Hasta ahora había preferido no darle órdenes detalladas a Duellos, pero no podía seguir aplazándolo.

Cuando Desjani asintió, él se dio cuenta de que una vez más la capitana lo estaba alentando sutilmente a hacer algo que estaba posponiendo.

—El resto de la flota podrá bombardear más objetivos situados en una órbita fija una vez que nos coloquemos detrás de la estrella —observó Desjani—, pero si los líderes síndicos deciden huir, el destacamento de asalto no tendrá ninguna posibilidad de alcanzarlos. Incluso un acorazado puede mantenerse fuera del alcance de los cruceros de batalla si les lleva tanta ventaja.

—Lo sé. Es uno de los problemas que quiero resolver cuanto antes con las órdenes que le dé a Duellos. Ojalá tuviéramos otra manera de capturar a la cúpula síndica. Esperaba poder atraparlos en el segundo planeta, pero dado que viajan en el acorazado que se halla junto al punto de salto, no tengo nada con lo que hacer que se sientan amenazados. —Rione había comentado que los líderes síndicos más veteranos solo se preocupaban por sí mismos, de modo que mientras no pudiera amenazarlos directamente, no tendría muchas posibilidades de obligarlos a actuar como él quería. Miró el sector del visualizador que mostraba el acorazado enemigo que transportaba a los miembros del consejo ejecutivo síndico. Se hallaba demasiado lejos para atraparlo a menos que aquellas naves cooperasen. Ojalá existiera algún modo de influir en las naves en las que viajaban...

—Almirante, he... —empezó a decir Desjani.

—Un momento. —Geary rehuyó toda distracción para concentrarse en una idea que no terminaba de concretarse. El acorazado y los cruceros pesados. Era algo que tenía que ver con ellos. Y con los síndicos, y con el director general que viajaba a bordo del Intrépido. Era algo que había dicho Boyens.

—Senadora Costa, hay tropas defensivas destinadas en el sistema estelar Unidad, ¿no es así?

Costa asintió, frunciendo el ceño.

—Por supuesto.

—¿Las alternan? ¿Vienen unidades nuevas a sustituirlas periódicamente para que las anteriores se trasladen a otros destinos?

La senadora agravó aún más el gesto.

—No. Preferimos tener disponibles unidades cuyos... —Costa miró a su alrededor al darse cuenta de que había estado a punto de revelar su preocupación por la lealtad que algunos buques de guerra de la Alianza le guardaban a su Gobierno—.

Unidades que conformen un factor conocido —dijo para corregirse.

Geary manipuló algunos controles para desplegar el visualizador de una situación antigua.

—Capitana Desjani, necesito la imagen de cuando asumí el mando de la flota. No la de las naves de la Alianza. La de los síndicos que había en este sistema estelar entonces.

Desjani le hizo un gesto a uno de los consultores y al instante siguiente la pantalla histórica se abrió a un lado de Geary. Apartó la imagen de la inmensa formación de buques de guerra síndicos que hubo allí entonces, frente a la flota de la Alianza, lista para aplastarla, y que siempre lo había intrigado. En su lugar amplió la vista de una pequeña parte del visualizador alejada de donde estuvo la flota de la Alianza.

—Fíjense. Orbitan alrededor del mundo habitado principal.

—Un acorazado y tres cruceros pesados —murmuró Desjani—. Es una coincidencia muy interesante.

—¿Verdad que sí? ¿Podemos saber si el acorazado y los tres cruceros son los mismos buques de guerra que ahora se encuentran posicionados junto al punto de salto hacia Mandalón?

—Podemos intentarlo. Los cascos de las naves supuestamente idénticas no suelen presentar grandes diferencias. Teniente Yuon, que los sensores analicen con el máximo nivel de detalle esos buques de guerra síndicos colocados en el punto de salto hacia Mandalón y que comprueben si coinciden con los que orbitan alrededor del planeta de este registro. —Era evidente que Desjani sentía curiosidad, pero se abstuvo de formular ninguna pregunta durante los segundos que los sensores de la flota tardaron en hacer su trabajo.

—Capitana —avisó el teniente Yuon—, los sensores indican que existe una coincidencia con los cascos de los tres cruceros pesados del noventa y cinco por ciento, del ochenta y dos por ciento y del noventa y ocho por ciento. La coincidencia con el casco del acorazado es del noventa y nueve coma siete por ciento. Hay una alta probabilidad de que se trate de los mismos buques de guerra que orbitaban alrededor del mundo habitado principal la última vez que estuvimos en este sistema estelar.

—La guardia de palacio —dijo Geary—. Entonces es posible que el acorazado y los cruceros lleven años en este sistema estelar.

La senadora Costa conservaba su semblante hosco.

—Almirante, eso también encajaría con nuestra política para la defensa de nuestro nivel de Gobierno más alto. ¿Por qué es tan importante?

—Porque el director general que viaja como prisionero a bordo del Intrépido me dijo que a los síndicos no les gusta que sus buques de guerra establezcan vínculos personales con un sistema estelar en concreto.

—¡Desde luego que no! ¡No cuando se les podría ordenar que impusieran el

orden en un sistema estelar síndico bombardeándolo! Pero ¿por qué...?

—Llevan años aquí —intervino Desjani—. Tienen amigos, amigas, familiares... vínculos personales de todo tipo.

—Exacto —dijo Geary—. Mantuvieron a sus tripulaciones aquí porque la cúpula síndica quería disponer de naves de cuya lealtad no hubiera duda. Pero al mantenerlas aquí tanto tiempo, los síndicos quebrantaron su propia política. No cabe ninguna duda de que a esas tripulaciones les importan los habitantes de este sistema estelar. Los planetas que hay aquí no son sus objetivos, sino el hogar de aquellas personas por las que se preocupan los síndicos que viajan a bordo de los buques de guerra.

Desjani desplegó una sonrisa cruel.

—Alguien debería decirles lo que los líderes síndicos pretenden hacer con este sistema estelar y su población.

—Sí, alguien debería hacerlo. Cuando nuestra flota ya no se vea amenazada por la puerta hipnética, creo que les enviaré un mensaje a todos los síndicos de este sistema estelar para que sepan lo que sus líderes planeaban hacer antes de huir y ponerse a salvo.

Rione se inclinó hacia delante.

—¿Cree que el acorazado y los cruceros pesados podrían amotinarse?

—Creo que existe la posibilidad de que decidan ayudarnos a provocar un cambio de Gobierno en los Mundos Síndicos, sí, señora copresidenta. Dependerá de lo que hagan los demás directores generales de este sistema estelar. Descubrirán que ellos también son prescindibles.

—El director general al cargo de la flotilla no apoyará un golpe de Estado —insistió Costa—. Sabe que quien tomase el poder nos lo ofrecería como sacrificio.

Esa posibilidad sonaba bastante real.

—Se le encomendó comandar la flotilla porque los líderes síndicos pueden estar seguros de que los apoyará aunque lo consideren un fracasado prescindible.

—Está perdido, tanto si los apoya como si no —comentó Desjani con otra sonrisa—. Se lo tiene merecido. —Entrecerró los ojos y adoptó una expresión calculadora mientras revisaba el visualizador—. Pero si el acorazado y los cruceros pesados se amotinan, o si anuncian su lealtad a los directores generales síndicos que puedan fundar un Gobierno alternativo, es probable que Shalin vaya tras ellos. Tendría que hacerlo. Los actuales líderes síndicos son su única esperanza.

Rione asintió.

—Sí. Debemos estar preparados para partir en defensa del acorazado y los cruceros.

El rostro de Desjani se retorció primero con un gesto de incredulidad y después con una mueca de asco.

—¿Proteger los buques de guerra síndicos?

Geary suspiró con exasperación. Las órdenes que tendría que darle a Duellos se iban complicando a cada minuto que pasaba.

Aunque habría preferido permanecer en el puente, Geary se dirigió a su camarote para informar a Duellos, puesto que no quería arriesgarse a que nadie oyese su conversación o se acercase al asiento de mando y lo viera gesticular.

Duelos se reclinó, aparentemente tranquilo, aunque sus ojos despiertos manifestaban cierta tensión.

—¿Una lucha en tres direcciones? Eso sería... interesante.

—Un caos —convino Geary—. ¿Sus cruceros de batalla estarían dispuestos a defender los buques de guerra síndicos?

—No si se lo formulo de esa manera. No obstante, proteger el acorazado síndico implicaría atacar a la flotilla. Eso sí se lo puedo ordenar a mis cruceros de batalla sin temor a que me desobedezcan. —Duelos suspiró—. Una parte de mí quiere destruir hasta el último buque de guerra síndico que haya en el sistema estelar y dejar que el enemigo recoja después los pedazos que queden.

—Necesitamos a alguien con quien negociar. —Geary titubeó, puesto que no le agradaba tener que añadir lo siguiente, aunque sabía que debía hacerlo—. Si es necesario que elijamos entre destruir el acorazado síndico o dejar que lo vuelva a tomar la flotilla, tendremos que asegurarnos de que los líderes síndicos no se escapen. —No, eso no bastaba. Debía expresar sus órdenes con claridad, no dar lugar a ambigüedades que le salvaran el culo a él pero no permitiesen que Duellos estuviera seguro de lo que se esperaba de él—. Eso significa destruir el acorazado.

Duelos asintió tranquilamente con la cabeza.

—¿Quién decide si hemos alcanzado el punto en el que es preciso destruir el acorazado?

—Probablemente se encontrará a varias horas luz de mí. Tendrá que determinarlo usted en función de las circunstancias. Tome la decisión que tome, yo lo apoyaré.

—La última vez que un almirante me dijo eso, dudé de su sinceridad —comentó Duellos—. Pero aquel almirante no era usted. Haré cuanto esté en mi mano para que no pierda la confianza que ha depositado en mí.

—Lo mismo digo. —Geary miró la representación del destacamento de asalto que flotaba sobre la mesa que había entre la imagen de Duellos y él—. Le he asignado tres escuadrones de cruceros ligeros y otros cinco de destructores como apoyo para sus nueve cruceros de batalla. No quiero enviar muchas naves para que su destacamento de asalto no se convierta en un objetivo demasiado succulento, pero ¿cree que será suficiente?

—Dependerá de lo que suceda, pero sin duda bastará por lo menos para plantarle cara a cualquier enemigo, aunque no podamos aniquilarlo por completo. —Duelos hizo una pausa—. Dependerá de lo que haga el capitán Kattnig.

—Procure mantenerlo a raya. Está demasiado ansioso por entrar en combate.

—Eso es imposible en esta flota, almirante. —Duellos se encogió de hombros—. Haré lo que pueda. Las naves de la clase Diestra no servirán de mucho si entablan un combate frontal.

—La última nave de reconocimiento cayó en combate, pero ahora tengo que preocuparme por la Diestra y sus naves gemelas. ¿Cuándo entenderá el Gobierno que ahorrar dinero construyendo naves demasiado pequeñas y sin las características necesarias no es lo más inteligente si pretende que resistan y sean eficaces en combate?

—Si se convierte en dictador, es una de las malas prácticas con las que tendrá que acabar. —Duellos sonrió para indicar que no hablaba en serio—. Kattnig ha luchado bien en ocasiones anteriores. No creo que ahora cometa ninguna estupidez.

—No debería. ¿Ha tenido ocasión de repasar su última batalla?

Duellos asintió de nuevo.

—¿En Beowulf? Un asunto feo, pero Kattnig consiguió destacar.

—Feo. —Un término demasiado amable para aplicarlo a un combate en el que los dos bandos, cuyas fuerzas estaban muy igualadas, pelearon hasta que poco a poco la Alianza obtuvo una ventaja con la que finalmente consiguió una dolorosa victoria que le costó demasiados hombres y naves—. Su nave quedó reducida a un montón de chatarra, pero siguió luchando —recordó Geary. Después Kattnig se implicó tanto en la asistencia de los tripulantes que sobrevivieron que solicitó la sedación médica. De nuevo, puesto que no tenía nada de lo que avergonzarse después de un combate tan cruento, los médicos de la flota le permitieron seguir en activo, y a ojos de Geary preocuparse por las bajas sufridas no suponía una negligencia.

El hecho de que el historial de Kattnig no se correspondiera con su ansia por entrar en combate inquietaba a Geary.

—Usted vigílelo. Enviaré el destacamento de asalto en menos de dos horas, cuando el resto de la flota parta hacia la zona de abrigo. No sé qué va a ocurrir, pero pase lo que pase, tendremos que reaccionar a tiempo. Buena suerte.

—Si la puerta hipernética se colapsa mientras mis naves están ahí fuera, no tendré mucho tiempo para preocuparme por qué decisión tomar —señaló Duellos—. Por lo demás, intentaré no decepcionarlo.

—Usted nunca podría decepcionarme, Roberto.

Duellos sonrió, se puso de pie y lo saludó. Cuando su imagen desapareció, Geary regresó al puente del Intrépido.

Los impactos de las bombas lanzadas sobre el mundo helado les servían para distraerse mientras esperaban a que apareciese alguna señal que anunciase el colapso inminente de la puerta hipernética. Las lluvia de rocas, que iban cayendo una tras otra en medio de uno de los océanos congelados, conformaba un espectáculo

impresionante: la fuente de agua vaporizada penetraba cada vez más en la atmósfera mientras los impactos ganaban profundidad, de tal manera que la elevadísima temperatura generada por los proyectiles que llegaban del espacio convertía el hielo directamente en vapor, el cual salía despedido hacia arriba a través del agujero de un kilómetro de diámetro abierto por las bombas. Después de que el vapor se disipase en el aire seco del gélido planeta, un satélite de vigilancia de espectro múltiple que la flota había colocado en las cercanías del planeta consiguió ver el interior del agujero, aunque el resultado decepcionó a Desjani.

—Hay agua líquida en el fondo, pero lo más probable es que proceda de las paredes del agujero debido al derretimiento producido por el calor residual de los impactos. No tenemos modo alguno de saber si realmente llegamos al agua que subyace bajo el hielo.

—Lo siento —le dijo Geary a modo de consuelo—. De todos modos, es un agujero gigantesco.

—¿Se imagina cómo será cuando las paredes se congelen de nuevo? Un inmenso cuenco de paredes lisas donde podrán practicar descensos de varios kilómetros sin apenas fricción. Pero apuesto a que los síndicos no nos darán las gracias por regalarles un lugar tan apropiado para celebrar competiciones de deportes de aventura.

—No, supongo que no, sobre todo cuando el océano helado que lo rodea está sembrado de grietas a cientos de kilómetros a la redonda. —Parecía frívolo bromear sobre esas cosas, pero era mejor que quedarse mirando obsesivamente la puerta hipernética.

Faltaba una hora para partir hacia la zona de abrigo de la estrella. Si la puerta hipernética se colapsase ahora o a lo largo de la próxima media hora, sería una cruel ironía, teniendo la salvación tan cerca. A pesar de la preocupación irracional de que abandonar el puente del Intrépido provocaría que sucediese algo malo casi al instante, Geary decidió salir un rato para visitar los pequeños compartimentos del corazón de la nave, donde podría orar. En ocasiones como aquella, parecía buena idea pedir toda la ayuda y misericordia posibles. Desde luego, no se perdía nada. Intentó ponerse en contacto con Michael Geary, pero no obtuvo respuesta ni de su hermano ni de su sobrino nieto. Por último, estiró el brazo para apagar la vela ceremonial, pero se detuvo en el último momento.

—Recibí tu mensaje, Mike, me lo dio tu nieta, Jane. Yo también te echo de menos.

Minutos más tarde se encontraba de nuevo en el puente, observando cómo la representación de la flota que aparecía en el visualizador de maniobras recorría lentamente las vastas distancias del sistema estelar. El punto del otro lado de la estrella en el que podrían refugiarse todavía quedaba dolorosamente lejos.

Los últimos cinco minutos parecieron alargarse una eternidad. En el puente del Intrépido el silencio era absoluto. Ninguno de los presentes dejaba que se escuchase siquiera el sonido de su respiración. Solo Desjani parecía inmutable y prefería dedicarse a tareas administrativas rutinarias, pero cuando Geary accedió como comandante de la flota para ver qué documentos estaba mirando la capitana, comprobó que esta saltaba de una página a otra demasiado rápido para poder leerlas.

Cuando la cuenta atrás llegó a cero, Geary respiró hondo al darse cuenta de que llevaba por lo menos medio minuto sin tomar aire, y pulsó el mando de comunicaciones mientras susurraba una oración en agradecimiento.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, les habla el almirante Geary. A las dos cinco aceleren a una décima y media de la velocidad de la luz, descendan cero cuatro grados y viren tres seis grados a babor. Las unidades que formen parte del destacamento de asalto Uno quedarán bajo el control táctico del capitán Duellos, de la Inspiradora, a las tres cero.

Después ya solo quedaba esperar mientras la señal se propagaba a la velocidad de la luz (tardó algunos segundos e incluso varios minutos en llegar a las unidades más alejadas de la flota) y a continuación aguardar un poco más hasta que todas las naves respondiesen a la orden (sus símbolos se iban iluminando para indicar que estaban listas). Por último, habría que esperar hasta las dos cinco.

Desjani señaló al consultor de maniobras, que pulsó con fuerza el mando de ejecución para realizar los cambios de rumbo y velocidad. El Intrépido describió una ligera guiñada y a continuación activó sus módulos de propulsión principales mientras el resto de naves de la flota hacía lo mismo.

—Dentro de cuatro horas y veintitrés minutos —observó Desjani— los líderes síndicos se van a llevar un gran disgusto.

—Todavía no estamos a salvo —le recordó Geary—. Si los síndicos han derribado ya la puerta, la onda de choque aún podría alcanzarnos.

—No es que los considere muy inteligentes, pero seguro que ni siquiera ellos serían tan estúpidos como para fulminar la flotilla sin tener motivos para ello. —Observó cómo las naves del destacamento de asalto viraban y se alejaban del resto de la flota—. ¿Cuánto falta para que avise a los habitantes de este sistema estelar de lo que sus ilustres líderes tienen planeado?

—Esperaré un poco más. Quiero que el consejo ejecutivo síndico nos vea seguir este nuevo vector, que empiece a preguntarse qué significa y que después mi mensaje lo confunda y lo presione más.

Desjani miró hacia el fondo del puente, donde Sakai permanecía sentado con calma pero observándolo todo atentamente.

—Hablando de confundir y presionar a la gente, ¿han intentado los políticos alterar su discurso?

—Costa sugirió que se lo expusiera a ellos primero, Sakai se mostró neutral y Rione se opuso firmemente y dijo que tenía que sonar natural en lugar de hablar como un político.

—Maldita sea. Vuelvo a estar de acuerdo con ella.

—Tendrá que acostumbrarse. —Geary guardó silencio un momento para intentar concentrarse y después consultó la hora. Había llegado el momento. Sus palabras no llegarían a las naves que transportaban a los líderes síndicos hasta después de que viesen que el grueso de la flota de la Alianza se dirigía hacia un lugar seguro, pero mucho antes de eso ya habrían llegado a la mayor parte de la población del sistema estelar. El mensaje provocador que le dirigió a Shalin, el director general de la flotilla síndica, no parecía haber producido aún ninguna reacción. Sería interesante comprobar qué conseguiría con este discurso.

Después de respirar hondo dos veces para tranquilizarse y prepararse para hablar, activó el circuito que llevaría su emisión a todos los rincones del sistema estelar.

—Habitantes de los Mundos Síndicos, les habla el almirante John Geary. Lamento tener que comunicarles que sus líderes tienen planeado no solo abandonarlos, sino también aniquilar hasta el último ser vivo de este sistema estelar con la finalidad de destruir mi flota.

»Su puerta hipernética tiene instalado un sistema diseñado para reducir la descarga de energía liberada en el momento de su colapso. Sin embargo, este sistema también se puede utilizar para conseguir el efecto contrario, es decir, para multiplicar la potencia de la descarga y garantizar así que el nivel de destrucción conseguido sea equiparable al que causaría la estrella en caso de convertirse en una nova. Esto es lo que pretenden hacer sus líderes, canjear sus vidas por la oportunidad de atrapar a la flota de la Alianza con la explosión, algo a lo que no han procedido todavía porque antes quieren que la flotilla de buques de guerra de los Mundos Síndicos que mantienen en este sistema estelar se dirija a un punto de salto y ponga rumbo hacia otra estrella. En lugar de emplear la flotilla para proteger a sus habitantes, prefieren ponerla a salvo para poder seguir usándola con el fin de imponer su voluntad en otros sistemas estelares.

»Sus líderes no temen que la explosión los engulla también a ellos porque se encuentran a salvo a bordo del acorazado que se encuentra junto al punto de salto hacia Mandalón, desde donde saltarán a un lugar seguro mientras dejan morir a su pueblo. No quedaría ningún testigo de lo ocurrido, puesto que todos los habitantes morirían y todos los aparatos serían pulverizados, con lo cual sus líderes podrían seguir prolongando una guerra absurda.

»Nos hemos ofrecido a negociar el fin de la guerra, y los términos que la Alianza le ha propuesto a su consejo ejecutivo ya han sido transmitidos a todo el sistema estelar. Al término de este mensaje procederé a repetirlos, y comprobarán que están



redactados para ponerle fin a esta guerra bajo una serie de condiciones aceptables por ambos bandos. Sin embargo, sus líderes se han negado a negociar y prefieren arrasar este sistema estelar en lugar de admitir sus errores o aceptar cualquier condición no dictada por ellos.

»Cuando reciban este mensaje, el grueso de la flota de la Alianza se encontrará a salvo de la planificada explosión en una zona protegida por su estrella. Pero ustedes no estarán seguros, no a menos que actúen en defensa de sus intereses y de los de los Mundos Síndicos. Me conocen por mi reputación. Saben lo que sus actuales líderes han hecho en el pasado. Tienen que decidir en quién confiar. Su vida y el futuro de los Mundos Síndicos dependen de la decisión que tomen.

»Por el honor de nuestros ancestros.

Desjani desplegó una sonrisa tranquilizadora cuando Geary se dejó caer sobre el respaldo del asiento al término del mensaje.

—Ahora ya solo podemos confiar en que los síndicos usen la cabeza en lugar de limitarse a obedecer órdenes.

De nuevo tendrían que pasar varias horas hasta que obtuviesen alguna respuesta. Si Geary salía a pasear por los pasillos del Intrépido se cruzaría con sus tripulantes, que podrían advertir su crispación, pero tampoco soportaría quedarse sentado en el puente, de modo que decidió ir a descansar a su camarote, donde empezó a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado. Se encontraba allí cuando el teniente Íger lo llamó.

—Se ha registrado cierta actividad inusual en la red de comunicaciones síndica, almirante. Ahora hay otro sitio que intenta establecer prioridad sobre el del punto de salto de Mandalón.

—¿Dónde se encuentra ese otro sitio?

—En algún lugar del mundo habitado principal, pero utilizan multitud de repetidores, por lo que tardamos un poco incluso en determinar eso. —El teniente Íger esbozó una sonrisa fugaz—. El mundo principal recibió su transmisión hará unas dos horas, señor.

Tiempo suficiente para que se empiece a fraguar un golpe de Estado, sobre todo cuando el consejo ejecutivo síndico se hallaba a unas cinco horas luz del planeta y no podía monitorizar directamente lo que sucedía allí en tiempo real.

—¿No hemos registrado ninguna respuesta clara?

—No, señor. No hemos captado ninguna transmisión en la que se hable de revoluciones, ni de nuevos líderes, ni de nada parecido. Tampoco hay señales que indiquen que se esté produciendo un conflicto o que se estén desplegando fuerzas de seguridad. No obstante, nuestras rutinas de análisis político sugieren que quienes pretendan reemplazar al consejo ejecutivo todavía estarán buscando apoyos entre los distintos comandantes militares del sistema estelar y otros actores importantes.

Intentarán pasar desapercibidos hasta que reúnan a todos sus partidarios en lugar de avisar demasiado pronto al consejo ejecutivo.

Una trampa con la que atrapar a los líderes sindicos que pretendían atrapar a la flota de la Alianza.

—Avíseme en cuanto averigüe algo más.

Sin embargo, el siguiente mensaje que recibió fue de Desjani.

—La flota se está situando al abrigo de la estrella, almirante —anunció con tono triunfal—. Estamos a salvo.

—El destacamento de asalto no.

—Así es, señor, pero Duellos sabe cuidar de sí mismo. Todavía no hemos registrado ninguna reacción de la flotilla síndica ni del acorazado situado en el punto de salto.

De nuevo todo parecía ir bien. Geary se preguntó qué habría pasado por alto ahora.

## Capítulo 8

—EL acorazado se está moviendo —informó Desjani, interrumpiendo el intento que Geary estaba haciendo de echar una cabezada en su camarote. Se preguntó si la capitana habría abandonado el puente en algún momento durante las últimas veinticuatro horas—. Los cruceros pesados lo acompañan.

Geary se obligó a espabilarse.

—¿Cuál es su vector?

—Al parecer, se dirigen hacia el mundo habitado principal.

¿Qué significaba eso? ¿Se habrían amotinado los buques de guerra síndicos y llevaban de vuelta a los miembros del consejo ejecutivo para someterlos al sistema judicial que impondría un nuevo Gobierno? ¿O acaso los miembros del consejo ejecutivo síndico seguían manteniendo un control férreo sobre aquellas naves y regresaban para consolidar su autoridad?

A Desjani, sin embargo, se le ocurrió otra posibilidad.

—Quizá sea un cebo para hacernos salir de detrás de la estrella —aventuró—. Es posible que pretendan que corramos a interceptarlos; entonces podrían regresar rápidamente al punto de salto y escapar mientras la puerta hipernética se colapsa y nos engulle.

Geary se frotó los ojos y consultó el visualizador que había sobre la mesa de su camarote.

—No hace falta que nos movamos. El destacamento de asalto se encargará del acorazado.

—No si la flotilla se une a él.

Como si pretendiera responder a la conjetura de Desjani, el visualizador mostró una alarma cuando se registró un cambio en los vectores de la flotilla. Geary esperó con impaciencia mientras los síndicos modificaban el rumbo y la velocidad, de tal manera que la representación de la ruta de la flotilla viró en dirección de la del acorazado para a continuación fundirse con ella.

—¿Tenía que decirlo? —le preguntó a Desjani.

La capitana forzó una sonrisa.

—Era fácil de predecir. O los líderes síndicos se dirigen al mundo principal para patear unos cuantos culos y pedir responsabilidades, en cuyo caso necesitarán que la flotilla los acompañe, o bien están arrestados, en cuyo caso la flotilla intentará rescatarlos.

La representación de una nueva ruta se unió a las de la flotilla y el acorazado.

—El destacamento de asalto alcanzará al acorazado justo antes de que la flotilla lo intercepte.

—Mientras nosotros permanecemos inmovilizados.

—Lo siento.

—Me debe una.

Geary sonrió con el mismo desabrimiento que la capitana.

—Tomo nota. Creo que no debemos movernos todavía. Tendremos que esperar aquí algunas horas más para asegurarnos de que no nos están poniendo un cebo para que abandonemos la zona de abrigo.

—Señor, a la flota no le gustará quedarse escondida detrás de la estrella mientras los síndicos regresan a por nosotros.

—A mí tampoco me agrada la idea. Pero si los líderes síndicos pretenden que salgamos al descubierto, esta vez enviarán la orden de iniciar el colapso a la puerta hipernética en cuanto nos encontremos lo bastante lejos de la estrella. —Por desgracia, ese razonamiento, y lo que ocurriría si su suposición era incorrecta, podrían llevarlo a quedarse allí para siempre—. Tanya, si le parece que tardo demasiado en poner en marcha esta flota, avíseme.

—Siempre lo hago, señor.

Una hora después Geary seguía esperando, cada vez más ansioso y de peor humor. Le había indicado al sistema de comunicación que le asignara el estado de «descanso», de modo que no recibiría ningún mensaje a menos que el remitente fuese Desjani, Rione o Duellos. En aquel momento no tenía humor para escuchar las recomendaciones de Badaya ni de nadie más.

Sin embargo, estaba el director general Boyens. *¿Podría este ayudarlos de alguna manera? No. Él mismo ha reconocido que lleva más de una década exiliado en la frontera. Aunque pudiésemos confiar en él, y no podemos, no sabe quiénes son los protagonistas de esta situación.*

Por último, Geary regresó al puente y ocupó con aire sombrío el asiento del comandante de la flota mientras los consultores, obedientes a su finísimo instinto de supervivencia, evitaban llamar su atención en la medida de lo posible.

—Almirante. —El gesto jovial del teniente Íger se desvaneció en cuanto vio la mirada de Geary—. Señor, el acorazado y el mundo principal están intercambiando un sinfín de mensajes.

—¿Y eso qué significa? —bufó Geary. Al comprender por la reacción de Íger la brusquedad con que le había formulado la pregunta, Geary se obligó a templar su voz—. ¿Nos ha sido posible determinar de qué están hablando?

—No, señor. Pero las transmisiones nos han dado una pista muy interesante. La red síndica da prioridad a los mensajes del mundo principal sobre los del acorazado.

—¿Y la flotilla? ¿Con quién está hablando?

El teniente Íger negó con la cabeza.

—Hemos registrado algunos mensajes que el mundo principal le ha enviado a la flotilla, pero no hemos logrado captar ninguna respuesta procedente de esta. Nuestras

naves y satélites de registro no se hallan en la posición adecuada para determinar si la flotilla y el acorazado se están comunicando directamente la una con el otro.

—Gracias. —Geary se frotó los ojos y consideró seriamente la idea de pedirle a los sanitarios de la flota que le administrasen algún analgésico de los que nadie más que los médicos podían prescribir—. Capitana Desjani, el instinto me dice que si la situación sigue igual dentro de media hora, deberíamos salir y proceder a interceptar el acorazado. Llegado el momento, este todavía se encontrará a unas cuatro horas luz de distancia. ¿Qué opina?

—Opino —contestó Desjani— que si esperamos a que pase el peligro, desperdiciaremos la oportunidad de volver las tornas a nuestro favor. Pasarán cuatro horas hasta que el acorazado síndico nos vea movernos. Hasta después de otras cuatro horas, nosotros no veremos su reacción. Sin embargo, en el mundo habitado principal nos verán ponernos en marcha mucho antes. Ahora solo dista unos diez minutos luz de nosotros. Cuando nos vean ir a por el acorazado, quienes pretendan reemplazar al consejo ejecutivo podrían proponernos dialogar. Les conviene tenernos a su lado y, por mucho que me repugne la idea de aliarnos con un síndico, necesitamos que alguien termine con la amenaza de la puerta hipernética.

—Entonces, ¿por qué no salir ahora?

—Parece una idea excelente, almirante. Estoy de acuerdo.

Geary le dirigió una mirada agria y pensó en consultarlo también con Tulev. No perdería nada si pedía una segunda opinión, sobre todo la de alguien tan firme como Tulev. Aun así, en el momento en que colocó la mano sobre el tablero de mandos, se le ocurrió algo que le hizo descartar la idea.

—Capitana Desjani, ¿ha hablado ya de esto con el capitán Tulev?

—Sí, señor.

—¿Y el capitán me recomendaría lo mismo que usted?

—Sí, señor.

Geary podía hacer dos cosas: o ponerse hecho un basilisco o reírse de la situación. Dejarse cegar por la ira nunca le había sido de mucha ayuda, de modo que optaría por tomárselo con desenfado.

—Gracias, capitana Desjani. —Geary miró hacia el fondo del puente, donde el senador Sakai permanecía sentado observándolo todo, con el cuerpo relajado pero con los ojos bien despiertos—. Ahora intentaremos sacar a la luz los juegos políticos que están teniendo lugar, senador.

Sakai asintió con la cabeza.

—Entiendo que se refiere a los juegos políticos de los síndicos, almirante.

—Exacto. —Era agradable saber que Sakai tenía sentido del humor. Geary consultó los sistemas de maniobras y avisó a la flota—. A todas las unidades de la formación principal de la flota de la Alianza, les habla el almirante Geary. Viren a

estribor cero uno tres grados, asciendan cero dos grados y aceleren a una décima de la velocidad de la luz a las cuatro uno.

Por otro circuito:

—Capitán Duellos, el grueso de la flota de la Alianza se dispone a interceptar el acorazado síndico procedente del punto de salto de Mandalón.

A las cinco uno Desjani ordenó cambiar el rumbo y la velocidad del Intrépido, tras lo que dejó escapar un bostezo.

—Tendrá que pasar por lo menos un día o un día y medio hasta que nos encontremos con el acorazado. Creo que iré a descansar.

—Buena idea. —Ahora que la decisión estaba tomada, la tensión que imperaba en el puente se disipó de modo considerable. Era absurdo, teniendo en cuenta que acababa de ordenar que la flota de la Alianza abandonase su refugio, pero Geary también sintió como si se hubiera quitado un peso de encima—. Quizá yo también pueda dormir un poco ahora.

—Dese prisa —le recomendó Desjani—. Es posible que alguien se ponga en contacto con nosotros desde el mundo principal dentro de una media hora.

—Sobreviviré.

De hecho, ocurrió algo pasados tan solo diez minutos. Geary apenas había vuelto a su camarote cuando llegó una notificación urgente del consultor de comunicaciones del Intrépido.

—Almirante, tenemos un mensaje entrante remitido por el acorazado síndico.

Esta vez la imagen no era la de un director general, sino la de un oficial militar síndico, cuya expresión grave blindaba cualquier atisbo de emoción.

—A todos los miembros de la flota de la Alianza, les avisamos de que tanto este buque de guerra como los cruceros pesados que lo acompañan se rigen según las órdenes del nuevo consejo ejecutivo de los Mundos Síndicos. Nuestra misión en curso es transportar a los miembros del antiguo consejo ejecutivo de regreso a Prima, el segundo planeta de nuestra estrella. Dichos miembros no tienen acceso a ningún equipo de comunicaciones ni de transmisión. Solicitamos... —El síndico hizo un ostensible gesto para fortalecer su ánimo—. Que no interrumpan nuestro avance.

Tuvo que costarles mucho enviar aquel mensaje, pero debió de ser transmitido antes de que el rebelde acorazado síndico advirtiese que la flotilla giraba para interceptarlo. ¿Emitirían un segundo mensaje, con más encarecimiento aún, para solicitarle a la flota de la Alianza que los apoyase en el combate contra la flotilla?

Geary estaba considerando aquella posibilidad, y el modo en que formularía las órdenes necesarias, cuando el consultor de comunicaciones anunció la llegada de otro mensaje, esta vez procedente del mundo habitado principal.

Geary vio un grupo de directores generales síndicos que parecían estar de pie en una zona descubierta ubicada entre varios edificios bajos, donde el suelo estaba

cubierto de hierba y el cielo conformaba un llamativo manto azul. Vestían los mismos trajes lujosos de siempre, pero por primera vez no mostraban su habitual sonrisa perfecta, calculada y falsa, sino que se presentaban con un semblante muy serio.

—Almirante Geary y representantes del gran consejo de la Alianza —comenzó uno de los directores generales—, somos los miembros del nuevo consejo ejecutivo de los Mundos Síndicos. Hemos discutido sus propuestas y queremos manifestarles nuestra voluntad de negociar su adopción para sentar las bases del fin de las hostilidades. Hemos ordenado que todas las fuerzas móviles y fijas de los Mundos Síndicos de este sistema estelar cesen toda acción ofensiva y solicitamos que ustedes suspendan también todo ataque contra los habitantes y las unidades de los Mundos Síndicos que han aceptado nuestra autoridad.

El director general imprimió aún más formalidad a sus palabras.

—Se ha deshabilitado el programa para subvertir lo que ustedes denominan «sistema de seguridad». La puerta hipernética ya no se podrá utilizar para arrasarse este sistema estelar y aniquilar su flota. Sabemos que tienen motivos para dudar de las declaraciones vertidas por los líderes de los Mundos Síndicos. Nos encontramos en la superficie de nuestro planeta. Mientras esperamos su respuesta, permaneceremos aquí como rehenes para garantizarles que su flota no corre peligro.

Parecía una propuesta interesante. Al final, poner la flota en marcha había provocado una respuesta.

En la pantalla de Geary apareció la imagen de Rione.

—He visto el mensaje. No podemos estar seguros de que se encuentran en la superficie planetaria. Podrían estar en una cámara de simulación ubicada a gran profundidad. Sin embargo, según el análisis que he ejecutado, ni siquiera los recintos construidos en el subsuelo tendrían apenas posibilidades de resistir si una puerta hipernética se colapsase y produjese una onda de choque aumentada. Los síndicos pueden ser muy traicioneros, pero sus ingenieros son tan buenos como los nuestros. Seguro que lo saben.

—¿Está diciendo que podemos fiarnos de ellos?

—Todo lo que podemos fiarnos de cualquier otro síndico. No tenemos ningún motivo para creer que estos directores generales se mueven por una ética más elevada, o que no actúan solo en interés propio, como aquellos a los que han reemplazado. En este caso, su instinto de supervivencia y su egoísmo nos vienen muy bien. Necesitaban anular la rutina del colapso para evitar la catástrofe y salvarse. —Rione adoptó una actitud más formal—. Almirante Geary, solicito permiso para que los representantes del gran consejo de la Alianza que acompañan a esta flota inicien un proceso de negociación directamente con los directores generales de los Mundos Síndicos que integran el nuevo consejo ejecutivo.

—Permiso concedido.

—Si he sabido leer entre líneas, la flotilla síndica no reconoce la autoridad del nuevo consejo ejecutivo. Preveo que este nos solicitará que defendamos su planeta de la flotilla. ¿Cómo desea que valore esta solicitud, almirante?

El dolor de cabeza que la tensión le había provocado a Geary amenazaba con regresar.

—La flota de la Alianza se enfrentará a todas las fuerzas hostiles que encuentre en este sistema estelar.

Rione sonrió.

—Muy bien. Ambiguo pero también firme. Debería cubrir todas las posibilidades. Reuniré a Sakai y Costa y estableceré comunicación con los síndicos.

—Y yo mantendré la ruta de la flota para unirnos con el destacamento de asalto e interceptar tanto el acorazado síndico como la flotilla. Si todos se mantienen en su vector actual, tendrá algo menos de veintitrés horas para resolver las cosas. Si transcurrido este tiempo no lo ha conseguido, la flotilla escapará o será fulminada.

—Lo tendré en cuenta, almirante. Recuerde que ya no necesitamos a los antiguos miembros del consejo ejecutivo síndico que viajan en el acorazado. Mientras continúen con vida supondrán una amenaza para las negociaciones.

—Lo tendré en cuenta. —Geary se preguntó si su voz habría sonado tan fría como se lo había parecido a él—. Pero no los asesinaré.

—Dudo que tenga que hacerlo, almirante. Lo más probable es que los miembros del antiguo consejo ejecutivo caigan víctimas del fuego cruzado a tres bandas. Si consiguen sobrevivir de alguna manera, los oficiales síndicos que viajen a bordo de ese acorazado muy posiblemente los ejecutarán en el acto en lugar de darles una nueva oportunidad de que regresen al poder, del mismo modo que esos mismos miembros le ordenaron en su día al director general Shalin que asesinase a los oficiales de la Alianza liderados por el almirante Bloch. —La sonrisa de Rione comunicaba la misma gelidez que la voz de Geary—. A veces las estrellas vivas se toman su tiempo, pero al final siempre nos deparan la suerte que nos merecemos.

La flotilla síndica ya debía de haber visto que la flota de la Alianza estaba en camino; sin embargo, en lugar de iniciar la huida, avanzaba sin pausa para interceptar el acorazado que pretendía escapar hacia el mundo síndico principal.

—Quieren el acorazado —le dijo Geary a Duellos en un mensaje que el capitán tardaría una hora en ver—. Tienen que perseguirlo, por lo tanto nosotros queremos que el acorazado no sufra daños y que se dirija tan rápido como pueda hacia los planetas del interior. Así la flotilla síndica se verá obligada a enfrentarse al resto de la flota de la Alianza. Intenten reducir la velocidad de la flotilla, ataquen sus flancos y, sobre todo, permanezcan atentos a los cruceros de batalla síndicos que se alejen para intentar derribar el acorazado antes de que se acerque a nosotros. Una vez que entablemos combate con la flotilla síndica, la seguridad del acorazado ya no supondrá



un problema para nosotros. —¿Había algo más?—. Procuren mantenerse fuera del alcance de las armas del acorazado. Se nos ha asegurado que no nos atacará, pero no debemos fiarnos, e incluso en el caso de que cumpla su promesa, si se acercan demasiado, el acorazado podría pensar que tienen intención de destruirlo, por lo que respondería abriendo fuego. Se despide Geary.

Desjani había ocupado de nuevo su asiento de mando; parecía descansada, relajada y contenta mientras la flota y la flotilla enemiga se acercaban a una velocidad combinada de dos décimas de la velocidad de la luz.

—Hace poco una nave de caza asesina sándica ha salido de la puerta hipernética. Parece que se va a quedar en las cercanías de la puerta.

—Un mensajero. —La nave de caza asesina había transmitido su mensaje y esperaría en la puerta hipernética hasta que recibiese una respuesta que llevar de vuelta—. Me pregunto qué pensará de todas esas minas que hay colocadas en la puerta y de todos los buques mercantes cubiertos por una nube de NAR. —Geary miró su visualizador con gesto interrogativo—. Hablando de lo cual, me extraña que los buques mercantes no se hayan movido todavía.

—Son demasiado lentos para asignarles ninguna misión —señaló Desjani—. Los sándicos, apoyen a quien apoyen, lo saben tan bien como nosotros. Una vez que fulminemos la flotilla, tendremos tiempo de sobra para regresar y aniquilar las NAR y sus buques nodriza mercantes.

El acorazado sándico que avanzaba en su dirección se encontraba a babor de las naves de la Alianza y mantenía fija su demora relativa mientras aquellas corrían a interceptarlo lo antes posible. Más alejada por babor, la flotilla sándica se cerraba sobre el acorazado y la flota de la Alianza, y poco a poco orientaba su demora hacia estribor. Casi enfrente, los cruceros de batalla y los escoltas del destacamento de asalto de la Alianza avanzaban también directas al acorazado. No obstante, aún debían transcurrir unas seis horas para que el destacamento alcanzase al acorazado para poco después empezar a enmarañarse con la flotilla, y quince horas para que la flota de la Alianza se situara lo bastante cerca de la flotilla para entablar combate.

—¿Nos conviene derribar el acorazado aunque no sea necesario? —murmuró Geary para sí.

Desjani lo oyó y le dirigió una mirada de aprobación.

—¿Le habré contagiado mi estilo? Sí, hagámoslo. Los sándicos tendrán un acorazado menos que utilizar contra nosotros en el futuro.

—Pero no queremos provocar la anarquía en el espacio sándico —le recordó Geary—. Es lo que podríamos conseguir si destruimos todas las formas de defensa.

—Sigue siendo una nave enemiga. Nuestro trabajo es destruir naves enemigas.

—La flotilla sándica también podría intentar eliminarla.

—Entonces lo tendremos aún más fácil. Los ayudamos a derribarla y después los

fulminamos a ellos.

La sugerencia de Desjani brillaba por su sencillez.

—Veremos qué sucede —dijo Geary—. Admito que estoy tentado, pero no los haré saltar en pedazos si el acorazado decide no abrir fuego contra nuestros buques de guerra.

Con gesto de insatisfacción, la capitana asintió.

—Atacarlos aprovechando una tregua sería una acción muy síndica por nuestra parte, ¿verdad? Bien. Seremos civilizados y los mataremos solo cuando nos provoquen.

—Es usted una mujer muy interesante, Tanya. —Geary se frotó los ojos—. Creo que ahora sí que ha llegado el momento de dormir un poco.

Tal vez se debiese al puro agotamiento o quizá al alivio que le provocaba saber que muy probablemente se libraría un encuentro decisivo, pero esta vez Geary cogió el sueño enseguida. Sin embargo, en lugar de las cinco horas que le habrían gustado, solo consiguió descansar cuatro antes de que llegase un mensaje del destacamento de asalto.

Duellos parecía relajado. Geary aún no había terminado de asimilar que ahora el capitán se hallase en el puente de la Inspiradora y no en el de la Osada, caída en Heradao.

—Mi intención es rodear el acorazado y los tres cruceros que lo escoltan. Ahora la flotilla síndica se encuentra alineada con los acorazados de los flancos y los cruceros de batalla del centro, por lo que mi destacamento de asalto se encontrará con un hueso duro de roer. El director general Shalin puede ser una persona ruin y despreciable, pero sabe lo que se hace. Veré qué opciones tengo para frenarlo y atacarlo, pero necesitamos los acorazados de la flota si de verdad queremos aplastar esa flotilla. Se despide Duellos.

Geary decidió posponer el descanso un día más y regresó al puente.

Desjani seguía allí, esforzándose por ignorar a la senadora Costa, que ocupaba el asiento del observador.

La senadora, por su parte, estaba concentrada en su visualizador.

—¿Esta información es correcta, almirante? ¿Nuestro destacamento de asalto atacará al enemigo en menos de dos horas?

—No exactamente —le explicó Geary mientras ocupaba su asiento—. En poco menos de dos horas, nuestro destacamento de asalto interceptará al acorazado síndico que se dirige al mundo principal. No nos enfrentaremos a él a menos que nos ataque primero.

—Entonces el combate no es inminente. —Costa parecía decepcionada.

—Espero que no. Necesito toda la potencia de esos cruceros de batalla para su lucha con la flotilla, y los acorazados son unos objetivos muy complicados incluso

cuando cuentan con tan solo tres escoltas.

—Viene aquí durante un descanso de las negociaciones con la esperanza de ver en persona cómo nuestros valientes tripulantes se enfrentaban al enemigo —se quejó Costa.

Geary miró a Desjani, que fingía no estar escuchando la conversación.

—Senadora, el destacamento de asalto se hallará a casi una hora luz de nosotros cuando se encuentre con el enemigo. No veremos lo que sucede hasta que transcurra una hora.

Costa agravó su catadura.

—Sí... por supuesto... es lógico. Por favor, avíseme antes de que el destacamento de asalto se encuentre con la flotilla síndica. Supongo que el destacamento atacará directamente el corazón del enemigo, donde se hallan sus cruceros de batalla.

—No, senadora, no es eso lo que haremos.

La senadora frunció aún más el ceño.

—Acaba de decir que los acorazados son objetivos difíciles. Entiendo que los cruceros de batalla no están diseñados para enfrentarse a un acorazado sin apoyo. ¿Por qué nuestros cruceros de batalla no iban a enfrentarse a los de los síndicos?

Geary respiró hondo antes de responder.

—Porque aparte de que nuestros cruceros de batalla se hallan en una desventaja numérica de dieciséis a nueve, lanzar nuestro destacamento de asalto contra el núcleo de la flotilla síndica dejaría expuestos nuestros cruceros de batalla y sus escoltas ante el fuego procedente de los acorazados situados en las distintas esquinas de la formación síndica, así como al fuego de una inmensa nube de escoltas síndicos. Los sesenta y un cruceros pesados de la flotilla serían de por sí un duro desafío para el destacamento de asalto.

—En ese caso, ¿por qué no se ha fortalecido nuestro destacamento de asalto?

Geary volvió a mirar a Desjani, que parecía estar pasándose en grande. *Rione dijo que ya no existía diálogo entre políticos y oficiales militares. Si esto es un ejemplo de cómo eran las conversaciones antes, no me extraña que ya no se dirijan la palabra.* Cada vez que le daba algún detalle a Costa, esta le exigía más sin tener en cuenta la información proporcionada en las respuestas anteriores. Quizá la mejor opción fuese omitir cualquier detalle que la senadora pudiera utilizar para seguir cuestionando su juicio.

—Es la decisión que tomé como comandante de la flota, senadora.

Después de considerar la respuesta durante unos instantes, Costa se levantó.

—Será mejor que continúe con las negociaciones.

Geary esperó a que la senadora abandonase el puente para girarse hacia Desjani.

—Me ha tendido una trampa.

—Me limité a informar a la senadora de que había algunas preguntas a las que el

comandante de la flota sabría responderle con más exactitud, señor.

—Gracias, capitana. Algún día le devolveré el favor.

Desjani lo escrutó con los ojos.

—¿Le preocupa algo? Duellos no embestirá el centro. Hace un año lo habríamos hecho. Hoy no.

—¿Y Kattnig? Si envía la Diestra contra el núcleo de la flotilla síndica, ¿cuántas naves lo seguirán?

—Esperemos que no muchas. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo?

—Hace... No me acuerdo.

Desjani sacó varias barritas de avituallamiento.

—Aparte de dormir, el cuerpo también necesita nutrientes.

Geary tomó las barritas con recelo y recordó el sabor repugnante de las que se vio obligado a comer durante el regreso de la flota al espacio de la Alianza.

—¿Bulgorín?

—Están muy buenas. No sé dónde comen bulgorín, pero no está mal.

—¿Qué lleva?

—No tengo ni idea, y no pienso mirar. Usted cómaselas. Tiene que mantenerse despierto por lo menos durante las próximas doce horas, de modo que su organismo necesita combustible.

—Sí, señora.

Desjani lo miró con los ojos entornados.

—Si no se encuentra en condiciones óptimas, almirante, los tripulantes y los buques de guerra de esta flota sufrirán las consecuencias.

Consciente de que Desjani tenía razón, Geary se comió las barritas, que sabían bastante bien para ser raciones de avituallamiento. Después intentó relajarse mientras observaba a través de su visualizador el avance de las formaciones de la Alianza y los Mundos Síndicos. La flotilla síndica había acelerado hasta una décima y media de la velocidad de la luz, el equivalente a unos cuarenta y cinco mil kilómetros por segundo, aunque dada la escasa ampliación de la imagen, las representaciones de las naves apenas parecían avanzar en medio de la inmensidad del sistema estelar. Sin embargo, al ampliar la vista, los buques de guerra parecían estar inmóviles, puesto que el entorno no presentaba ningún punto de referencia que permitiera apreciar la velocidad a la que viajaban.

Los síndicos se aproximaban desde un ángulo al acorazado, que había acelerado poco a poco hasta una coma dos décimas de la velocidad de la luz con dirección al mundo principal. Aun así, debería haber alcanzado una velocidad más elevada. Me pregunto qué modificaciones habrá realizado el consejo ejecutivo síndico en ese buque de guerra a lo largo de los años para hacer su vida más cómoda, a costa de las características más importantes.

Geary debió de formular la pregunta en voz alta sin darse cuenta, puesto que Desjani le respondió al instante.

—Eso explicaría algunas cosas. Nuestros sensores estiman que la masa de ese acorazado es considerablemente mayor que la de otros acorazados síndicos similares, aunque el blindaje no parece mucho más sólido. Por lo tanto, tiene que haber algo muy pesado en el interior.

—¿Una ciudadela?

—Es lo que yo creo. Algo rodeado por unas paredes de gran grosor hechas del material más denso que los síndicos podrían conseguir sin emplear sustancias radiactivas. Los líderes síndicos querían un lugar donde poder hacerse fuertes en caso de emergencia.

—Idiotas —gruñó Geary—. Pretenden aumentar su capacidad de defensa reduciendo todavía más la velocidad de un acorazado para que no pueda escapar de sus perseguidores.

El encuentro del destacamento de asalto con el acorazado síndico supuso una auténtica decepción, pues las formaciones se cruzaron a gran velocidad y fuera del alcance de disparo, sin detenerse ni emprender ninguna acción. Sin embargo, a solo dos minutos luz del acorazado se encontraba la flotilla síndica.

—Maldita sea. —Geary apretó los puños de pura frustración—. Los síndicos se mantienen a una décima y media de la velocidad de la luz.

Desjani hizo un gesto de impotencia.

—Están adelantando al acorazado en diagonal, de modo que su velocidad con respecto al mismo es de solo ocho centésimas de la velocidad de la luz. Muy adecuada para apuntar bien.

—Pero Duellos tendrá que desacelerar bruscamente, ¡de lo contrario se cruzarían a una velocidad combinada de tres décimas de la velocidad de la luz! ¿Cómo va a disparar a esa velocidad?

Desjani le trasladó la pregunta a la consultora de sistemas de combate, que sacudió la cabeza.

—La compensación de la distorsión relativista sería inadecuada, almirante. La probabilidad de acierto se elevaría como máximo al cinco por ciento, pero seguramente en la práctica sería mucho menor.

—Está desacelerando —comentó Desjani.

En su visualizador, Geary vio la misma información. Hacía una hora y cinco minutos que Duellos les había ordenado a sus naves que girasen sobre su eje de manera que los módulos de propulsión principales quedasen orientados hacia delante, tras lo que redujeron la velocidad tan rápido como la estructura y los amortiguadores inerciales de las naves lo permitieron.

—Duellos lo ha conseguido por poco —añadió Desjani admirada—. Debería

desacelerar hasta alcanzar una velocidad combinada adecuada respecto de los síndicos para que le dé tiempo a volver a colocar delante la proa de las naves y ejecutar la pasada ofensiva.

Geary debía admitir que en esta ocasión los síndicos habían hecho un uso muy inteligente de su habitual formación de cuadro. El director general síndico había dispuesto sus naves en un cuadro de baja profundidad con el lado más amplio orientado hacia delante. Las distintas esquinas estaban ocupadas por tres acorazados. En el centro, los dieciséis cruceros de batalla formaban un núcleo cuya potencia de fuego combinada compensaría su desventaja en cuanto a blindaje y protecciones. Los sesenta y un cruceros pesados se encontraban distribuidos para reforzar tanto los ya de por sí temibles grupos de acorazados situados en las esquinas como los cruceros de batalla del centro. Desperdigados entre los acorazados y los cruceros de batalla, revoloteaban los enjambres de cruceros ligeros y naves de caza asesinas. El enemigo no tenía ningún punto débil por el que los cruceros de batalla del destacamento de asalto de la Alianza pudieran abrirse paso para aplastarlo.

—Parece que Duellos se ha ladeado para atacar una de las esquinas inferiores.

Desjani asintió.

—Usted suele atacar las esquinas superiores, así que tal vez él se decantara por una de las inferiores para despistar a los síndicos.

—¿Tiendo a atacar las esquinas superiores? —Actuar de modo sistemático tenía sus riesgos, puesto que el enemigo podría advertirlo y aprovecharse de ello para mejorar su defensa.

—Sí. Era algo de lo que quería hablarle.

—Gracias. La próxima vez procure sacar el tema un poco antes. —Pese al comentario distendido, en realidad la tensión del momento le había hecho un nudo en el estómago. Duellos libró la batalla hacía ya una hora. Geary ya no podía hacer nada para influir en el combate que estaba viendo. Lo sabía, pero eso no se lo ponía más fácil, sobre todo cuando vio la formación de Duellos empezar a deshacerse de un modo que no parecía estar planeado—. ¿Qué hace...? La Diestra. ¿Adónde se dirige la Diestra? —Kattnig estaba haciendo lo que se temían: modificando el rumbo para avanzar directamente hacia la flotilla síndica en lugar de seguir la pasada ofensiva oblicua que Duellos había preparado.

Aun así, momentos después, el asombro de Geary dio paso a la incredulidad una vez que vio clara la trayectoria de la Diestra.

—¡Qué demonios!

A juzgar por su tono de desconcierto, Desjani se sentía igual.

—La Diestra se está desviando, se aleja de la formación síndica. —Miró estupefacta a Geary—. Se niega a entrar en combate.

Angustiado, Geary observó con impotencia cómo los otros cuatro cruceros de

batalla de la división de la Diestra realizaban los primeros movimientos para seguirla, tras lo que se situaron atropelladamente en sus nuevos vectores mientras sus respectivos oficiales al mando intentaban compensar sus maniobras sin que los síndicos los interceptasen.

En el escaso tiempo que tuvieron para reaccionar, algunos compensaron en exceso.

—Maldita sea —susurró Desjani con los dientes apretados mientras el destacamento de asalto de la Alianza pasaba como un rayo junto a la flotilla síndica. En ese momento, la Impuesta y la Ágil tomaron una ruta que las situó más cerca de los síndicos que el resto de buques de guerra de la Alianza.

La Impuesta saltó en mil pedazos al recibir la ráfaga concentrada que descargaron contra ella los tres acorazados síndicos que componían aquella esquina de la formación enemiga. La Ágil, desesperada por hacer honor a su nombre al doblar de nuevo hacia arriba, se tambaleó no obstante cuando fue alcanzada por varias decenas de disparos que la hicieron salir despedida hacia delante, sin capacidad de maniobrar ni de propulsarse y desprovista de muchos otros sistemas y, seguramente, de gran parte de su tripulación.

La confusión que se apoderó de los cruceros de batalla después de la acción de la Diestra debilitó el ataque de la Alianza contra los síndicos. Uno de los acorazados enemigos se estremeció al recibir varios impactos seguidos, pero a pesar de sufrir daños críticos en una zona, la nave consiguió mantenerse junto a sus compañeras.

Todo sucedió en la fracción de segundo que los dos bandos tardaron en cruzarse, tras lo que Duellos intentó hacer que su formación diese la vuelta y reconstruirla mientras los síndicos continuaban raudos en dirección al acorazado.

—Tal vez la Diestra tuviera algún problema —dijo Desjani, cuya voz seguía reflejando su incredulidad—. Las naves son nuevas. Quizá se produjese un fallo técnico en los controles de maniobras.

—Quizá. Era la mejor oportunidad de Duellos para hacer desacelerar a la flotilla. El acorazado que transporta a los antiguos líderes síndicos se puede dar por despedazado a menos que se rinda y los entregue.

—Y eso es lo que hará —dijo Desjani con amargura.

—No. Rione no lo cree, y yo tampoco. Mientras el acorazado siga luchando, sus oficiales tendrán una posibilidad de sobrevivir. Si los líderes síndicos contra los que se amotinaron recuperan el poder, todos los oficiales que viajen a bordo de esa nave morirán o suplicarán que los maten.

La flotilla recortaba distancias rápidamente, ladeándose un poco para que el acorazado y los tres cruceros pesados que lo acompañaban pasasen entre dos de las esquinas y la piña de cruceros de batalla que ocupaba el centro de la formación. De pronto, los cruceros pesados y el acorazado cambiaron de orientación y viraron en

direcciones distintas mientras el acorazado se desplazaba hacia la izquierda a fin de responder a las maniobras de la flotilla.

—Se han ido demasiado tarde —comentó Desjani mientras la flotilla adelantaba a los buques de guerra que huían. Dos de los cruceros pesados que pretendían escapar se deshicieron en nubes de fragmentos cuando sus antiguos compañeros abrieron fuego sobre ellos. El tercero se sacudió al recibir una lluvia de impactos para descomponerse acto seguido en un millar de pedazos que se alejaban dando vueltas.

A pesar del potente armamento con el que lo atacaron, el acorazado síndico no cayó fácilmente. Salto hacia delante al colapsarse sus escudos, tras lo que su blindaje fue agujereado por múltiples zonas, si bien logró abrir fuego con la contundencia suficiente para derribar uno de los cruceros de batalla y dos cruceros pesados.

La flotilla síndica desaceleró cuando pasó junto al acorazado a fin de igualar su velocidad a la del vapuleado buque de guerra, del que empezaron a brotar cápsulas de escape que se fueron dispersando a medida que se alejaban de los restos de la nave.

El destacamento de asalto de la Alianza se había reagrupado y volvía a la carga cuando la flotilla síndica se unió de nuevo al acorazado.

—Que nuestros ancestros nos amparen —susurró Desjani atónita—. Están eyectando sus cápsulas de escape.

—¿Qué demonios pretende hacer el director general Shalin? —bufó Geary—. Los miembros del antiguo consejo ejecutivo podrían viajar en esas cápsulas.

Geary no se había dado cuenta de que ahora Rione también se encontraba en el puente, pero la copresidenta decidió contestarle.

—El director general Shalin se está librando de la competencia. Desde que comanda la última unidad militar móvil de relevancia para los síndicos, su intención es tomar el poder. Me preguntaba si se daría cuenta de la oportunidad que tenía delante, pero ya veo que sí.

—Entonces también intentará eliminar el nuevo consejo ejecutivo.

—Si antes acaba con nosotros, sí.

—No podrá. ¿Por qué demonios sus naves obedecen las órdenes de disparar contra las cápsulas de escape que transportan a los tripulantes síndicos?

Desjani rió con aire lúgubre.

—Algunas no lo están haciendo. Fíjense en su formación.

El ordenado cuadro, un tanto descompuesto ahora a causa de la brusca maniobra de desaceleración, empezó a disgregarse cuando algunos de los buques de guerra abandonaron sus posiciones. Geary volvió a desear que su flota se encontrase más cerca de aquel campo de batalla en lugar de a varias horas de viaje.

—Podríamos triturarlos aprovechando su disgregación.

—Tienen que decidir a qué bando apoyar —dijo Desjani—. Por cierto, ¿en cuántos bandos se dividen ahora los síndicos? ¿En tres?



—En dos —contestó Rione—. Dado que lo más probable es que Shalin haya matado a todos los miembros del consejo ejecutivo original, podemos decir que ese «bando» ya no existe, con lo que ahora se trata de decidir entre él y el nuevo consejo ejecutivo.

—Si consigo acercarme lo suficiente a él —aseguró Geary—, haré cuanto esté en mi mano para reducir el número de bandos síndicos a tan solo uno.

—Y yo retomaré las negociaciones, para ver cómo la eliminación del antiguo consejo ejecutivo influye en la actitud del nuevo.

Cuando Rione abandonó el puente, se desplegó junto a Geary una ventana que mostraba a un teniente Íger henchido de satisfacción.

—Almirante, señor, lo tenemos.

—¿El qué?

—El buque insignia de la flotilla, señor. Por lo general es imposible distinguirlo porque se oculta entre el tráfico de la red local, pero las comunicaciones de la flotilla síndica están que arden con algún tipo de disputa interna, y logramos identificar el buque insignia. Es este crucero de batalla, señor. —Uno de los buques de guerra síndicos que aparecían en el visualizador de Geary se iluminó con más intensidad.

—Excelente. —Geary notó que una sonrisa de depredador se asomaba a su rostro—. No debemos perder el rastro de esa nave. —Una vez más, comprobó tiempos y distancias. El campo de batalla donde se enfrentaban la flotilla síndica y el ahora destrozado acorazado se acercaba poco a poco hacia la flota de la Alianza, y los síndicos supervivientes se mantenían aún en el mismo vector mientras decidían a quién obedecer. Dado que la flota de la Alianza también seguía adelante, faltaban poco más de cuatro horas para que esta se encontrase con los síndicos.

Duellos estaba mucho más cerca, pero el destacamento de asalto corría a la estela de los síndicos, que seguían atravesando raudos el espacio a algo más de una décima de la velocidad de la luz. Tendría que pasar alrededor de una hora para que Duellos pudiera ejecutar otra pasada ofensiva sobre la flotilla.

De todos modos, ¿debería hacerlo llegado el momento? Geary se fijó de nuevo en la desorganización que se había apoderado de la formación de la flotilla. Con todo, aunque los buques de guerra síndicos se disgregasen por completo, a Duellos seguiría costándole mucho neutralizarlos. Aun así, un ataque de Duellos podría provocar el resultado opuesto.

—Capitán Duellos, le habla el almirante Geary. Reduzca su velocidad de aproximación a la flotilla. Los síndicos están manteniendo discusiones internas, por lo que si los ataca, no dudarán en aplazar el debate de inmediato para enfrentarse al enemigo común. Quiero que desacelere lo suficiente para poder atacarlos desde un flanco al tiempo que el resto de la flota se acerca por el flanco opuesto. Me gustaría dejar claro que esta orden no se debe a una falta de confianza ni en usted ni en sus

naves. Vigile de cerca la flotilla síndica, y si considera que surge una gran oportunidad, tiene permiso para emprender las acciones pertinentes a discreción antes de que el resto de la flota entre dentro del radio de ataque. Se despide Geary.

Empezaron a llegar las actualizaciones de estado de las naves de Duellos, la mayoría de las cuales solo tenía pequeños desperfectos, y de la Ágil, que detalló las averías críticas que el enemigo le había provocado. Geary se tragó un reniego al leer los datos, tras lo que llamó a la Tanuki.

—Capitán Smyth, quiero que una de sus auxiliares se prepare para apoyar a la Ágil en cuanto eliminemos la amenaza de la flotilla síndica. Necesito que la Ágil vuelva a estar operativa lo antes posible.

La respuesta de Smyth apenas tardó unos segundos en llegar.

—Comprendo que necesite que la Ágil se revigore de nuevo. Enviaré la Hechicera, señor, pero el informe de daños estructurales remitido por la Ágil no tiene buen aspecto. Es posible que ninguna de mis auxiliares consiga repararla del todo.

—Entendido. —Geary se dejó hundir en su asiento sin dejar de mirar el visualizador de mala gana—. A la gente que aprueba los diseños absurdos de algunos buques de guerra se le debería obligar a entrar en combate con esos buques.

Desjani retorció los labios.

—La Ágil sufrió daños críticos a consecuencia de las decisiones de un oficial de la flota.

—Aún no sabemos por qué la Diestra cambió su rumbo.

—¿No estamos recibiendo las actualizaciones de estado de la Diestra?

—Sí, están llegando.

—¿En alguna de ellas se menciona algún problema con los sistemas de maniobras? —presionó Desjani.

—No. El cambio de rumbo se ejecutó al darse una orden de timón. Pero no sé por qué se realizó ese cambio.

—¿Importa? —Desjani guardó silencio por un momento antes de continuar hablando más despacio—. Leí los informes sobre lo que ocurrió en Beowulf, sobre las otras acciones recientes de Kattnig, y pensé: ¿por qué un oficial que ha participado en batallas tan complicadas y cruentas se comporta como un alférez novato que solo sabe fanfarronear porque en el fondo no sabe si estará a la altura en un combate real?

—Lo sé, no parece el mismo oficial.

—Tal vez no sea el mismo oficial —prosiguió Desjani con una voz apenas audible—. Quizá haya visto demasiada sangre o perdido demasiadas naves. Quizá la de Beowulf fuese una lucha demasiado sangrienta y ya no aguante más. A veces ocurre.

Geary la miró fijamente.

—Creía que el personal médico de la flota sabía detectar esas cosas.

—No siempre. Es como las celdas de interrogatorios, que solo sirven para saber lo que alguien cree que es verdad. Si una persona se convence a sí misma de que lo que dice es cierto, ese es el resultado que se obtiene. —Desjani sacudió la cabeza—. Tal vez Kattnig no fuese consciente, tal vez solo creía haber perdido el valor. El caso es que su reacción nos costó por lo menos una nave. Quizá dos.

—Todavía no... —Geary apartó la mirada.

—El capitán Duellos tendrá temporalmente el mando táctico de la Diestra, pero carece de la autoridad necesaria para destituir a Kattnig y ordenar que se le ponga bajo detención preventiva. Usted sí la tiene, así que debe hacerlo ahora.

Geary giró la cabeza para mirar a Desjani con ojos feroces.

—Esa orden tardaría una hora en llegarles. ¿Por qué está tan ansiosa por quitar de en medio a Kattnig? El capitán tiene un historial brillante. El personal médico de la flota lo declaró apto.

—Tenía un historial brillante. Si se vio sometido a demasiada presión, su deber era admitirlo antes de que se perdiera ninguna vida.

—¡Si ahora es relevado, todo el mundo creerá que lo declararé culpable de cobardía ante la presencia del enemigo! ¿Por qué tiene tanta prisa en juzgar y acabar con un hombre que lo ha dado todo por la Alianza? —preguntó con creciente acaloramiento.

Desjani lo miró colérica y se inclinó hacia él, con el rostro encendido, para susurrarle con ira contenida:

—Ese hombre ya está acabado, almirante Geary. Usted sabe muy bien cómo es esta flota. Sabe cómo pensamos. ¿Todavía no comprende algo tan básico? A ojos de los demás, Kattnig ha perdido todo su honor. Rehuyó el combate. Sus actos les costaron la vida a varios oficiales y tripulantes. Pero Kattnig no es un necio pretencioso e inconsciente como Numos. Kattnig sabe muy bien lo que hizo. Sabe lo que los demás pensarán de él. Sabe lo que le espera. ¿Qué podría hacer un hombre honrado consciente de lo que será de él, un hombre que ya ha rebasado sus límites?

Por fin Geary comprendió lo que Desjani quería decir.

—Hay que relevarlo y arrestarlo para protegerlo de sí mismo.

—Sí, almirante Geary. ¡Y más le vale no volver a insinuar siquiera que ansío acabar con un oficial competente! —A continuación se puso derecha de súbito, apartándose de él, y se quedó mirando iracunda su visualizador.

Geary intentó tranquilizarse y llamó a la Diestra.

—El capitán Kattnig queda relevado de su cargo desde este momento y deberá ser puesto bajo detención preventiva. La oficial ejecutiva de la Diestra asumirá el mando temporalmente y hasta nuevo aviso. —Finalizada la transmisión, Geary apretó los dientes—. Lo siento, capitana Desjani. No debería haberle hablado de ese modo. Fue poco profesional por mi parte acusarla de algo así, además de absurdo dado todo lo

que sé de usted.

La capitana se limitó a asentir con la cabeza, sin dejar de mirar al frente.

—Algún día de estos aprenderé a hacerle caso la primera vez que me diga algo que necesite saber.

Desjani relajó el rostro ligeramente.

—Lo creeré cuando lo vea.

—¿Cree que la Diestra recibirá la orden a tiempo?

—No. Espero estar equivocada.

—No creo que lo esté. —Permanecieron en silencio unos instantes mientras observaban cómo las formaciones de buques de guerra convergían poco a poco en sus visualizadores.

Se acercaban tanto a la flotilla síndica como al destacamento de asalto de la Alianza a una velocidad combinada cercana a las dos décimas y media de la velocidad de la luz. Así, solo tardaron una larga hora y media en comprobar que Duellos desaceleraba su destacamento de asalto en respuesta a las órdenes de Geary.

Cuando el destacamento de asalto se situó en su nuevo vector, Desjani hizo un gesto de aprobación.

—A menos que surja algún cambio, el destacamento de asalto atacará a la flotilla casi al mismo tiempo que nosotros.

Los síndicos no llegaron a disolverse del todo, pero tampoco habían recompuesto su formación. Se mantenían en su vector actual y avanzaban a ritmo constante en dirección al mundo habitado principal, de tal modo que su encuentro con la flota de la Alianza se produciría mucho antes de lo previsto.

—¿Qué plan tendrá? —se preguntó Desjani—. ¿Pasarnos como hizo con el destacamento de asalto y seguir para aniquilar al nuevo consejo ejecutivo?

—El nuevo consejo ejecutivo no será tan fácil de encontrar y atacar, puesto que tiene todo un planeta donde esconderse. —Geary apoyó el mentón sobre una mano con aire pensativo—. Rione sugirió que personalmente al director general Shalin le gustaría verme muerto y acabado.

—Para llegar a esa conclusión no se requiere una especial perspicacia, señor.

Geary prefirió ignorar el comentario.

—La cuestión es que tal vez tenga pensado derrotarme.

Desjani lo consideró y asintió con la cabeza.

—Cabe la posibilidad. La última vez que se enfrenó a esta flota, comandada por usted, perdimos... un crucero de batalla.

—Perdimos el Resistente —especificó Geary con voz firme.

—Sí, señor. Pero Shalin podría pensar que nos derrotó entonces porque sufrimos numerosas bajas en la emboscada. Tuvimos que posicionarnos de nuevo en Corvus para reagruparnos, y desde entonces no ha vuelto a luchar contra usted. Quizá esté

convencido de que es mejor comandante. —Afirmó de nuevo con la cabeza, en parte para sí misma—. Si fulminase a la flota de la Alianza y después se deshiciese del nuevo consejo ejecutivo, podría reclamar el liderazgo de los Mundos Síndicos. Suena descabellado, pero a él podría parecerle factible. Eso explicaría por qué no ha vuelto a organizar la flotilla mientras esta se debate entre si seguirlo o no. Quiere vérselas con nosotros.

La teoría encajaba a la perfección. Geary recordó el sermón que el capitán Falco le soltó acerca de cómo el espíritu de lucha podía compensar sin mayor problema la inferioridad numérica. Falco no era el único miembro de la flota de la Alianza que estaba convencido de ello, y a lo largo de las anteriores batallas contra la flota los síndicos habían mostrado múltiples señales de que compartían el mismo parecer.

—Tal vez ya ni siquiera pueda elegir. Está obligado a seguir adelante porque si se detiene, duda o se retira, ya no tendrá ninguna capacidad para mantener la flotilla unida.

Desjani profirió una carcajada diabólica.

—Si se le ocurre desacelerar, los lobos a los que lidera empezarán a perseguirlo a él y no pararán hasta derribarlo.

—Lo que significa que él también está desesperado, y que ha sido lo bastante listo para mantenerse con vida hasta hoy. —Geary se devanó los sesos intentando averiguar qué podría hacer Shalin ahora y cómo neutralizar sus acciones, pero poco después una transmisión procedente de la Diestra interrumpió su cavilación.

Reconoció a la oficial que lo miraba con insistencia desde el puente de la Diestra. Era la oficial ejecutiva de Kattnig, segunda de a bordo del crucero de batalla. En Varandal, cuando Geary subió a bordo de la Diestra para examinarla, la oficial se mostró tan profesional como discreta. Ahora tenía aspecto de estar esforzándose por mantener la compostura.

—Se presenta la comandante Yavina Lakova, oficial al mando en funciones de la Diestra. Lamento informar de que... el capitán Kattnig ha muerto. Disponía de un arma reglamentaria de pequeño calibre. Se... descargó. Según la valoración inicial, el capitán estaba examinando el arma en su camarote y... accidentalmente... se descargó. Es posible que la muerte aconteciese en el acto. Los hechos tuvieron lugar media hora antes de que recibiésemos sus órdenes concernientes al capitán Kattnig, por lo que no me ha sido posible ejecutarlas. Por lo demás, la Diestra está lista para entrar en combate. Me mantendré al mando en funciones hasta que se me notifique mi relevo. Se despide Lakova.

La pantalla se vació. Geary cerró los ojos y tomó aire muy despacio.

—Tenía razón —le dijo a Desjani.

—Mierda. Mierda. Mierda. Después de prestar un servicio ejemplar.

—No recibieron a tiempo la orden de relevarlo del mando. ¿No equivale eso a

que oficialmente nunca tuvo efecto?

—Es posible —convino Desjani.

—Es mi responsabilidad determinar la aptitud para el servicio de los oficiales que están a mi mando. He fracasado.

Desjani lo miró con gesto grave.

—No se culpe. El personal médico de la flota lo declaró apto y ninguno de los otros oficiales se imaginó que podría hacer algo así.

—Sigue siendo mi responsabilidad.

—Entonces haga lo que esté en su mano. Se abrirá una investigación oficial para determinar la causa de la muerte. Usted aprobará o desaprobará las conclusiones.

Geary extravió la mirada mientras consideraba las palabras de la capitana.

—La oficial ejecutiva de la Diestra calificó la muerte de Kattnig de accidente. ¿La burocracia de la flota aceptaría algo así?

—No tendrán más remedio que aceptarlo si el almirante de la flota respalda esa conclusión. También depende del almirante de la flota el que se investigue o no la actuación de la Diestra durante el combate previo al accidente.

—Ahora no le veo ningún sentido a esa investigación. Se lo debemos.

—Sí, tiene razón. —Desjani recuperó su tono firme—. Puede encargarse de todo eso más tarde. Ahora debemos entrar en combate. Necesita concentrarse.

—De acuerdo. Gracias, Tanya.

La capitana volvió a consultar su visualizador, pero Geary la oyó murmurar.

—Sí que me ha hecho caso a la primera.

Poco a poco, la formación síndica comenzó a cerrarse de nuevo.

—Por lo que hemos podido averiguar a partir de los patrones del tráfico de mensajes, al principio el director general síndico que encabeza la flotilla contaba con el respaldo de un tercio de las naves —informó el teniente Íger—. Sin embargo, esa fracción se mostraba muy acérrima, mientras que los dos tercios restantes eran más indecisos. Ahora parece haber convencido a todo el mundo, o por lo menos ya nadie cuestiona su autoridad.

Solo cuatro minutos luz separaban a la flota de la Alianza de la flotilla síndica.

—Se arrepentirán —aseguró Geary—. Gracias, teniente. A todas las naves del grueso de la flota de la Alianza, les habla el almirante Geary. Ocupen las posiciones de la formación modificada Zorro Cinco.

—¿La va a emplear otra vez? —preguntó Desjani—. ¿No habrán informado los supervivientes síndicos de Kaliban de cómo se desarrolló aquella batalla?

—Seguramente sí —admitió Geary—. No voy a utilizar la misma estrategia. Pero tal vez los síndicos a los que nos enfrentamos ahora piensen que sí.

A las dos, uno el grueso de la flota comenzó a dividirse y formar tres óvalos aplanados. El más grande de estos, centrado alrededor del Intrépido y orientado de

cara al enemigo, se componía de los otros tres cruceros de batalla de su división, doce acorazados y veinte cruceros pesados. Estas naves conformaban Zorro Cinco Uno. El óvalo que tomó forma sobre la formación principal contenía los siete cruceros de batalla restantes y se llamarían Zorro Cinco Dos. Por su parte, el óvalo que apareció debajo del grueso estaba compuesto por los trece acorazados restantes y todos los cruceros pesados de Zorro Cinco Tres. Los cruceros ligeros y destructores se dividieron entre Zorro Cinco Uno y Zorro Cinco Dos, mientras que las cinco auxiliares pasaron a conformar otra subformación, Zorro Cinco Cuatro, que se colocó justo detrás del grueso. El óvalo de este orientó su cara plana hacia el enemigo, mientras que los situados a escasa distancia por encima y por debajo del grueso formaban un ángulo recto con el mismo, de tal modo que el conjunto de la formación semejava una caja de tres lados abierta por dos de ellos y con la parte superior orientada hacia la flotilla síndica.

—¿Las auxiliares no cuentan con escolta? —preguntó Desjani.

—Toda la flota es la escolta —explicó Geary—. Esta vez estoy seguro de que los síndicos no se desviarán para intentar disparar primero contra las auxiliares. —Se concentró de nuevo en el destacamento de asalto, que después de la funesta pasada contra la flotilla síndica se redujo a los cuatro cruceros de batalla completos de la división de Duellos y los tres buques de guerra restantes de la clase Diestra: la Diestra, la Auspiciadora y la Predominante. El destacamento de asalto todavía contaba con una potencia de fuego considerable, aunque habría que utilizarla con cautela contra la muralla de la flotilla síndica.

Mientras la flota de la Alianza adoptaba su nueva disposición, los síndicos seguían adelante y ya se encontraban a apenas dos minutos luz de distancia, unos diez minutos del radio de ataque a la velocidad de aproximación actual. La formación de cuadro de los síndicos había recuperado su forma, aunque ya no contaba con el crucero de batalla que perdió durante el enfrentamiento contra el acorazado síndico. Una vez más, los cruceros de batalla síndicos se hallaban concentrados en el centro, con los acorazados apiñados en las distintas esquinas del cuadro. *Piensa seguir en línea recta. Espera que yo desgaste los flancos de su formación, como he hecho en otras ocasiones y como hice al emplear estas formaciones en Kaliban. Si utilizo esta táctica, él respondería colocándose de modo que pudiera embestir directamente el núcleo de la formación en un ataque centrado en el Intrépido. El buque insignia de la flota, donde viaja aquel que le robó la gloria que tanto ansiaba.*

*Y todavía te crees más listo que yo, Shalin, más listo que nadie, y me odias con toda tu alma. Arrogancia y odio. Una combinación peligrosa. Te va a costar cara.*

—De acuerdo. Reduciremos la velocidad hasta que podamos fijar un objetivo. A todas las unidades de las formaciones Zorro Cinco Uno, Zorro Cinco Dos, Zorro Cinco Tres y Zorro Cinco Cuatro, desaceleren hasta cuatro centésimas de la

velocidad de la luz a las tres cero. A todas las unidades de Zorro Cinco Dos, bajen la formación cero nueve cinco grados a las tres nueve y aceleren hasta seis centésimas de la velocidad de la luz. A todas las unidades de Zorro Cinco Tres, eleven la formación cero siete cinco grados a las tres siete y aceleren hasta seis centésimas de la velocidad de la luz. A todas las unidades de Zorro Cinco Cuatro, eleven su dirección cero nueve cero grados a las cuatro cero. —Hizo una pausa para coger aire—. Capitán Duellos, mantenga el rumbo y acelere hasta que se encuentre con el enemigo. Ataque a cuantos objetivos se crucen en su camino.

Desjani abrió los ojos como platos al mirar su visualizador.

—No va a atacar los flancos de su formación para agotarlo.

—No. Es lo que él se espera. Los flancos superior e inferior, ahí es donde cree que lo embestiré. —Sonrió a Desjani—. Soy sistemático.

La capitana esbozó una breve sonrisa mientras repasaba las maniobras con detenimiento.

—Shalin pretende hacer lo mismo que usted hizo en la primera batalla de Lakota, ¿no es así?

—Es probable. Concentrarse y embestir el núcleo de esta formación, donde nos encontramos el Intrépido y yo.

El Intrépido se había dado media vuelta y se estremecía mientras los módulos de propulsión se esforzaban por reducir la velocidad. Geary notó la tensión y oyó quejarse al casco de la nave, consciente de que si los amortiguadores inerciales fallaban, la nave se despedazaría y todas las personas que viajaban a bordo quedarían reducidas a gelatina. A su alrededor, el resto de buques de guerra de la flota de la Alianza también empezó a frenar.

El comandante síndico también se esperaba esa maniobra. En muchas ocasiones Geary había modificado la velocidad justo antes del combate, y esta vez debía desacelerar, pues si aceleraba no tendría ninguna posibilidad de alcanzar al enemigo con sus disparos.

El Intrépido giró de nuevo sobre su eje y situó la proa de cara al enemigo a tan solo unos minutos del inicio del combate. Al mismo tiempo, las subformaciones colocadas encima y debajo de la formación principal giraron hasta colocarse casi en paralelo respecto de la formación principal, y la subformación de cruceros de batalla que avanzaba por arriba se zambulló para colocarse justo por detrás del grueso; asimismo, justo delante de este, la subformación de acorazados que avanzaba por abajo ascendió para posicionarse delante del resto. A la cola, las auxiliares ascendían en vertical y se alejaban de la trayectoria de los síndicos.

—A todas las unidades, abran fuego a discreción en cuanto el enemigo entre en el radio de alcance de sus armas.

Los síndicos también estaban modificando su formación en los instantes previos



al combate a fin de reducir sus dimensiones y construir con sus naves un bloque compacto con el que atacar el núcleo de la formación principal de la Alianza.

—Si hubiéramos atacado las aristas de su formación —observó Desjani—, nos habríamos encontrado demasiado lejos para alcanzarlos con nuestros disparos mientras se compactaban. Bien pensado, almirante. Armamento —indicó al consultor de esta sección—, apunte al buque insignia enemigo.

—Un minuto para el encuentro —anunció el consultor de maniobras.

Los buques de guerra expulsaron sus misiles, que llenaron el espacio que separaba la flotilla de la flota de la Alianza, y precedieron las cortinas de metralla y lanzas infernales. A continuación, los acorazados y cruceros de batalla de la Alianza activaron sus armas de campos de anulación.

En lugar de esquivar los disparos oblicuos procedentes de las subformaciones de la Alianza y embestir la fina capa única de la formación principal, la flotilla síndica se abalanzó de cabeza hacia las tres capas de buques de guerra de la Alianza, de las cuales la primera y la última se movían rápidamente formando un ángulo casi recto respecto del movimiento de los síndicos, de tal modo que resultaban difíciles de acertar, aunque no dejaban de vaciar sus armas a lo largo del vector por el que la flotilla síndica se acercaba.

Un fogonazo inundó el espacio cuando las armas lanzaron su munición y las naves explotaron, momento en que los síndicos arremetieron contra la primera subformación de la Alianza, que incluía más acorazados que toda la flotilla síndica, y acto seguido atacaron el grueso con casi la misma cantidad de acorazados y algunos cruceros de batalla, antes de atravesar tambaleándose la tercera subformación, cuyos cruceros de batalla y múltiples escoltas vapulearon los debilitados buques de guerra síndicos.

Duelos, que se acercaba por detrás del enemigo, hizo pasar el destacamento de asalto a través de las formaciones de la Alianza con una maniobra sobrecogedora que apenas requirió una fracción de segundo para a continuación abrir fuego sobre la retaguardia de la flotilla síndica.

El encuentro entre los dos bandos duró menos de un segundo y, mientras se separaban de nuevo, Geary notó que el Intrépido todavía temblaba a consecuencia de los impactos del fuego enemigo. En lugar de concentrarse en los daños sufridos por su crucero de batalla, centró su atención en los informes que los sensores de la flota enviaban con urgencia según iban evaluando los resultados del combate.

—Buen viaje al infierno —gruñó Desjani mirando su visualizador mientras ejecutaba algunas operaciones de control de daños.

Geary sabía a qué se refería la capitana. Los quince cruceros de batalla síndicos que restaban habían desaparecido, incluido el buque insignia; unos se partieron por la mitad y otros saltaron en mil pedazos, reventados por las sucesivas capas de

acorazados y cruceros de batalla de la Alianza. El director general Shalin no gobernaría los Mundos Síndicos.

De los doce acorazados síndicos, seis continuaban tambaleándose después de sufrir daños críticos, aunque el destacamento de asalto de Duellos se estaba encargando de alcanzarlos y fulminarlos uno a uno. El resto de acorazados enemigos, fuera ya de servicio, estaban expulsando sus enjambres de cápsulas de escape.

Apenas quedaba una decena de naves de caza asesinas de las doscientas iniciales, que cayeron fulminadas por el fuego concentrado en el espacio por el que debían pasar. Diez cruceros ligeros consiguieron resistir, cinco de los cuales aún podían viajar a máxima velocidad, y casi una veintena de cruceros pesados se mantenían operativos gracias a que eran lo bastante pequeños para esquivar el fuego dirigido contra los acorazados y los cruceros de batalla, y lo bastante grandes para absorber los disparos que estuvieron a punto de barrer los buques de guerra de menor tamaño.

Cuando Duellos llamó, parecía bastante satisfecho con el resultado del encuentro.

—Tal vez necesitemos ayuda con un par de estos acorazados, pero por lo demás, todo ha salido muy bien. Quizá le interese saber que cuando mi formación se aproximaba a la suya y usted cruzaba fuego con los síndicos, nuestros sensores captaron la mayor concentración de uso de armas nunca registrada e intentaron avisarnos.

La Inspiradora volvía a alejarse, pero seguía encontrándose a menos de un minuto luz de distancia, por lo que era posible mantener una conversación más o menos fluida.

—Esa es una de las cosas que no me gustaría volver a hacer. La flota procederá a dar media vuelta, de modo que si necesita cualquier tipo de ayuda, llámeme.

Geary dio las órdenes necesarias para que las cuatro subformaciones acortasen las amplias distancias que las separaban y se agrupasen de nuevo, después de lo cual se mentalizó para afrontar la parte más difícil. La Hechicera partió para proceder a una interceptación con la maltrecha Ágil, en compañía del acorazado Custodia, que debería bastar como escolta ahora que la flotilla síndica ya no existía.

En el visualizador de Geary, una serie de símbolos y etiquetas rojos indicaban el precio que tuvo que pagar la Alianza durante el brutal intercambio de disparos con el enemigo.

Los acorazados y los escoltas de la subformación Zorro Cinco Tres, situados en vanguardia, hubieron de soportar los disparos más dañinos de los síndicos. Hasta ese momento Geary ignoraba que la Impertérrita se contaba entre esos acorazados. Absorto en la planificación y ejecución del combate, había puesto en peligro a su sobrina nieta sin siquiera saberlo. La Impertérrita había recibido muchos impactos, pero no había sufrido ninguna avería que la inhabilitase. La Orión, que seguía siendo una nave gafe, recibió la mayor parte de los disparos, por lo que necesitaba múltiples

reparaciones exhaustivas. Aparte de estas naves, los cuatro acorazados (el Impávido, el Resuelto, el Temible y el Vengativo), de los que se diría que se hallaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, fueron los que más fuego síndico recibieron.

En cuanto al grueso, los síndicos intentaron disparar sobre los cuatro cruceros de batalla, pues suponían que Geary viajaba a bordo de alguno de ellos. Aunque la capacidad de ataque del enemigo ya estaba seriamente mermada, los cuatro cruceros de batalla también recibieron graves impactos. El Arrojado fue el que se llevó la peor parte, pero el Intrépido tampoco salió ileso.

—¿Cuántos muertos? —le preguntó a Desjani.

La capitana suspiró.

—Diez confirmados. Es posible que otros tres no sobrevivan. Dentro de una semana podemos tener todas las averías reparadas y estar de nuevo en condiciones óptimas.

Si multiplicaban el número de bajas por el de las naves que componían la flota, sabrían el precio que habían pagado, que de nuevo parecía demasiado alto.

Aunque costase creerlo, los síndicos habían penetrado la tercera capa, donde la nueva Invencible fue, de lejos, la nave que sufrió más daños. Dicen que algunas naves son como imanes para el peligro, pero la Invencible parecía atraer, literalmente, el fuego enemigo.

Al igual que los acorazados de Zorro Cinco Tres, los escoltas recibieron una auténtica lluvia de fuego, en previsión de lo cual Geary optó por no asignar ningún destructor ni crucero ligero a esa formación. Cuatro cruceros pesados (el Menpo, el Hoplita, el Bukhtar y la Squamata) desaparecieron o sufrieron averías demasiado complicadas para que se pudieran reparar. Otros once recibieron impactos de extrema contundencia. En las otras subformaciones, veinte destructores y seis cruceros ligeros quedaron fuera de servicio o despedazados. A esto había que añadir el crucero de batalla Impuesta, perdido con anterioridad.

—Podría haber sido mucho peor —comentó Desjani.

—Siempre dice lo mismo.

—Porque es verdad. Hemos aplastado a los síndicos, aquí, en su sistema estelar nativo, y ya no les queda nada más que esos cruceros pesados y algunos escoltas que han salido huyendo para salvar el pellejo.

Cuando Geary miró a su alrededor vio que los consultores intercambiaban sonrisas y supo que los tripulantes de toda la flota se estarían acordando de los camaradas que cayeron en la emboscada que les tendieron antes de que él asumiese el mando, por lo que estarían celebrando el nuevo rumbo que había tomado la situación y saboreando la venganza tras haber aniquilado al director general síndico responsable. Intentó desprenderse de la melancolía que le provocaban los hombres y mujeres que murieron para que ellos pudieran vencer aquí y en otros sistemas

estelares, se obligó a animarse y participar de la alegría que se había apoderado de los ocupantes del puente del Intrépido.

Cuando por fin empezaba a sentirse mejor, su moral se volvió a desplomar de súbito al oírse la voz estremecida del consultor de operaciones.

—La puerta hipernética se está colapsando.

## Capítulo 9

GEARY se giró de inmediato hacia su visualizador, donde la representación de la puerta hipernética parpadeaba en color rojo a modo de aviso. ¿Y ahora? ¿Qué clase de broma cruel sería que todo terminase así después de haber superado todos los obstáculos que se habían encontrado en el camino?

—¿Cuánto falta para que se colapse?

No obtuvo respuesta. Cuando Geary miró hacia atrás, vio que tanto aquel consultor como todos sus compañeros se habían quedado horrorizados ante lo que contemplaban en sus visualizadores.

La voz de Desjani, firme, más alta de lo habitual, atravesó el puente.

—El almirante le ha preguntado cuánto tiempo estima el sistema que falta para el colapso.

El teniente espabiló al instante.

—Lo siento, capitana. Señor, quince minutos.

—¿Quince minutos? —repitió Geary.

—Sí, señor. Ese es el plazo. El proceso avanza muy rápido.

Geary cerró los ojos, respiró hondo y miró de nuevo su visualizador.

—No hay tiempo para que la flota adopte la formación defensiva.

—No, señor —convino Desjani, su voz ya se había tornado más relajada.

Geary activó el circuito de comunicaciones pertinente.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, les habla el almirante Geary. Como saben, la puerta hipernética de este sistema estelar se está colapsando. Se nos ha informado de que la función de fallo catastrófico ha sido deshabilitada, pero no hemos podido confirmarlo y tampoco sabemos si el sistema de seguridad funciona adecuadamente o no. No podemos predecir cuál será la potencia de la descarga energética. Todas las naves se orientarán de cara a la puerta hipernética y utilizarán todos sus escudos de proa. —Tenía que haber algo más que decir en la que podría ser su última transmisión—. En el peor de los casos, lo que queda del poder central del Gobierno de los Mundos Síndicos y sus fuerzas de combate será aniquilado junto con esta flota. Nuestro sacrificio no será en vano, y nuestros hijos no serán esclavos de esta guerra.

Rione irrumpió en el puente y se plantó frente al visualizador del asiento del observador antes de desplomarse sobre el mismo. Sin embargo, no parecía estar mirando la pantalla. Geary se preguntó en qué estaría pensando.

—¿En qué punto se encuentran las negociaciones? —le preguntó, sorprendido por ser capaz de recurrir al sarcasmo en lugar de a la amargura.

Rione agitó la cabeza rápidamente y centró su atención en Geary.

—Los síndicos están tan sorprendidos como nosotros. Cuando me marché, los

dejé gritando que ellos no lo habían hecho, que no se había ordenado iniciar el colapso, que los algoritmos de fallo catastrófico aún no podían estar operativos.

¿Qué podía decir Geary después de oír aquello?

—Gracias.

—Cinco minutos para el colapso —anunció el consultor de operaciones con voz tensa.

—Escudos de proa al máximo —notificó la consultora de sistemas de combate.

—Muy bien. —Desjani se masajeara la frente con las yemas de los dedos de una mano, ocultando su expresión. Miró a Geary y, por un momento, sonrió con tristeza—. En el peor de los casos, ha sido un placer conocerlo.

—Lo mismo digo. —A pesar de que tal vez solo les quedasen unos minutos, ni siquiera podían rozarse las manos. Habían protegido su honor hasta el momento, y seguirían haciéndolo hasta el final si eso era lo que el destino quería para ellos.

En realidad, la puerta hipernética se había colapsado hacía más de siete horas. La luz de este fenómeno empezaba a llegarles ahora y la onda de choque los alcanzaría poco después. Geary miró su visualizador, maravillado en parte por el hecho de que todo lo que se hallaba en las cercanías de la puerta hipernética podría haber desaparecido ya.

—Un minuto. —La voz del consultor se quebró.

—Muy bien —repitió Desjani con voz serena pero de nuevo cada vez más alta—. Afrontaremos esto del mismo modo que el Intrépido y su tripulación han afrontado todos los obstáculos: con honor y coraje.

Los consultores expresaron a coro su conformidad. Desjani volvió a sonreír a Geary. Este afirmó con la cabeza. Rione de nuevo tenía los ojos pegados en el espacio.

—La onda de choque llegará aproximadamente dentro de treinta segundos... Diez segundos... Cinco segundos... Cuatro... Tres... Dos... Uno.

El instante llegó y pasó, igual que en Lakota.

—Facíltame los datos actualizados de la situación, teniente —ordenó Desjani.

—Sí, capitana. Eh... ¿Capitana? —El consultor de operaciones clavó los ojos en su visualizador—. Creo que ha ocurrido. Sí. Un segundo después del tiempo estimado. La descarga de energía liberada por la puerta ha sido tan pequeña que a nuestros instrumentos les ha costado captarla. Podemos ver con claridad dónde estaba la puerta y todo el espacio intermedio. La puerta ya no existe, pero todo está bien.

—Maldita sea. —Desjani miró desconcertada a Geary—. Los directores generales síndicos decían la verdad.

Geary asintió con la cabeza, aturdido.

—Eso parece. Todos seguimos vivos.

—Es un milagro —dijo Desjani sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, sí, estamos

vivos, pero los directores generales síndicos dijeron la verdad. Nunca creí que lo harían.

—Creo que debemos darles las gracias a las estrellas vivas por el milagro y por que sigamos con vida. —Geary pulsó algunos controles—. A todas las unidades de la flota de la Alianza, les habla el almirante Geary. El mecanismo de seguridad de la puerta hipernética ha funcionado correctamente. El peligro ha pasado. Continúen con las operaciones que tenían asignadas. —Se dio media vuelta para mirar a Rione—. Creo que puede seguir adelante con las negociaciones, señora copresidenta.

Rione se levantó, sonriendo.

—Así lo haré, almirante. Y esta noche encenderé una vela por la capitana Crésida. Cuando Rione se marchó, Geary miró a Desjani.

—Recuérdeme que haga lo mismo.

—No debería tener que recordársele —le dijo Desjani con un tono casi tan reprobatorio como el que había empleado con los consultores—. Pero lo haré, antes de que yo también encienda una vela por ella. Ahora la pregunta es: ¿por qué se colapsó la puerta?

—Alguien leal a los antiguos líderes síndicos, dispuesto a morir por la causa, debió de enviar la orden —especuló Geary—. O...

—En efecto; o nuestros amigos misteriosos. Debieron de averiguar de alguna manera que nos encontrábamos aquí y decidieron provocar el colapso. —Desjani se reclinó en su asiento, todavía tensa—. Si hubieran enviado la orden con más antelación, antes de que los síndicos desactivasen las rutinas de colapso catastrófico, habrían decapitado los Mundos Síndicos y aniquilado a la flota de la Alianza.

—Bien por ellos. —Geary se frotó el mentón y pensó en los asuntos que seguían pendientes—. Esto no va a terminar aquí, ¿verdad?

—Puede estar seguro de que no, señor.

—Existe una manera de que los alienígenas averiguasen que estábamos aquí, y es a través de las naves síndicas. —Geary tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de su asiento—. Algunos buques de guerra síndicos, sobre todo los acorazados, están inutilizados pero siguen intactos. Tenemos que enviarles algunas de nuestras naves para «proporcionarles apoyo». —Desjani lo miró enarcando las cejas con incredulidad—. Introduciremos algunos de nuestros hombres a bordo con ellos, les guste o no. Y realizaremos un gesto humanitario: asistiremos a los heridos y evacuaremos a los tripulantes que no pudieron abandonar las naves en las cápsulas de escape. Mientras tanto, también examinaremos sus sistemas operativos para comprobar si están infectados o no por los gusanos de los alienígenas.

El semblante de Desjani se iluminó.

—Si se confirma la presencia de los gusanos, sabremos que los síndicos desconocen su existencia.

—Exacto. Y averiguaremos cómo descubrieron los alienígenas que estábamos aquí. Si no encontramos gusanos, podría deberse a que los síndicos también han averiguado cómo neutralizarlos, o a que los alienígenas optaron por no espiar a los síndicos.

—Yo que usted no apostaría por la segunda posibilidad. Sean lo que sean esas cosas, parecen dispuestas a sacarnos toda la ventaja posible. —Desjani sacudió la cabeza—. Pero la tapadera será que pretendemos ayudar a los síndicos. Aunque los tripulantes no se pelearán por formar parte de los equipos de socorro.

—Lo sé. —Geary sonrió—. Pero tengo muchos marines.

La general Carabali, lejos de alarmarse al recibir las nuevas órdenes, sonrió casi imperceptiblemente por la satisfacción que le produjo conocer la verdadera razón de la misión de socorro.

—Almirante, le recomiendo que acerque cuanto pueda los acorazados y cruceros de batalla que transportan a mis marines a los buques de guerra síndicos averiados. Con los cañones de la flota en las cercanías, reduciremos las posibilidades de que los síndicos decidan oponer resistencia, la cual podría causar más daños en los sistemas del enemigo.

Por no hablar de los daños que sufrirían las propias tripulaciones síndicas.

—Buena idea. Organizaremos el plan ahora. La avisaré en cuanto se elijan las naves para que pueda informar a sus marines. Si necesita la ayuda de algún experto en los sistemas de la flota, avíseme y reuniré a todos los «voluntarios» que hagan falta.

—Gracias, señor. Varios de mis marines conocen los sistemas y tendría que bastar con ellos, pero es posible que necesiten informes acerca de los gusanos que deben buscar, dado que usted dice que fueron desarrollados a partir de unos principios inusuales.

—Muy inusuales, general. Me cercioraré de que los oficiales de seguridad de sistemas de las naves asignadas estén listos para proporcionarles esos informes.

Intentó tranquilizarse de nuevo. A menos que la estrella se convirtiera en una nova sin previo aviso, no debería haber nada más que pusiera a la flota en peligro. Aun así, cuando el último acorazado síndico desapareció bajo el fuego del destacamento de asalto de Duellos, Geary llamó a los políticos.

—Podrían informar al nuevo consejo ejecutivo de que si nos aseguran que los buques de guerra que quedan de la flotilla no nos atacan, nos comprometemos a no destruirlos.

Rione esbozó una sonrisa apagada.

—Intuyo que los nuevos líderes síndicos se mostrarán muy interesados por conservar todos los buques de guerra que puedan. Lo felicito por su victoria, almirante.



—Gracias. Cuento con usted para que esta victoria dé paso a un nuevo tiempo de paz.

—Haré cuanto esté en mi mano.

Las siguientes horas transcurrieron bastante deprisa entre unas y otras distracciones mientras una parte de la flota de la Alianza se aproximaba a algunos de los acorazados síndicos inutilizados y procedía al envío de los equipos de marines de socorro (EMS), los cuales no se diferenciaban demasiado en cuanto a composición, armadura y armamento de los pelotones de marines de asalto (PMA).

—Un EMS opera principalmente en misiones de colaboración, mientras que un PMA opera sobre todo en misiones de combate —explicó la general Carabali—. Por supuesto, ambos cuerpos están configurados de manera que el EMS pueda pasar a funcionar como el PMA y viceversa.

—Entonces —dijo Geary—, son exactamente la misma cosa pero con distinto nombre.

—No, señor —respondió Carabali con seriedad—. Son cosas distintas que tienen exactamente las mismas aptitudes. Las instrucciones tácticas son muy claras en ese aspecto.

Profundizar en cuestiones semánticas con una marine avalada por las definiciones oficiales no parecía el mejor modo de aprovechar el tiempo, de manera que Geary prefirió dar por buena la lógica establecida y continuó viendo cómo los marines peinaban los restos de los acorazados síndicos. En varias ocasiones cayó en la tentación y accedió a las imágenes de distintos marines, los vídeos de mando y control que ofrecían la misma vista que esos marines obtenían a través de los visores de sus cascos. Sin embargo, el interior de los distintos acorazados síndicos siempre parecía el mismo, puesto que debido a los daños internos todas las naves parecían el mismo montón de chatarra. Cada vez que encontraban un grupo de síndicos superviviente que había sido abandonado y que no tenía acceso a una cápsula de escape operativa, los marines insistían en que salieran de la nave inutilizada junto con ellos, lo cual (según le aseguró a Geary la general Carabali) no significaba que tomaran prisioneros a aquellos síndicos.

—La mayor parte de los sistemas de los acorazados quedaron inservibles y los que seguían funcionando fueron borrados cuando la tripulación abandonó la nave —informó Carabali finalmente—. Aun así, los programadores especializados en sistemas de la flota nos dijeron que estos inusuales gusanos no se verían afectados por un borrado o un saneamiento normales de los sistemas, y estaban en lo cierto. Encontramos rastros de esos gusanos en varios puntos.

De modo que Boyens no ocultó ninguna información sobre los gusanos de los alienígenas. Todo apuntaba a que en efecto los síndicos no conocían su existencia.

—¿Qué sistemas se vieron afectados?

—No lo sabemos con certeza —admitió Carabali—. Los acorazados enemigos sufrieron tantos destrozos que las rutinas de control de daños desviaron las funciones automáticamente a través de los procesadores disponibles y los servidores y redes internos. En consecuencia, no podemos identificar qué subsistemas específicos de las naves síndicas infectaron los gusanos.

—Gracias, general. Ha hecho un trabajo excelente.

—¿Habrá más trabajo para mis marines, señor? ¿Sobre superficie planetaria?

—No lo sé, general. La avisaré en cuanto tenga más información.

Geary se frotó los ojos de nuevo y deseó poder descansar un poco de verdad. Se había retirado a su camarote, pero en ese momento el compartimento, más que un refugio, le parecía más bien una prisión. ¿Cuánto se alargarían las conversaciones de los políticos? Estos habían sacado del calabozo al director general Boyens para que los ayudara, lo cual podría ser o no una buena señal.

Geary activó un visualizador y amplió la vista para ver qué estaba ocurriendo. Cerca del punto que ocupaba la puerta hipernética se encontraba todavía la masa de buques mercantes y las NAR que estos transportaban, casi inmóviles, como si esperasen a recibir órdenes a pesar de que el curso de los acontecimientos hubiera desbaratado su misión por completo y de que ya no existiera ninguna puerta hipernética por la que pudieran entrar unos atacantes a los que aniquilar con una emboscada. La solitaria nave de caza asesina que entró por la puerta hipernética antes de que esta se colapsara partió desde el límite del sistema estelar en dirección al punto de salto hacia Mandalón, aunque a una velocidad que sugería que no esperaba recibir pronto la orden de saltar.

El capitán Smyth, de la Tanuki, no había parado ni un segundo mientras les ordenaba a las demás auxiliares que se aproximasen a los buques de guerra más perjudicados y prestasen especial apoyo en la reparación de los daños más graves.

Geary había hablado con la comandante Lakova, de la Diestra, para proceder a su nombramiento formal como oficial al mando hasta nuevo aviso y darle a entender con bastante claridad que quería que la investigación de la muerte del capitán Kattnig concluyese con la mayor brevedad, así como los resultados que esperaba conocer. Por su parte, Lakova se mostró dispuesta a seguir el ejemplo que Geary estaba dando con aquella cuestión.

—No sé por qué las cosas salieron así durante el combate, pero Kattnig era un buen oficial, almirante.

—Así es como se le recordará —prometió Geary.

Geary vio avanzar su flota, estudió los informes actualizados que recogían el número de bajas, la cuantía de los daños y el estado de las reparaciones, y esperó, apesadumbrado por una extraña impotencia pese a su cargo de almirante de la flota.

Cuando por fin requirieron su presencia en la sala de negociaciones, Geary se

detuvo con deliberación para arreglarse el uniforme, tras lo que recorrió los pasillos del Intrépido acompasadamente hasta que llegó al compartimento protegido que había junto a las instalaciones de Inteligencia. A la entrada montaba guardia una unidad de marines, algunos de los cuales velaban por la seguridad de los allí reunidos, mientras que otros eran los que habían traído a Boyens y deberían llevarlo después de regreso al calabozo. Dentro de la sala, los senadores de la Alianza y el director general Boyens estaban sentados en torno a la misma mesa. No había presencias virtuales ni imágenes en las pantallas de comunicaciones activas de ningún líder o negociador síndico. Costa tenía un aire beligerante y obstinado; Sakai parecía un tanto inseguro; y Rione, como de costumbre, optaba por enmascarar lo que sentía de verdad. El director general Boyens parecía estar simplemente abatido.

Cuando Geary tomó asiento, Rione deslizó hacia él una unidad de datos.

—Hemos llegado a un acuerdo. Los nuevos líderes de los Mundos Síndicos han aceptado una serie de condiciones que en esencia se corresponden con las propuestas por el gran consejo de la Alianza.

La noticia guardaba tan poca relación con el semblante de los ocupantes de la mesa que Geary tuvo que repasarla con detenimiento para asegurarse de que había oído bien.

—¿No es algo bueno?

Sakai asintió con la cabeza.

—Es algo muy bueno, almirante. —Su gesto se agravó ligeramente cuando miró a Geary a los ojos—. Lo que ve es producto de la sensación de incredulidad que compartimos. Ninguno de nosotros puede creer realmente que este sea el fin de las hostilidades formales entre la Alianza y los Mundos Síndicos. La guerra ha formado parte de nuestra vida desde que nacimos.

El senador había dicho algo que llamó la atención de Geary.

—¿Hostilidades formales?

—Sí —intervino Costa con un tono que parecía rezumar ácido—. Los líderes síndicos, los antiguos, llevaron sus planetas a una situación límite. Los nuevos dirigentes han confesado que por lo que ellos saben, lo que vimos en Atalia, en Parnosa y aquí se está repitiendo en distintas zonas del espacio síndico. Rebelión. Revolución. En algunos casos, incluso anarquía.

—Los Mundos Síndicos —continuó Rione— se están desmoronando. Nosotros les asestamos el golpe de gracia cuando pulverizamos la flotilla en esta región. Al hacer eso eliminamos la última fuerza móvil de relevancia que respondía a las órdenes de la autoridad central.

—No respondía a las órdenes de la autoridad central antes de que ustedes la destruyeran —dijo Boyens apesadumbrado.

—Cierto. En cualquier caso, la flotilla era el único medio que le quedaba a la

autoridad central para suprimir los factores que estaban carcomiendo los lazos que durante tanto tiempo han mantenido a raya a los pueblos y los mundos. Este proceso se está dando en mayor o menor medida a lo largo y ancho del espacio síndico, pero en el fondo los nuevos líderes síndicos ya no controlan todo lo que antes conformaba los Mundos Síndicos. Esto también complicará el regreso de los prisioneros de guerra de la Alianza, y es muy posible que la flota se vea obligada a emprender acciones para garantizar que los distintos sistemas estelares se atengan a este acuerdo de entregar y responsabilizarse de todos los prisioneros.

Por fin Geary comprendió el porqué de aquella atmósfera de aflicción.

—Entonces el tratado no significa nada.

Sakai agitó la cabeza.

—No, almirante, no debemos irnos a ese extremo. Ya no tenemos que temer un posible ataque de las fuerzas que operan bajo el control de los Mundos Síndicos.

—No obstante, la de los poderes sucesorios de los Mundos Síndicos es otra cuestión —espetó Costa—. Los síndicos de esta región no terminan de comprender lo que está ocurriendo en el resto del espacio síndico, es decir, del antiguo espacio síndico, pero sí que saben que los distintos sistemas estelares y grupos de sistemas estelares se están descomponiendo. Intentarán mantener los Mundos Síndicos, pero las posibilidades de que estos conserven la extensión y la fuerza que tenían antes son bastante escasas.

—Ninguno de los poderes sucesorios tiene tanto peso como para suponer una amenaza para la Alianza —dijo Sakai.

—Todavía no —repuso Costa—. Pero algunos de los antiguos sistemas estelares síndicos más acaudalados disponen de astilleros inmensos, lo que significa que cabe la posibilidad de que con el tiempo construyan sus propias flotas, las cuales podrían servir tanto en misiones de defensa como de conquista.

Geary se frotó la frente con las palmas de las manos y pensó detenidamente en ello.

—La gran guerra ha terminado, pero el espacio síndico sigue presentando amenazas menores para la seguridad.

—Amenazas que no podemos permitir dejar crecer hasta que con el tiempo terminen perjudicando a la Alianza. —Costa clavó una mirada sombría en la mesa—. Lo cual no equivale a decir que no siga existiendo una gran amenaza ahí fuera. —La senadora pulsó con brusquedad los controles que tenía ante ella—. Una nave mensajera síndica ha llegado a este sistema estelar hace poco. Los nuevos líderes de los Mundos Síndicos nos enviaron la transmisión de la misma junto con una solicitud de apoyo. Primero intentan aniquilarnos y después nos suplican que los ayudemos.

La imagen de uno de los directores generales síndicos se proyectó sobre la mesa. En lugar de mostrarse tranquila y arrogante, que era lo que Geary estaba

acostumbrado a ver, esta directora general daba la sensación de sentirse desesperada.

—Hemos emitido múltiples solicitudes de apoyo defensivo que no han tenido respuesta. Ahora necesitamos ayuda con carácter de urgencia. Hemos recibido un ultimátum de la raza enigmática a través del cual esta nos exige que la humanidad proceda a la evacuación completa de este sistema estelar.

—¿La raza enigmática? —repitió Geary—. ¿Así es como los síndicos llaman a los alienígenas?

Boyens afirmó con la cabeza.

—No parecía un dato relevante. Si le sirve de consuelo, solo tres miembros del nuevo consejo ejecutivo conocían la existencia de los alienígenas antes de esto. El resto nunca fue considerado apto para recibir esa información. Por cierto, quien aparece en la pantalla es la directora general Gwen Icení, del sistema estelar Céntrica. Una persona honrada y decente pese a su cargo, si me permite darle mi opinión.

La directora general Icení continuaba hablando.

—El ultimátum no propone iniciar un proceso de negociación ni llegar a una solución intermedia, y todos los intentos de ponernos en contacto con la raza enigmática han sido ignorados, salvo por la reiteración de sus exigencias. Aparte de las defensas permanentes con las que cuenta este sistema estelar, solo disponemos de algunas tropas ligeras de combate. Según me han informado, ya no contamos con la flotilla destinada en esta región. Los demás recursos también se retiraron de esta frontera y se enviaron a luchar contra la Alianza. Ahora no disponemos de los medios necesarios para defendernos, pero nos es imposible evacuar siquiera a la mitad de la población de este sistema estelar antes de que se cumpla el plazo impuesto por la raza enigmática. Solicitamos ayuda, toda la que nos puedan ofrecer. De lo contrario, la mayor parte de la población seguirá aquí y se encontrará prácticamente indefensa cuando el tiempo se agote y la raza enigmática se presente para tomar posesión del sistema estelar. Lucharemos, pero la victoria es imposible a menos que recibamos ayuda. —La imagen se desvaneció y fue sustituida por un documento de texto simple que recogía las exigencias de los alienígenas y el plazo límite, el cual Geary comprobó que se cumpliría en poco más de tres semanas.

Rione rompió el silencio que se impuso al término de la transmisión.

—Finalmente se ha producido otra de las cosas que nos temíamos. Los alienígenas pretenden apoderarse del espacio síndico aprovechándose de la posición de desventaja en el que este se encuentra.

—Pretenden apoderarse del espacio de los humanos —corrigió Sakai—. Una parte de la humanidad se halla en una posición de desventaja, pero cada victoria que los alienígenas consigan mermará un poco más la capacidad que la humanidad en su conjunto tenga para enfrentarse a ellos más adelante.

—Entre la Alianza y esa frontera hay una gran distancia —gruñó Costa.

—Eso depende de cómo la mida —dijo Rione—. ¿En años luz? Sí. ¿En saltos? Siguen estando lejos. Pero ¿y a través de la hipernet? El viaje se reduciría a cuatro semanas.

—Bastante aproximado —afirmó Sakai.

Costa ensombreció su expresión un poco más.

—El gran consejo puede debatir la situación y decidir qué hacer.

—No queda tiempo para eso —insistió Sakai—. El plazo se cumpliría antes de que regresásemos del viaje de vuelta al espacio de la Alianza.

—Lo siento mucho por los síndicos. El gran consejo...

—Le ha concedido al almirante Geary la autoridad necesaria para tomar las decisiones relacionadas con el conflicto con los alienígenas —intervino Rione—. Nosotros podemos ofrecerle nuestro consejo, pero él tiene la autoridad, concedida por la totalidad del consejo, para decidir qué acciones emprender.

Y ahora todos los presentes volvieron a centrar su atención en él. Geary sintió una nostalgia repentina por los viejos tiempos, cuando era un simple oficial que también podía mirar a aquel sobre el que recayese la responsabilidad de resolver todos los problemas que surgieran. Pero desde la emboscada con la que los síndicos los sorprendieron en Grendel, desde los días que pasaron en aquel sistema estelar y que llevaron a aquel ataque, todos lo miraban a él. Qué curioso que todavía no se hubiera acostumbrado.

Desconocía que los alienígenas pudieran desplazarse. Ahora tenía un problema definido que solucionar y una flota que por fin había ganado la guerra pero que pronto descubriría que habría de enfrentarse a un nuevo rival.

Con todo, ahora Geary contaba con otra persona a la que formularle sus preguntas, de modo que se giró hacia Boyens.

—¿Por qué allí? ¿Por qué ese sistema estelar y no otro? ¿Por qué es el primero que los alienígenas quieren conquistar?

—Por su ubicación. —Boyens abrió una imagen de esa región del espacio síndico y señaló una estrella situada en la frontera con los alienígenas—. El sistema estelar Céntrica se llama así porque se encuentra muy bien situado respecto de otras estrellas. Desde Céntrica las naves pueden saltar directamente a otros ocho sistemas estelares. Se trata de un punto de referencia excepcional.

Geary notó que su mandíbula se tensaba al ver la imagen.

—Lo que lo convierte en la bisagra defensiva de todo ese sector, ¿no es así? Si los alienígenas controlan Céntrica, podrán presionar a esos ocho sistemas estelares y forzar su evacuación. Toda la defensa de la frontera se desmoronaría.

—Uno de los ocho sistemas estelares ya se encuentra bajo el control de los alienígenas, pero lo que dice es cierto. Se podría llegar saltando a demasiados sistemas estelares para que pudiéramos defendernos. Tendríamos que replegarnos por

la frontera hasta que pudiéramos establecer una nueva línea donde el alcance de los saltos limitase el número de sistemas estelares amenazados directamente.

—¿Tendríamos? —repitió Costa con sequedad.

Boyens se sonrojó ligeramente.

—Me refiero a los Mundos Síndicos.

—Los Mundos Síndicos ya no existen.

—Eso todavía está por decidir, sobre todo en lugares como la frontera, pero si es necesario, estableceremos una nueva agrupación de sistemas estelares a lo largo de la frontera. No podemos permitir que esa zona se deshaga. Los sistemas estelares por sí solos no podrían reunir los recursos necesarios para defender la región.

—Supongo que con «no podemos» —dijo Rione— se refiere a los pueblos de los sistemas estelares de la zona fronteriza.

—Correcto. —Boyens miró el visualizador con ojos furiosos—. Con lo que quede de ellos. Escuchen, sé lo que piensan de nosotros, y lo que piensan de mí. Pero ahora tenemos un enemigo común, un motivo por el que permanecer unidos.

—¿Por qué son sus enemigos? —preguntó Sakai—. ¿Cómo ha sido la relación entre los Mundos Síndicos y la raza enigmática hasta ahora?

—No conozco todos los hechos —insistió Boyens—, sobre todo los acontecidos durante los primeros años, hace un siglo. Sé que siempre hemos intentado desentrañar sus secretos, pero por lo que tengo entendido, nunca lo conseguimos.

—Los provocaron —afirmó Costa con tono acusador—. Y ahora quieren que les salvemos su despreciable pellejo del destino que se buscaron ustedes solos.

—¡Yo no sé todo lo que hemos hecho! Pero ¿qué importa? En cualquier caso, ya es historia. Lo que pasó, pasó, y ya no se puede cambiar. Ahora, hoy, millones de personas inocentes sufrirán si ustedes no hacen nada.

Rione, que había estado pulsando distintos controles con suavidad, se detuvo y miró a Boyens.

—Según parece, si los alienígenas se apoderan de este sistema estelar, tendrán que abandonar más de veinte sistemas estelares adicionales a fin de restablecer una frontera defensiva.

Boyens miró el visualizador y asintió con la cabeza.

—Algo así. Habría que trasladar a varios miles de millones de personas.

—¿Cuentan con las naves necesarias para una operación de esa envergadura?

—¿En la región fronteriza? No. ¿En el conjunto del espacio síndico? No lo sé. Lo dudo. De todos modos, ahora no podemos organizar algo así.

—¿Qué les ocurre a los humanos que permanecen en los planetas que ocupan los alienígenas?

—Lo ignoro. Nadie lo sabe. Nunca se ha establecido ningún contacto ni se ha encontrado ninguna prueba o rastro. Todas las naves que enviamos para intentar

averiguar algo desaparecieron sin que nunca se volviera a saber nada de ellas.

Nadie dijo nada más por un momento, hasta que por fin Rione giró la cabeza hacia Geary.

—¿Tenemos elección?

—¿Qué opina de ese ultimátum? —preguntó Geary en respuesta—. ¿Encaja con lo que la otra directora general dijo sobre el mismo?

—Sí. Es terminante, directo, inequívoco, y no contiene ningún fragmento que nos permita intuir cómo razonan los alienígenas. Podría haberlo redactado una persona.

—Tal vez sí que lo escribiese un humano, ya que los síndicos no saben qué fue de sus compatriotas capturados por los alienígenas.

Sakai estudió detenidamente el texto del ultimátum.

—¿Prisioneros? ¿Esclavos? ¿Sirvientes? ¿Invitados? ¿Mascotas? Ojalá supiéramos qué es lo que nos consideran.

—Ha olvidado «muertos» —añadió Rione en voz baja—. De cualquier manera posible. Tenemos que encontrar la respuesta a esa pregunta. Mientras la desconozcamos, no sabremos si existe la posibilidad de convivir en paz.

—¿En paz? —repitió Costa con desdén—. Sean lo que sean esos seres, la paz no parece una opción. ¡Recuerde lo que hicieron en Kalixa! ¡Son despiadados!

Rione le sostuvo la mirada a Costa.

—Recuerdo que algunos deseaban utilizar las puertas hipernéticas a modo de armas a pesar de ser conscientes de la devastación que eso provocaría. Los antiguos líderes de los síndicos tomaron esa decisión. Si al final resulta que los alienígenas son humanos, yo no encontraría ningún consuelo en ello.

Costa se ruborizó, pero de nuevo dirigió su atención a Geary.

—Bien, almirante, ¿ha pensado lo que va a hacer?

*Dar gracias por no haberme involucrado nunca en el mundo de la política.* Geary se limitó a señalar el texto del ultimátum y el visualizador estelar.

—Antes de tomar una decisión, quiero hablar con algunos de mis oficiales. —Fue a levantarse cuando miró de nuevo a Boyens—. ¿Hay algo más que nos pueda decir? Mientras más información nos dé, más inclinado me sentiré a acudir en auxilio de esa gente.

—Mi pueblo —murmuró Boyens—. Les he dicho todo lo que sé. Salvo una cosa. Nos acusan de haber provocado a la raza enigmática, de hacer que se volviera hostil con los humanos. Les he dicho que no sé lo que los Mundos Síndicos hicieron durante las primeras décadas que transcurrieron desde que estableciéramos contacto, y esa es la verdad. Pero nuestras órdenes, al menos durante la última década, consistían en no hacer nada que pudiera incomodar a los alienígenas, nada que pudiera aumentar la tensión o dar origen a un conflicto. Siempre pensé que se debía a que no podíamos permitirnos luchar en dos frentes al mismo tiempo. Quizá había otra



razón. Pero llevamos mucho tiempo sin hacer nada.

—Es posible que los alienígenas tarden más que nosotros en olvidar las cosas —aventuró Sakai.

Boyens lo miró fijamente y asintió.

—Tal vez. No puedo jurar que no ocurriera nada. Es solo que yo desconozco esos acontecimientos. Al menos si han tenido lugar en los últimos tiempos.

—Hay actividades compartimentadas —comentó Rione—. Acciones que se desarrollan al margen incluso de quienes operan en las mismas regiones. ¿Habría estado usted al tanto de las mismas?

Geary notó cómo titubeaba Boyens. No necesitaba una celda de interrogatorios para saber que al director general síndico le costaba decidir si mentir o no. Así y todo, por fin Boyens sacudió la cabeza.

—No. No necesariamente. Pero ¿por qué iba nadie a hacer algo así?

—¿Por qué los Mundos Síndicos le declararon la guerra a la Alianza? —preguntó Geary.

Boyens lo miró a los ojos.

—No lo sé. Supongo que pensaban que podían vencer. Ignoro por qué llegaron a esa conclusión.

—Supongo que los directores generales de los Mundos Síndicos especularán acerca de los motivos —comentó Rione.

—No tanto. No importa. No importaba. Importaba hace un siglo, cuando tomaron la estúpida decisión de declarar la guerra. Si hablamos sobre ello, es todo lo que dijimos. Fue una insensatez. Pero los motivos por los que la guerra comenzó dejaron de importar hace mucho tiempo. Nos vimos inmersos en el conflicto, eso es todo, y nadie sabía cómo salir. —El director general síndico agachó la cabeza, pero no antes de que todos vieran su expresión de congoja—. Créanme, algunos queríamos ponerle fin, pero al no saber cómo, solo podíamos seguir luchando.

—Gracias. Almirante, ¿podrían sus marines escoltar al director general Boyens de regreso a su celda? —Rione esperó a que los escoltas se llevasen al prisionero síndico y a continuación suspiró—. Mi recomendación es acudir en defensa de la antigua frontera síndica. Si dejamos que se desmorone y permitimos que los alienígenas tomen el control de una gran parte de los antiguos sistemas estelares síndicos, cabe la posibilidad de que después la Alianza ya no pueda remediarlo.

Sakai hizo un gesto de aprobación.

—También es lo que yo recomiendo.

—Yo no. Ya se ha derramado demasiada sangre por culpa de los síndicos —declaró Costa—. Este problema se lo buscaron ellos solos. Pues que ellos solos lo solucionen.

—¿Y si fracasan? —preguntó Sakai—. ¿No se vería obligada la Alianza a

afrontar las consecuencias de ese fracaso tarde o temprano?

—Los síndicos llevan un siglo luchando contra nosotros —replicó Costa—. Si de verdad quisieran enfrentarse a los alienígenas, les plantarían cara en lugar de suplicarnos que solucionásemos este desastre. Ya hemos perdido bastantes hombres y mujeres, además de muchos niños, en esta guerra. Hemos llevado la Alianza al borde de la bancarrota, y lo hemos hecho porque había que hacerlo. Pero no tenemos por qué implicarnos en un conflicto entre los síndicos y una raza alienígena cuyo poder y motivación desconocemos. No tenemos por qué tomar la estúpida decisión de comenzar otra guerra. —La referencia a la insensatez que cegaba a los líderes síndicos un siglo atrás era demasiado obvia como para ignorarla.

—Si ahora tomamos la decisión de no viajar a ese sistema estelar —dijo Rione—, tendremos muchas menos posibilidades de tratar con los alienígenas más adelante. Ni siquiera podremos establecer un contacto directo con ellos a menos que los síndicos nos lo permitan. Si vamos a ese sistema estelar, mantendremos nuestra capacidad de actuación. No ir equivale a dejar que todo salga en función de las acciones que emprendan los alienígenas y los síndicos y, personalmente, no confío demasiado en ninguna de las dos partes. A la Alianza le conviene tener un asiento en la mesa, y para ello necesita viajar a Céntrica.

—Nuestra sola presencia podría eliminar la amenaza alienígena —convino Sakai—. Si esos seres actúan alentados por la debilidad de los síndicos, tal vez baste con una demostración de fuerza para detenerlos.

—¡Haga memoria! —bufó Costa—. ¡La historia está plagada de guerras que estallaron porque alguien creyó que una demostración de fuerza lo solucionaría todo!

—Yo no he dicho que vaya a solucionarlo todo. He sugerido que podría ayudarnos a atajar el problema. Si no es así, seguiré habiendo otras alternativas a la lucha.

—¿Cree que una flota de la Alianza se echaría atrás ante una fuerza hostil?

—Eso depende —contestó Rione— de quién encabece la flota. El almirante Geary no ha expresado su parecer, pero ahora sabe lo que nosotros opinamos. Sugiero que le demos tiempo para considerar nuestras opciones y consultar con sus consejeros de confianza. —Asintió con la cabeza para Geary, al igual que Sakai y, un momento después y aunque obviamente a regañadientes, lo hizo Costa.

Geary les respondió de forma cortés con el mismo gesto, procurando no dejar entrever lo que pensaba. También él consideraba que era necesario viajar a Céntrica, pero antes de tomar una decisión quería hablar con otros oficiales de la flota, y sabía que tenía que sacar a colación otro tema.

—¿Los síndicos han aportado alguna pista acerca de quién dio la orden de colapsar la puerta hipernética de esta región?

Sakai negó con la cabeza.

—Aseguran que no lo saben y dicen que en sus sistemas no consta ningún registro que recoja que ninguna orden de ese tipo se enviase desde ningún sitio, ni siquiera desde la flotilla antes de que fuese destruida.

—¿Quién más podría haber intentado aniquilar a esta flota? —quiso saber Costa.

—Creo que precisamente esa es la cuestión que hemos estado discutiendo, senadora —dijo Geary—. Una puerta hipernética se colapsa sin que se encuentre ninguna evidencia de que se enviase señal alguna a la misma. No es la primera vez que vemos algo así. Podría haber ocurrido aquí, y podría haber ocurrido antes de que se desactivaran las rutinas de fallo catastrófico. Está confirmado que los sistemas de las naves síndicas están infectados por los gusanos de los alienígenas. De esta manera los alienígenas habrían podido saber que estábamos aquí, pero por suerte no con la antelación suficiente para que colapsaran la puerta antes de que la rutina de colapso catastrófico fuese desactivada.

—Entonces —dijo Sakai en voz baja mientras Costa miraba fijamente a Geary— ya estamos en guerra con ellos, al igual que los síndicos, a pesar de que la mayor parte de la humanidad ni siquiera intuye su existencia.

—Toda guerra tiene un final, senador —le recordó Geary antes de marcharse.

Quince minutos más tarde se hallaba sentado en la sala de reuniones de la flota, acompañado en persona por Tanya Desjani y las presencias virtuales del capitán Duellos y el capitán Tulev. En primer lugar les detalló el tratado, tras lo que se detuvo y observó la reacción que sacudió a los otros tres oficiales.

Duellos cerró los ojos por un momento.

—Nunca creí que este día llegaría.

—Mucho ha tardado en llegar —murmuró Tulev—. Demasiado, pero ya ha llegado. La bruja está cantando.

—¿Qué? —dijo Geary—. ¿La bruja?

—La bruja está cantando —repitió Desjani, que parecía intentar contener las lágrimas pestañeando una y otra vez—. Significa que todo ha terminado.

—No, lo que significa que todo ha terminado es la bruja ha muerto. O la gorda canta.

Duellos abrió los ojos y miró escéptico a Geary.

—¿La gorda?

—Sí.

—¿Qué gorda?

—No lo sé. Solo es un dicho.

—¿Qué bruja? —preguntó Desjani—. ¿Por qué murió?

—Tampoco lo sé. Solo sé que estos dos dichos eran los que se empleaban hace un siglo, y que de algún modo los han combinado.

—Tal vez había una bruja gorda a la que le gustaba cantar —sugirió Duellos. Se

rió, y también Desjani. Incluso Tulev esbozó una sonrisa.

Geary lo comprendió entonces. La alegría los embargaba; se sentían dichosos ante la idea de que la guerra tocara a su fin. Los senadores de la Alianza habían estado sojuzgados por sus propias reacciones, preocupados por los problemas pendientes, sin embargo, para ellos la guerra en sí era algo ajeno. Al contrario que los políticos, los oficiales de la flota habían tenido que enfrentarse en persona a la muerte y la destrucción.

Pero ahora él tenía que decirles que aunque la guerra se estuviera terminando, la paz absoluta todavía era un objetivo muy lejano.

Su expresión debió de revelarle sus preocupaciones a Desjani, cuya sonrisa dio paso a un gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Los alienígenas?

—Sí, y el hecho de que el territorio que antes ocupaba el enemigo vaya a convertirse en una región fragmentada. Son muchos los problemas que afectan al espacio de los humanos, y los alienígenas pretenden aprovecharse de ello. —Al escucharlo, los otros tres oficiales se desprendieron de su aire jovial y pasaron a valorar en profundidad la información de la que disponían—. Capitán Tulev, le agradecería que dijera con franqueza qué opina de todo esto.

Tulev, impasible, le sostuvo la mirada sin dejar que se notase que toda su familia y todos sus amigos murieron hacía décadas durante un bombardeo a gran escala que los síndicos ejecutaron en su mundo natal.

—¿Me está preguntando si deberíamos ayudar a los que sembraron la muerte y la destrucción entre los nuestros? —Por un momento se mantuvo en silencio, hasta que por fin suspiró y prosiguió—. Hace mucho tiempo mis ancestros me dijeron que protegiese a los demás de los síndicos, pero que siempre me mostrara dispuesto a perdonar, no fuese que el odio arrasase mi alma del mismo modo que la guerra arrasó con todo lo que alguna vez tuve.

—¿Tanya?

—¿Qué? —dijo ahora con rabia.

—¿Qué recomendación? Quiero saber lo que piensa.

—Pienso que todo esto me da asco, señor. —La capitana se inclinó hacia delante y resopló exasperada—. No encuentro ninguna incorrección en el análisis. Por lo menos veinte sistemas estelares. Son muchos, y algunos de ellos constituyen regiones de vital importancia. Ojalá supiéramos más cosas acerca de los alienígenas. ¿Cómo es posible que los síndicos no obtuviesen más información a lo largo de un siglo de contactos?

—Convendría saber qué tipo de armas utilizan —afirmó Geary—. O tener algún dato sobre sus naves.

—Tengo el presentimiento de que tendremos que descubrirlo por las malas,

¿verdad? —Desjani lo miró furiosa—. La alternativa es dejar que unos seres de los que no sabemos prácticamente nada se apropien de una importante porción del territorio de los humanos.

—Ajá. —Geary no apartó los ojos de la representación del sistema estelar Céntrica que flotaba sobre la mesa—. ¿Cómo cree que reaccionará la flota?

—Depende de lo que usted le diga. ¿Anunciará que partimos en auxilio de los síndicos? Un mensaje así no sería recibido con aplausos.

—¿Qué es por el bien de la humanidad? ¿Qué le parecería ese mensaje a la flota? La capitana arrugó la nariz.

—Suenan mejor, pero en esta ocasión la humanidad son los síndicos. Estamos en las mismas. Defender, proteger... son acciones pasivas de todos modos. Esta flota cree en la acción directa.

Geary asintió con la cabeza.

—¿Qué les vamos a patear el culo a los alienígenas?

Desjani sonrió de pronto.

—A los alienígenas que les tocaron las narices a los humanos. Tiene que darle a entender a la flota que esa escoria enigmática ha amenazado a la Alianza y que ahora ha intentado matarnos con la puerta hipernética. —La sonrisa de la capitana se desvaneció—. Pero si la flota cree que este es el preludio de una nueva gran guerra, el entusiasmo será efímero.

Duellos había estado analizando el ultimátum.

—Sean lo que sean esos seres, parecen dominar la jerga legal de los humanos. Este documento me recuerda a muchos de los textos legales que he leído.

—Eso mismo dijeron también los políticos —señaló Geary.

—Quizá tengan abogados entre sus prisioneros —sugirió Desjani.

—En ese caso, tal vez esa sea la razón por la que desean fulminarnos —convino Duellos—. ¿Qué haríamos si los alienígenas nos enviasen a sus abogados?

—Yo diría que ya lo han hecho. Puede que todos los abogados sean alienígenas.

—Yo sé de unos cuantos que bien podrían serlo.

Desjani resopló y agitó la cabeza.

—Almirante, nos está preguntando si deberíamos enfrentarnos a esas cosas. Pero ya lo estamos haciendo. Lo pagamos muy caro en Lakota, ¿recuerda?

—Sí. —Geary nunca olvidaría cómo la Infatigable, la Atrevida y la Audaz se sacrificaron para salvar al resto de la flota—. Creo que se lo debemos a los que cayeron plantándoles cara a los alienígenas. Razón de más para que vayamos.

Duellos afirmó con la cabeza.

—Y no solo eso. Ese tal Boyens, dice usted, no es irredimible.

—Se parece un poco... en fin, a nuestros políticos.

—Ese no es precisamente un punto a favor —murmuró Desjani.

—Así y todo —prosiguió Duellos—, si consiguiéramos salvar la región síndica de la frontera y ayudásemos a los sistemas estelares que la componen a que formasen su propia coalición política para que reemplazasen a las autoridades síndicas, contaríamos con una potencia aliada en ese sector del espacio. Una potencia menor, sin lugar a dudas, pero eso sería mil veces mejor que dejar que toda la región fronteriza se descompusiera en varios sistemas estelares independientes.

—Lograr que una potencia así aceptara nuestra ayuda nos daría acceso a la región que controla —afirmó Tulev—. Eso sería primordial para la futura defensa de la Alianza. Tenemos que poder establecer un contacto directo con los alienígenas.

—Esos seres no se comunican directamente con los humanos —gruñó Desjani.

—Tal vez nosotros podamos cambiar eso —dijo Geary—. Entonces, ¿están todos de acuerdo? —Duelos y Tulev asintieron con la cabeza y a continuación Desjani repitió el gesto, aunque con resignación—. Gracias. Será interesante anunciarlo en la próxima reunión de la flota. Lo cierto es que no sé cuál será su reacción.

—Lo seguirán —afirmó Tulev con franqueza—. Sacó la flota del infierno. La ha guiado hasta el día de hoy, cuando la guerra está a punto de terminar.

—Pero ahora tengo que anunciar que le he ocultado una información crítica, información acerca de una amenaza letal para la flota y para la Alianza.

Desjani y Duellos titubearon, obviamente pensando en qué decir, pero Tulev enseguida sacudió la cabeza.

—No suelo tener el placer de decirle a un almirante que se equivoca. ¿Qué información crítica ha ocultado? Conjeturas, suposiciones, teorías. Ni siquiera teníamos la certeza de que la raza enigmática existía hasta que los síndicos nos lo confirmaron.

—Evitamos los sistemas estelares con puertas hipernéticas debido a la amenaza que estas entrañaban —señaló Geary.

—Evitamos aquellos sistemas estelares antes de conocer la existencia de los alienígenas, almirante, porque los síndicos no podían desplazar sus tropas fácilmente hacia ellos por medio de su hipernet. —Tulev señaló el visualizador estelar—. ¿En qué habrían cambiado las órdenes que le habría dado a la flota y qué otra ruta habríamos podido tomar para regresar a casa si usted nunca hubiera sospechado que los alienígenas existían?

Geary clavó los ojos en el visualizador y repasó mentalmente la larga retirada a casa.

—Lo cierto es que no sé qué podría haber hecho de otro modo. Incluso habríamos desarrollado los sistemas de seguridad para proteger las puertas hipernéticas de la Alianza frente a los ataques de los síndicos después de descubrir la amenaza que representaba para su sistema estelar una puerta hipernética en proceso de colapso.

—Exacto. No ocultó nada que hubiese influido en sus acciones o sus órdenes. —

Tulev se reclinó en su asiento, dejando escapar una sonrisa fugaz—. En ese sentido, no tiene por qué preocuparse.

Duellos miró a Tulev enarcando una ceja e hizo un gesto de aprobación.

—El capitán Tulev tiene razón, almirante. Incluso en Lakota no supimos de la intervención de los alienígenas hasta después de las primeras acciones, por lo que esa información no influyó en las decisiones que tomó durante el enfrentamiento.

Geary se frotó una mejilla con aire meditabundo.

—Comprendo lo que quieren decir, pero hemos eliminado los gusanos que los alienígenas introdujeron en los sistemas de nuestros buques de guerra. Lógicamente, los oficiales y tripulantes se preguntarán por qué no les dijimos que sospechábamos que los alienígenas eran los causantes de la infección, y por qué nunca se les informó de que temíamos que el otro extremo del espacio síndico estuviera ocupado por una raza alienígena inteligente.

—No, no se lo preguntarán —aseguró Desjani—. Darán por hecho que nuestros líderes políticos sabían algo y no nos lo contaron nunca. No lo culparán a usted. Culparán a los políticos porque es lo que hacen siempre. ¿Y cómo podemos estar seguros de que se equivocan al actuar así? ¿Cómo podemos estar seguros de que el Gobierno de la Alianza nunca sospechó que los alienígenas existían? Desde luego, los síndicos supieron mantenerlo en secreto y mantuvieron en la ignorancia a la mayor parte del Ejército. La flota no lo culpará a usted.

—Pero... —Geary se detuvo y pensó en lo que la capitana acababa de decirle. Rione le había asegurado que no sabía nada, y él la creyó pese a no tener ninguna duda de que la copresidenta le mentiría si lo considerase necesario para proteger a la Alianza. Con todo, Rione había admitido que era muy probable que el gran consejo supiera cosas de las que el resto del Senado no estuviera al tanto—. De acuerdo. Es posible. —Geary observó en el rostro de Desjani una expresión que él no conseguía descifrar—. ¿Qué?

Al ver que la capitana guardaba silencio, Duellos suspiró.

—La capitana Desjani ha dicho algo muy cierto: la flota no lo culpará a usted. Ni por este problema ni por otros. Confían demasiado en usted. Por lo tanto, a alguien habrá que echarle la culpa cuando algo vaya mal. En algunos casos, les tocará a los políticos. En otros, a los que lo aconsejen en cuestiones militares.

Geary tardó un momento en comprender.

—¿A ustedes? ¿A ustedes tres?

—¿De verdad le sorprende? —preguntó Desjani—. Ya oyó a ese zoquete de Badaya. Mientras yo haga lo correcto, usted debería estar contento y bien orientado. ¿De quién es la culpa si usted no está contento? —dijo casi a voz en grito, tras lo que se calmó y hundió la mirada en la mesa, roja de pura rabia.

—O si usted fracasa —añadió Duellos para romper el silencio que se había vuelto

a imponer—. Sin embargo, nadie espera que yo lo tenga siempre contento.

—Usted es un hombre jovial, Roberto. Tal vez debería intentarlo —sugirió Tulev con lo más parecido a una broma que Geary había oído nunca de sus labios—. Almirante, esto no es más que la otra cara de la moneda. Muchos creen que somos las personas en las que usted más confía. Es una posición que no pocos desearían ocupar. Aun así, si usted fracasa, todos darán por hecho que nosotros le fallamos a usted.

Magnífico. Había hecho lo posible por que no pareciese que trataba a nadie con favoritismo; pese a ello, la confianza que tenía en determinados oficiales por su capacidad para aconsejarlo era demasiado evidente. ¿De qué más se habría dado cuenta todo el mundo?

Desjani, todavía con los ojos clavados en la mesa, habló con voz tensa.

—No me preocupa que me pidan explicaciones por orientar al almirante ofreciéndole mis consejos profesionales.

—No tiene por qué —convino Duellos.

En ese momento se produjo un nuevo silencio incómodo que Geary se encargó de disipar.

—Gracias. Convocaré una reunión de la flota para dentro de una hora y daré la noticia. Soy muy afortunado por haberlos tenido a los tres sirviendo conmigo.

Las imágenes de Duellos y Tulev lo saludaron (el primero con cierto desenfado y el segundo con más firmeza y precisión), tras lo cual se desvanecieron.

Desjani se levantó, sin mirarlo todavía.

—Con su permiso, señor.

—Por supuesto. —Había un millón de cosas que quería decirle, de las cuales al menos varios cientos de miles habrían sido errores catastróficos. No estaba seguro de si una sola estaría bien siquiera.

Pero Desjani continuó hablando, sin apartar los ojos de la mesa.

—No lo ha mencionado, pero sé que ha mantenido la promesa que me hizo. La flota regresó a casa, y la guerra ha terminado. No se comprometió a seguir adelante con esto, con los alienígenas y el caos que se ha desatado en los antiguos Mundos Síndicos.

—No pienso abandonar ahora. Sé que todavía me necesitan. —Geary se preguntó en qué momento se habría operado un cambio en él, cuándo comprendió que evadir sus responsabilidades no era una acción que pudiera considerarse honrada ni realista. No podía cumplir una misión y olvidarse del asunto sin más, porque toda misión daba paso a otra nueva con absoluta naturalidad.

—Debo cumplir con mi deber para con la Alianza y para con mis camaradas de la flota.

—¿Con todos?

—Con todos. Aunque me gustaría que mi presencia no les pusiera las cosas más



difíciles a algunos de esos camaradas, a uno de ellos en concreto, que no debería tener ningún problema por apoyarme.

—Yo no estoy libre de culpa. Tal vez las dificultades que debo afrontar sean el precio que las estrellas vivas me exigen por... algunas cosas que no se han de mencionar.

Por fin Desjani volvió a mirar a Geary a los ojos.

—¿Qué ha cambiado? ¿Por qué no desea irse?

Geary se encogió de hombros, incomodado por la pregunta.

—No estoy seguro, pero en gran parte se debe a lo que he observado en algunas personas, como usted, Duellos y Tulev. Ninguno de los tres ha abandonado; todos siguen haciendo su trabajo, a pesar de que esta guerra lleva haciéndolos sufrir desde que nacieron. Con ustedes sí que he aprendido qué es lo correcto; me han enseñado que uno tiene que hacer su trabajo cueste lo que cueste.

Desjani apartó la mirada de nuevo.

—Entonces... permanecerá al mando de la flota, almirante.

—Hasta que regresemos al espacio de la Alianza. Después renunciaré al mando de la flota y a mi rango temporal del almirante. Estaré disponible si me necesitan, pero por lo menos durante un tiempo las cosas serán distintas.

—Mire que es testarudo. E insensato. Lo sabe, ¿verdad? —Cuando la capitana se disponía a marcharse, miró hacia atrás, con una sonrisa irónica que curvaba sus labios ligeramente—. Hágame un favor e intente aparentar que está contento.

—Sí, señora.

—Pero no demasiado.

Era fácil adivinar lo que cualquiera pensaría que había ocurrido entre la capitana y él si de pronto Geary se mostraba demasiado animado.

—Sí, señora.

—Y deje de llamarme señora. Es mi superior.

—Sí, Tanya.

La capitana frunció el ceño por un momento, exasperada, sacudió la cabeza sin poder reprimir una nueva sonrisa y se marchó.

## Capítulo 10

SE respiraba un ambiente de relajación en la sala de reuniones de la flota, donde Geary nunca esperó encontrar una atmósfera tan apacible. Pero ¿por qué los capitanes de las naves de la flota no deberían estar felices y tranquilos? Geary sabía que a través de unos y otros rumores todas las naves de la flota estarían ya al tanto del tratado con los síndicos.

Ahora él tendría que anunciar que todavía quedaba trabajo por hacer.

Cuando Geary se levantó, todos lo miraron con una sonrisa en la cara, sonrisas que se volvieron un tanto dubitativas cuando observaron su aire sombrío.

—Como habrán oído, los nuevos líderes de los Mundos Síndicos han aceptado ponerle fin a la guerra, así como el cese inmediato de las hostilidades. Los procesos de verificación ya se han acordado. También han prometido repatriar a todos los prisioneros de guerra y entregar la lista completa de los que fallecieron bajo su custodia.

Una oleada de júbilo y melancolía sacudió a los hombres y mujeres que lo miraban. Los que cayeron en combate nunca regresarían, pero ya no se librarían nuevas batallas que acrecentasen su número. Aquellos de los que se creía que habían desaparecido para siempre en los campos de trabajos forzados del enemigo serían entregados, pero muchos otros murieron por problemas de salud, o de viejos, mientras esperaban una liberación que llegó demasiado tarde para ellos. Geary siguió escuchando referencias a la bruja que cantaba mientras los oficiales intercambiaban felicitaciones.

—Esas son las buenas noticias —prosiguió Geary, que notó que su voz se tornaba más áspera. En cierto modo eso reflejaba lo mucho que le enfadaba el hecho de que el fin no terminase con todas las cosas que debería—. Las malas noticias son que los Mundos Síndicos se están descomponiendo. Surgirán conflictos sucesorios a largo plazo, y tal vez tengamos que solucionarlos a fin de hacer valer los términos del tratado.

El comandante Landis, de la Valiente, aprovechó una pausa de Geary para tomar la palabra.

—Pero estamos hablando de acciones menores en comparación con aquellas propias de la guerra, ¿no es así, señor?

—Relativamente —contestó Geary—. Sin embargo, muchas de esas acciones menores, y para quien participe en ellas, no parecerán tan sencillas.

—Mantener el orden en el cadáver putrefacto de los Mundos Síndicos —gruñó Armus.

El comandante Neeson agitó la cabeza.

—De ese cadáver podrían surgir varias potencias regionales lo bastante

importantes para que debamos preocuparnos por ellas. Este es un asunto muy peliagudo, pero supongo que no podía terminar de otro modo. Los síndicos dependían de sus buques de guerra para mantener atemorizados a sus distintos sistemas estelares, y nosotros teníamos que destruir esos buques de guerra para vencer.

Badaya resopló.

—Si en su día los síndicos hubieran sido lo bastante listos como para abandonar, habrían mantenido su poder. Pero fueron demasiado lejos y ahora tienen lo que se merecen.

—¿Decenas de sistemas estelares como Heradao? —preguntó el capitán Vitali, del Arrojado—. No cabe duda de que esta guerra les va a costar muy cara a los síndicos.

—En cualquier caso —recordó Badaya—, hemos ganado, y las amenazas militares a las que debamos enfrentarnos a partir de ahora serán relativamente menos importantes.

—Excepto una —dijo Geary, que observó que los congregados allí lo miraban estupefactos cuando configuró el visualizador estelar colocado sobre la mesa para que mostrase la región fronteriza síndica situada frente a los alienígenas—. Los síndicos nos han revelado que una raza inteligente de naturaleza no humana ocupa el otro lado del espacio síndico respecto de la Alianza, siguiendo esta frontera.

El silencio que se instaló a continuación fue tan intenso que Geary se preguntó si se habría quedado sordo de repente.

—¿Qué son? —preguntó el capitán Duellos con tono de desconcierto, como si también él hubiera recibido la noticia en ese instante.

—Los síndicos no lo saben. Los alienígenas, a los que los síndicos denominan la raza enigmática, se han mantenido ocultos y tan aislados que no han sido capaces de obtener información relevante sobre ellos a lo largo de todo un siglo.

La general Carabali exhaló con fuerza.

—Déjeme adivinar. Son hostiles.

—Eso parece, aunque ignoramos hasta qué punto.

Por fin, Badaya se recuperó lo suficiente para continuar.

—¿Qué pruebas han aportado los síndicos para demostrar la existencia de esa raza?

—Se lo explicaré, pero le adelanto que hemos tenido una de esas pruebas en nuestras manos. Como recordarán, en los sistemas operativos de la flota fueron encontrados unos gusanos cuya programación se basaba en las probabilidades cuánticas. Con nuestros medios era imposible desarrollar gusanos de ese tipo, y ahora hemos averiguado que los síndicos tampoco están capacitados para ello. Por lo que sabemos, ignoran la existencia de estos gusanos, los cuales la general Carabali puede confirmar que se encontraron recientemente en los sistemas de los buques de guerra

síndicos neutralizados aquí. Por tanto, los gusanos tienen que ser obra de esta raza, que los introduciría en nuestras naves para vigilar nuestros movimientos y acciones.

—¿Han estado actuando contra nosotros o simplemente monitorizándonos?

—Actuando contra nosotros. Pueden colapsar puertas con una especie de señal remota. Es lo que sucedió en Kalixa. Y es lo que ha ocurrido aquí.

—¿Han intentado aniquilarnos? —preguntó Neeson.

—Eso parece. Permítanme explicarles lo que hemos conseguido averiguar a la luz de lo que sabemos de estos seres y cuál es la situación en la frontera síndica con los alienígenas.

Geary pasó a resumir las evidencias, mostrar la petición de ayuda de la directora general síndica e informar de lo poco que podía decir acerca de las características de los alienígenas. Cuando terminó, nadie habló durante unos instantes.

El capitán de la Dragón se decidió a romper el silencio.

—¿Estamos hablando de aliarnos con los síndicos para luchar juntos contra los alienígenas?

—No. —Geary observó cierta relajación en los hombres y mujeres que tenía ante él—. Nadie ha sugerido que acordemos defender los Mundos Síndicos. Un acuerdo de ese tipo podría tergiversarse con demasiada facilidad. —Esta respuesta provocó muchos gestos de aprobación. Ninguno de los presentes se fiaba en absoluto de los síndicos—. Aun así, frenar una invasión es una cuestión distinta. No sabemos cuáles son los objetivos de la raza enigmática, e ignoramos hasta dónde llegarían si la antigua frontera síndica se colapsara.

—No querrá decir que esto supone una amenaza para la Alianza, ¿verdad? Se encuentra muy lejos.

—El tiempo de viaje entre la frontera con la Alianza y la frontera contigua a los alienígenas es de cuatro semanas —precisó Desjani—. A través de la hipernet.

—¿Esos seres pueden utilizar la hipernet? —preguntó el capitán del Vengativo.

—Es posible —contestó Geary—. De hecho, tenemos motivos para creer que los alienígenas podrían haber puesto la tecnología de la hipernet a disposición de la Alianza y los Mundos Síndicos de modo encubierto.

Todos los congregados allí se quedaron mirándolo de nuevo, hasta que el comandante Neeson habló como si pensara en voz alta.

—Eso explicaría... Hay tantas cosas de la hipernet que apenas comprendemos... Y los gusanos de probabilidad cuántica entraron a través de las llaves hipernéticas, ¿no es así?

—Eso parece.

—¿Por qué? —preguntó Badaya, que entornó los ojos con recelo—. ¿Por qué poner esa tecnología en manos de los dos bandos? ¿Qué pretendían?

Duellos parecía mirar a lo lejos.

—La hipernet supuso un bum para la economía de la Alianza y la de los Mundos Síndicos cuando el coste de la guerra empezaba a crecer demasiado. Además, consiguieron que hacer la guerra resultase muy sencillo al mejorar la logística y agilizar el envío y la concentración de las tropas.

—¿Querían que continuásemos combatiendo? —Badaya se reclinó, con la cara encendida, con un gesto entre meditabundo y airado—. Debilitarnos. A los dos bandos. Engañarnos para después saltar sobre nosotros.

—Quizá fuese eso lo que estaba ocurriendo —aceptó Geary—. Nuestra misión es hacerles entender a los alienígenas que no se les permitirá interferir de esa manera en los asuntos de los humanos, y que los conflictos internos no impedirán que una parte de la humanidad contraataque para frenar a los invasores del espacio de los hombres.

—Para lo cual podría ser necesario luchar —dijo Jane Geary—. Luchar contra un enemigo cuya fuerza y cuyos recursos desconocemos, como también ignoramos qué armas emplean y cuál es su capacidad defensiva.

—Así es. Pero si no les plantamos cara ahora, tendremos que hacerlo más adelante, cuando nosotros seamos más débiles y ellos, más fuertes. Esta es nuestra oportunidad de remarcar la línea fronteriza, de dejarles claro que no podrán obligar a la humanidad a retirarse.

Aquello caló hondo. Geary percibió cómo a los congregados allí se les puso el vello de punta ante la idea de verse forzados a retirarse. Estaban convencidos de que los síndicos nunca les habían hecho retirarse. Nunca aceptarían la idea de retirarse de nadie ni de nada más.

—Dice que antes de esto se habían apoderado de varios planetas de los síndicos —remarcó el capitán Parr, de la Increíble—. ¿Quedaba algún humano en esos planetas? ¿No sabemos qué suerte corrieron esas personas?

—No, no lo sabemos. No hay noticias de ninguna de las personas que se hallaban en las zonas tomadas por los alienígenas. —Geary notó que eso no le sentó bien a nadie. No se debía tan solo al miedo nacido de los milenios que llevaban contándose historias sobre razas alienígenas empeñadas en esclavizar o aniquilar a los hombres, historias que a lo largo de los últimos siglos se habían empezado a considerar más una leyenda que otra cosa, puesto que hasta la fecha no se habían encontrado pruebas de la existencia de ninguna especie inteligente no humana. No, Geary sabía que se trataba del hecho de dejar atrás a los suyos. La flota nunca hacía algo así por gusto, y cuando no le quedaba otro remedio, siempre se juraba a sí misma que regresaría para recogerlos, costase lo que costase. En la práctica, eran pocas las ocasiones en que había podido cumplir su palabra, aunque eso no significaba que se olvidara de aquellos a los que no podía rescatar.

Badaya miró el visualizador estelar con gesto grave.

—Son síndicos, pero también humanos. O tal vez ya no vuelvan a ser síndicos.

Ahorcarán o fusilarán a los directores generales y fundarán gobiernos con los que podremos entendernos. Es preciso evacuar estos sistemas estelares. Los síndicos no pueden hacerlo, ¿no es así?

—Así es —convino Geary—. No disponen de las naves ni del tiempo necesarios. Saben lo complicado que es evacuar un único sistema estelar, aun disponiendo de todos los medios de la Alianza. Millones de personas quedarían abandonadas en esos planetas.

—¡Entonces tenemos que viajar allí y detener a los alienígenas! Tal vez hayan triturado a los síndicos, ¡pero les demostraremos que cuando la flota de la Alianza decide atacar, se convierte en un enemigo para el que no existe rival!

Un espontáneo clamor de aprobación arrojó las palabras de Badaya.

Al término de la reunión Geary permaneció de pie, preguntándose cuánto les duraría a sus hombres el entusiasmo que despertaba en ellos la idea de emprender una nueva acción ofensiva contra un nuevo enemigo.

Duellos, que aún no se había marchado, sacudió la cabeza con una sonrisa irónica en el rostro.

—El capitán Badaya cree que la flota es un martillo, el más contundente que el hombre haya forjado jamás. Al identificar el clavo, el problema, era de esperar que recomendase emplear a la flota.

—Sí —dijo Geary—. Badaya me ha dado muchos dolores de cabeza en ocasiones anteriores, pero su arrojo puede ser de utilidad. —Aquello le recordó de un modo inquietante a las cosas que solía decirle Rione.

Desjani se rió de repente. Al notar la mirada de Geary y Duellos, señaló su visualizador estelar.

—La directora general síndica de Céntrica estará esperando a que lleguen los refuerzos, temerosa de que los alienígenas aparezcan en todo su esplendor en cualquier momento, y en lugar de una simple flotilla síndica corriendo en su auxilio, lo que va a ver salir de su puerta hipernética es a la flota de la Alianza al completo. ¿Se lo imaginan? Va a dar tal brinco de la sorpresa que traspasará la atmósfera.

Hicieron falta varios días para realizar todas las reparaciones posibles. En circunstancias normales, Geary habría enviado las naves más dañadas de regreso a casa, pero aunque la Alianza estuviera fabricando más llaves síndicas de hipernet sirviéndose de la información obtenida a partir de la que estaba guardada en el Intrépido, ninguna de aquellas llaves habría estado disponible antes de que la flota partiese. Solo las naves a las que acompañaba el Intrépido podían utilizar la hipernet síndica, de modo que los buques averiados tendrían que permanecer con la flota, acompañando a las auxiliares. Estas, por su parte, repusieron las células de combustible, los misiles y la metralla de la flota, y distribuyeron los recambios y materiales de reparación que habían estado elaborando.

Geary podía ordenar que la flota saltase hacia Mandalón o que regresase a Zevos, de modo que optó por viajar a este sistema estelar puesto que contaba con una puerta hipernética. Aunque ahora los Mundos Síndicos y la Alianza estaban formal y técnicamente en paz, Geary aún tenía la sensación de que la Alianza era una fuerza invasora que guiaba a la flota en dirección al punto de salto, consciente de que los hombres, mujeres y niños que habitaban aquel sistema estelar miraban a la flota de la Alianza con miedo y recelo.

Si a Desjani le molestaba que los desconfiados síndicos los observaran atentamente, no dejó que se notase.

—Volveremos a Zevos a través del espacio de salto, y continuaremos hasta Céntrica por la hipernet. Si la información de los síndicos es de fiar, contaremos con el tiempo justo y llegaremos allí más o menos un día antes de que se cumpla el plazo del ultimátum.

—No creo que los síndicos se quejen.

—Más le vale no hacerlo.

Geary llamó a Carabali.

—General, solo quiero cerciorarme de que hemos descargado a todos los invitados síndicos que sus marines recogieron en los buques de guerra inutilizados.

—Todos los invitados han sido escoltados a las cápsulas de escape reparadas y lanzados hacia lugares seguros —confirmó Carabali—. La base de datos de la flota indica que todavía queda un síndico a bordo del Intrépido, pero se me ha informado de que se trata de un caso especial.

—Correcto, general. Vamos a llevar a casa al director general Boyens.

—¿Y los prisioneros de guerra de la Alianza, almirante? —preguntó Carabali—. Seguramente ellos también querrán regresar a casa.

—No quiero cargarlos ahora —explicó Geary—. Se hacinarían en las naves y no tendría sentido poner su vida en peligro si finalmente entramos en combate con los alienígenas. Cuando terminemos con estos en Céntrica, regresaremos aquí para recoger a nuestros prisioneros de guerra de los campos síndicos y llevarlos a casa con nosotros. He hablado con los prisioneros más veteranos para explicárselo, y los nuevos líderes síndicos saben que les conviene tratarlos como es debido hasta que volvamos. —Geary sonrió—. Yo mismo les advertí a esos síndicos que si no cuidan bien de nuestros hombres, los marines de la Alianza les harán una visita a todos y cada uno de ellos cuando regresemos.

Carabali se rió por primera vez desde que Geary la conocía.

Dos semanas y media después, la flota de la Alianza emergió con un destello de la puerta hipernética de Céntrica, más lejos de casa de lo que ninguna nave de la Alianza había estado nunca. Tenían cartas estelares de aquella región espacial, pero nadie creyó nunca que llegaría el día en que se adentrarían en ese sector.

Lo primero en lo que se centraron los sensores de la flota fueron las caravanas de transportes, que incluían módulos adicionales de pasajeros. Los transportes conformaban inmensos arcos que llevaban desde los planetas habitados hasta la puerta hipernética y los puntos de salto hacia otros sistemas estelares ocupados por el hombre. Aun así, la información procedente de los propios planetas evidenciaba que la inmensa mayoría de la población humana permanecía en ellos, sin posibilidad de ser evacuada antes de que expirase el plazo dado por los alienígenas.

También había buques de guerra síndicos presentes, pero no muchos. Una reducida flotilla síndica orbitaba a cinco horas luz de la flota de la Alianza.

—Seis cruceros pesados, cuatro cruceros ligeros, quince naves de caza asesinas —comentó Desjani—. Debe de ser todo lo que han conseguido reunir en la totalidad de la región.

—¿Capitana? —llamó el consultor de operaciones—. Algunas de esas naves no parecen estar del todo preparadas. Da la impresión de que no habían terminado de construirlas cuando recibieron la orden de partir hacia aquí.

—Entonces sus tripulantes serán unos inútiles. No tendrán ninguna formación ni experiencia. —Se giró hacia Geary con ojos anhelantes—. No nos costaría nada hacerlos saltar en pedazos.

Geary la miró enarcando una ceja.

—Creía que prefería los combates justos.

—Eh... Sí. De todos modos, no importa. Nunca los atraparíamos a menos que cargasen contra nosotros, y dudo que sean tan inexpertos.

—O tan suicidas. En cualquier caso, no es a eso a lo que hemos venido. —Mientras la luz que anunciaba la llegada de la flota se expandía por el sistema estelar, el pánico se extendería igual de rápido entre los transportes indefensos y su cargamento humano. Geary se serenó y pulsó los controles de comunicación.

—Habitantes del sistema estelar Céntrica, les habla el almirante Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza. La Alianza y los Mundos Síndicos han alcanzado un acuerdo de paz. La guerra ha terminado. No hemos venido aquí a atacarlos. Hemos venido a petición de los actuales líderes de los Mundos Síndicos con el fin de neutralizar cualquier posible intento de forzar la evacuación de este sistema estelar. Repito: nuestra misión es neutralizar las agresiones emprendidas contra este sistema estelar. No emprenderemos ninguna acción contra las personas ni contra las naves, instalaciones o construcciones habitadas por personas a menos que nos ataquen, en cuyo caso solo actuaremos en defensa propia. Por el honor de nuestros ancestros. Se despide Geary.

Al término de aquella transmisión, procedió a iniciar otra, un haz condensado dirigido a la ubicación del mundo habitado principal en la que Boyens dijo que se encontraba el centro síndico de mando y control.



—Directora general Icení, le habla el almirante Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza. Hemos venido aquí a petición de sus nuevos líderes para ayudarlos a neutralizar el ataque de la raza enigmática. Solicitamos que nos envíe de inmediato un informe actualizado de la situación, así como cualquier tipo de información relativa a la raza enigmática que usted considere que todavía no poseemos.

Cuando Geary le hizo un gesto a Boyens, este se situó dentro del campo de transmisión.

—Nos conocemos, Gwen. Me capturaron cuando la flotilla de reserva fue destruida. No volverá. Ya no queda nada. Los Mundos Síndicos no tienen nada que puedan enviarle, pero lo que dice el almirante Geary es verdad. La guerra ha terminado y la Alianza ha decidido ayudar en la defensa de este sistema estelar. El almirante Geary es un hombre de palabra. Es merecedor de nuestra confianza. Le ruego que colabore con él. Es la única oportunidad que tendremos para salvar tanto este sistema estelar como todos los que habría que evacuar si la raza enigmática se apropiara de este.

Boyens dio un paso atrás y Geary tomó la palabra de nuevo.

—Solicitamos que le ordene a su flotilla y a las demás tropas defensivas que no emprendan acciones que puedan desembocar en un combate, y de nuevo le solicitamos que nos proporcione toda la información que nos pueda servir para defender este sistema estelar. Por el honor de nuestros ancestros. Se despide Geary.

Desjani miraba su visualizador con gesto grave.

—Estamos aquí. ¿Adónde vamos?

—Mi recomendación es que nos dirijamos a esta zona —sugirió Boyens al tiempo que señalaba un sector del visualizador estelar—. Se encuentra en el extremo del sistema estelar contiguo al territorio de los alienígenas. Si entran, será por algún lugar cercano a esa área.

—Gracias —dijo Geary. Esperó a que los escoltas se volvieran a llevar a Boyens del puente y ordenó que la flota se situara en un vector que la llevaría a la región sugerida por el director general.

Después aguardaron un poco más mientras los tripulantes de los buques de guerra inutilizados continuaban trabajando en las reparaciones, y mientras la flota avanzaba rauda, dejando atrás los buques mercantes síndicos donde se hacían los evacuados, que sin duda estarían observando los movimientos de la Alianza con una mezcla de esperanza y temor.

La respuesta de los síndicos llegó finalmente, tan rápido como lo permitieron los tiempos de transmisión.

—La directora general Icení sigue aquí —observó Rione. La copresidenta había regresado al puente después de haber vuelto a organizar la rotación con Sakai y Costa a fin de intentar estar presente siempre que ocurriese algo importante—. Supongo que

le honra el hecho de haberse quedado en lugar de argüir cualquier motivo para que la evacuasen antes que a nadie.

—A mí no me lo parece —pareció mascullar Desjani.

La directora general Icení estaba tan confusa como estupefacta.

—Habla la oficial de los Mundos Síndicos de mayor veteranía de este sistema estelar. No estábamos al tanto de que se hubiera firmado ningún acuerdo de paz, pero los documentos que nos ha enviado, así como la autenticación de los mismos, parecen ser válidos. No estábamos preparados para su llegada... Se trata de un hecho... inaudito. Aun así, le... agradecemos su ayuda. No teníamos ninguna posibilidad de vencer, ni de sobrevivir. Mis tripulantes están recopilando toda la información que creemos que podría servirles. El dato más relevante que podemos comunicarle es que muy probablemente las naves de la raza enigmática aparecerán en el punto de salto con procedencia de la estrella que conocemos como Pelé. Le he solicitado al director general que comanda la flotilla de los Mundos Síndicos destinada en este sistema estelar que se ponga en contacto con usted directamente y que no emprenda ninguna acción contra su flota a menos que sean atacados. Todas las defensas de los Mundos Síndicos han recibido la orden de no enfrentarse a sus naves.

»Le agradecería que autorizase al director general Boyens a transmitirme las comunicaciones a mí por separado.

—¡Ni soñarlo! —bufó Desjani, a la que a continuación se le iluminaron los ojos—. Podemos monitorizar todo cuanto él diga y todo cuanto ella envíe.

—Bien —dijo Geary—. ¿Puede organizarlo, capitana Desjani? Por favor, cerciórese de que el teniente Íger esté al tanto.

Transcurrieron casi tres horas hasta que por fin la reducida flotilla síndica contactó con ellos.

—Habla la directora general de rango cuatro Kolani, comandante de la Flotilla Siete Tres Cuatro de los Mundos Síndicos. —La voz y la postura de Kolani eran más rígidas de lo habitual; además, la directora general no mostraba una sonrisa falsa ni actuaba con arrogancia, como era habitual ver en los directores generales síndicos. Parecía joven para su rango, tal vez porque los comandantes síndicos con más experiencia habían caído combatiendo contra la Alianza. No obstante, llevaba el uniforme impoluto y el pelo perfectamente peinado. Al parecer, hacía falta algo más que una crisis como aquella para que los directores generales síndicos, incluidos los más inexpertos, descuidasen su presencia—. Se me ha ordenado que me ponga en contacto con usted en relación con la defensa de este sistema estelar.

—No parece muy disconforme con esa orden, que digamos —observó Desjani con sorna.

—So... Solicito —continuó la directora general Kolani, casi atragantándose al decirlo— que nos comunique sus... sugerencias relativas al despliegue de... —Tuvo

que detenerse durante unos instantes—. De los recursos móviles de los Mundos Síndicos y la Alianza que se encuentran en este sistema estelar. —Los ojos de la directora general centellearon y su postura se tornó más tensa—. Estamos dispuestos a morir defendiendo a nuestro pueblo. Se despide Kolani.

El gesto jocosos de Desjani se transformó en una sonrisa reticente.

—Parece una chica dura. Sería divertido cruzar unos cuantos disparos con ella.

—Desde luego —dijo Geary.

—¿Piensa pedirles que luchen junto a nosotros?

Geary la miró.

—No creo que sea buena idea. ¿Y usted?

—Sería una idea pésima —aseveró Desjani con firmeza—. ¿Entrar en combate teniendo buques de guerra síndicos al alcance de nuestros cañones? No me importa lo que diga el tratado de paz; no me importa que de repente se suponga que debemos luchar en el mismo bando. Seguiría siendo muy probable que muchos de los buques de guerra de la Alianza dispararan contra los síndicos «por accidente». —Tras quedarse pensativa por un momento, encogió los hombros—. En realidad, en el ardor de la batalla podrían atacar a los síndicos por simple costumbre, sin una verdadera intención de actuar contra aquellos con los que se supone que ahora estamos en paz. Hemos crecido viendo en los síndicos a nuestro enemigo, nuestro objetivo. Eso no puede cambiar de la noche a la mañana.

Desjani le sostuvo la mirada por un instante, y entonces Geary comprendió lo que la capitana quería decir. Si en plena batalla el Intrépido tuviera al alcance alguna nave síndica, tal vez la atacase porque siempre fueron el enemigo. Puede que no lo hiciera a propósito, pero creo que tampoco me arrepentiría.

Así, Geary afirmó con la cabeza para indicar que entendía tanto lo que Desjani había dicho como lo que había callado.

—Gracias por su franqueza. Para mí es muy importante que me recuerden ese tipo de cosas. Y aparte de los problemas que usted tan acertadamente ha indicado, no creo que entrar en acción junto con los síndicos diera buen resultado. No existe ningún procedimiento que contemple este caso y garantice la coordinación entre los dos bandos.

—Además, eso. Entonces, ¿va a decirle a la directora general que se mantenga todo lo lejos de nosotros que pueda?

—No con tantas palabras. —Geary mantuvo la voz templada y la expresión neutral cuando le envió su respuesta a la comandante de la flotilla síndica—. Gracias por ofrecernos su ayuda, pero dado el estado de hostilidad que ha mantenido separados a nuestros pueblos hasta ahora y la falta de procedimientos de actuación acordados por ambas partes, habría demasiadas posibilidades de que se produjeran malentendidos o errores de cálculo. Solicitamos que su flotilla se posicione a más o

menos un tercio de la distancia que hay entre el mundo habitado principal de este sistema estelar y la zona por la que se espera que lleguen los alienígenas. Esta flota pasará a orbitar a unos dos tercios de la distancia que hay hasta la posición estimada de los alienígenas. Por el honor de nuestros ancestros. Se despide Geary.

Desjani agitó la cabeza sin dar crédito a lo que veía.

—No sé cómo es capaz de hablar con ellos.

—¿Se refiere a cómo consigo hacerme entender? Hace más de un siglo, en tiempo de paz, necesitaba comunicarme con los buques de guerra síndicos. Así que tuve que aprender las fórmulas adecuadas.

—No me refiero a eso. —Desjani apretó la mandíbula mientras la mirada se le perdía en el pasado—. No entiendo cómo es capaz de dirigirles la palabra si no es para amenazarlos o trasladarles sus exigencias. Yo no podría. Dudo que ningún otro oficial de la flota fuese capaz. —De nuevo llevó sus ojos hasta Geary, apreciativos esta vez—. Las estrellas vivas sabían más cosas de las que pensábamos. Sabían que necesitaríamos que usted salvase a la flota, que ganase la guerra; y también sabían que nos haría falta ahora, libre de la amargura y la rabia que albergamos los demás, los que llevamos toda la vida luchando contra esos malnacidos. Preparado para retomar el diálogo con los síndicos.

De nuevo, la misión. Geary tenía la esperanza de que, finalizada ya la guerra, Desjani no tardase en desechar la idea de que las estrellas vivas lo habían enviado desde una época anterior. Sin embargo, la capitana siempre se había mantenido firme en sus creencias y además no era la única que estaba convencida de que los hados tenían una gran influencia en el curso de los acontecimientos. Por tanto, Geary procuró no inmutarse al escucharla.

Aun así, Desjani advirtió su reacción.

—Lo siento. Sé que no le gusta que hable de ello.

—Solo soy un hombre —le recordó.

—¿Solo? —La capitana sonrió—. Sí, señor. —Hacía tiempo que Geary se dio cuenta de que un sencillo «sí, señor» de Desjani significaba que en realidad no estaba de acuerdo. Con todo, su sonrisa se esfumó al instante—. Lo que importa es que lo seguimos necesitando.

—No puedo ser el único capaz de hacer determinadas cosas, Tanya. Tendrán que aprender a hacerlas también otras personas porque no puedo estar en todas partes, y porque llegará el día en que yo falte.

—Está bien. —Desjani endureció su expresión—. Lo intentaré.

—Ya ha hecho mucho más que intentarlo, capitana Desjani, y se lo agradezco. De acuerdo, unas seis horas más y sabremos lo que va a hacer la flotilla síndica. Antes, nos habremos posicionado. Si los alienígenas dan la cara, estaremos listos para recibirlos.

—¿Y si no aparecen?

—Improvisaremos, capitana Desjani.

Tanya sonrió.

—Sí, improvisaremos.

Se encontraban en órbita, a la espera, cuando recibieron la respuesta de la flotilla síndica. La directora general al mando de la flotilla tenía la misma expresión tensa que durante su última transmisión y hablaba como si estuviera leyendo un guion bien meditado.

—Las tropas móviles de los Mundos Síndicos destinadas en este sistema estelar aceptan su solicitud. Procedemos a situarnos en una órbita desde la que poder reaccionar según la situación lo requiera. Por el pueblo. Se despide Kolani.

El senador Sakai se inclinó hacia delante, intrigado.

—Ha finalizado la transmisión con una expresión formal, de cortesía. Es un detalle que los síndicos dejaron de tener con nosotros hace más de una generación. Solo se lo he visto emplear en registros históricos. Tal vez sea una señal de que están dispuestos a volver a hablar en serio con nosotros.

Desjani, que parecía sobresaltada, adoptó un gesto resuelto.

—No antes que nosotros. No aprenderán a dirigirse de nuevo a nosotros antes de que nosotros aprendamos a dirigirnos de nuevo a ellos —aseguró.

Y siguieron esperando. La flota de la Alianza se había situado en una órbita donde permanecía inmóvil en relación con el punto de salto hacia Pelé. La flotilla síndica, que se hallaba alrededor de una hora luz más cerca del mundo habitado principal, ocupaba una órbita similar. Los transportes síndicos, con su cargamento de evacuados, continuaban alejándose y los planetas y asteroides del sistema estelar seguían orbitando alrededor de la estrella, tal como llevaban haciendo desde tiempos inmemoriales, pero los buques de guerra se mantenían a la espera. Los síndicos no le enviaron más mensajes a la flota de la Alianza, y Geary observó que sus propios oficiales parecían empeñarse en ignorar la presencia de aquellos, como si los miembros de la Alianza prefiriesen defender un sistema estelar vacío antes que uno ocupado por aquellos a los que todavía consideraban sus enemigos.

Puesto que volvía a sentirse inquieto, Geary salió de nuevo a pasear por el Intrépido, deteniéndose de cuando en cuando en sus pasillos para charlar brevemente con los oficiales y operarios, listos para actuar ante cualquier eventualidad. Solo uno de ellos, un suboficial, se decidió a hacerle la pregunta que todos los tripulantes de la Alianza debían de tener en la cabeza.

—Almirante, esos alienígenas, ¿qué son?

—No lo sabemos —contestó Geary—. Es la principal razón por la que estamos aquí, suboficial, para averiguar qué son y qué quieren.

—Almirante, se comenta que pretenden apoderarse de varios sistemas estelares

síndicos.

—Eso parece, suboficial. Pero no sabemos cuántos considerarían suficientes, ni cuánto tiempo pasaría hasta que llamasen a las puertas de la Alianza. Si de verdad son hostiles, es preciso que les paremos los pies ahora, antes de que ataquen nuestro hogar.

El suboficial y los tripulantes que lo rodeaban asintieron con la cabeza. Aquel tipo de lógica estaba cargada de sentido para ellos.

—¿Tuvieron algo que ver con lo que ocurrió en Kalixa?

—Pensamos que sí.

Todos los tripulantes hicieron gestos de dolor.

—Son unos miserables —sentenció el suboficial expresando el parecer de todos—. No queremos que intenten algo así en un sistema estelar de la Alianza.

—No —convino Geary—. No queremos que piensen siquiera que podrían salirse con la suya.

—Es lo mismo que ocurrió en Grendel, ¿verdad, señor? —comentó el suboficial—. Solo que esta vez no son los síndicos quienes pretenden cogernos por sorpresa. Les damos gracias a las estrellas vivas por que usted esté aquí, señor, del mismo modo que estuvo allí entonces. —Más gestos de asentimiento.

—Gracias. Yo les doy gracias a las estrellas vivas porque ustedes estén conmigo ahora. —Nunca sabía cómo reaccionar al escuchar cosas como las que el suboficial acababa de decirle, pero una respuesta sencilla y sincera parecía la mejor opción, y los tripulantes parecían haberse quedado satisfechos cuando los dejó.

No obstante, las palabras del suboficial lo acompañaron durante el resto del paseo. De alguna manera que no conseguía explicarse, aquella situación sí que guardaba cierta similitud con lo que sucedió en Grendel. El tamaño de la flotilla síndica que los acompañaba ahora era muy parecido al de la flotilla contra la que Geary luchó en Grendel junto con los oficiales y tripulantes de su crucero pesado, la Merlón. Sin embargo, ahora eran los buques de guerra de la flota de la Alianza los que habían llegado sin avisar a un sistema estelar síndico para proclamar su voluntad conciliadora, al contrario de lo que ocurrió en Grendel. Y esta vez las tropas de la Alianza se encontraban en clara superioridad frente a los síndicos; la Alianza había sido invitada a quedarse allí y no tenía ninguna intención de enfrentarse a los propietarios de aquel sistema estelar. La situación era la misma que en Grendel, y muy distinta a la vez.

Su actual tripulación estaba convencida de que resultó victorioso en Grendel pese a que la Merlón cayó en combate. Se preguntó qué pensaría la gente dentro de un siglo acerca de lo sucedido en el enfrentamiento que estaba a punto de acontecer, y qué precio habría que pagar.

Por último, Geary regresó al puente del Intrépido, donde se fijó en un visualizador

que no mostraba ningún cambio relevante pese a que el plazo dado por los alienígenas había expirado hacía horas. Desjani, que continuaba en su asiento, del que probablemente no se había movido, parecía un depredador listo para saltar sobre su presa en cuanto la viera aparecer. Los controladores del puente también parecían estar alerta, azorados por la batalla que la confianza que tenían depositada en sus comandantes y sus habilidades libraba con el temor que la incertidumbre provocaba en ellos. Detrás de Geary, la senadora Costa le cedió de mala gana el asiento del observador a Rione, quien lo ocupó calladamente, como si todo estuviera en orden.

Transcurrió otra hora durante la cual Geary recordó los combates que había encabezado, a los hombres, las mujeres y las naves que consiguieron sobrevivir y a los que no. Sus decisiones, su responsabilidad. Le vinieron a la memoria las palabras de la oficial de marines Carabali. Estoy cansada de tener que decidir quién vive y quién muere.

De repente, aparecieron, empujando a Geary de vuelta al presente. Una zona del espacio que hasta hacía un instante estaba vacía, se encontraba de súbito llena de naves.

Enjambres y más enjambres de naves.

Geary percibió que la tensión se disparó al instante en el puente y se obligó a mantener la compostura.

—Parece que nos superan en número.

—Por casi dos a uno —confirmó Desjani con una voz igual de templada. Geary se preguntó si también ella se estaría obligando a aparentar calma. La capitana siempre parecía sentirse más tranquila cuando aumentaban las posibilidades de entablar un combate—. Están a unas dos horas luz y media de nosotros, a una distancia inusual del punto de salto. Capitán de corbeta Kosti, ¿qué dicen los sistemas de la nave?

Kosti, que parecía agradecer la oportunidad de concentrarse en algo que no fuese la marabunta de naves alienígenas, consultó sus visualizadores.

—Se han situado a mucha más distancia del punto de salto de lo que se habrían colocado nuestras naves. Los sistemas no consiguen determinar si se debe a que los alienígenas utilizan un tipo de módulos totalmente distinto para explotar el fenómeno del salto o a que emplean el mismo tipo pero con resultados distintos.

Desjani hizo un gesto de afirmación.

—Gracias. Eso significa que además el alcance de sus saltos podría ser mayor.

—Sí, capitana. Tal vez mucho mayor. Aunque no lo sabemos con certeza.

Geary volvió a centrar su atención en los alienígenas, cuya armada se distribuía en seis subformaciones (todas ellas con forma de disco) que a su vez constituían dos agrupaciones en V, de tal manera que una de las subformaciones se mantenía un tanto por delante de las otras dos. Las dos agrupaciones en V estaban apiladas la una sobre

la otra, la superior ligeramente más adelantada que la inferior.

—No sé cómo lucharían con esa configuración. ¿Esta es la máxima resolución a la que podemos ver las naves alienígenas? —Los sensores solo conseguían mostrar manchas difusas.

—Sí, almirante —respondió el capitán de corbeta Kosti—. Es todo lo que podemos ver. Sabemos que ahí hay una nave, pero nada más, ni su tamaño ni, mucho menos, ningún otro detalle. No comprendo cómo consiguen los alienígenas ocultar con tanta eficacia algo del tamaño de una nave.

—Que activen un vínculo con Boyens. Quiero que vea esto pero sin que pueda oírnos, a menos que nos dirijamos a él específicamente.

—Le dije que la capacidad de sigilo de los alienígenas es asombrosa —comentó el director general Boyens cuando su imagen virtual apareció y leyó la información de los visualizadores. No le permitirían acceder al puente en persona, no cuando el combate parecía inminente—. Es sin duda la mejor imagen que hemos obtenido nunca de los alienígenas. A veces se mantienen invisibles del todo hasta que deciden mostrarse.

—¿Alguna vez había visto tantas naves? —le preguntó Geary.

—No. Ni de lejos. —El rostro del director general síndico se contrajo de pura estupefacción—. ¿Por qué tantas? Es imposible que piensen que nosotros, los Mundos Síndicos, contaríamos con recursos suficientes para hacerles frente.

—¿Es habitual que alardeen de su superioridad incuestionable cuando tratan con los humanos? —preguntó Rione.

—Es difícil saberlo con seguridad. A lo largo de las últimas décadas apenas han establecido contacto, y que yo sepa tampoco se ha combatido contra ellos por lo menos durante ese tiempo.

—Veremos qué sucede esta vez —dijo Geary. Pese a que en el Intrépido también viajaban varios políticos de la Alianza, consideró que era él quien debía hablar con los alienígenas. La situación, más que una cuestión diplomática, parecía un conflicto militar—. Habla el almirante Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza, para las naves espaciales no identificadas que se han internado en el sistema estelar Céntrica. Deben identificarse y abstenerse de continuar adentrándose en este sistema estelar. No pretendemos emprender ninguna acción hostil, pero la flota de la Alianza tomará las medidas que considere oportunas para neutralizar un ataque contra esta región.

El gesto de Rione, que mantenía los ojos clavados en su visualizador, reflejaba su desolación.

—Entonces habrá otra lucha, otra guerra.

—Tal vez. Haré lo posible por evitarlo.

—Sé que lo haré; sin embargo, vieron que estábamos aquí en cuanto llegaron, y



aun así continúan avanzando hacia la estrella. Confiaba en que pudiéramos dialogar con ellos, pero dada su aplastante superioridad numérica, quizá no lo consideren necesario. —Los visualizadores mostraban cómo las naves alienígenas llegaban y se dirigían hacia el interior, aproximándose a la flota de la Alianza.

—No recibirán mi mensaje hasta dentro de dos horas y media. Veremos cómo responden entonces.

—Pero ya saben que estamos aquí y han decidido continuar avanzando.

—Sí. —Geary no podía decir mucho más al respecto.

Rione se acercó a él y le habló casi susurrándole.

—¿Cree que es capaz de derrotar a una armada alienígena tan numerosa, almirante Geary?

—No lo sé. Lo ignoramos prácticamente todo sobre ellos.

Desjani intervino, imprimiéndole más fuerza a su voz que Rione.

—Si hay alguien capaz de derrotarlos, es el almirante Geary.

Rione no apartó los ojos de él.

—Una vez más, estoy de acuerdo con ella. Lo siento.

—No lo tome por costumbre. Resulta un tanto desconcertante.

—No creo que deba preocuparse por eso —dijo Rione con sequedad, a lo que Desjani, sin apartar la vista de su visualizador, asintió.

La respuesta de los alienígenas se hizo esperar algo más de cinco horas, lo que indicaba que se habían tomado su tiempo para tomar una decisión. Los tres senadores estaban presentes, con la esperanza de encontrarse en el puente cuando llegase el histórico mensaje, pero puesto que no entorpecían el trabajo de nadie, Geary no les pidió que se marchasen.

La transmisión de los alienígenas mostró un puente similar al de los buques de guerra síndicos, ocupado por unas figuras antropomorfas ataviadas con trajes sin características destacables. Boyens los señaló.

—¿Lo ven? Todo es una farsa. Los primeros mensajes que le enviamos a la raza enigmática consistían en vídeos íntegros, por supuesto, pero al principio ellos contestaron únicamente con audio y después con una palabra o dos. Más adelante empezaron a mandarnos imágenes similares a esta. Realizamos diversos análisis de los puentes que nos dejaban ver y averiguamos que se trataba de entornos compuestos por los puentes de las naves síndicas que se habían comunicado con los alienígenas. Lo mismo ocurría con las personas que aparecían. Eran simples pastiches digitales formados a partir de los miembros de los Mundos Síndicos.

Geary, tras estudiar la representación de uno de los puentes síndicos, asintió con la cabeza.

—Todos los componentes son antiguos, ¿verdad? Algunos de los elementos que integran ese puente falso podían encontrarse en los buques de guerra síndicos que se

utilizaban un siglo atrás. Los alienígenas nunca actualizaron las imágenes.

—Tiene razón —afirmó Boyens—. Llegamos a preguntarnos si el hecho de que nunca cambiasen la representación significaba que no les importaba que descubriéramos su juego o si por alguna razón ignoraban que emplear siempre el mismo puente los delataría.

La sonrisa del «hombre» que ocupaba el asiento de mando del puente de la nave alienígena era una imitación perfecta del gesto poco sincero que caracterizaba a los directores generales síndicos.

—Me pregunto si serán conscientes de que no hay quien se crea esa sonrisa —comentó Rione en voz baja.

—No tengo ni la más remota idea —aseguró Boyens—. Parece que se les da mejor imitar las emociones humanas falsas que las verdaderas.

—Buques de guerra de la Alianza —comenzó a decir el avatar humano, cuyas expresiones ahora variaban sin llegar a corresponderse del todo con el tono de su discurso. El efecto era muy sutil, como había dicho Boyens, pero se podía apreciar sin dificultad—. Su flota no posee esta estrella, no pertenece a la misma. Las negociaciones se mantendrán con quienes ocuparon esta estrella pero no la poseen. Abandonen esta estrella y tendrán paz. La destrucción se infligirá sobre quien permanezca aquí. Según el acuerdo firmado hace mucho tiempo, esta estrella es de nuestra propiedad.

Geary miró la imagen de Boyens, que sacudió la cabeza.

—Los Mundos Síndicos nunca han firmado ningún acuerdo con ellos.

—Tal vez se refieran a que les pertenece por voluntad divina o algo así —sugirió Rione—. O a que se atribuyeron la propiedad de esta región ellos mismos hace tiempo, mucho antes de que pudieran tomar el control de la misma. —Miró a los otros dos senadores—. Primero aseguran que no quieren luchar y luego nos advierten de lo que ocurrirá si no los obedecemos.

Costa no podía disimular su rabia.

—Para ellos la paz es que nos sometamos a sus exigencias.

—Estoy de acuerdo —dijo Sakai—. Aunque podría tratarse de una simple pose agresiva con la que obligarnos a dialogar.

—Quizá. ¿Creen que el hecho de que estemos aquí los confunde? —preguntó Geary.

Los tres senadores consideraron la posibilidad hasta que Rione asintió.

—Tal vez no estén confusos, aunque al parecer solo quieren negociar con los síndicos.

—Por los gusanos que introdujeron en los sistemas de las naves síndicas; los alienígenas deben de estar acostumbrados a poder rastrear las naves de los humanos. Quizá sí que les sorprendiera vernos aquí y ahora pretenden intimidarnos para que

nos vayamos. No perdemos nada si seguimos dialogando para ver si se echan atrás cuando vean que nosotros no nos damos por vencidos. —Geary se tomó un instante para pensar y a continuación pulsó varios controles—. Habla el almirante John Geary de la flota de la Alianza. La guerra entre la Alianza y los Mundos Síndicos ha terminado. Se nos ha solicitado que les prestemos apoyo en la defensa de esta región. Nunca se firmó ningún acuerdo para hacerles entrega de este sistema estelar. No reconocemos la legitimidad de su ultimátum. No pretendemos enfrentarnos con ustedes, pero neutralizaremos los ataques que se emprendan tanto contra este sistema como contra cualquier otra área que esté ocupada por el hombre o que se integre en aquellos sectores espaciales ocupados por el hombre. Retiren sus tropas para que podamos proceder al envío de una comisión de emisarios a fin de negociar con ustedes y establecer las bases de una coexistencia pacífica entre nuestros pueblos. Por el honor de nuestros ancestros. Se despide Geary.

—Estos no se retiran ni en sueños —murmuró Desjani.

—Sí, pero tenía que intentarlo.

Puesto que la armada alienígena continuaba avanzando hacia la flota de la Alianza a una velocidad constante de una décima de la velocidad de la luz, la respuesta llegó en menos de cuatro horas. Esta vez, no obstante, la primera parte del mensaje parecía dedicada a hacer ostentación de su habilidad.

Las formaciones de los alienígenas se lanzaron de pronto hacia arriba y después hacia un lado para acto seguido regresar a su vector original, todas las naves moviéndose en perfecta sincronía. La velocidad de las maniobras y la agilidad con que cambiaban de dirección resultaban tan asombrosas como temibles. Geary miró su visualizador con incredulidad.

—¿De verdad acaban de hacer eso?

—Sí —contestó Desjani sin apartar los ojos de su visualizador y apretando tanto la mandíbula que Geary podía ver cómo sobresalían sus músculos.

—Capitán —dijo el consultor de ingeniería casi susurrando—, las naves alienígenas parecen contar con unos sistemas de propulsión cuya relación masa-impulso es mucho mayor que la de los nuestros. También deben de tener amortiguadores inerciales capaces de alcanzar una magnitud mayor que la de nuestras naves.

Los demás controladores del puente mantenían los ojos pegados a sus visualizadores, aunque su postura y su expresión evidenciaban la intranquilidad que de pronto se había apoderado de ellos.

Desjani se obligó a calmarse haciendo gala de una fuerza de voluntad que a Geary le pareció tan asombrosa como la capacidad de maniobrar de los alienígenas, y a continuación se giró con aire despreocupado hacia el consultor de armamento.

—¿Podemos alcanzarlos?

—¿Capitana? —El consultor se tomó un instante para asimilar la pregunta y después se apresuró a comprobar sus sistemas—. Sí, señora. Nuestros sistemas de control de disparo pueden neutralizar objetivos que maniobran como lo acaban de hacer los alienígenas.

—¿Qué tal los espectro? —preguntó Desjani, todavía relajada.

—Sí, señora. Si los lanzamos dentro de los contenedores correctos. —Al responderle, el consultor parecía mucho más relajado, al igual que el resto de ocupantes del puente.

—No podrían zafarse de los espectro ni de las lanzas infernales —observó Desjani.

—No, señora —convino el consultor de combate, ahora con una sonrisa en la cara.

—Entonces, que bailen cuanto les plazca —concluyó la capitana antes de guiñarle un ojo con disimulo a Geary mientras los consultores sonreían y volvían a fijar su atención en sus visualizadores.

En respuesta, Geary la miró con admiración y se inclinó hacia ella para hablarle en voz baja.

—Ya no quedan oficiales como usted, capitana Desjani. Bien hecho. ¿Quiere transmitirle esa observación a la flota?

Desjani sonrió.

—No será necesario. El controlador del puente ya se está encargando de pasarla. A veces los canales de comunicaciones informales nos vienen muy bien.

Geary se reclinó en su asiento y deseó poder actuar con la misma naturalidad que Desjani, consciente de que todas las miradas estaban ancladas en él. Se preguntó si los alienígenas sabrían interpretar aquel tipo de emociones humanas. ¿Percibirían calma y seguridad, arrogancia e inconsciencia, o tal vez no entenderían nada en absoluto?

—Otra transmisión —informó el consultor de comunicaciones—. Se estima que los mensajes proceden de la subformación que encabeza la mitad inferior de la formación alienígena.

Los avatares humanos de los alienígenas parecían más rígidos que antes, como si los músculos del rostro se les hubieran agarrotado.

—Márchense. Abandonen esta estrella. No poseen esta estrella, almirante Geary. El diálogo se mantendrá solo con aquellos de los Mundos Síndicos. Su flota debe marcharse. La destrucción es segura si luchan. Las negociaciones se permitirán cuando lo que poseemos haya sido abandonado por los Mundos Síndicos.

—¿Almirante? —dijo el consultor de comunicaciones—. Tenemos un nuevo mensaje de la directora general síndica responsable de este sistema estelar.

A continuación apareció la imagen de la directora general Icení, quien

obviamente se esforzaba por aparentar tranquilidad.

—Almirante Geary, la raza enigmática nos ha informado de que no negociará con usted y exige que les entreguemos este sistema estelar con carácter inmediato. He decidido no responderles. Dado su número y el contenido de sus mensajes, parece que están dispuestos a combatir para obtener el control de esta región. Desconozco las condiciones por las que accedió a venir y prestarle su apoyo a este sistema estelar, pero al enfrentarse a la raza enigmática ha demostrado ser un hombre honorable. No le pediremos que se preste a librar una batalla perdida por nosotros. Si decide retirarse ahora, nadie se lo recriminará. Solo le pedimos que haga lo que esté en su mano durante su retirada para mantener las naves de la raza enigmática ocupadas con su flota a fin de que logren escapar todas las naves de evacuación posibles.

Desjani rompió el silencio que siguió al mensaje.

—¿Cree que contemplamos la opción de huir? —Su indignación parecía igualar a la del resto de miembros de la flota que ocupaban el puente.

Pero Geary lo comprendió.

—Los alienígenas debieron de enviarle otro mensaje a ella cuando nos mandaron el primero a nosotros. No tiene ningún motivo para pensar que pretendemos morir defendiendo al pueblo síndico en un sistema estelar síndico, pero no nos culpa por ello.

—¿Quién se cree esa directora general que somos? —exigió saber Desjani—. Esta flota jamás se retira.

En realidad, al menos bajo el mando de Geary, sí huyó de la trampa inicial que encontró en el sistema estelar nativo síndico, maniobra que repetiría en numerosas ocasiones con posterioridad. Pero entendía a qué se refería Desjani y lo alentaba el hecho de que la actitud de la capitana probablemente era la misma que la que habría adoptado el resto de miembros de la flota al saber que los síndicos les daban la oportunidad de retirarse con honor. Tal vez no les entusiasmase la idea de defender a los síndicos, pero si la única alternativa era salir corriendo, preferían luchar.

Rione miró a Desjani con gesto entre sorprendido y calculador antes de decirles algo en voz baja a los otros senadores.

Geary sonrió sin humor a la capitana.

—No. No huiremos. —No tenía ningún sentido, por supuesto. Los alienígenas los superaban en número por una diferencia aplastante; además, aunque desconocían las cualidades de los visitantes, cabía suponer que estas fuesen muy superiores a las de los humanos, como acababan de demostrar con sus maniobras. Con todo, era poco probable que, aunque el combate se librase en otra parte, aumentasen las posibilidades de derrotarlos. De hecho, sería incluso más complicado a medida que los alienígenas les fuesen arrebatando más y más sistemas estelares a los humanos, con lo que multiplicarían sus fuerzas y minarían las de sus víctimas. *Lo mejor será*

*comprobar si podemos causarles aquí el daño suficiente para pararles los pies. Sin embargo, ¿cuánto es suficiente?*

En primer lugar respondió a la directora general síndica.

—Apreciamos y agradecemos su preocupación por la seguridad de nuestro personal, pero nos hemos comprometido a neutralizar todo ataque emprendido contra este sistema estelar y nada nos hará faltar a nuestra palabra. Estamos dispuestos a luchar si es necesario, y tenemos el firme propósito de vencer. Estoy acostumbrado a desenvolverme en situaciones supuestamente desesperadas, y puedo asegurarle que no siempre son tan trágicas como parecen. Repito: la flota de la Alianza entrará en combate si así se nos solicita. Por el honor de nuestros ancestros. Se despide Geary.

A continuación les envió un nuevo mensaje a los alienígenas.

—La flota no abandonará este sistema estelar hasta que sus naves se hayan marchado. O negocian con nosotros o luchan con nosotros. No renunciaremos a este sistema estelar. No permitiremos que sus naves avancen más allá del límite marcado por nuestra flota. Estamos dispuestos a dialogar, pero lucharemos si es preciso.

Geary meditó durante unos instantes y después pulsó de nuevo sus controles.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, por ahora los mensajes que hemos enviado a las naves de la raza alienígena no han dado ningún resultado. Todas las unidades deben prepararse para combatir. Sean lo que sean esas criaturas, se arrepentirán si se atreven a molestar a la flota de la Alianza.

Los senadores estaban discutiendo; pese a que hablaban en voz baja, no podían ocultar su nerviosismo, con lo que atraían las miradas de desaprobación de Desjani y los controladores del puente.

—¿Desean continuar su conversación en otra parte? —les sugirió Geary a los políticos.

—No importa —contestó Rione al tiempo que les lanzaba una mirada corrosiva a los otros dos senadores—. No se nos ocurre ningún modo de solucionar esto mejor que el que usted propone.

—¿Debemos luchar? —preguntó Sakai.

—Senador —explicó Geary—, no deseo enfrentarme a esos seres, no teniendo tan pocas posibilidades. Aun así, no sé qué otra cosa podríamos hacer si siguen acercándose. Deben comprender que los humanos lucharán para evitar que se vuelva a producir una catástrofe como la de Kalixa.

—Provocar la aniquilación de nuestra flota no es la manera más eficaz de defender los intereses de la Alianza —observó Sakai mientras Costa asentía empáticamente con la cabeza—. No parece que la raza enigmática vaya a dejarse convencer.

Geary estaba buscando la respuesta adecuada cuando Desjani adoptó un gesto meditabundo.

—La flotilla de reserva.

Geary la miró intentando averiguar a qué se refería, hasta que por fin lo entendió.

—Los alienígenas no atacaron, no intentaron apropiarse de este sistema estelar, cuando los síndicos contaban con la flotilla de reserva para defender esta región. La zona fronteriza se mantuvo estable durante décadas, mientras la flotilla estuvo aquí.

—Y —añadió Desjani— aquella flotilla era más débil que esta flota.

Costa y Sakai miraban iracundos a la capitana, pero Rione afirmaba despacio con la cabeza.

—Al parecer, se les mantuvo a raya. ¿Cómo es posible si disponían de todas esas naves para atacar?

Sonaron las alarmas y Geary volvió a mirar fijamente su visualizador cuando de pronto llegaron más naves alienígenas, no al punto de salto sino para engrosar la armada. Salidas de la nada, había tres subformaciones más con las seis iniciales; así, conformaban una nueva V que se situó sobre las dos primeras y un tanto por delante de las mismas.

De esta manera, las posibilidades de vencer de la Alianza se redujeron de la mitad a un tercio.

## Capítulo 11

GEARY activó la presencia virtual de Boyens.

—Explíqueme cómo han hecho eso los alienígenas.

El director general síndico esquivó la mirada de Geary.

—No es la primera vez que ejecutan una maniobra así. Nunca lo hicieron durante mis años de servicio, aunque es algo que consta en los informes de encuentros anteriores. Se lo dije, a veces es imposible detectar la presencia de sus naves hasta que deciden mostrarse. Las naves síndicas no podían ver las naves de los alienígenas, ni siquiera las percibían como manchas difusas, hasta que de pronto aparecían al lado y abrían fuego.

—¿Cuándo pensaba hablarnos de esa táctica de los alienígenas? —le preguntó Geary con tono apremiante.

Boyens lo miró a los ojos.

—Los registros de las naves que perdimos quedaron fragmentados y podían inducir a error. Pero quería que viniera aquí y se enfrentase a ellos. Si le hubiera dicho que podían hacer algo así, ¿se habría acercado?

—¡Si voy a luchar contra ellos, debe darme ese tipo de información! —Geary le dio la espalda al síndico y miró a Desjani—. De acuerdo. La situación ha empeorado.

La capitana asintió con la cabeza, en apariencia impasible a pesar de que las fuerzas enemigas acababan de multiplicarse.

—Podemos atacar las subformaciones, las que ocupan la parte superior, y así desgastar a los alienígenas.

—Podemos intentarlo.

Holgaba decir que las naves de los alienígenas parecían mucho más maniobrables que los buques de guerra de los humanos, lo cual complicaría aquella táctica en gran medida. Geary desplegó una ventana de simulación y comenzó a operar con las formaciones para contrarrestar la superioridad numérica de los visitantes y entorpecer sus movimientos, decantándose por cinco subformaciones propias. Al dirigir las contra los flancos de los alienígenas, podría...

—Un nuevo mensaje de las naves de la raza enigmática.

Era obvio que había transcurrido más tiempo del que él pensaba. Ahora los avatares humanos de los alienígenas parecían tan engreídos como rígidos.

—Es el último aviso. Márchense. Las negociaciones solo se mantendrán con los Mundos Síndicos. La destrucción aguarda a la flota de la Alianza si permanece aquí. No poseen esta estrella. Márchense. Es el último aviso.

El senador Sakai hizo un aspaviento con las manos.

—¿Cómo vamos a negociar si no dejan de repetir sus exigencias?

—No quieren negociar —bufó Costa—. Almirante Geary, es evidente que la



situación exige que esta flota se... se... reposicione. Si cayese aniquilada por defender un sistema estelar síndico, sería como si hubiera traicionado al pueblo de la Alianza.

Geary notó que de pronto todos los ocupantes del puente contuvieron la respiración, aunque las palabras de Costa no dejaron de sonarle cómicamente irónicas.

—Senadora, ¿me está acusando de traición?

—Yo no he dicho eso, pero...

—El gran consejo en pleno me ha confiado el mando de esta flota, y no tengo otra intención que estar a la altura de lo que se espera de mí —prosiguió Geary endureciendo su voz—. Ahora tengo un combate que planificar, y agradecería que no se produjeran más interrupciones si no es para aportar algo.

Rione, que se hallaba detrás de Costa de tal modo que esta no podía verla, torció los labios hasta formar media sonrisa.

Sakai observaba los visualizadores sin decir palabra.

Costa se puso colorada pero guardó silencio al ver que ninguno de los otros dos senadores saltaba en su defensa.

Los demás ocupantes del puente volvieron a respirar y Geary se dio media vuelta para seguir ocupándose de la armada que se les estaba echando encima. Ahora se encontraba a tan solo una hora luz de distancia.

—Aumentemos nuestra velocidad. —Le ordenó a la flota que acelerase hasta una décima de la velocidad de la luz por un vector con el que interceptar a la armada alienígena—. Unas cinco horas para el contacto.

—Ya falta poco —afirmó Desjani con tono jovial. Después de que Geary hubiera amonestado a Costa, Desjani parecía estar mucho más animada—. Hay muchas —observó como si hablase de las nubes.

—Sí.

—¿Por qué se molestan en advertirnos?

Geary la miró.

—¿Qué?

—¿Por qué no nos atacaron sin más? Nos triplican en número, si es que no tienen más naves ocultas; además, si las puertas hipernéticas y los gusanos son solo una muestra de su tecnología, sus armas tienen que ser por lo menos tan buenas como las nuestras. Podrían haber mantenido sus tropas ocultas hasta el momento del ataque. Sin embargo, intentan convencernos para que nos marchemos en lugar de combatir.

Geary meditó la pregunta de la capitana.

—Volvemos a enfrentarnos al acertijo de Duellos. ¿Plumas o plomo? La adivinanza irresoluble cuya respuesta cambia al antojo del demonio. ¿Cómo vamos a encontrar la respuesta correcta si no entendemos a los alienígenas que nos la plantean

y ni siquiera sabemos lo que la pregunta significa en realidad para ellos?

Desjani encogió los hombros en respuesta.

—Nos dan la oportunidad de marcharnos sin luchar —repitió la capitana—. Están empeñados en que desaparezcamos sin oponer resistencia. Aun así, con el colapso de la puerta hipernética de Kalixa demostraron que pueden ser muy crueles. ¿Por qué ahora se muestran tan deferentes? Sus naves parecen ser totalmente indetectables para nosotros. En su lugar, yo habría cargado sin dudar y le dejaría claro al enemigo que no le conviene meterse conmigo. Habría mantenido mis tropas ocultas y entrado sigilosamente, hasta que me encontrase en el corazón del enemigo, donde abriría fuego sin avisar, del mismo modo que han hecho con los síndicos en anteriores ocasiones.

Geary se inclinó hacia delante, pensativo, analizando detenidamente la táctica de Desjani. Lo encontraba extraño. Sí, se enfrentaban a unos seres que no discurrían como los humanos, pero que demostraban ser muy despiadados cuando querían. Desconocían los objetivos de los alienígenas, pero nada de lo que estos habían hecho hasta ahora parecía ser del todo irracional a los ojos de los humanos, si bien ejemplos como el de Kalixa evidenciaban que los visitantes no eran en absoluto piadosos a la hora de enfrentarse a ellos. Los alienígenas parecían pragmáticos, en el sentido más escalofriante de la palabra. Lo cual no los transformaba en seres malvados, sino simplemente egoístas, y los humanos no eran los más indicados para echarle en cara algo así a otra raza inteligente. Pero Desjani había señalado la gran pregunta y dirigido también hacia esta la atención de Geary, en lugar de centrarse solo en la cada vez más cercana armada alienígena. ¿Por qué una raza de alienígenas pragmáticos y capaces de cometer actos tan despiadados se mostraban clementes con una flota de humanos a la que podrían tener que enfrentarse más adelante?

Si fuesen humanos y le ofreciesen a la flota de la Alianza la oportunidad de huir, Geary se preguntaría por qué. ¿Cuáles serían las posibles razones?

—Si quieren que nos marchemos en lugar de aniquilarnos, ¿por qué?

—Yo he preguntado primero —contestó Desjani—. Imagino que no les supondría ningún dilema moral acabar con esta flota.

—No, no después de que nos engañaran para que construyésemos las puertas hipernéticas, de que arrasasen Kalixa e intentasen destruir el sistema estelar nativo síndico cuando estábamos allí.

—Además, no atacaron cuando los síndicos tenían la flotilla de reserva aquí —insistió Desjani.

Muy cierto.

—Lo que significa que tal vez la flotilla era lo bastante fuerte para inquietarlos, a pesar de que una flota alienígena del tamaño de esta a la que nos enfrentamos podría haber aplastado sin problemas a la flotilla síndica de reserva. Lo que significa que

nosotros también somos lo bastante fuertes para inquietarlos, aunque a nosotros no nos lo parezca.

—Entonces —concluyó Desjani—, quizá no sean tan fuertes como parecen, quizá no tengan la victoria tan asegurada como cabe deducir de su superioridad numérica.

Aquello tenía sentido, pero ¿por qué iban a estar preocupados los alienígenas cuando disponían de tantas naves? ¿Temían sufrir bajas? Sin embargo, los alienígenas habían peleado contra los síndicos en más de una ocasión. Tal vez ocurriese lo mismo que con la puerta hipernética del sistema estelar nativo síndico. Veían algo pero no sabían lo que significaba. Como si se tratara de alguna especie de caballo de Troya. Por alguna razón que se le escapaba, Geary siguió dándoles vueltas a las cosas que Desjani y él habían estado diciendo. *Aunque a nosotros no nos lo parezca. Quizá no sean tan fuertes como parecen. Apariencias. ¿Por qué sospechaba que el aspecto de las cosas era importante?*

No debería serlo. En realidad nadie podía ver directamente a los alienígenas. Todas las imágenes llegaban a través de los sensores de la flota, dispositivos que captaban hasta el mínimo detalle y cuya vista, aparte de llegar mucho, muchísimo, más lejos que el ojo humano, era mucho más precisa. Los sensores de los síndicos presentaban pequeñas diferencias aunque en esencia eran prácticamente iguales, y si bien los síndicos llevaban décadas intentando obtener más información acerca de los alienígenas, no habían tenido ningún éxito.

Desjani debía de estar contemplando una idea similar. Miraba su visualizador con gesto grave cuando levantó una mano y lo señaló con el dedo.

—Parece que su superioridad numérica es aplastante.

—Eso es lo que nos dicen los sensores.

—Sin embargo, lo que nos dicen los sensores no tiene sentido considerando todo lo que sabemos, cómo se han comportado los alienígenas en ocasiones anteriores y cómo se están comportando ahora. Si estas imágenes nos muestran la realidad, entonces todo cuanto hemos averiguado tiene que ser erróneo.

Geary sabía a dónde quería ir a parar la capitana, a la misma conclusión a la que él estaba dando vueltas.

—Los síndicos creen que saben algunas cosas acerca de los alienígenas, y lo que creen saber es la base de lo que están convencidos que los alienígenas pueden hacer. —Como Boyens, que afirmaba que los visitantes no podrían haber provocado el colapso de la puerta hipernética de Kalixa. Como los síndicos del sistema estelar nativo, que ignoraban que los alienígenas habían introducido gusanos en los sistemas de sus buques de guerra—. Pero nosotros no comenzamos a estudiar a los alienígenas pensando que sabíamos algo sobre ellos. Todo cuanto creemos saber se basa en observaciones nuevas, en el análisis de los acontecimientos y el aprendizaje a partir de estos, y juraría por el honor de mis ancestros que las conclusiones a las que hemos

llegado sobre estos seres y sus actos, lo que creemos saber, no es erróneo. Por lo tanto, si estamos en lo cierto...

—Las imágenes que estamos viendo tienen que ser un espejismo —concluyó Desjani.

Un caballo de Troya. El contenedor de un peligro oculto. Geary, al igual que el resto de oficiales, centró su atención en el exterior, en la armada alienígena.

—Hemos extraído los gusanos de los sistemas de todos nuestros buques de guerra, ¿no es así?

Desjani asintió con la cabeza.

—Ahora el proceso forma parte de las rutinas de seguridad de los sistemas.

—¿Hemos purgado los sistemas desde que llegamos aquí?

La capitana forzó una sonrisa y se giró.

—Teniente Castries, averigüe cuándo fue la última vez que los sistemas de la nave se purgaron para eliminar los gusanos de probabilidad cuántica.

Sobresaltado, el teniente Castries se apresuró a cumplir la orden.

—Hace dos días, capitana.

—Antes de que viéramos a los alienígenas por primera vez —comentó Geary.

Desjani contestó afirmativamente con la cabeza a la vez que retraía los labios y mostraba los dientes en un gesto que ya no podía considerarse una sonrisa.

—Teniente, ordene al personal de seguridad de la nave que ejecute otra rutina de detección en los sistemas de todas las naves.

—¿En los sistemas de todas las naves? ¿Ahora, capitana?

—Hace media hora, teniente.

—¡Sí, señora!

Cuando el teniente se dispuso a avisar al oficial de seguridad de sistemas y ejecutar la purga de los mismos, Desjani miró de soslayo a Geary.

—Han activado nuevos gusanos.

—Le apuesto lo que quiera.

—En los sistemas de los sensores. Y los de análisis. Y los de los visualizadores.

—Sí.

—Porque no tenemos ni idea de cómo desarrollan esos gusanos. De alguna manera, podrían permanecer aletargados e indetectables hasta que una nave alienígena llega y envía una señal para activarlos. Y a juzgar por su capacidad de rastrear a la flota, esa señal viajaría más rápido que la luz, de modo que los gusanos habrían sido activados antes de que supiéramos siquiera que los alienígenas habían llegado. Todo cuanto habríamos visto sería lo que ellos querrían que viésemos.

Geary afirmó con la cabeza.

—Como usted ha dicho, ¿por qué no nos atacan si tanto nos superan en número?

—Porque su número no es el que nosotros creemos. —Desjani lo miró a los ojos,

sonriendo, y entonces él también lo sintió, esa sensación incomparable que se experimenta cuando otra persona sincroniza armoniosamente sus pensamientos con los tuyos y encaja unas piezas del rompecabezas mientras tú ordenas el resto, dos mentes que trabajan en perfecta concordancia. Su sonrisa se apagó—. Hacemos un equipo extraordinario.

—Sí que lo hacemos. —Geary dejó el tema ahí y esperaron hasta que se desplegó entre los dos una ventana a través de la cual se presentó un sobresaltado oficial de seguridad de sistemas.

—Capitana, almirante, hemos encontrado varios gusanos de probabilidad cuántica en los sistemas de combate, de sensores, de maniobras y de análisis. Esto tiene muy mala pinta. No tengo ni idea de dónde han salido ni cuál es su función, pero nos estamos deshaciendo de ellos.

La imagen del visualizador de Geary parpadeó, se actualizó, volvió a temblar y se refrescó de nuevo, mostrando cada vez grandes racimos de naves visitantes que desaparecían, de tal modo que la flota alienígena iba menguando a la misma velocidad con que los gusanos eran eliminados de los sistemas del Intrépido. Las naves visitantes que habían surgido recientemente de ninguna parte se desvanecieron por completo y la mayor parte de las naves que conformaban las dos V inferiores también se esfumaron.

La sonrisa temible de Desjani dio paso a un gruñido feroz.

—Ahora sí que podemos verlos.

El desenfoque que ocultaba incluso la silueta de las naves alienígenas se había disuelto de tal manera que ahora podía observarse que todas las naves, fuese cual fuese su tamaño, tenían más o menos la misma forma, más roma y redondeada que la de las naves de los humanos. Si estas semejaban un tiburón, las de los visitantes parecían tortugas con púas.

—Qué demonios... No me extraña que los alienígenas tuvieran tan engañados a los síndicos con su sistema de sigilo. No era por las naves de los alienígenas, sino por sus gusanos, que alteraban las imágenes que recogían los sensores de los síndicos.

—Buen trabajo, almirante Geary.

—Yo nunca me habría dado cuenta si usted no me hubiera llevado en esa dirección. —Le devolvió la sonrisa—. Un equipo extraordinario, capitana Desjani.

Boyens había observado los cambios y miraba los visualizadores boquiabierto.

—¿Qué han hecho?

—Por ahora, es nuestro secreto. —Supuso que tendrían que compartir con los síndicos el modo de encontrar y neutralizar los gusanos alienígenas, pero por el momento prefería disfrutar dejando al director general síndico con la duda—. Lo importante es que lejos de hallarnos en clara inferioridad numérica, en realidad nosotros tenemos el doble de naves que ellos.

Desjani tomó la palabra, todavía sonriendo, aunque ahora de un modo escalofriante.

—Los síndicos dijeron que casi nunca lograron alcanzar una nave alienígena con sus disparos y que cuando lo hicieron el impacto no tuvo efecto alguno. Sin embargo, si sus sistemas de armamento, de combate y de sensores estaban infectados por los gusanos, estos podrían haber desviado los disparos de los síndicos para que no alcanzaran las naves alienígenas reales, de manera que, lógicamente, cuando un misil impactaba contra una nave falsa, no sucedía nada. Los alienígenas no son invencibles, y ahora podemos alcanzarlos.

—¿Es preciso? —preguntó Rione. Había estado atenta al curso de los acontecimientos, comprendía lo que estaba pasando y ahora se encontraba de pie junto a Geary—. Podemos dejar que los alienígenas sepan que hemos descubierto sus gusanos, que podemos ver sus naves claramente y disparar contra ellas. Cuando lo sepan, lo más probable es que cedan y accedan a dialogar.

—¿Seguro? —preguntó Desjani sin dirigirse concretamente a ella—. ¿O se sacarán otro truco de la manga, alguno que no sepamos desmontar?

—Es un problema muy serio —convino Geary—. Señora copresidenta, los alienígenas provocaron el colapso de la puerta hipernética de Kalixa. Más que tener las manos manchadas de sangre humana, se revuelcan en ella.

—No lo discuto —dijo Rione—. Pero no veo qué mérito hay en empujarlos a derramar más sangre humana si podemos evitarlo. Si nosotros derramamos su sangre, podríamos provocar una gran enemistad entre nuestros pueblos, a la cual tal vez no seríamos capaces de ponerle fin.

Esta vez Desjani no respondió, pero tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de su asiento, a escasa distancia de los controles de dirección de los cañones. No era necesario preguntarle qué aconsejaba ella.

Con todo, a la copresidenta no le faltaba razón. Si mataban a un elevado número de alienígenas, ¿evitarían nuevos enfrentamientos o los provocarían? Lo cierto era que no sabían nada de cómo pensaba la raza enigmática. ¿O tal vez sí?

—A los alienígenas no parecía preocuparles mucho cómo reaccionaríamos ante sus actos. —Rione lo miró con ojos inquisitivos—. Traicionar a los líderes síndicos al comienzo de la guerra, si nuestras suposiciones no van desencaminadas. Engañar a la humanidad para que colocase las puertas hipernéticas en los sistemas estelares más importantes. Desviar la flotilla síndica hacia Lakota para que esta flota fuese destruida casi por completo. Colapsar con deliberación las puertas hipernéticas de Kalixa y el sistema estelar nativo síndico.

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó Rione.

—A que los alienígenas nunca han actuado como si temieran las represalias que pudiéramos tomar por atacarnos, como si temieran darnos motivos para que los

odiásemos a muerte. Pero cualquiera que tenga unas nociones mínimas de la historia de la humanidad, o del curso de la guerra que acaba de terminar, sabrá que el hombre tiende a responder y vengarse cuando el enemigo lo provoca y lo ataca.

Desjani volvió a mirarlo de soslayo.

—¿Esos seres no piensan en términos de represalias?

—Diría que no es lo que esperaban de nosotros y quizá ni siquiera les preocupe.

Rione lo escrutó con los ojos, su mente estaba herméticamente cerrada.

—Pretende comprender su modo de pensar a través de su modo de actuar.

—No tenemos otra cosa en la que basarnos. ¿Usted qué opina?

La copresidenta se tomó su tiempo para responder.

—Quiero encontrar un argumento con el que rebatir su teoría, pero me es imposible, a menos que, como usted sugiere, no les preocupe que decidamos tomar represalias. Incluso eso implicaría un nivel de arrogancia que deberíamos minimizar por nuestra propia seguridad. Pero, si tiene razón, ¿encontrarán los alienígenas algún sentido a nuestros actos?

—Tal vez si lo expresamos de otro modo. —Geary volvió a girarse hacia el director general Boyens—. Los síndicos insisten en que este sistema estelar es suyo, en que lo poseen. ¿Acaso la raza enigmática maneja el concepto de la defensa del territorio propio?

Boyens soltó una carcajada áspera.

—Se podría decir así. Fíjese en cómo hablan. No dicen: «Denos este sistema estelar porque lo queremos». No. Dicen: «Este sistema estelar es nuestro, por lo tanto deben marcharse». Justifican sus actos asegurando que este sistema estelar les pertenece y prohibiéndonos el acceso a su propiedad.

—¿Encaja eso con lo que han dicho y hecho en anteriores ocasiones? —preguntó Rione.

Boyens meditó la respuesta durante un instante.

—Por lo que yo puedo recordar, sí. Esto es nuestro, tienen que marcharse. Esto es nuestro, no entren. Ese tipo de cosas.

—Protegen su territorio.

—Sí, con mucho celo. Nosotros, es decir, los Mundos Síndicos, siempre hemos pensado que están obsesionados con mantenerse a salvo, que no quieren que aprendamos nada de ellos, aunque ese comportamiento también podría deberse al hermetismo con que defienden su propiedad.

—Gracias. —Rione se volvió hacia Geary y lo miró con una inusitada expresión de descontento indisimulado—. Todo encaja. Ojalá no fuese así. Los alienígenas que encabezan la armada no parecen comprender por qué estamos aquí, en un sistema estelar síndico, ni por qué no nos marchamos sin más cuando nos lo ordenaron. No saben cuál es nuestro objetivo porque este sistema estelar no es nuestro. A su modo

de ver, no deberíamos tener ningún motivo para defender algo que no nos pertenece. Por otro lado, creen que pueden atribuirse porque sí la propiedad de los sistemas estelares que se les antojen y obligar a marcharse a los humanos que los habitan desde hace tiempo. Teniendo en cuenta su punto de vista, almirante, y el del director general Boyens, parece que el plan más recomendable es organizar una defensa férrea de este sistema estelar para dejarles claro a los alienígenas que para nosotros todo sistema estelar ocupado por los humanos es nuestro territorio.

Desjani miró sorprendida a Rione antes de recuperar la compostura y fingir concentrarse otra vez en su visualizador.

Los otros dos senadores se acercaron a Rione e iniciaron una nueva discusión con la copresidenta, que se los llevó al fondo del puente, lejos del almirante.

—De acuerdo, entonces —le dijo Geary a Desjani—. Partámosles la cara a esas criaturas enigmáticas para que aprendan que nosotros protegemos nuestro territorio con tanto celo como ellas.

—¿Nos atribuiremos también este sistema estelar?

—Lo uno no implica lo otro necesariamente, lo siento.

—Nos vendría muy bien —comentó Desjani—. Supondría un acceso muy cómodo y práctico a la frontera con los alienígenas. Los síndicos nos deberán una si mandamos a esas criaturas de vuelta a Pelé de una patada en el culo.

—¿Habla en serio o es que le entusiasma la idea de entrar en combate con esos seres?

La capitana pareció meditar la respuesta antes de contestar.

—Sí a las dos cosas. Es un sistema estelar atractivo desde una perspectiva militar, almirante. Muy atractivo.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo con los habitantes de esta región, suponiendo que sigan siendo síndicos una vez que los Mundos Síndicos terminen de desmoronarse. —Geary se inclinó de nuevo hacia su visualizador con aire meditabundo—. Tenemos que entrar con cautela, acercarnos de tal modo que sigan creyendo que no hemos descubierto el engaño de sus gusanos, y virar en el último momento para atacar sus naves reales.

Desjani movió la cabeza para asentir.

—Teniente Yuon, ¿puede sobreponer la imagen de los sensores de la flota sobre la del análisis de los sensores del Intrépido?

—¿Mostrar las dos al mismo tiempo, capitana?

—Sí, pero manténgalas separadas.

—La red no está configurada para hacer algo así, sino lo contrario, de hecho, a fin de integrar los datos de todas las fuentes, aunque se puede conseguir, señora. No obstante, llevará su tiempo.

—¿Cuánto?



—Cinco minutos, capitana.

—Hágalo. —Desjani sonrió a Geary—. Los sistemas de las demás naves de la flota están nublados por los gusanos alienígenas. Podemos utilizarlos para obtener las imágenes que los alienígenas creen que estamos viendo.

Geary afirmó con la cabeza.

—Sí, pero no podemos dejar que los gusanos sigan activos en muchas de nuestras naves. Infectarán también los sistemas de dirección de los cañones. Es preciso que purguemos los sistemas de la mayor parte de las naves de la flota y dejemos infectados solo los de unas pocas para obtener las imágenes falseadas.

—¿Las auxiliares? De todos modos, no cuentan con mucho armamento.

—Me da la sensación de que les jugamos una mala pasada a los ingenieros, pero es una buena idea. Ninguna nave alienígena debería acercarse a las auxiliares, de modo que estarán a salvo aunque los gusanos nublen sus sensores. Organicémoslo.

El problema táctico había cambiado. En lugar de alejarse de la nube de naves alienígenas, debía avanzar y atacarlas con contundencia en la primera pasada, antes de que los visitantes comprendieran que sus gusanos habían dejado de corromper los sistemas de sensores y combate de los buques de guerra de la Alianza.

—Por fin tenemos un poco de información acerca de los síndicos —le dijo Desjani a Geary—. No hay gran cosa.

Geary revisó el mensaje y comprendió que cuando Boyens empleó el término «fragmentados» para referirse a los registros que se salvaron de la destrucción de las naves síndicas, el director general fue muy optimista. Al parecer, los síndicos se esmeraron para reducir las naves a simple chatarra. Pero Geary estudió lo que tenía allí.

—Tanya, mientras organizo el plan de ataque, quiero que los analice y solicite la opinión de los operadores de los sistemas de combate. Lo que yo deduzco a partir de los registros es que las armas alienígenas no son tan superiores a las nuestras como parecen ser sus sistemas de propulsión. Me gustaría saber si está de acuerdo.

—Estamos en ello, almirante.

Geary prosiguió con la planificación, prestando solo la atención precisa para oír a Desjani informar de que tanto ella como todos aquellos a quienes había consultado compartían la misma opinión sobre las armas alienígenas.

—Quizá tengan más alcance, quizá sean más potentes, o quizá no. Consisten básicamente en haces de partículas, láseres y proyectiles cinéticos.

Tal vez la forma de pensar y la anatomía de la raza enigmática fuesen distintas, pero seguía estando sometida a las mismas reglas fundamentales que regían el resto del universo. Algunas armas tenían sentido dados ciertos niveles de desarrollo tecnológico. Quizá los alienígenas también dispusieran de campos de anulación, aunque no parecía muy probable puesto que estas armas se podrían haber empleado

para destruir por completo todo rastro de las naves síndicas abatidas.

Geary, conforme por fin con su plan de ataque, se reclinó en el asiento exhalando con pesadez.

—¿A qué distancia están?

—A diecisiete minutos luz —respondió Desjani.

—¿Tan cerca?

—Pensaba interrumpirlo para avisarlo cuando se encontrasen a quince minutos luz.

—Gracias. Quiero que los alienígenas crean que saben lo que vamos a hacer, de modo que no tardaremos en adoptar la formación de combate. Échele un vistazo a mi plan antes de que lo envíe.

La capitana dedicó varios minutos a revisar las maniobras, al cabo de los cuales asintió.

—Fingirá avanzar hacia las inexistentes formaciones superiores de las naves alienígenas. ¿Cómo sabe que la segunda capa de las formaciones alienígenas se distribuirá así?

—Si sus armas no son muy superiores a las nuestras, se verán obligados a colocarse así. Darán por hecho que pensamos atacar las naves falsas de la capa superior, por lo que querrán que permanezcan al alcance de nuestras armas para que desperdiciemos nuestros disparos. Sin embargo, también les conviene que las naves de la segunda capa se encuentren lo bastante cerca de nosotros para alcanzarnos cuando pasemos. Para ello tendrían que maniobrar según mis cálculos.

—Demasiadas suposiciones —lo previno Desjani.

—Lo sé, pero tengo que basarme en lo que sabemos.

La capitana sonrió.

—No cabe duda de que no esperarán que maniobremos del modo que usted planea. Sería un suicidio si todas esas naves alienígenas existiesen de verdad. Ellos también tendrán que hacer muchas suposiciones. Creo que está bien. Sería una estrategia viable si todas las naves alienígenas existiesen realmente. Además, no han combatido contra usted hasta ahora, por lo que no les extrañará que organice la formación de combate con tanta antelación.

—Bien. —Geary titubeó por un instante, consciente de todo lo que dependía de sus suposiciones. Con todo, no había manera de librar aquella batalla sin asumir ningún riesgo—. A todas las unidades de la flota de la Alianza, les habla el almirante Geary. A continuación se les van a enviar las órdenes de maniobras. Ejecuten la formación Mérito a las cuatro cero. Se despide Geary.

A las cuatro cero la flota de la Alianza procedió a dividirse y distribuirse en cuatro discos aplanados cuyos bordes finos miraban hacia los alienígenas que estaban llegando. Tres de los discos se mantenían a la misma altura, los unos al lado de los

otros, formando una línea orientada hacia el enemigo, y cada uno de ellos contenía alrededor de un tercio de las naves de la flota, ocho acorazados y siete cruceros de batalla en las subformaciones de cada lado del grueso, mientras que este se componía de nueve acorazados y seis cruceros de batalla. Para ello fue necesario separar los tres cruceros de batalla de la clase Diestra que se integraban bajo la Quinta División, pero Geary decidió que tenía más sentido emparejar las Diestras con otras formaciones de cruceros de batalla más voluminosos y capaces que mantenerlos en una división separada. Los cruceros pesados, los cruceros ligeros y los destructores se distribuyeron más o menos de modo equitativo entre las tres subformaciones, donde reforzarían la protección de los buques de guerra de las formaciones de combate que resultasen más dañados pero que continuasen operativos.

Por encima de las tres formaciones de combate y con suerte fuera del alcance del fuego directo, un disco de dimensiones mucho más reducidas contenía las cinco auxiliares, el crucero de batalla Ágil y los demás buques de guerra que después de haber sufrido daños críticos no podían posicionarse en la vanguardia.

Geary aguardó hasta que las subformaciones terminaron de configurarse para realizar una leve modificación en el rumbo de la flota a fin de dirigir las tres subformaciones de combate directamente contra las tres formaciones alienígenas imaginarias que coronaban la armada de los visitantes. Como había indicado Desjani, parecía viable, puesto que las distintas subformaciones de la Alianza más o menos igualaban en tamaño a la subformación alienígena contra la que se dirigían, como si la flota de la Alianza pretendiese enfrentarse solo a una parte de los alienígenas cada vez con el objetivo de neutralizar la aparente gran ventaja que los visitantes les llevaban.

Sabía que Costa ardía en deseos de preguntarle qué pretendía, pero Sakai permanecía impasible, sin intención de manifestar su apoyo, mientras que Rione tenía un aspecto tan relajado que invitaba a pensar que sabía lo que estaba ocurriendo.

—El enemigo se encuentra a cinco minutos luz de distancia. El tiempo estimado para el inicio del combate es de veinticinco minutos.

Sakai agitó la cabeza.

—Es la primera vez que la Alianza se encuentra con una raza inteligente no humana y ya nos referimos a ella como «el enemigo».

—No somos nosotros quienes lo han elegido así —le recordó Rione—. Pero si el almirante Geary decide darles a los alienígenas una última oportunidad para virar y evitar el enfrentamiento...

Desjani les lanzó una mirada desabrida a los políticos, pero Geary se encogió de hombros.

—No se pierde nada por repetirlo. —Pulsó de nuevo el control de emisión—. Para la armada de naves no humanas que se encuentra en este sistema estelar. No se

les permitirá atravesar el límite definido por esta flota sin entablar combate, no se les permitirá atacar a los humanos ni ninguna propiedad de estos dentro de este sistema estelar, no se les permitirá tomar el control de este sistema estelar. Desvíense ahora y retírense a las inmediaciones del punto de salto por el que llegaron si no desean que se pierdan vidas en vano. Por el honor de nuestros ancestros. Se despide Geary.

—¿Por qué tenemos que darles tantas oportunidades de salvarse? —murmuró Desjani en una voz demasiado baja para que los políticos la oyeran—. ¿No podemos matarlos ahora?

—Podemos matarlos ahora, aunque sería una verdadera lástima. Piense en todo lo que podríamos aprender una raza de la otra si accediesen a dialogar.

—Podemos dejar el diálogo para cuando aprendan a dejarnos en paz.

A un paso combinado de dos décimas de la velocidad de la luz, las dos agrupaciones de naves continuaban avanzando sin que ninguna modificase su rumbo ni su aceleración.

—Faltan diez minutos para el contacto.

Geary asintió con la cabeza y dejó que la intuición le indicase el momento preciso para realizar la maniobra. Había ordenado que sus naves adoptasen la formación de combate hacía cerca de una hora, dándoles tiempo de sobra a los alienígenas para que se convencieran de que sabían lo que pretendía hacer. Ahora debía ejecutar la maniobra final en el último instante para que los visitantes no observasen el cambio de objetivos con la antelación suficiente para alterar sus planes. Si había interpretado mal la estrategia de la raza enigmática, la pasada tendría resultados desastrosos, aunque ese sería el peor de los casos a menos que los alienígenas sí que contasen con armas secretas y devastadoras que no hubieran decidido utilizar hasta ahora.

—A todas las unidades de las formaciones Mérito Uno, Mérito Dos y Mérito Tres, a las tres cinco modifiquen el rumbo y desciendan cero uno cinco grados. Abran fuego cuando los objetivos entren en los cuadrantes de combate. Se despide Geary.

En el visualizador que tenía a su lado, el que recibía las imágenes de las auxiliares cuyos sistemas seguían infectados por los gusanos alienígenas, la maniobra que acababa de ordenar se estaba desarrollando tal como Desjani lo había descrito, un descenso suicida de las subformaciones de combate de la Alianza entre la segunda y la tercera capa de la armada alienígena, con una desventaja numérica de dos a uno y recibiendo fuego desde arriba y desde abajo al mismo tiempo. El visualizador que recogía las imágenes reales mostraba las tropas de ataque de la Alianza, que descenderían en el último momento hacia las naves visitantes de la segunda capa, con una diferencia de potencia de fuego en el punto de contacto de cuatro a uno a favor de la Alianza.

Pensó en lo trágico que era el hecho de que aquel primer contacto con una raza alienígena se hubiera convertido, como había dicho Sakai, en una lucha con el

enemigo. Sin embargo, recordó también todas las naves síndicas que los visitantes habían derribado a lo largo del último siglo, cuyas tripulaciones ignoraban hasta qué punto los gusanos alienígenas los estaban engañando. La raza enigmática jugaba con una gran ventaja y al parecer no había dudado en aprovecharla.

A las tres cinco, las tres subformaciones de la Alianza iniciaron el descenso mientras la subformación de las auxiliares mantuvo el rumbo para pasar sin peligro sobre el campo de batalla.

—Acercaos de una vez, malnacidos —susurró Desjani antes de exclamar con regocijo—: ¡Aquí vienen!

Incapaz de ver a tiempo el cambio de rumbo que realizó la Alianza en el último momento, la formación alienígena al completo comenzó a ascender, desplazándose hacia arriba de modo que las naves de la segunda capa pudieran alcanzar con sus disparos a los buques de guerra de la Alianza que se dirigían contra las naves alienígenas de la tercera falsa capa.

No obstante, las naves de la Alianza, en lugar de avanzar hacia ese punto, empezaron a descender para enfrentarse a los alienígenas que ascendían.

El encuentro a corta distancia duró tan solo un instante, a cuyo término Geary liberó el aliento que había estado conteniendo. Los visitantes no compensaron con ninguna superarma la pérdida de la ventaja que les daban los gusanos. El Intrépido seguía intacto, aunque podía oír las voces que informaban de los impactos recibidos.

Las imágenes falseadas por los gusanos que enviaban las auxiliares no mostraron ningún cambio en la armada alienígena tras el encuentro, aunque los sensores desinfectados de la flota actualizaron sus capturas al instante. La segunda capa de la armada alienígena resultó aniquilada al ser sorprendida por un rival con una potencia de fuego mucho mayor, de tal manera que unos tres cuartos de las naves que la componían quedaron totalmente destruidas o reducidas a simple chatarra.

Los alienígenas parecían haber concentrado su fuego en los cruceros de batalla de la Alianza, ignorando los escoltas y los acorazados, aunque sus descargas perdieron fuerza cuando sus naves cayeron fulminadas. La maldición de la Invencible se cumplió una vez más, puesto que esta nave fue la que sufrió los daños más graves, lo que redujo su maniobrabilidad al mínimo. La Ilustre también resultó dañada, al igual que la Predominante, la Auspiciadora, la Formidable, la Radiante, el Arrojado, la Dragón y la Valiente. Los demás cruceros de batalla, como el Intrépido, recibieron impactos aunque no daños críticos.

—Habla el almirante Geary. Formaciones Mérito Uno y Mérito Cuatro, asciendan uno nueve cero grados a las cuatro dos. Formación Mérito Dos, vire a babor uno nueve cero grados a las cuatro dos. Formación Mérito Tres, vire a estribor uno nueve cero grados a las cuatro dos. —Las cuatro subformaciones comenzaron a describir amplios giros, de tal modo que la formación centrada en el Intrépido se dio la vuelta

para perseguir a los alienígenas mientras que las formaciones situadas a los lados se despegaron y dieron media vuelta para enfrentarse de nuevo al enemigo también.

A los visitantes pareció llevarles algunos minutos darse cuenta de lo mal que habían ido las cosas y ver las maniobras de la Alianza, pero acto seguido las naves alienígenas que permanecían operativas descendieron a una velocidad vertiginosa y se colocaron en un vector que las haría pasar por debajo de las tres subformaciones de la Alianza que pretendían atraparlas con una nueva pasada ofensiva.

—No podemos alcanzarlas, capitana —informó consternado el consultor de maniobras—. Han virado demasiado rápido. Se escurrirán por debajo de nosotros mientras nos reposicionamos.

—Todavía podemos perseguirlas hasta expulsarlas de este sistema estelar —aventuró Desjani.

Tras considerar la idea, Geary sacudió la cabeza.

—No. Eso solo serviría para que siguieran alardeando de lo superior que es su capacidad de maniobra en relación con la nuestra. Dejemos que se marchen con la pesadumbre de la derrota. Además, tenemos algunas naves alienígenas dañadas que nos vendrán muy bien. —Los restos de numerosas naves enemigas que viajaban indefensas a la deriva suponían un verdadero tesoro de información. Encontrarían sin duda los cadáveres de algunos visitantes y, con suerte, alienígenas vivos con los que establecer un diálogo de verdad, así como aparatos y dispositivos que podrían copiar y de los que aprender—. ¿Hemos visto brotar cápsulas de escape de las naves alienígenas?

—No, señor —informó el consultor de maniobras—. Ninguna nave alienígena ha expulsado nada.

—Deben de contar con algún tipo de sistema de emergencia —objetó Desjani.

—Si es así, no lo están utilizando. Llevemos algunas naves hasta los restos... —comenzó a decir Geary, que se interrumpió cuando las alarmas empezaron a parpadear en su visualizador—. Que nuestros ancestros nos amparen. Están explotando.

Todas las naves alienígenas derribadas habían estallado al mismo tiempo, dejando tras de sí un rastro de cegadoras flores de fuego como prueba de la destrucción total tanto de las naves como de todo el equipo y todos los ocupantes que transportasen.

El consultor de ingeniería analizó las imágenes de su visualizador con atención.

—Señor, las características de las detonaciones se asemejan a las de la sobrecarga del núcleo de nuestras naves, pero son mucho más potentes, sobre todo tratándose de naves de ese tamaño.

—No tiene sentido —observó Desjani endureciendo la voz y la expresión—. Para maniobrar así, necesitarían núcleos energéticos más potentes. Supongo que para ellos suicidarse en masa es algo aceptable.

—Capitana —continuó el ingeniero—, no creo que se hayan suicidado. Las sobrecargas de los núcleos no fueron del todo simultáneas. Las explosiones se escalonaron con varios milisegundos de diferencia obedeciendo a un patrón de onda expansiva. Alguien envió una señal para provocar las detonaciones y al parecer la onda se propagó a partir de las naves alienígenas que seguían operativas.

El rostro de Desjani se retorció en una mueca de rabia.

—Esas alimañas desalmadas. Han hecho explotar a los suyos. Quien esté al cargo de los alienígenas ha decidido mandarlos al infierno para asegurarse de que no aprendamos nada de ellos. ¡Escoria despiadada! —Los controladores del puente se mostraron claramente de acuerdo con los sentimientos de su capitana.

—Los juzga desde su punto de vista —le dijo Rione, aunque la reticencia que arrastraba el tono de su voz dejaba claro que también ella compartía la opinión de Desjani.

—Y pienso seguir haciéndolo —replicó Desjani con parquedad.

Geary se giró para mirar al consultor de ingeniería.

—¿Quedará algo de esos restos de lo que podamos averiguar algo?

—Lo dudo, señor. Los fragmentos que podemos ver son tan diminutos que se están clasificando como polvo. Sin embargo, es posible que los análisis nos permitan hacernos una idea aproximada de las aleaciones y demás materiales que emplean.

—Cruelles y eficientes —le dijo Geary a Desjani—. Una mala combinación.

—¿Y la sustancia de la que están hechos? —preguntó Sakai—. Convendría saber por lo menos si son una forma de vida basada en el carbono.

El ingeniero arrugó el rostro mientras reflexionaba.

—No lo creo, señor. Si esta nave explotase y quedase reducida a cenizas, dejaría muchos rastros de posible material orgánico. Solo las reservas de alimentos contaminarían una gran parte de las muestras; después estaría la ropa, el mobiliario y muchas otras cosas.

Geary perdió la mirada en el visualizador y se preguntó qué tipo de mentalidad debían tener los visitantes para tomar medidas tan radicales a fin de que nadie averiguase nada sobre ellos.

—Señora copresidenta, ¿debería dirigirles unas palabras de despedida a nuestros amigos alienígenas mientras escapan o tal vez se trata de una función que les corresponde a los representantes políticos que nos acompañan?

—Mi recomendación es que se encargue usted, almirante. —Rione también parecía enfadada—. Sean lo que sean, las medidas que están dispuestos a tomar para impedir que consigamos más información sobre ellos delatan que averiguar más cosas no resultará sencillo. Podrían ser xenófobos o paranoicos en extremo. Quizá estos sentimientos alimenten su territorialidad, o tal vez esta brote de aquellos. Me temo que será preciso organizar una defensa sólida mientras intentamos determinar el

modo de seguir comunicándonos con ellos.

Geary oyó a Desjani murmurar para sí algo sobre «más lanzas infernales y metralla». Debía admitir que una parte de él albergaba los mismos sentimientos después de contemplar la aniquilación total de los alienígenas que podrían haber sobrevivido. ¿Cómo podrían negociar o confiar en alguien que estaba dispuesto a hacer algo así?

No sería fácil. Se preguntó hasta qué punto las bajas disuadirían a una raza que prefería matar a los suyos antes que dejar que los capturaran o los examinaran. Tal vez a los alienígenas no les preocupase la supervivencia del individuo del mismo modo que a los humanos. Sí. Nos preocupamos por nuestros congéneres. Salvo cuando arrojamamos bombas sobre ellos desde una órbita planetaria o los enviamos a una muerte segura. Y aun así, nos importan. Supongo que a los alienígenas también les costará entendernos.

Meditó detenidamente sus palabras y se dispuso a transmitir un último mensaje para los alienígenas que huían.

—Habla el almirante Geary de la flota de la Alianza. Esta estrella nos pertenece. Todas las estrellas habitadas por el hombre nos pertenecen. Las estrellas ocupadas por ustedes no nos pertenecen. No pretendemos iniciar una guerra con ustedes, no intentaremos arrebatarles su propiedad, pero defenderemos lo que es nuestro. Queremos la paz. Vengan en son de paz, para dialogar, y dialogaremos. Es lo que deseamos. Pero si vienen para hacer la guerra, para luchar, entonces lucharemos. Todo ataque contra la humanidad recibirá una respuesta igual de contundente. No toleraremos ningún tipo de agresión, en ningún lugar. Si intentan destruir algún otro de nuestros sistemas estelares mediante el colapso de una puerta hipernética, les haremos pagar un justo precio. Por el honor de nuestros ancestros.

Rione exhaló un pesado suspiro.

—Ha hablado muy bien. La espada en una mano y la rama de olivo en la otra. Esperemos que se decanten por la propuesta de paz.

Boyens entró en la dársena del transbordador, a cuya entrada se detuvieron los marines que lo escoltaban. El director general síndico caminó con paso firme hasta llegar al transbordador y se detuvo para hablarle a Geary.

—Debo darle las gracias, almirante Geary. Gracias de mi parte y en nombre de todos los seres humanos que habitan esta región del espacio.

—Agradézcaselo a todos los que forman parte de la flota de la Alianza. Además, nuestra intención no era hacerle un favor a usted.

—Lo sé. Pero no tenían la obligación. —Boyens señaló con la cabeza a Rione, Sakai y Costa—. Ahora nuestros pueblos comparten una historia horrible, pero esta es una gran oportunidad para empezar de nuevo.

—Guárdese los sermones para otro momento —le espetó Costa.



—Lo digo en serio. —Boyens señaló a su alrededor—. Los sistemas estelares de la frontera con los alienígenas los necesitan. Lo sabemos. Las autoridades centrales encargadas de organizar lo que queda de los Mundos Síndicos estarán muy ocupadas intentando defender y mantener lo que todavía controlan. Pasará mucho tiempo hasta que empiecen a ofrecernos ayuda de verdad. Sin embargo, en Taroa hay buenos astilleros. Es uno de los sistemas estelares que habríamos tenido que abandonar si Céntrica hubiera caído. Aun así, incluso esos astilleros tardarán en entregar un número decente de buques de guerra, sobre todo ahora que las líneas de abastecimiento funcionan de modo intermitente debido al colapso que está sufriendo la autoridad central de los Mundos Síndicos. Se avecina una larga temporada durante la que estaremos desamparados y no podremos reunir una defensa sólida.

Sakai gesticuló en respuesta.

—¿Quiere decir que sus sistemas estelares siguen formando parte de los Mundos Síndicos o que pasarán a organizarse de otro modo?

—No lo sé. —Boyens sonrió fugazmente—. Tengo que pensar mejor lo que digo. Dependerá de lo que este pueblo quiera. Puedo asegurarles que a los habitantes de esta región no les hizo ninguna gracia que los Mundos Síndicos los abandonaran a su suerte cuando les arrebataron sus tropas defensivas para enviarlas a luchar contra la Alianza. Pero ahora en Prima se ha establecido un nuevo liderazgo. Por tanto, es posible que el pueblo esté dispuesto a permanecer con los Mundos Síndicos, aunque eso podría pasar por exigir más autonomía, organizando aquí una confederación regional que no esté vinculada estrechamente con lo que quede de los Mundos Síndicos. Más similar al sistema de la Alianza. Prometo mantenerlos informados.

Boyens los miró a todos y retorció los labios en un gesto de arrepentimiento, como si hubiera visto claramente la reacción que provocó en ellos su última afirmación.

—La promesa de un director general síndico. Sé muy bien lo que vale. Pero les doy mi palabra. No soy estúpido. Los necesitamos. Y les debemos una por habernos sacado de esta. Nunca lo olvidaré.

—Con nosotros parece haberse comportado con honradez —dijo Rione—, aunque no siempre con la franqueza que cabía esperar. Es algo que tendremos en cuenta.

—¿Qué ocurrirá con usted ahora? —preguntó Geary.

Boyens lo miró confuso y entonces Geary comprendió que el síndico no esperaba que a ningún oficial de la Alianza le preocupase lo que fuera de él.

—No estoy seguro. El procedimiento oficial ordena que se me traslade a las salas de interrogatorios para determinar si he proporcionado algún tipo de información durante mi cautiverio, y que se me pregunte cómo me marché o por qué me liberaron, a lo que suele seguir un juicio público por traición, todo lo cual concluye con una

ejecución o tal vez una condena todo lo penosa posible en el exilio. Aunque esta situación difiere un poco de lo habitual. Gwen Icení es una persona muy honrada teniendo en cuenta su cargo de directora general, además es lo bastante inteligente para saber que necesitamos romper con algunas prácticas desfasadas dado todo lo que está ocurriendo en el espacio síndico y lo que ustedes han hecho aquí. Por lo tanto, no lo sé. Quizá acabe mis días entre rejas, quizá me nombren embajador en el territorio de la Alianza, puede que me asignen el mando de algunas de nuestras nuevas tropas defensivas móviles cuando terminen de construirlas, o puede que me fusilen. Ya se enterarán, tarde o temprano.

—Nos vendría bien poder acceder a este sistema estelar —dijo Geary.

—No creo que nadie pueda cortarles el paso si quieren entrar —comentó Boyens haciendo un gesto de ironía.

Rione desterró de su rostro cualquier atisbo de expresión y habló con un calculado tono neutral.

—Así y todo, un acuerdo que nos permitiera el acceso supondría una gran ventaja tanto para los habitantes de esta región como para la Alianza. Dígale a su pueblo que a la Alianza le interesaría alcanzar ese tipo de acuerdo en beneficio de todos.

Boyens la observó con una expresión igual de hermética.

—Aunque los habitantes de esta región decidiesen desvincularse de los Mundos Síndicos, dudo que les interesase integrarse en la Alianza.

—La Alianza no obliga ni ordena a nadie a asociarse con ella —repuso ahora Sakai—. Existen muchos otros tipos de cooperación.

—De acuerdo. Informaré sobre ello.

Rione y Sakai asintieron con la cabeza para Geary, aunque Costa mantuvo el ceño fruncido sin decir nada. Geary le tendió un disco de datos al síndico.

—Contiene las descripciones de los gusanos alienígenas. Cómo detectarlos, cómo desactivarlos. Es muy posible que todos los sistemas de sus planetas y naves estén infectados por estos gusanos. Así es como impidieron que les vieran y que les infligieran daño alguno durante los combates.

Boyens se quedó mirando el disco unos instantes, hasta que empezó a estirar el brazo poco a poco, como si esperase que Geary se arrepintiera y lo retirase en el último momento.

—¿Por qué nos da esto?

—Porque sin esto no podrán organizar una defensa eficaz de la frontera —explicó Geary—. Y como muestra de buena voluntad con el pueblo de este sistema. —No le comentó que Sakai, Rione y él habían concluido que con lo que Boyens les dijera a los habitantes de aquella región, estos podrían determinar por sí mismos que los gusanos existían. De esta manera, con suerte, los síndicos se sentirían en deuda con la Alianza. Además, no quería dejar atrás ninguno de sus buques de guerra, aislado en

aquel sector tan alejado de su hogar y sujeto a la buena voluntad de los habitantes, para que se asegurara de que los alienígenas no los asaltasen en un futuro cercano. Le parecía mucho mejor entregarles a los síndicos una herramienta que les permitiera enfrentarse a los alienígenas con garantías—. En el disco no se explica cómo funcionan los gusanos porque no lo sabemos. Si lo averiguan, les agradeceríamos que nos devolvieran el favor y nos lo comunicasen.

—Le aseguro que animaré a mi pueblo a hacerlo. —Boyens miró el disco con aire sombrío—. Llevamos un siglo en contacto con ellos y nunca nos imaginamos algo así. ¿Cómo lo averiguaron?

—Nos planteamos el problema desde una perspectiva distinta. Tal vez eso nos ayudase. No teníamos un siglo de experiencia ni nos basábamos en suposiciones que pudieran llevarnos en la dirección equivocada. Era perfectamente posible que las naves de los alienígenas tuvieran algo que impidiera verlas, y tal vez hace cien años no existiera un modo de detectar los gusanos de probabilidad cuántica. Llegaron a conclusiones que emplearon como base para todas las investigaciones posteriores.

Boyens, con gesto de arrepentimiento, movió la cabeza para asentir.

—Como dice el viejo refrán, a veces el peligro no reside en lo que ignoras, sino en lo que crees saber.

—Exacto. Pero también encontramos los gusanos porque una oficial brillante de la flota de la Alianza decidió buscar algo que sospechaba que podía haber, sin limitarse a investigar solo donde se suponía que debía hacerlo.

—Una persona con verdadero talento puede marcar la diferencia —convino Boyens—. Me gustaría darle las gracias, algún día.

Geary mantuvo la rigidez de su expresión.

—Me temo que no será posible. Murió durante la batalla contra su flotilla en Varandal.

El director general síndico miró a Geary a los ojos por un momento.

—Lo siento. Si le sirve de consuelo, yo también perdí algunos amigos en aquella batalla. Desearía que todos ellos, sus hombres y los míos, siguieran con nosotros.

—En ese caso —intervino Rione con firmeza—, haga cuanto esté en su mano para que nuestros pueblos trabajen juntos a partir de ahora en lugar de buscar un nuevo enfrentamiento. No podemos traer de vuelta a los caídos, pero sí podemos evitar más muertes.

Boyens cerró los dedos en torno al disco de datos.

—Sí. No puedo hablar en el nombre de todo el espacio de los Mundos Síndicos, sino solo en el de esta región cercana a la frontera con los alienígenas, pero lo intentaré. —Su mirada se posó sobre Geary—. ¿Permanecerá al mando del Ejército de la Alianza? La gente querrá saberlo.

Geary formuló su respuesta con cautela.

—Estoy al servicio del Senado de la Alianza. En la actualidad solo encabezo esta flota, no la totalidad del Ejército de la Alianza. Desconozco qué funciones se me asignarán después de esto.

—De acuerdo. Le hablaré con franqueza. Los habitantes de esta región confiarán en usted. Espero que el Gobierno de la Alianza lo tenga en cuenta. —Boyens asintió con la cabeza para despedirse de Geary y los tres senadores, se dio media vuelta y caminó hacia el transbordador.

El grupo vio cómo se sellaba la dársena interior y cómo a continuación partía el transbordador, lo que aportó cierto alivio a Geary. De alguna manera, enviar al director general síndico allí, al lugar de procedencia de la flotilla de reserva, completaba un círculo necesario.

—Es una lástima que no haya campos de prisioneros de la Alianza tan lejos de nuestro territorio —comentó Sakai—. Podríamos haber solicitado la entrega de esos hombres ahora que los síndicos todavía nos están agradecidos.

—Nos estarán agradecidos mientras nuestros cañones apunten hacia ellos —gruñó Costa—. Sigo pensando que decirles lo de los gusanos ha sido una imprudencia. Podríamos haberlos estudiado, aprendido a utilizarlos, y así emplearlos contra los síndicos si fuera necesario.

—Ahora nuestro enemigo es otro —replicó Rione—. Un enemigo mutuo, por lo que parece, nos guste o no. Y los síndicos que habitan esta región podrían ser unos aliados muy útiles.

Costa agravó aún más su catadura.

—Me resulta difícil considerar a los síndicos mis aliados.

—Puede que no tarden mucho en dejar de ser síndicos, si eso se lo hace más fácil.

—Aunque un lobo diga que es un perro, seguirá siendo un lobo. —Costa miró a Geary con desabrimiento—. Espero que no tenga pensado retirarse ahora, almirante. Puedo asegurarle que no se le permitirá.

Geary se mantuvo inexpresivo.

—Lo suponía. Pero llegué a un acuerdo con el consejo.

Costa no consiguió reprimir del todo una sonrisa burlona al oír la respuesta de Geary.

—Por supuesto —dijo la senadora mientras Sakai evitaba mostrar ninguna reacción. Rione, por su parte, logró lanzarle una mirada de advertencia a Geary sin que los otros senadores se percataran.

Todas las dudas que tenía sobre la posibilidad de que el gran consejo jugase con las promesas que le había hecho se esfumaron al instante.

Con todo, él también sabía jugar. Había conseguido desbaratar los planes que los síndicos y los alienígenas trazaron contra él, y pensaba hacer lo mismo con el gran consejo.

Al salir de la dársena del transbordador, no pudo evitar reparar en lo irónico que, al igual que a Badaya, le parecía el hecho de que ahora viera en el Gobierno de la Alianza otro obstáculo que superar. No obstante, al contrario que los de Badaya, sus objetivos eran meramente personales. El Gobierno podía regir en el ámbito político, pero él tan solo deseaba poder ejercer un mínimo de control sobre su vida.

Consideraba que se lo había ganado.

Volvió a encontrarse con Desjani en el puente, donde observaron cómo el transbordador de la Alianza se acoplaba al crucero pesado síndico, operación que la capitana vigiló con atención, como si estuviera lista para desplegar de inmediato una cortina de misiles espectro si a la nave síndica se le ocurría abrir fuego contra el transbordador. Pero pasados unos minutos este informó de que el traslado se había completado con éxito, tras lo que se desligó del buque de guerra síndico y emprendió el regreso al Intrépido.

Una vez que el transbordador volvió a posarse en la dársena del buque insignia, Desjani pareció relajarse por fin.

—¿Nos vamos ya a casa?

—Sí. —Geary se reclinó en el asiento sin apartar los ojos de las imágenes de la flota que mostraba el visualizador—. Nos vamos a casa.

## Capítulo 12

RESULTABA extraño viajar a casa sin tener planeado entrar en combate de forma inminente, utilizar la hipernet síndica y atravesar los distintos sistemas estelares síndicos (o los antiguos sistemas estelares síndicos) sin temor a que los atacasen. Algunos directores generales incluso se ofrecieron a venderles materia prima para reabastecer los pañoles de las auxiliares, aunque la flota de la Alianza todavía no confiaba lo suficiente en ellos para prestarse a ese tipo de transacciones.

Mientras atravesaban el último sistema estelar síndico antes de saltar hacia Varandal, ubicado ya en el espacio de la Alianza, Geary convocó la que parecía la última reunión con sus consejeros de más confianza. Desjani tenía un aire meditabundo pero, dado que últimamente lo había estado evitando, Geary no sabía muy bien por qué. Duellos se había deshecho del aspecto melancólico que siempre procuró ocultar con su comportamiento desenfadado. Tulev daba la sensación de querer recuperar la sonrisa, aunque no parecía del todo convencido aún.

—De modo que esto es el estado de paz —comentó.

—No lo sé —confesó Geary—. Para mí, teniendo en cuenta todos los peligros que siguen existiendo, esto no es la paz.

—Pero de los Mundos Síndicos no quedará ni la sombra de lo que un día fueron.

—La Alianza podría verse sometida a las mismas presiones. Rione confía en que muchos sistemas estelares, así como otras organizaciones más grandes, como la Federación Rift y su República Callas, actúen para conseguir más autonomía y reducir los compromisos con la Alianza.

—Reducir los compromisos —repitió Desjani con desdén—. Querrá decir menos dinero. Ahora que se sentirán seguros, seguirán queriendo que la Alianza continúe defendiéndolos, aunque desaprobarán la idea de tener que pagar por ello.

—Se podría decir así, sí. El gran enemigo común ya no existe y hacer entender la necesidad de tratar con los estados sucesores de los Mundos Síndicos, así como el hecho de que se desconoce el alcance de la amenaza alienígena, no será sencillo teniendo en cuenta lo cansada que la población está de la guerra.

—La victoria nos ha costado cara —dijo Duellos—. Demasiado cara para la Alianza. Aun así, más les ha costado la derrota a los síndicos.

Brindaron por la victoria y por vivir para contarla, tras lo cual las presencias virtuales de Duellos y Tulev abandonaron la sala.

Desjani, sin embargo, permaneció sentada a la mesa, con las manos unidas ante sí y la cabeza un tanto gacha.

Geary aguardó durante unos segundos, pero al ver que la capitana permanecía en silencio, fue él quien tomó la palabra.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —contestó Desjani en voz baja.

—¿Se trata de algo de lo que pueda hablar?

—Se trata de lo único de lo que no puedo hablar.

—Ah. —Geary esperó un poco más—. ¿Podemos hablar de usted?

—¿De mí? No, almirante. No creo que eso sea adecuado.

Aquella escotilla se había cerrado a cal y canto. Geary no pudo evitar sentirse un poco molesto. Desjani parecía querer hablar, pero se negaba en redondo.

—Bien, intentémoslo de otra manera. El almirante está preocupado por una de sus oficiales al mando más capaces, quien parece sentirse muy contrariada por algún conflicto personal. ¿Consideraría apropiado tratar sobre este asunto con él?

—Tal vez. —Desjani apartó la mirada al tiempo que se pasaba una mano por el cabello—. Llevo muchos años haciéndome a mí misma. La sola idea de que los demás me miren y vean a otra persona me resulta muy complicada de aceptar.

—Ya me lo había dicho. Ojalá tuviera una respuesta.

—No puedo esperar una respuesta ni, mucho menos, mantener un diálogo franco. Lo único que necesito saber en este momento es si de verdad usted puede entender cómo me siento.

—Perfectamente —contestó Geary. Desjani lo miró ensombreciendo su expresión mientras él continuaba—. Recuerdo que cuando me desperté a bordo del Intrépido todos estaban a mi alrededor y hablaban sobre Black Jack, sobre el héroe y sus leyendas, mientras me miraban fijamente. Desde aquel día, sé lo que se siente.

El ceño arrugado de Desjani desapareció para ser sustituido por un gesto de vergüenza.

—En eso debo darle la razón. Me costó mucho empezar a verlo a usted y dejar de ver a Black Jack.

—Pero, como usted ha dicho, vaya adonde vaya todos verán siempre en mí a Black Jack.

—¿La suma de dos errores equivale a un acierto? —se preguntó Desjani—. Dos percepciones equivocadas de la identidad. No lo sé. Simplemente, no lo sé. Y no sé si de verdad usted me ve a mí. ¿A quién ve? ¿Quién cree que soy? No diga nada. No podemos tomar ese camino.

—Creo que veo a la verdadera Desjani —contestó Geary con cautela.

—No ha salido del Intrépido desde que se despertó. Ha permanecido confinado en esta nave, literalmente hablando, mientras soportábamos todo tipo de presiones juntos porque tenía la orden de integrarse en mi compañía.

—¿Y?

—Piense en ello. —Sin más, Desjani se levantó y abandonó la sala.

Geary permaneció sentado un rato más y decidió llamar a la Impertérrita para hablar con su sobrina nieta. Conversaron durante un buen rato que Jane Geary

aprovechó para admitir por fin que ella no podía decidir lo que le depararía el futuro.

—Desde que comprendí lo que significa ser una Geary, siempre he pensado en la flota una condena ineludible. Pero también es lo que he conocido de adulta, es lo que sé hacer. Me consta que los supervivientes del Resistente que recogimos junto con otros prisioneros de la Alianza cuando regresamos por el sistema estelar nativo síndico creen que no llegó a abandonar su nave, aunque no estaban seguros de que hubiera muerto. Quizá, solo quizá, Michael siga vivo en alguna parte. Mientras continúe en la flota, podré ayudar a encontrarlo.

—Es su elección —le dijo Geary, y por primera vez vio sonreír a Jane Geary, pues esta había comprendido que era cierto.

A la mañana siguiente saltaron hacia Varandal. Durante los últimos días, que parecieron transcurrir con pesadez, Geary había empezado a inquietarse cada vez más. Quería asegurarse de que las funciones básicas se mantuvieran sin necesidad de que él permaneciera personalmente en Varandal, pero había muchas formas de organizar las reparaciones de los daños producidos durante los combates, las tareas de mantenimiento y las guardias de los distintos buques de guerra para que los tripulantes disfrutasen de un permiso y descansasen un poco.

Al cabo de tres días, Rione le hizo una de sus cada vez más infrecuentes visitas a su camarote.

—Lo crea o no, tengo cargo de conciencia. ¿Debo advertirle de lo que ocurrirá cuando regresemos?

—Supongo que no, si es que se refiere a las promesas que me hizo el gran consejo.

Rione desplegó una sonrisa aviesa.

—Cumplirán sus promesas al pie de la letra. No espere mucho más.

—Eso tenía entendido. Pero solicitaré un permiso y me tomaré un descanso para resolver algunos asuntos personales.

—¿Un permiso? —repitió Rione con escepticismo—. ¿Cree que le concederán un permiso?

—Como comandante de la flota, me concedo mi propio permiso —contestó Geary.

—Muy oportuno. ¿Tiene pensado ausentarse durante mucho tiempo?

—No. Treinta días.

La copresidenta pareció impresionada.

—Si consigue mantenerse alejado de la burocracia de la Alianza durante todo ese tiempo, será un verdadero logro. Debió de acumular mucho tiempo de permiso durante el sueño de supervivencia, aunque imagino que la paga que reuniría a lo largo de esos cien años le supondrá un consuelo aún mayor.

—¿Paga? ¿Permiso? —Geary agitó la cabeza—. No he acumulado nada de eso.



—Observó el gesto de perplejidad de Rione—. En algún momento, cuando dormía, se tomaron decisiones, se «detalló» la normativa de las pagas y los permisos, porque algunas personas fueron recogidas después de pasar un par de años en sueño de supervivencia. Los burócratas del departamento de personal acordaron que el período pasado en sueño de supervivencia no contaba a la hora de calcular las pagas, el tiempo correspondiente de permiso ni el de servicio obligatorio.

—Entiendo. —Rione también sacudió la cabeza, sonriendo con aire triste—. Los burócratas se las ingenieron para no pagar a nadie ni reconocer sus méritos por muchos años de servicio que tuvieran detrás. ¿Cómo lo justificaron?

—Porque durante el sueño de supervivencia no te hallas en «estado de servicio», ya que no puedes «prestar servicio en caso de requerimiento». —Se encogió de hombros—. Por suerte, la cuestión de la antigüedad nunca se revisó, de modo que oficialmente los años que pasé en sueño de supervivencia sí cuentan para calcular la antigüedad acumulada de mi rango. De lo contrario, tal vez sería el capitán más novato de la flota.

—No quiero pensar cómo habría terminado todo esto si hubiera ocurrido eso. —Rione suspiró—. Incluso un agnóstico tendría que admitir que la Alianza tuvo una suerte milagrosa al encontrarlo, almirante Geary.

Este rió brevemente.

—Lástima que las estrellas vivas no se apiadaran de mis antiguas cuentas bancarias. Fueron canceladas cuando me declararon muerto, de modo que me quedé sin los beneficios que me habría generado lo que tenía ahorrado en ellas gracias a los intereses de todo un siglo. Tengo lo que he ganado desde que me encontraron y volví a despertar. El sueldo de almirante de la flota del que he disfrutado durante esta última temporada será un buen incentivo, pero ni mucho menos seré rico cuando todo esto termine. Todavía dispongo de varios días de permiso adicionales, porque los que ya tenía acumulados hace cien años no han expirado.

—Ah, bien, al menos sabe que lo que a ella le interesa no es su dinero.

Geary la ensartó con una mirada furiosa.

—Siempre he tenido muy claro que ni ella ni otras personas se movían por eso.

Rione fingió un gesto de ofensa.

—Eso me ha dolido. —Al ver que Geary no le seguía el juego, Rione lo miró enarcando una ceja—. ¿Qué ocurre? ¿No es todo maravilloso ahora? Dentro de pocos días podrá hablar sin tapujos con ella. Lo crea o no, sé lo difícil que habrá sido para los dos tener que estar siempre evitando hacer o decir nada que pudiera ponerlos en un compromiso.

—Gracias. —Al frotarse la nuca, Geary se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido—. Es solo que... No sé.

—¿Dudas? —preguntó Rione en voz baja.

—No. Por mi parte, no.

—Oh.

Geary se giró fugazmente hacia ella. La copresidenta había extraviado la mirada en un rincón del camarote, su expresión se había tornado hermética de nuevo.

—¿Qué significa eso?

—Significa, almirante, que es usted quien debe enfrentarse a esto.

—No pretendía...

—Yo no soy la persona con la que debe hablar de los problemas derivados de sus relaciones personales. Con quien tiene que discutir este asunto es con ella.

—No puedo. No hasta dentro de una semana. Solo espero saber elegir las palabras correctas entonces.

Rione agitó la cabeza de nuevo, pero antes de marcharse clavó sus ojos en los de Geary.

—Fíese de su instinto, almirante.

Cuando Rione lo dejó solo, Geary se quedó sentado, pensando, hasta que momentos más tarde salió del camarote para pasear por los pasillos del Intrépido, que incluso a altas horas estaban atestados de tripulantes eufóricos que celebraban el regreso a casa y el fin de la guerra. Ahora lo miraban no esperanzados sino agradecidos, algo que para Geary era mucho más fácil de soportar, pese a lo mucho que se empeñaba siempre en decirles que eran ellos quienes habían ganado la guerra y conseguido todas las victorias que habían hecho posible aquel final. Él tan solo había tenido la suerte de liderarlos.

Después descendió hasta los compartimentos de oración, que estaban llenos de fieles que deseaban darle las gracias a alguien más que a su almirante, y allí encontró un cuarto para él. Una vez dentro, permaneció sentado en soledad hasta que encendió la vela y comenzó a hablar con su hermano, fallecido tiempo atrás.

—A veces sigo preguntándome si todo esto es real. De oficial al mando de un solo crucero pesado a oficial al mando de una flota mucho más numerosa que cualquier escuadra que la Alianza pudiera haber reunido en mis tiempos. ¿Quién se iba a imaginar que se me encomendaría la misión de intentar rescatar a esa flota después de que se perdiera en el corazón del territorio enemigo, que todos esperarían que salvase a la Alianza? Sé que a tu nieta, Jane, siempre le decías que yo era tal como me describía la leyenda, aunque tú y yo conocemos la verdad. Yo solo soy yo. No me explico cómo he conseguido salir de todo esto, pero sé que he recibido mucha ayuda.

»Dile a tu nieto, Michael, que lo siento. Era un buen oficial. Él sí que se comportó como un héroe. Llevaremos a casa con nosotros a parte de la tripulación del Resistente. Aún seguía retenida en el sistema estelar nativo síndico. Sus compañeros no están seguros de que muriese, pero ninguno cree que lograra salir con vida de la

nave. Siempre lamentaré no haber podido salvarlo.

»Tu nieta, Jane, es una buena mujer. Procuraré estar pendiente de ella, pero es una Geary, firme y obstinada. No sé si ahora continuará en la flota o si la dejará para trabajar como arquitecta.

»Ahora puede elegir. Y también los hijos de Michael. Les doy las gracias a las estrellas vivas por haberme permitido hacerlo a mí también.

—Almirante, las últimas unidades de la flota han ocupado las órbitas asignadas en el sistema estelar Varandal.

—Gracias. —Cuando el panel de comunicación de su camarote volvió a oscurecerse, Geary miró hacia el visualizador que flotaba sobre la mesa. El Intrépido y otros buques de guerra llevaban más de medio día en su posición, no muy lejos de la estación espacial Ambaru. Los transbordadores habían empezado a trasladar a los tripulantes desde el Intrépido hasta la estación para atender asuntos oficiales o para empezar el tan esperado permiso. Sin embargo, otros buques de guerra tardaron más tiempo en alcanzar las órbitas asignadas, algunas de las cuales correspondían a otras estaciones orbitales. La flota era tan numerosa que nadie quería saturar una o dos instalaciones con el intenso trasiego de personal que generaría la totalidad de las naves.

Entonces, todo había terminado. Las órdenes y planes que tenía pensados para la flota una vez que esta regresara estaban enviados y puestos en marcha. Había cumplido con todo, sus promesas, su sentido del deber, su sentido del honor y las condiciones a las que el gran consejo accedió. Incluso la amenaza de un golpe de Estado se había desvanecido por el momento, ahora que Badaya y sus aliados estaban convencidos de que Geary estaba tomando en la sombra todas las decisiones importantes, además de muy satisfechos con el fin oficial de la guerra. Geary se llevó la mano al pecho y se quitó las insignias de almirante de la flota, algo de lo que no pudo evitar arrepentirse en parte, puesto que fue Tanya quien se las colocó. Se situó ante el espejo durante unos instantes para volver a ponerse las insignias de capitán.

Recorrió el camarote con la mirada, el paisaje estelar de uno de los mamparos, las sillas, la mesa en la que había trazado tantas simulaciones y planes de batalla. Salvo por las dos semanas que precedieron a la muerte del almirante Bloch, aquel había sido el hogar de Geary durante aquella época. Su único hogar durante aquella época.

Ahora lo abandonaría por una temporada. Tenía muy claro que la Alianza le debía unas semanas de descanso; además, era poco probable que las cosas volvieran a torcerse en tan poco tiempo. Se preguntó a qué sector del espacio de la Alianza podría retirarse y qué hacer allí. Fuese adonde fuese, se encontraría con demasiada gente dispuesta a abordarlo, pero él lo único que deseaba era encontrar un lugar donde ocultarse durante unos días, donde no tuviera que preocuparse por tener que tomar decisiones cruciales ni por el destino de los buques de guerra de la Alianza.

Y si no estaba solo, mejor. Había alguien a quien por fin podría abrirle su corazón sin esconderse. Sin embargo, durante los últimos días Tanya Desjani había estado haciendo todo lo posible por evitarlo. Quizá ella se sintiera igual que él por haber tenido que obligarse a disimular sus sentimientos durante unos días hasta que los dos pudieran manifestarlos del modo más digno.

Aunque ahora abandonase la nave, no tenía la menor duda de que regresaría al Intrépido. Seguramente la Alianza volvería a llamar a Black Jack porque en el universo aún quedaban muchos problemas por resolver. Sin embargo, todavía estaba por ver qué podía o debía hacer la Alianza para terminar con el caos de los antiguos Mundos Síndicos, aunque Geary tenía la certeza de que la flota entraría de nuevo en acción. Como mínimo, había una multitud de prisioneros de guerra de la Alianza desperdigados entre lo que quedaba de los Mundos Síndicos, a todos los cuales deberían rescatar y llevar a casa.

Y los alienígenas seguían ahí, sin que todavía supieran gran cosa sobre ellos; conformaban un peligro que seguía acechando en el extremo más alejado del espacio síndico, sin duda observándolos, concibiendo nuevas estrategias para que la humanidad actuase contra sí misma, tal vez planeando nuevos ataques contra el hombre, manteniendo en secreto los sentimientos que les provocaban las pérdidas sufridas recientemente con el mismo hermetismo con que ocultaban cualquier otro aspecto sobre ellos. Lo que había más allá del territorio de los alienígenas también seguía envuelto en el misterio. Si existía una raza inteligente no humana, podían existir muchas otras.

No. La historia no había concluido con un final feliz. Pero él había salvado a la flota. Había puesto fin a la guerra. Había hecho más de lo que creía posible.

Revisó por última vez su lista de mensajes, ignorando la larga cola de transmisiones procedentes del cuartel general de la flota. Fuese cual fuese su contenido, tendrían que esperar. Estaba seguro de que por lo menos en uno de los mensajes se le anunciaría que había vuelto a ser ascendido a almirante, y de que por lo menos uno más contendría un conjunto de órdenes para él; aun así, tanto el gran consejo como el cuartel general de la flota tomaron la precaución de asignarles a los mensajes una prioridad normal y un asunto general con la intención de que Geary no dedujese su contenido antes de leerlos, aunque esto mismo le servía como excusa perfecta para no abrirlos, ya que ninguno parecía importante. Tal vez sea un simple oficial de la flota, pero no soy un oficial de la flota estúpido, sobre todo después de haber conocido a Rione y verla trabajar.

Escribió un mensaje rápido para su cadena de mando.

En cumplimiento de los acuerdos existentes, por la presente renuncio a mi rango militar temporal, retomo mi rango permanente de capitán y cedo el

mando de la flota. En mi último acto como almirante de la flota, me he concedido treinta días de permiso a contabilizar desde hoy, y por la presente cedo de modo temporal el mando de la flota al almirante Timbale, hasta que el cuartel general de la flota y el gran consejo de la Alianza dicten resolución a este respecto. Muy respetuosamente,

John Geary,  
Capitán, Flota de la Alianza

Después de programar el mensaje para que se enviase dentro de diez horas, se dispuso a salir en busca de Desjani.

Pero cuando la escotilla de su camarote se abrió, encontró a Victoria Rione en la entrada, escudriñándolo con una mirada enigmática.

—¿Iba a algún sitio? —le preguntó.

—Lo cierto es que sí. Si no le importa...

—¿Todavía no han vuelto a ascenderlo a almirante?

—Supongo que el mensaje del ascenso está en el buzón, sin duda entre otros mensajes donde se me ordenará que me persone en alguna parte y que encabece alguna acción, pero no entra en mis planes leer ninguno de esos mensajes hasta dentro de treinta días. Si no me equivoco, soy capitán, y no tengo ninguna obligación que me impida disfrutar de un permiso. —La mirada que a continuación dirigió a Rione expresaba en parte su enfado y en parte sus disculpas—. Tengo que irme.

—Pero hay algo de lo que tenemos que hablar, capitán Geary. —La copresidenta entró en su camarote rozándolo con el hombro y él la siguió, procurando no parecer demasiado molesto cuando Rione se dio media vuelta para mirarlo—. ¿Le he dicho lo agradecida que le estoy, capitán Geary? —prosiguió—. Por cómo se ha sacrificado por la Alianza. Por todo lo que podría haber hecho y no hizo. Debo darle las gracias como senadora, como copresidenta de la República Callas y como ciudadana.

—Está bien. —Geary agitó una mano para restarle importancia—. Solo he hecho mi trabajo.

—Ha hecho mucho más que su trabajo, capitán Geary, y es por ello que a pesar de las cuestiones personales que me mantienen enfrentada a cierta capitana que los dos conocemos, he venido a informarlo de que tiene un mensaje en su buzón que debería leer antes de salir a recorrer la nave en busca de una persona.

¿Qué estaría tramando Rione ahora?

—¿Por qué?

—Confíe en mí. Despliegue su buzón.

Movido por una creciente curiosidad y un tanto molesto, Geary volvió a abrir el archivo de transmisiones.

—¿Cuál de todos estos mensajes es tan importante?

—Ninguno de ellos. El mensaje al que yo me refiero está programado para entregarse más tarde. Se encuentra en su archivo, pero no será visible hasta dentro de... oh... una hora más o menos. A menos que por casualidad introduzca este código de anulación. —Los dedos de Rione danzaron sobre los controles hasta que instantes después se desplegó un nuevo mensaje—. Vaya, fíjese en eso.

Un tanto a regañadientes, Geary examinó el mensaje. Clasificado. Destinatario Confidencial. Se había remitido desde el Intrépido. Abrió el archivo y lo leyó.

Estimado almirante de la flota Geary: Le pido disculpas por elegir este medio de comunicación, pero parecía la mejor manera de evitar ponerlo en una situación difícil e incómoda. Ha cumplido las promesas que hizo, pero entre nosotros sigue existiendo una promesa tácita. Los dos sabemos cuál es. No pongo en duda su sinceridad. Pero desde el día en que despertó ha permanecido encerrado en el Intrépido, encerrado en esta nave soportando una gran presión, obligado a relacionarse con determinadas personas a fin de cumplir con su deber de comandante de la flota. Es natural que desarrollase un vínculo emocional bajo tales circunstancias. Aun así, ahora que dispone de más tiempo y libertad, es posible que se arrepienta de esa promesa tácita que se hizo bajo presión, algo de lo que yo no podría culparlo. No le exigiré que cumpla ninguna promesa que nunca fue dicha en voz alta. Cuando volvamos a vernos, habrá tenido ocasión de mirar a su alrededor, de conocer la vida fuera de los confines del Intrépido y de decidir qué es lo que de verdad desea. Aún son muchos los retos que le esperan. Ahora se abre ante usted todo un abanico de oportunidades. Ha sido un gran honor luchar bajo su mando, y espero que considere la idea de volver a navegar a bordo del Intrépido. Muy respetuosamente,

Tanya Desjani,  
Capitana, Flota de la Alianza

Permaneció un largo rato mirando el mensaje hasta que por fin se volvió hacia Rione.

—¿Qué demonios significa esto?

—¿Por qué da por hecho que lo he leído?

—¡Porque la conozco! ¿De qué está hablando Tanya?

Rione extendió sus manos.

—Ella misma se lo dice, más o menos claramente. Le preocupa que tarde o temprano el gran héroe Black Jack Geary, quien podría tener a todas las mujeres que se le antojen, termine por desear a otra. —La copresidenta sonrió con aire burlón—.

Al igual que yo, no piensa ser el segundo plato de ningún hombre.

—¿Cómo puede Tanya pensar algo así? —Arrugó el entrecejo cuando lo asaltó otra duda—. ¿Por qué programó el mensaje para que me llegase dentro de una hora?

—No tengo ni idea —contestó Rione con fingido desconcierto—. ¿Programó usted el mensaje con el que le anunciaba su marcha al cuartel general de la flota para que se entregase al instante?

—No, por supuesto que no, quería encontrarme fuera antes de... —Clavó los ojos en Rione al recordar de pronto lo que decía Desjani al final de su mensaje. Cuando volvamos a vernos—. ¿Desjani se va? ¿Adónde?

—¿Tengo que explicárselo todo?

Geary se quedó pensativo, hasta que un instante después vio clara la respuesta.

—Kosatka. Se va a casa de permiso. —Respiró hondo para intentar tranquilizarse—. ¿Por qué no me lo diría antes? Por fin podríamos haberlo hablado.

—Ya ha leído el mensaje. Ella no cree que esté preparado para hablarlo.

—¿Cómo puede haber tomado esta decisión sin consultarme? —Geary se dio cuenta de que empezaba a sulfurarse—. No puedo creer que haya salido corriendo en lugar de...

El resoplido de exasperación de Rione fue lo bastante fuerte para hacer callar a Geary.

—¿Piensa decirle que cree que «salió corriendo»?

Geary tomó otra bocanada de aire.

—No.

—Bien. Todavía tiene alguna posibilidad. Pero no se ha parado a pensar en cómo se siente ella. Su sentido del deber y el honor le dice una cosa: que no debe interponerse en su camino para que usted pueda seguir sirviendo a la Alianza en el futuro. Incluso yo respeto su forma de enfocar este asunto. Las dudas que la asaltan le hacen preguntarse hasta qué punto es real lo que usted siente, de lo cual al fin y al cabo nunca ha podido hablar con ella, y hasta cuándo lo seguirá sintiendo. ¿Será ella un mero capricho producto del aislamiento al que se ha visto sometido? ¿Será una simple capitana de la flota una compañera digna de alguien tan poderoso como usted? Quizá incluso se esté preguntando si usted volverá ahora conmigo, como si yo fuese a aceptarlo de nuevo.

Geary sacudió la cabeza en busca de algún argumento con el que rebatir a Rione.

—Pero...

—Y contra todo eso —prosiguió Rione afilando la voz— su capitana solo puede luchar con el amor que siente por usted, el cual tampoco ha tenido nunca la posibilidad de expresar abiertamente y que además le ha hecho sentirse muy culpable siempre que se ha atrevido a pensar en él. El amor hay que expresarlo, capitán Geary, de lo contrario el silencio se convierte en un campo de dudas. Se duda del otro y se

duda de uno mismo.

Esta vez Geary respiró hondo varias veces y después asintió con la cabeza.

—Se olvida de una cosa. A ella le preocupa que la consideren simplemente mi compañera en lugar de quien es en realidad, que crean que solo es la pareja de Black Jack y no la mujer que hizo de sí misma.

—Ah, sí. Eso está muy bien. Entonces, ¿qué piensa hacer, Black Jack?

Hundió los ojos en Rione.

—¿Qué se supone que debo hacer?

La copresidenta suspiró y volvió a ablandarse.

—¿Qué le diría su capitana si tuviera que tomar una decisión crucial?

Geary meditó la respuesta.

—Me diría que me fiase de mi instinto.

—Y hace unos días, ¿qué le dije yo que hiciera en referencia a su capitana?

Geary se esforzó por recordar.

—Que me fiase de mi instinto.

—Espero que nos haga caso a alguna de las dos. ¿Qué le dicta su instinto ahora mismo?

—Que vaya a buscarla y le diga lo que siento, que no supondrá un obstáculo que me impida cumplir con mi deber, que su honor me dará fuerzas para hacer lo que debo, que siempre estaré a su lado, y ella al mío, y que nunca elegiría a otra.

—No está mal. —Rione señaló la escotilla—. Bien, ¿a qué espera?

—Sigo sin entender por qué no esperó a que lo hablásemos. Ya que es la primera oportunidad que tenemos, ¿por qué no prefirió encontrarse conmigo mientras todavía estábamos en la misma nave?

Esta vez Rione puso los ojos en blanco.

—¿Se refiere a por qué no quiso atraparlo en su camarote? ¿En la nave que ella capitanea? ¿En la que lleva meses confinado? ¿Por qué no vino a verlo antes de que usted se le escapara?

—Eso no... Ella también me dijo algo acerca de eso.

—Por supuesto que se lo dijo. Su capitana le está ofreciendo una salida, una oportunidad para empezar de cero, de marcharse si así lo desea, de conservar su orgullo y su honor sin obligarlo a usted a decirle que «las cosas han cambiado».

—Pero ¿cómo voy a alcanzarla si ya ha abandonado la nave? —De alguna manera, sabía que Desjani ya no se encontraba a bordo del Intrépido.

Rione enarcó una ceja.

—Tiene una oportunidad, John Geary, si de verdad desea verla. Eso es lo que ella quiere saber y usted se lo puede demostrar. Sin embargo, está perdiendo el tiempo hablando conmigo.

Geary se había encaminado hacia la escotilla cuando se detuvo y se giró hacia



Rione.

—Gracias.

—¿Usted me da las gracias a mí? —Rione encogió los hombros—. Si mi marido sigue vivo, el final de la guerra y el proceso de intercambio de prisioneros lo traerán de vuelta conmigo. ¿Y cree que tiene que agradecerme?

—Sí. Volveremos a vernos, señora copresidenta.

—Sí, nos veremos, capitán Geary. Todavía queda mucho trabajo por hacer. — Señaló la escotilla—. Su objetivo se escapa.

Geary atravesó los pasillos y se detuvo ante el panel de comunicación más cercano para llamar al puente.

—¿Dónde está la capitana Desjani?

El controlador del puente de guardia miró perplejo a Geary hasta que por fin tragó saliva nerviosamente antes de responder.

—Eh... Señor, la capitana Desjani se encuentra indispuesta. Nos pidió que no la molestá...

Eso confirmaba las sospechas de Geary.

—¿Todavía se encuentra a bordo de la nave?

El controlador del puente titubeó antes de obligarse a tomar una decisión.

—No, señor. Salió de permiso hace dos horas y subió a un transbordador con destino a la terminal de pasajeros principal —contestó al fin con evidente alivio.

—¿Y usted no anunció que la capitana abandonaba la nave?

—Señor, la capitana Desjani nos ordenó que no...

—Está bien. Necesito uno de los transbordadores del Intrépido para viajar a la terminal de pasajeros principal de la estación Ambaru, y lo necesito ahora.

El controlador del puente lo miró horrorizado antes de acertar a hablar.

—Señor, todos los transbordadores del Intrépido se encuentran inoperativos por tareas de mantenimiento. Es muy inusual inhabilitarlos todos al mismo tiempo, pero la capitana Desjani lo ordenó así. El que ella tomó entró en un proceso de mantenimiento integral a su regreso.

*Tenía que hacérmelo lo más difícil posible.* Geary guardó silencio e intentó determinar cuál sería ahora la mejor línea de acción. Ordenar que otra nave enviase un nuevo transbordador al Intrépido llevaría su tiempo, tal vez demasiado, y en el cuartel general de la flota podrían sospechar que pretendía desaparecer. Aun así, no le quedaba otra opción. Estaba a punto de dar la orden para iniciar el proceso cuando el controlador del puente volvió a hablar, ahora un tanto sobresaltado.

—Señor, un transbordador procedente de la Inspiradora acaba de anunciar que se encuentra en la fase final de aproximación a nuestra dársena de transbordadores. Dicen que tienen órdenes de proceder a un transporte de pasajeros de alta prioridad. ¿Es por usted, señor?

*Gracias, capitán Duellos. No sé cómo habrá averiguado lo que está ocurriendo, pero le debo una.*

—Sí, es por mí. Necesito que ese transbordador esté listo para partir en cuanto yo llegue a la dársena.

Sin embargo, al final tuvo que esperar unos minutos hasta que el transbordador de la Inspiradora abandonó el Intrépido.

—¿Alguna dársena en particular del área de la terminal de pasajeros, señor? —preguntó el piloto del transbordador—. Es inmensa.

—Diríjase a la más cercana al sector donde una nave de pasajeros con destino a Kosatka estuviese a punto de partir.

—¿Tráfico de pasajeros civiles? —preguntó el piloto con un gesto de duda—. Encontrar la asignación de esa dársena no supone un problema, señor, pero solo se me permite utilizar dársenas militares, por lo que es posible que deba acoplarme más lejos.

—¿No puede utilizar las dársenas civiles en ningún caso?

—No, señor. Bueno, con una excepción: si se produjera una emergencia durante la fase de aproximación y necesitase posarme en la dársena más cercana.

Geary procuró imprimirle un tono despreocupado a su voz.

—¿Una emergencia durante la fase de aproximación?

—Sí, señor. Por ejemplo... si saltase la alarma de despresurización de la cabina.

—Entiendo. ¿Qué posibilidades cree que hay de que salte esa alarma mientras nos acercamos a la dársena a la que necesito ir?

Geary oyó la risa breve del piloto.

—¿Tratándose de usted, señor? Ya me parece estar oyéndola. ¿Debo suponer que necesitamos acelerar al máximo para llegar cuanto antes a la terminal?

—Supone bien.

—Delo por hecho, señor.

Unos veinticinco minutos más tarde, Geary desembarcó tambaleándose del transbordador, cuyo piloto había dirigido la nave por el espacio con gran entusiasmo y presteza. Tras salir de la dársena, Geary pasó entre algunos civiles de aspecto malhumorado que iban vestidos con prendas que no conseguía reconocer. Uno de ellos intentó detenerlo, pero Geary levantó una mano.

—Tengo prisa.

—Pero necesita... —Cuando el civil clavó los ojos en el rostro de Geary, se quedó boquiabierto—. Eh... Eh...

—Lo siento, tengo prisa —insistió Geary sin dejar de correr.

A su paso entre la multitud se cruzó con mucha gente de uniforme, pero lo que realmente le resultó chocante fue ver a personas vestidas de civil por todas partes, no solo por todo el tiempo que llevaba viajando en buques de guerra, sino también

porque la moda había cambiado muchísimo durante los cien años que hacía que no se mezclaba con la población civil. Todos los senadores con los que se había relacionado llevaban trajes formales, de los que apenas cambiaban con el tiempo, por lo que seguían pareciéndose a los que conoció un siglo atrás, pero la ropa informal de aquellos civiles era tan distinta que no podía evitar fijar toda su atención en ella. Y sabía que la nueva moda no era más que la punta del iceberg, una mínima parte de todos los cambios a los que tendría que hacer frente.

Pero ya se preocuparía por eso cuando llegase a la dársena que buscaba. Si llegaba a tiempo. Siguió corriendo entre los cuellos de botella y los tapones que formaban las personas que esperaban de pie, entorpeciendo el paso. Mantuvo la cabeza gacha y los ojos fijos en la dársena cuyo número le había facilitado el piloto del transbordador, intentando ignorar las miradas curiosas que la gente le dirigía. Sin embargo, en ese momento un grupo de tripulantes se giró, lo vio y lo saludó, con una amplia sonrisa en la cara, mientras algunos de los otros militares que se encontraban en las cercanías observaban la escena extrañados por aquel gesto que seguía sin resultarles familiar.

Geary no pudo ignorar el saludo, que se vio obligado a devolverles antes de volver a buscar los números de las dársenas cercanas. Uno de los tripulantes, cuya insignia indicaba que servía en el Arrojado, dio un paso al frente.

—¿Señor? ¿Necesita algo?

—Dársena uno veinticuatro Bravo —contestó Geary—. Necesito llegar allí urgentemente.

—¡Nosotros lo conduciremos hasta allí, señor! ¡Síguenos! —Los tripulantes del Arrojado se cogieron de los brazos para formar una cuña humana y empezar a abrirse paso entre la muchedumbre y despejar el camino para Geary a pesar de los gritos de molestia y sorpresa que les proferían aquellos a los que iban empujando.

Geary los siguió, sonriendo a pesar de su angustia, sin dejar de oír a sus espaldas cómo la gente pronunciaba su nombre con asombro, y deseando poder mantenerse alejado de aquella multitud que no dejaba de crecer.

Momentos más tarde, los tripulantes se detuvieron y su líder hizo un gesto.

—Aquí la tiene, señor. Cortesía del Arrojado, crucero de batalla de la Alianza. ¿Volverá a comandarnos, señor?

Geary se detuvo y les devolvió la sonrisa.

—Espero tener esa suerte. Gracias. —Tras un último saludo rápido, se adentró en la zona de espera, contigua a la dársena.

Tanya Desjani se dio media vuelta en el momento en que él entró. Llevaba puesto un uniforme de gala que la hacía destacar incluso entre el resto del personal militar que esperaba para embarcar en la nave de pasajeros. Geary se detuvo en seco nada más verla, por un instante incapaz de moverse ni de asimilar el hecho de que la

hubiera alcanzado, de tenerla allí, delante de él, por fin sin las barreras del honor y el deber interponiéndose entre ellos y sus corazones, con su rostro iluminándose al reconocerlo, sus ojos abriéndose como platos por lo que él creía y esperaba que fuese la alegría súbita de encontrárselo allí.

Desjani, empero, mantuvo el control absoluto de su expresión y adoptó la postura formal y profesional que tan bien conocía Geary.

—¿Señor? —preguntó—. ¿Qué lo ha traído hasta aquí? —Al fijarse en las insignias de capitán de Geary, una nueva oleada de emociones recorrió su rostro demasiado rápido para que él consiguiera identificarlas.

—Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta, Tanya. Y para ti ya no soy «señor». No estoy al mando de la flota, los dos tenemos el rango de capitán, y ya no eres mi subordinada. Pero ¿cómo demonios esperabas que llegase aquí en tan poco tiempo?

Un destello de felicidad volvió a surcar los ojos de Desjani.

—Siempre que se lo ha propuesto, ha logrado hazañas mucho más complicadas. ¿Se alegra de haber llegado aquí tan rápido?

—¿Qué si me alegro? —Geary suspiró—. Tanya, cuando entré aquí y te vi, te juro que por un momento no hubo nadie más ni nada más para mí en todo el universo. Solo tú. ¿Te alegras de verme?

—Yo... —Desjani se interrumpió y comenzó de nuevo—. Si leyera mi mensaje...

—Ya lo he leído.

—Ya lo ha... Se suponía que no... —Desjani pareció molestarse—. Está bien. ¿No fui lo bastante clara?

—No del todo, la verdad, pero te entendí. —Incluso él sabía que mencionar la intervención de Rione en aquel asunto sería un craso error—. No necesito tiempo para pensar. Sé lo que quiero. Solo espero que tú también lo sigas queriendo.

El gesto de enfado de Desjani fue sustituido por otro de exasperación.

—Le estoy dando todas las oportunidades que puedo para que reconsidere las cosas.

—Gracias. No necesito que me des ninguna oportunidad.

Desjani se inclinó hacia él y le habló susurrando mientras Geary notaba que todas las miradas se volvían hacia ellos.

—No está siendo justo con ninguno de los dos. No ha tenido tiempo para saber cómo es la Alianza en la actualidad. Dentro de unos meses, las cosas habrán cambiado.

—Mi opinión y mis sentimientos no habrán cambiado. —Sacudió la cabeza—. Tanya, mi vida era muy distinta antes de que Grendel cambiara mi rumbo. Conocía a mucha gente entonces. Y ahora también conozco a mucha gente, a pesar de que la mayoría forma parte de la flota. Hace un siglo no había nadie como tú, y no hay nadie

como tú ahora.

—¡No sea condescendiente conmigo, capitán Geary! ¡Sé lo mucho que le afectó perder todo lo que formaba parte de su pasado!

Geary se quedó mirándola unos instantes, apenas consciente de que un círculo cada vez más grueso de tripulantes se había cerrado mirando hacia fuera para formar un muro de protección entre ellos dos y el resto de los ocupantes de la zona de espera, ni de que la multitud congregada fuera del muro se acrecentaba por momentos.

—Sí, me afectó. Lo perdí todo. Pero terminé comprendiendo que también había ganado algo. Si no hubiera despertado en esta época, no te habría conocido. Tal vez ese fuera el plan desde el principio. Solo que tardé un poco en llegar aquí.

Desjani lo miró detenidamente.

—¿De verdad cree que las estrellas vivas lo enviaron a esta época porque yo estaba aquí?

—¿Por qué no? Oh, conseguí hacer algunas cosas, cosas importantes, pero no habría logrado ninguna de ellas sin la ayuda de las personas que conocí aquí. Y para mí tú has sido y eres, con mucho, la más importante de todas esas personas. Me das las fuerzas que necesito para hacer lo que tengo que hacer. Ya te lo dije, de alguna manera, como mejor pude. No puedo enfrentarme a una nueva vida sin ti, Tanya.

Desjani sacudió la cabeza.

—Creo que está exagerando mucho lo importante que soy para usted, capitán Geary.

—Es imposible exagerar lo importante que eres para mí —replicó Geary en voz baja pero enérgica—. Tú no me impides cumplir con mi deber; estás a mi lado. Eres una persona independiente y extraordinaria por méritos propios, y te juro que todo el mundo sabrá que es así.

—No tiene remedio. ¿De verdad cree que alguien lo escuchará?

—Lo repetiré hasta que todos lo entiendan. Soy muy obstinado cuando es necesario, ¿lo sabías?

—No hace falta que me lo jure. —Desjani estuvo a punto de sonreír cuando volvió a ponerse seria—. Pero hay muchas cosas que no pudimos mencionar, muchas cosas que no pudimos decirnos.

—Lo sé. Ahora sí podremos decírnoslas. Con honor. Podemos decirnos la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, capitán Geary?

—Que te quiero. Estoy seguro de ello.

—Buscó consuelo en momentos complicados —dijo ella.

—Si solo hubiera buscado consuelo, había maneras más sencillas de encontrarlo.

—Lo sé muy bien. Y durante un tiempo, sí que lo encontré, entre los brazos de otra mujer. —Los ojos de Desjani brillaron de rabia esta vez cuando sacó a relucir la fugaz relación carnal que Geary mantuvo con Rione.

Geary no pudo negarlo del todo.

—Sí, lo hice. Fue un error. Nunca la amé. Y ella nunca me amó a mí.

—¿Y se supone que esa es una buena razón para que la metiera en su cama?

—No. No tiene ninguna justificación. Lamento haberlo hecho. La única explicación que puedo darte es que todavía no me había dado cuenta de lo que sentía por ti. Cuando lo tuve claro, todo terminó. Te lo juro.

Desjani volvió a mirarlo con gravedad.

—Me resultaría más sencillo seguir enfadada con usted si no estuviera tan arrepentido ni fuese tan honesto. Yo tampoco soy perfecta. Pero me dolió.

—Lo sé. Nunca volveré a hacerte daño.

—No haga promesas que ningún hombre, ni ninguna mujer, puede saber si cumplirá, capitán Geary. —Agitó la cabeza—. Sé quién soy y me hago una muy buena idea de quién es usted. Aunque resolviéramos todos los demás problemas, una relación entre usted y yo sería... por así decirlo, un desafío.

—Sé que en ocasiones resultará complicado —admitió Geary—. Siempre lo ha sido. Estar enamorado de ti y no poder hacer ni decir nada sobre ello ha sido muy duro. Aunque no me creas, mi intención no es complicarme la vida.

Desjani lo ensartó con los ojos, apretando los labios.

—¿Amarme le complicaría la vida?

—Es lo que ocurrió cuando no podía hacer ni decir nada. —Geary agitó las manos en un gesto de frustración—. No sé cómo hacerme entender. Estas cosas se me dan muy mal. Puedo comandar una flota sin problemas, supongo, pero en cuestión de mujeres no tengo ninguna pericia.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. —¿Seguiría Desjani enfadada o acaso ahora se estaba riendo de él?

—¿Lo ha pensado bien? —le preguntó—. Créame, yo sí. Por ahora, los dos somos capitanes, pero solo por ahora. Sabe que la Alianza volverá a ascenderlo a almirante de inmediato. Es probable que ya le hayan enviado el mensaje donde se le avisa de su ascenso.

—Tal vez. Aunque yo no lo he leído.

—¿Cuánto tiempo cree que puede pasar sin revisar su buzón? Los capitanes pueden salir los unos con los otros. Pueden mantener relaciones siempre que no sirvan en la misma cadena de mando. Pero los almirantes y los capitanes no pueden establecer vínculos personales. —Desjani cerró los ojos, su expresión se endurecía por momentos—. No seré su amante secreta o, mejor dicho, no del todo secreta.

—Nunca te pediría algo así. No lo he hecho y no lo haré.

—Pero ¿qué otra opción hay? —preguntó ella volviendo a mirar a los ojos a Geary—. Lo más probable es que ya sea almirante de nuevo.

Geary no podía discutirle aquello.

—Supongo que eso significa que debemos darnos prisa, antes de que tenga que leer mis mensajes o hablar con alguien que ya lo sepa. Existe un modo de demostrar que quiero estar contigo y solo contigo, modo que permite que un almirante y una capitana mantengan una relación personal, y es casarnos antes de que me asciendan. Antes de que sepa que me han ascendido.

Desjani pareció ponerse rígida y habló con un hilo de voz.

—¿Casarnos?

—Sí. ¿Quieres? Lo digo en serio. Te juro que nunca he hablado tan en serio como ahora.

—¿Me está proponiendo matrimonio? ¿En una dársena pública de pasajeros?

—Eh... Sí. Lo siento, no he podido encontrar un lugar más apropiado.

Desjani apartó la mirada con un rubor inusual en su rostro, que de nuevo se tensó demasiado para que Geary pudiera atisbar sus sentimientos.

—¿Y si le dijera que no? Si le dijera con firmeza, de capitana a capitán, de mujer a hombre, que no es eso lo que deseo y que no es así como le quiero, ¿qué haría?

Ahora fue Geary quien le sostuvo la mirada a ella durante unos largos instantes. ¿Habría malinterpretado todas las emociones que creía haber visto en ella?

—Te pediría que lo reconsiderases, te pediría que tuvieras en cuenta lo que siento, pero si aun así tu decisión fuese firme, la respetaría. En adelante te trataría como a una compañera más y jamás volvería a hablar de todo esto.

—Estoy a punto de embarcar en esa nave. Solo nos quedan unos minutos. ¿No va a ordenarme que me quede aquí? ¿Qué lo escuche?

Geary sintió un vacío en su interior, como si un pequeño agujero negro se hubiera abierto en lo más íntimo de su ser y pretendiese engullirlo por completo, pero sacudió la cabeza. Podría costarle lo más importante que le quedaba en todo el universo, pero debía decir la verdad, tenía que contestar a la pregunta sin dobleces ni evasivas. A ella no podía mentirle.

—No, Tanya. Si de verdad deseas irte, vete. No tengo autoridad sobre tu persona ni sobre tus decisiones, ni la tendría nunca. Si crees que todavía no te he devuelto tu honor, te lo devuelvo ahora, sin compromisos. Tú eres la capitana de tu alma, del mismo modo que lo eres del Intrépido, pero son cosas distintas. Quizá yo pueda dar órdenes en el segundo, pero nunca lo haré en la primera. Lo sé.

Desjani contrajo una de las comisuras de su boca y sonrió, tras lo que dio un paso para arrimarse a él. Lo rodeó con los brazos y con sus labios buscó los de él para unirlos en un beso prieto y anhelante.

Cuando por fin ella rompió el beso, respiró profundamente y sonrió.

—Llevaba mucho tiempo esperando hacer esto. Por cierto, esa era la respuesta correcta.

Geary, un tanto aturdido por el beso, la miró fijamente.

—¿Esa es tu respuesta?

—¿No he sido lo bastante clara? Sí. Sí a todo. El modo en que te comportaste conmigo y el hecho de que no te aprovecharas de mis sentimientos me devolvieron mi honor hace mucho tiempo. ¿Cómo vamos a casarnos antes de que tu ascenso se haga efectivo? Aunque salgamos de este sistema estelar antes de que las autoridades te encuentren, podrían enviar el aviso del ascenso con una nave mensajera rápida y te estaría esperando cuando llegásemos a Kosatka. Eso significa que tendremos que casarnos a bordo de la nave de pasajeros tan pronto como podamos organizarlo.

—¿A bordo de la nave?

Su tono debió de denotar cierto titubeo, puesto que Desjani lo miró entornando los ojos.

—Sí. ¿Acaso ahora te han entrado dudas? Ya no puedes echarte atrás. Te he dado todas las oportunidades posibles.

Geary se imaginó intentando huir de una vengativa Tanya Desjani. Seguramente su existencia sería tan azarosa como breve.

—No. Quiero decir, sí. Me refiero a que casarnos a bordo de la nave es una idea magnífica. Muy apropiada, supongo.

—No es un buque de guerra —admitió Desjani un tanto decepcionada—, pero servirá. ¿Sabes que el actual reglamento de la flota no recomienda destinar a un matrimonio a una misma nave?

Lo cierto era que Geary había olvidado consultar ese detalle.

—Si vuelven a nombrarme almirante, en realidad no me destinarán a tu nave como miembro de la tripulación.

—Abogado espacial —resopló Desjani—. Pero tienes razón. Aunque si vamos a trabajar juntos, no podremos comportarnos como un matrimonio a bordo de la nave. Tendremos que mantener la misma relación profesional que teníamos antes.

—¿Me complicarás la vida?

—Como vuelvas a decir eso...

—Sí, señora. —Geary sonrió—. Estoy de acuerdo. Podemos hacerlo. Ya lo hemos hecho. Aunque me hacía ilusión la idea de casarnos en Kosatka.

Desjani sonrió.

—Podemos ir allí de luna de miel, hasta que recibas nuevas órdenes. Lo cual quiere decir que podría ser una luna de miel muy breve. Nuestra nave está a punto de partir. ¿Dónde tienes tu equipaje?

—¿Equipaje? —Hasta aquel momento Geary no cayó en la cuenta de que había salido corriendo del Intrépido tan solo con el uniforme que llevaba puesto.

Desjani amplió su sonrisa.

—Igual que cuando te sacamos de la cápsula de escape. Lo tuyo no es hacer las



maletas, ¿verdad? Compraremos algunas cosas en la tienda de la nave. ¿Por casualidad no te molestaste en intentar conseguir un billete para este viaje a Kosatka cuando venías hacia aquí?

—Eh... La verdad es que solo pensaba en alcanzarte a tiempo y, eh... qué decirte, y...

Desjani se rió.

—Está bien. Dispongo de un camarote privado. Contra toda lógica y a pesar de mis dudas, tenía la corazonada de que lo necesitaría, de que lo necesitaríamos, y al parecer así es. Solo tenemos que añadirle tu billete. —Volvió a reírse—. Creo que mis padres se van a llevar una pequeña sorpresa. Pensaban que estaba casada con el Intrépido. Sin embargo, ahora tendrán un nuevo yerno. Ah, ahora que me acuerdo, nuestro matrimonio está sujeto a otra condición no negociable: si algún día somos bendecidos con una hija, la llamaremos Jaylen, en honor a Crésida.

Geary sonrió y asintió con la cabeza.

—Por supuesto. ¿Creías que tendría algún inconveniente con eso?

—No, pero al contrario que tú, no acostumbro a darle sorpresas a la gente. Salvo a mis padres, en este caso. —Hizo una pausa y lo miró seriamente—. ¿Y después de Kosatka? Si tenemos tiempo, ¿querrás viajar a tu mundo natal, a Glenlyon? Sus habitantes celebrarían tu visita.

Geary sacudió la cabeza.

—Algún día tendré que viajar allí, pero ahora mismo la sola idea me espanta. Hace un siglo mi hogar estaba en Glenlyon, pero ahora se encuentra en la flota y allí donde tú estés.

—Tienes suerte. Dado que mi hogar también está en la flota, no habrás de decidirte entre dos sitios. —Desjani levantó la vista cuando un comandante se acercó a ellos abriéndose paso entre el muro de tripulantes—. ¿Sí?

El comandante los saludó, su rostro era una máscara profesionalmente inexpresiva, y tendió ante sí un macuto reglamentario.

—Capitán Geary, señor, tome este macuto junto a un atento saludo de parte del capitán Tulev.

—Gracias, comandante. —Geary tomó el macuto y al mirar en su interior vio que estaba generosamente surtido de prendas reglamentarias y diversos artículos de viaje—. ¿Soy el único de toda la flota que no sabía lo que iba a ocurrir hoy?

—No —contestó Desjani—. Al parecer tú y yo somos los únicos que no lo sabían. Por otro lado, somos los únicos que no podían hablar de ello. —Junto a la escotilla de embarque, una auxiliar de vuelo intentaba en vano hacer circular a los curiosos—. ¿Abrimos el camino o esperamos a que aparezca alguien más con un sacerdote y un certificado de matrimonio?

—Creo que de esa parte podemos encargarnos nosotros.

—Sí, podemos. —Desjani lo tomó del brazo y juntos se encaminaron hacia la escotilla—. Aunque las estrellas vivas todavía tengan trabajo para ti, y la Alianza desde luego lo tiene, por ahora te has ganado un pequeño respiro. Bienvenido al resto de tu vida, Black Jack.

—No soy Black Jack —protestó Geary—. Nunca podría ser él.

—Te equivocas, John Geary. Has sido él siempre que ha hecho falta.

Los tripulantes abrieron el muro cuando Desjani y él, aún cogidos del brazo, empezaron a caminar hacia la auxiliar de vuelo. En ese momento, los tripulantes y los oficiales que había entre estos comenzaron a vitorearlos. Desjani se ruborizó ligeramente pero continuó sonriendo, elevó el mentón con orgullo y le guiñó un ojo a Geary. Este alzó la mano libre para saludar a los tripulantes, sintiéndose también orgulloso a más no poder de la mujer que había decidido entrelazar su brazo con el de él.

El pasado nunca desaparecería, pero ya no hacía daño, y fueran cuales fuesen los desafíos que trajese el futuro, hoy se alegraba de ser Black Jack.

**FIN**



JACK Campbell es el seudónimo de **John G. Henry**, el autor de tres series de ciencia ficción militar y asimismo oficial retirado de la Marina estadounidense.

El padre de John era miembro de las Fuerzas Armadas, por lo que el escritor creció entre Pensacola, Florida y San Diego. Se graduó en Kansas en 1974, año en el que se inscribió en la Academia Naval de los Estados Unidos.

Basándose en su experiencia como marine, escribió las series ‘Stark’s War’ y ‘Paul Sinclair’, pero es bajo el seudónimo de Jack Campbell que ha conocido el éxito, gracias a la serie ‘La flota perdida’. El quinto libro de esta creación, *Incansable*, así como el sexto, *Victorioso*, no paran de escalar puestos en las listas de ventas, y cada nuevo volumen es un acontecimiento entre los lectores del género. Con casi medio millón de ejemplares vendidos solo en Estados Unidos, ‘La flota perdida’ se ha convertido sin duda en la saga de ciencia ficción militar de la década.

### **Bibliografía de Jack Campbell**

#### **—Series**

La flota perdida

2006 — Dauntless

————— *Intrépido*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 31, 2009

2007 — Fearless

\_\_\_\_\_ *Impávido*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 37, 2010  
2007 — Courageous

\_\_\_\_\_ *Osada*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 42, 2011  
2008 — Valiant

\_\_\_\_\_ *Valiente*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 44, 2011  
2009 — Relentless

\_\_\_\_\_ *Incansable*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 46,  
2012

2010 — Victorious

\_\_\_\_\_ *Victorioso*, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n.º 49,  
2012

La flota perdida — Beyond the Frontier  
2011 — Dreadnaught

\_\_\_\_\_ Próximamente en La Factoría de Ideas  
2012 — Invincible

Lost Stars  
2012 — Tarnished Knight

Ethan Stark (como John G. Hemry)  
2000 — Stark's War  
2001 — Stark's Command  
2002 — Stark's Crusade

Paul Sinclair (como John G. Hemry)  
2003 — A Just Determination  
2004 — Burden of Proof  
2005 — Rule of Evidence  
2005 — Against All Enemies

—**No ficción**

2000 — Interstellar Navigation  
2002 — Project Horizon and LUNEX: Cold War Plans for Military Bases on the  
Moon